P. Prudencio de Salvatierra
CAPUCHINO

LAS GRANDES FIGURAS CAPUCHINAS



TOMO I

Semblanzas de Santos

LAS GRANDES FIGURAS CAPUCHINAS

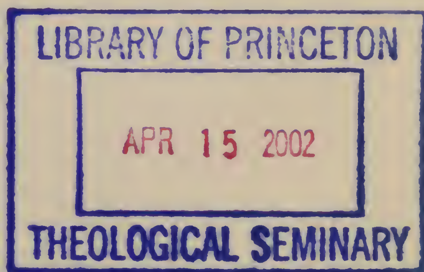
P. PRUDENCIO DE SALVATIERRA
CAPUCHINO

LAS GRANDES FIGURAS CAPUCHINAS

TOMO I

SEMBLANZAS DE SANTOS





IMPRENTA UNIVERSITARIA
SANTIAGO DE CHILE
1936



DEDICATORIA

AL SERÁFICO PATRIARCA FRANCISCO DE ASÍS, PADRE Y MODELO DE ESTA GALERÍA DE ALMAS GRANDES, QUE SE INMORTALIZARON EN LA SANTIDAD SIGUIENDO LAS HUELLAS QUE ÉL TRAZÓ LUMINOSAMENTE CON LA SANGRE DE SUS LLAGAS.

INTRODUCCION

Pocos siglos ha conocido la Humanidad más interesantes y más plenos de extraordinarios acontecimientos que el siglo XVI. Es el siglo en que vive Martín Lutero, el indómito monje que creó un sistema de rebeldías y protestas contra la fe de la Iglesia Católica. Lutero tiene la triste gloria de ser el jefe indiscutido del Protestantismo. En este mismo siglo aparece, en las murallas de Pamplona, el soldado vasco Iñigo de Loyola, fundador de la sociedad más perseguida y más calumniada, la Compañía de Jesús, antítesis de la obra de Lutero. En el siglo XVI tuvieron lugar dos hechos transcendentales en la vida del Catolicismo: el magno Concilio de Trento, cuya benéfica influencia dió un impulso decisivo y orientador a la disciplina eclesiástica; y la batalla de Lepanto, «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y los presentes, ni esperan ver los venideros», como dice Cervantes, que allí perdió una mano. En la misma época vivieron personajes tan dispares como Calvino y San Francisco Javier, Zwinglio y San Felipe Neri, Enrique VIII y Felipe II, Isabel de Inglaterra y Santa Teresa de Jesús.

Son innumerables los santos, los guerreros, los literatos, los conquistadores, los hombres notables de aquella centuria.

Es, por decirlo así, un resplandor póstumo de la Edad Media que acaba de fenecer, y que se despide brillantemente, dando origen a nuevos rumbos y a nuevas ideas.

* * *

En el siglo XVI se produjo también un fenómeno importante en el seno de la gran familia franciscana. El árbol ya tres veces secular, plantado por San Francisco de Asís, había dado frutos copiosos y maduros, y seguía pujante en su pletórica vida de perfección. Mas de pronto, quizá debido a su misma pujanza, el venerable árbol echó un vigoroso renuevo, que traía toda la savia y toda la frescura de su antigua raíz. Ese bello renuevo que tan pingües frutos prometía, se llamó la Reforma Capuchina.

No es objeto propio de este libro el averiguar y discutir los laboriosos comienzos de los primeros Capuchinos; ni queremos suscitar antiguas querellas o modernas diferencias. Baste, a nuestro propósito, saber que la Reforma Capuchina es hija legítima, y no advenediza ni bastarda, del Seráfico Patriarca San Francisco de Asís. Tal es el sentido de las declaraciones de los Sumos Pontífices; y tal ha sido siempre el espíritu que se cultivó con esmero en nuestros claustros.

Por si no bastaran las líneas precedentes a demostrar nuestro aserto, añadimos el testimonio decisivo del mismo Dios, que ha querido bendecir con espléndida largueza a la Orden Capuchina, dándole hijos numerosos y sanos, coronándola de una diadema gloriosa de santidad, en la que brillan con luz inconfundible sabios y apologistas de la talla de un San Lo-

renzo de Brindis; apóstoles de fibra como San José de Leonisa; mártires heroicos, como San Fidel de Sigmaringa y los Beatos Agatángel de Vendôme, Casiano de Nantes y Apolinar de Posat; religiosos austeros, como San Serafín de Montegranario; misioneros insignes, como el Beato Diego José de Cádiz; y otros muchos cuyas vidas nos hemos propuesto recopilar.

Confesamos paladinamente, y con harto dolor, que nuestros gloriosos santos y otras grandes figuras capuchinas apenas se conocen fuera de nuestros conventos. Pero el lector que va a acompañarnos en este trabajo, deberá reconocer—así lo esperamos—que no merecen tan ilustres varones el olvido de la Historia, sino muchos homenajes y puestos de honor en la galería de los más eminentes.

Las biografías que presentamos serán breves, someras y resumidas, con su poco de anécdotas, según el gusto que parece predominar en estos tiempos; pero, no obstante, nos hemos esforzado en mostrar las figuras de la manera más completa que nos ha sido posible dentro de la pauta de brevedad.

Hemos prescindido, casi en absoluto, del aparato crítico, histórico y bibliográfico; pues nuestro trabajo aspira a ser, más que obra de estudio y de consulta, obra de divulgación amena y de enseñanzas virtuosas. El lector, sea religioso o seglar, hallará aquí insignes modelos que imitar y provechosos consejos y ejemplos de vida perfecta.

* * *

Quisiéramos prevenir un escollo frecuente en la lectura de las vidas de los santos. Muchas veces se

mira a los santos con la idea errónea y anticientífica de sujetarlos a nuestras costumbres y modas actuales; y salta a la vista el fantasma de lo ridículo, de lo inverosímil o de lo inconveniente. Mal criterio histórico es desglosar los pasados hechos o personas de su ambiente y de su época. Hoy sería encerrado en un manicomio el que quisiera vivir a la manera de San Simeón el Estilita, de San Benito José de Labre o de otros santos de tiempos remotos.

Dios guía a las almas sin violencias, y las adapta perfectamente a las condiciones del medio en que desenvuelven su actividad. Por eso, nada encontramos de extraño o llamativo en los santos de nuestros días: Santa Teresita del Niño Jesús, San Conrado de Parzham, el Cura de Ars, la Madre Sacramento. Son de una naturalidad asombrosa. Pero, a medida que nos alejamos de una figura histórica, vamos perdiendo el sentido de las proporciones y el justo aspecto de la Historia.

Creemos oportuno hacer esta advertencia para evitar falsos conceptos que de lo contrario surgirían ante algunos hechos, milagros y anécdotas que las vidas de nuestros santos nos han transmitido.

Esta obra, dedicada especialmente a los jóvenes estudiantes de nuestra Orden Capuchina, tiene por fin instruirles en las páginas más gloriosas de nuestra Historia, y animarles a seguir de cerca los pasos y caminos que condujeron a la santidad a nuestros ilustres antepasados.

EL AUTOR.

PRIMERA PARTE

LOS SANTOS

LOS FRUTOS DE AQUEL ARBOL

Francisco de Asís, el gran enamorado de Cristo, la figura más apasionante de la Edad Media, el máximo poeta, cuya vida fué un idilio encantador y divino, dejó su espiritu en las tres Ordenes religiosas que fundó por inspiración de Dios.

Los institutos franciscanos merecen los homenajes de toda la Humanidad: han dado al mundo santos y bienhechores sin cuento, han penetrado en todas las naciones, han convivido con los poderosos, predicándoles la humildad y el desprendimiento, y con los pequeños, elevándoles el corazón hacia la esperanza y hacia el amor.

Los hijos de Francisco de Asís han influído en las ciencias, dando a la fría inteligencia humana el calor y la gracia de la voluntad; en las artes, poniendo en el lienzo o en el mármol un nuevo atractivo, la visión alegre de la belleza, del orden y de la finalidad artística.

La vida endiosada del espíritu, la mística, ha recibido también el soplo animador del espíritu franciscano, que es un movimiento de elevación amorosa hacia el Dios de la bondad. Por eso, los santos franciscanos son hombres que cautivan por

su sencillez y buen humor, convidan a la imitación, dan la mano y ayudan amablemente a llevar el peso de la vida. Aun los grandes ascetas y penitentes franciscanos no son ceñudos, no espantan ni ponen pavor en las almas; son ásperos para sí mismos, pero suaves y blandos para los demás.

Los hijos de Francisco de Asís, llámense conventuales, observantes o capuchinos, sean monjas o terciarios, son los frutos naturales que produjo aquel hombre extraordinario cuyo corazón no cabía en la tierra.

¿Cuántos hijos de San Francisco se han santificado? Imposible contar las estrellas de la noche, ni las flores de los campos, ni las frutas de los árboles. Los santos franciscanos no tienen número; algunos ni siquiera dejaron una página breve en la Historia; son ejércitos de vencedores cuyos nombres se pierden en un conjunto grandioso de heroísmos.

En los campos del apostolado, en el silencio de los claustros, detrás de las rejas impenetrables de las Damas Pobres, en el hogar pacífico de los Hermanos Terciarios, los frutos del árbol franciscano brotan espontáneos, abundantes, maduros, embalsamando al mundo con el aroma de una primavera eterna, recordando los sublimes amores del Pobrecillo de Asís, repitiendo sus palabras de «paz y bien», mostrando con el dedo luminoso de la virtud aquel sendero que el seráfico Doctor San Buenaventura llamaba gráficamente «el itinerario de la mente hacia Dios.»

Francisco, amador de las criaturas y de los hombres, enamorado de la belleza divina, juglar de Cristo, esposo de la Pobreza, copia viva del Evangelio, hermano de los ángeles y de los pecadores; tú eres la inspiración de los poetas, el santo más humano y más divino, el ser que nos acerca sin violencias a la perfección, el árbol siempre fecundo a cuya sombra descansamos y de cuyos frutos nos alimentamos.

Por tu amable influencia, la tierra, a pesar de todas las bajezas y de todos los errores, es todavía y será siempre un semillero de virtudes y una hoguera inextinguible de amor....

SAN FELIX DE CANTALICIO
(1513-1587)

La Reforma Capuchina tuvo sus comienzos entre turbulencias y malos presagios. Si Dios no la hubiera sostenido, la nueva Orden habría desaparecido apenas nacida. Primero fueron las audacias e intrigas de Ludovico de Fossombrone; poco más tarde, la clamorosa apostasía de Ochino; finalmente, después de graves aprietos, vino a verse con claridad la Providencia del Señor que no cesaba de velar por su obra.

En estas primeras vacilaciones aparece la figura atractiva de San Félix de Cantalicio, la primera flor de santidad que crecía en los claustros de los nuevos monjes. Flor bellísima, de una blancura inmaculada, de un perfume exquisito, y de una lozanía viva y encantadora, San Félix de Cantalicio tiene la pureza de los lirios y la escondida fragancia de las violetas.

San Félix ha llegado a ser, en nuestra Orden Capuchina, el prototipo de la perfección, sobre todo entre los fervorosos hermanos legos. Miles de religiosos, al vestir el hábito capuchino, han hecho en su interior este propósito que encierra y abarca

todo el campo espiritual: «Quiero ser otro San Félix». Cuando San Serafín de Montegranario, San Conrado de Parzham, los Beatos Crispín de Viterbo y Félix de Nicosia y otros santos legos de nuestra Orden abandonaron el mundo para santificarse, aparecía en la meta de sus aspiraciones, como ejemplar sublime de perfección religiosa, la figura atrayente de San Félix de Cantalicio.

Le imitaban en su oración y en su penitencia, le copiaban en la observancia de los votos, en la devoción a la Virgen, en el fervor eucarístico, en la humildad y en la sencillez de la vida, y hasta en el modo de andar y en sus dichos y máximas. El célebre programa de San Félix: «O César o nada», ha sido repetido miles de veces por los novicios de todos nuestros conventos.

San Félix era el capuchino ideal, y todavía sigue siéndolo para todos aquéllos que quieren adquirir una perfección acabada en todas las virtudes que florecen en los claustros. En un sentido amplio y puramente ejemplar, puede afirmarse que el verdadero fundador de los Capuchinos, por su influencia y por su amable atractivo, es San Félix de Cantalicio.

* * *

Había nacido en 1513, en el seno de una familia de cristianos labradores. El apellido de su padre era Santo; el de su madre, Santa. ¡Singular y sugestiva coincidencia!

El pueblecito de Cantalicio está en un rincón encantador al pie de los Apeninos. Allí todo con-

vida a la paz del alma, a la meditación y a la poesía. Sin embargo, los habitantes de ese paraíso eran, en la época del nacimiento de San Félix, ariscos y salvajes. Alguien ha podido decir gráficamente que aquel pueblo, «más que madriguera de conejos, era una cueva de leones.» Sólo la familia de nuestro héroe era una excepción y un ejemplo que todos admiraban, pero que muy pocos deseaban imitar.

La virtud del pequeño Félix fué más poderosa que todas las resistencias, y consiguió que los niños y jóvenes de su edad se dejaran arrastrar por el atractivo de una vida pura que irradiaba por todas partes el esplendor de una intensa piedad. Los muchachos de Cantalicio veían en Félix un futuro santo, y como a tal le reverenciaban y le seguían.

La infancia y juventud de San Félix se deslizaron apaciblemente, como uno de los innumerables arroyuelos de su tierra, hasta los treinta años, en medio de sus campos, sus bueyes y ovejas, y sus aperos de labranza. Pocas letras, mucho trabajo y mucha oración.

Las vidas austeras y extrañas de los antiguos Padres del yermo, sus ejemplos y penitencias, fueron para él pan cotidiano y sabroso que nutrió su alma y le hizo concebir parecidos deseos de santidad.

A los doce años, le hallamos en Cittá Ducale, al servicio de un noble y cristiano caballero llamado Marco Tulio Pichi: Félix lleva al pastoreo las ovejas de su patrón, y empieza una vida de anacoreta y de contemplativo. Le basta una afilada na-

vaja para hacerse un pequeño templo en la corteza de un árbol: con dos cortes profundos sabe dibujar una tosca cruz; y es fácil seguir los pasos del pastorcillo siguiendo la ruta marcada por las innumerables cruces de las encinas. Enfrente de alguna de ellas estará el joven arrodillado y en oración, dándose a veces golpes en el pecho con una piedra, llorando los pecados propios y ajenos, como otro San Jerónimo. Sus compañeros le miran de lejos, escondidos entre los matorrales del bosque, y no se atreven a interrumpir las oraciones de su amigo que parece un serafín bajado del cielo.

Todos saben que Félix habla poco, que es enemigo de murmuraciones y de juegos; pero saben también que siempre anda contento y que su alegría es reflejo de la bondad de su alma.

Oye misa todos los días, con admirable compostura, sacrificando cualquiera ocupación para dedicarse a sus rezos matinales. Come poco y mal; pero aun le parece demasiado; y los días que preceden a las fiestas de la Virgen sabe ejercitar la mortificación dando unos mordiscos menos a los mendrugos que suele llevar en el zurrón.

En el alma de Félix iba naciendo la firme convicción de que Dios le llamaba a una vida más perfecta y retirada; pero no acababa de decidirse ante los apremiantes llamados de la gracia.

* * *

En Cittá Ducale había un convento de capuchinos de reciente fundación, pero de mucha fama de santidad. Félix visitaba con frecuencia aquel pobre

monasterio medio ruinoso y desvencijado, apartado de la ciudad, verdadero palacio de la pobreza, del silencio y de la oración. ¿Quiénes eran aquellos extraños frailes de barbas copiosas y pies desnudos, que se veían en los corredores o en la iglesia, que hablaban poco y rezaban mucho? ¿Y por qué, entre tanta aspereza y rigor, andaban siempre alegres y risueños, con caras de Pascua?

Al joven pastor le gustaban aquellos religiosos de hábito descolorido y remendado; encontraba una celestial poesía en aquel conventito que parecía una choza; y se quedaba extasiado ante una imagen de la Virgen que había en el huerto de los frailes, y que siempre tenía flores frescas a su alrededor.

Félix, si Dios quiere, será capuchino; pero, ¿cuándo y cómo conocerá la voluntad de lo alto?

Un suceso extraordinario le hizo conocer al fin, con absoluta claridad, la voz del Señor que no quería más dilaciones ni más titubeos. Cuentan las crónicas que un día estaba el fornido joven arando el campo de su patrón con una yunta de bueyes. Parece que Félix iba distraído y ensimismado; tal vez, como era su costumbre, totalmente absorto en la oración. De súbito se espantan los animales, dan un fuerte empellón al joven, y cae éste al suelo con tan mala suerte que el arado pasa sobre su cuerpo. Nos figuramos al pobre Félix, asustado y tembloroso, cubrirse los ojos con las manos, ante el horror de la trágica aventura. Los bueyes se detuvieron después de una carrera desordenada; Félix se levantó, y con asombro pudo constatar que el arado no le había producido el más somero rasguño.

Desde ese momento comenzó la nueva vida. Consideró la milagrosa escapada como un aviso del cielo que le quería para mayores empresas; y al llegar a casa dijo resueltamente a su amo: «Me voy a un convento.»

Y en efecto; a los pocos momentos llamaba a la puerta de los frailes y pedía humildemente el hábito capuchino. El Guardián del convento, después de comprobar el verdadero espíritu del candidato, le mandó a Roma, en donde brillaba con luz intensa el P. Bernardino de Asti, el formidable organizador de la naciente Reforma, y una de las más eminentes lumbreras de aquella época agitada.

Félix, antes de partir para Roma, quiso cumplir los deberes de la caridad y de la cortesía con sus parientes, y fué a su pueblo para despedirse definitivamente de todos. Lágrimas y reproches. El joven, de corazón sensible, sintió flaquear sus fuerzas; pero se sobrepuso al instante y emprendió el viaje gritando: «Adiós, adiós; ya no me veréis sino vestido de capuchino.»

Era el año 1544 cuando Fray Félix empezó el noviciado, después de pasar unos meses de prueba en el convento de Antícoli de Campania.

Nuestro joven, que jamás conoció el desaliento, tuvo que pasar terribles pruebas y estorbos que parecían inventados por el mismo Lucifer para impedir su vocación. Una fiebre pertinaz, un decaimiento de todas sus energías, postraron al novicio en el duro jergón de su celda, y obligaron a sus superiores a mandarle al convento de Monte San Juan Campano, lugar elevado y alegre, donde corría un aire saludable.

Fray Félix comprendió muy pronto que su enfermedad era más bien una tentación solapada, y se propuso vencerla rápidamente. Un día se levantó del lecho y declaró al Padre Guardián que «ya no tenía nada.»

En efecto, comenzó a trabajar valientemente, ayunando al mismo tiempo tanto y más que los otros, levantándose a los maitines de medianoche, y madrugando para ir el primero a la oración. La enfermedad huyó de su cuerpo completamente derrotada, y ya no volvió a visitar a Fray Félix hasta sus últimos días.

El animoso novicio debió leer en alguna parte esta frase que se le quedó profundamente grabada en la memoria: «O César o nada»; y desde entonces, cada vez que sentía los embates de una tentación, cobraba nuevos ánimos repitiendo estas palabras favoritas.

Después de la profesión solemne, fué mandado al convento de Tivoli, donde vivió tres años dando pruebas de un espíritu admirable de piedad y de penitencia, y haciéndose querer de todos por su afable caridad. De Tivoli, pasó a Roma, destinado a ser el limosnero de la comunidad, oficio penoso y difícil, que exige de los que lo practican una dosis no pequeña de humildad, de sacrificio y otras muchas virtudes.

* * *

Aquí comienza la verdadera vida de nuestro gran santo. Limosnero del convento de Roma, vióseletodos los días, durante más de treinta y nueve

años, recorrer la ciudad con sus alforjas al hombro, y como él decía, «con los ojos en la tierra, las manos en la manga y el corazón en el cielo.»

Apenas Fray Félix entró por la puerta del noviciado, puede decirse que para él se acabó el mundo, que se le murieron los parientes, que no hubo para su alma más anhelos que servir al Señor.

Con ese único pensar, explícanse fácilmente sus continuas y nunca interrumpidas oraciones, sus penitencias que ponen pavor al que las lee, su pobreza que muchos llamarían exagerada, su castidad deliciosa y sin mácula, su humildad profundísima, su vivir en el cielo aunque todavía pisaba la tierra.

El genial pincel de Murillo nos ha dejado un lienzo de San Félix, que sintetiza admirablemente toda esa vida de oración y trabajo. Aparece el humilde lego capuchino de rodillas, recibiendo de manos de la Virgen Madre al Niño Jesús. Es una escena encantadora: Fray Félix está radiante de felicidad, y se dispone a estrechar contra su pecho al divino Niño que comienza a jugar con las blanquísimas barbas de su viejo amigo. En el suelo, cerca del santo, se ven las alforjas, el símbolo de su vida de limosnero.

A veces iba el humilde fraile pidiendo el pan para sus hermanos por entre apretadas muchedumbres. Para abrirse paso en medio de aquel gentío, le bastaba el donaire de su saludo: «Deo gratias... ¡Paso al jumento de los Capuchinos!»

Durante cerca de cuarenta años vió el pueblo de Roma pasar todos los días por sus calles al pequeño

Fray Félix, recogiendo en sus alforjas los mendrugos de pan y los manojillos de verduras que la caridad de los romanos le entregaba para el convento. Eso era lo único que pedía, y jamás admitió un solo maravedí. Un día iba pidiendo limosna, como de costumbre, cuando sintió de repente un cansancio abrumador y un peso incomportable en sus espaldas. Detúvose para respirar un poco, y revisó atentamente el contenido de sus alforjas: en el fondo de una de ellas divisó algo que le pareció la sonrisa burlona del demonio: una monedilla de plata que alguna mano caritativa había dejado descuidadamente.—«Este es el peso maldito que no me deja caminar»—pensó fray Félix; y sacudiendo las alforjas, dejó caer en el suelo la moneda, y huyó de allí con toda su carga de pan, ágil como un muchacho.

En su boca se veía siempre una oración para Dios, una palabra de caridad para todos y una burla para los asaltos de Luzbel.

Si alguien se atrevía a insultarle, Fray Félix agradecía las injurias con una inclinación de cabeza y replicaba risueño: «Que Dios te haga un santo»; con lo que el culpable quedaba desarmado y conmovido.

En los días de mucho frío, cuando los demás religiosos se acercaban al fuego, Fray Félix huía de allí para no caer en el pecado fácil de la murmuración, y solía decir a su cuerpo aterido: «Lejos, lejos del fuego, hermano asno; porque San Pedro, estando junto a una hoguera, negó a su Maestro.»



En las calles de Roma, Fray Félix parecía el abuelo de todos los niños de la ciudad. Sus grandes y mejores amigos fueron los rapazuelos vagabundos. Ver al santo viejo y acudir a él un tropel de chiquillos vocingleros era todo uno. Entonces Fray Félix estaba en sus glorias, y no podía disimular su felicidad. Dejaba que unos le dieran tirones en el hábito, que otros hurgasen en las alforjas; y no faltaban atrevidos que jugaban con sus barbas o con su capucha y se reían de él con bulliciosas carcajadas. El humilde viejo, entre burlas y donaires, aprovechaba la ocasión para enseñarles el catecismo, para darles consejos de moral y de religión, y les hacía prometer obediencia a sus padres, la misa del domingo, rezos a la Virgen, y todo cuanto quería, porque su palabra era irresistible. También solía darles su poquito de reprensión y de queja que siempre eran recibidas sin protestar por aquella turba de diablejos.

La alegría característica de Fray Félix se hermanaba con un exquisito oído musical y una agradable voz de barítono; y sabía e inventaba toda clase de coplas religiosas que los niños de la calle eran los primeros en aprender; canciones que, en fuerza de ser repetidas por los barrios a todo pulmón, se convertían prontamente en la música de moda de toda la ciudad.

Dentro del convento sabía unir, por modo maravilloso, la alegría con el silencio, el trabajo con la oración. Su compañero Fray Domingo atesti-

guó que «Félix era avaro en sus palabras, pero lo poco que decía era siempre bueno». Un día entró en la celda de un fraile enfermo, a quien los médicos habían desahuciado. Fray Félix, con voces de simpático reproche, le dijo: «Vamos, perezoso, levántate; lo que a ti te conviene es un poco de ejercicio y el aire puro del huerto.» El enfermo se levantó completamente sano.

Los niños y los pobres, fueron durante toda la vida de San Félix, el campo predilecto de su fecundo apostolado. Pero tampoco faltaron los grandes y poderosos. El Cardenal San Carlos Borromeo, sapientísimo Obispo de Milán, llegó un día hasta la misma celda del lego capuchino, solicitando de él algunos consejos para la reforma de su clero diocesano. No se arredró San Félix en tan arduo trance; cerró un momento los ojos, como consultando el caso con Dios, y dirigiéndose luego al Cardenal le dijo: «Eminencia, que los curas recen devotamente el oficio divino. No hay nada más eficaz que la oración para la reforma del espíritu.»

Al Cardenal de la Orden franciscana, Montalto, días antes de ser elegido para el Sumo Pontificado con el nombre de Sixto V, le dijo Fray Félix muy valiente: «Cuando seas Papa, pórtate como tal para gloria de Dios y bien de la Iglesia; porque si no, sería mejor que te quedaras de simple fraile.»

Este mismo Papa tuvo siempre mucha amistad con nuestro santo, y gustaba de encontrarle en la calle para saludarle afectuosamente. Si Fray Félix andaba en sus trabajos de limosnero, el Sumo Pontífice le pedía un poco del pan que había re-

cogido, y luego lo comía en su palacio con indecible devoción. Un día estaba escogiendo Fray Félix el mejor panecillo de sus alforjas para dárselo al Papa, y éste le dijo: «No haga distinción, hermanito; déme lo primero que salga.» Lo primero que salió fué un mendrugo que parecía un carbón por lo negro y por lo duro; y el santo limosnero no pudiendo reprimir una sonrisa de ingenuidad, lo puso en las manos del Pontífice, añadiendo: «Tenga paciencia, Santo Padre; también vuestra Santidad ha sido fraile.»

La caridad de Fray Félix no conocía límites ni distinciones. De su pobre limosna solía repartir entre los pobres todo lo que la obediencia le permitía, y hasta los pajarillos del aire y los perros de la calle participaban con frecuencia del tesoro de sus alforjas.

Hubo en 1580 una fuerte epidemia en Roma. Fray Félix pidió a Dios que le librara del azote, para poder dedicarse en cuerpo y alma al cuidado de los enfermos. Su oración fué escuchada, y el santo anduvo muchos días visitando las casas y los hospitales, socorriendo a los más necesitados, inventando consuelos y remedios con la ingeniosa caridad de una madre; y cuando los cuidados materiales no bastaban, la oración de Fray Félix suplía con el milagro la ineficacia de las medicinas.

* * *

La vida religiosa era para nuestro santo la idea central de su espíritu, y consiguió una perfección ejemplar en el cumplimiento de los tres votos mo-

násticos: obediente, sin vacilaciones ni resistencias; pobre, hasta los límites del más absoluto desprendimiento; casto, con la inocencia del que no ha conocido derrotas ni sabe lo que es la malicia de la pasión.

Otro de los rasgos netamente franciscanos de San Félix era su respeto al sacerdote; rasgo que mil fervorosos hermanos legos copiarán solícitos, como un homenaje a la dignidad más sublime de la tierra.

Hay una palabra en lenguaje místico, que el mundo frívolo no acabará jamás de comprender: *la santa simplicidad*. Esta virtud que con frecuencia encontramos en las almas virtuosas, no es, como algunos piensan, la tontería mística, la pobreza de inteligencia o la nulidad de valer espiritual. La simplicidad de los santos es sinónima del candor e ingenuidad de las almas perfectas, para las cuales el mundo y todas sus vanidades «son como si no fueran»; la opinión de los hombres no cuenta para nada en las miras de los que practican esta altísima virtud; los desprecios y las burlas, lejos de ser aborrecibles, son fuente de ganancias y de méritos. Es la sublime simplicidad que hacía exclamar a San Pablo: «Nos stulti propter Christum». «*Somos juzgados como estúpidos por causa de Cristo.*» (I Cor. IV, 10).

Uno de los ejemplares más acabados de esta santa simplicidad es nuestro San Félix. Para él nada valían los honores, nada las riquezas, nada la sabiduría mundana; por lo contrario, hay en su alma una especie de hambre nunca saciada de ultrajes, privaciones y dolores. Así se explica aquel

buscar en todas partes y ocasiones la humillación, aquella vida como de mendigo, llevando la clásica pobreza capuchina a límites insospechados, y aquella maravillosa «ciencia de la cruz» que él resumía tan poéticamente en unas frases que se han hecho famosas: «Toda mi ciencia está encerrada en un librito de seis letras: cinco rojas, las llagas de Cristo; y una blanca, la Virgen Inmaculada.» Así compendiaba San Félix la divina sabiduría de su espíritu.

Es célebre en la historia de nuestro santo la profunda y entrañable amistad que tuvo con el gran San Felipe Neri, fundador del Oratorio. No olvidemos lo que acabamos de decir acerca de la divina simplicidad de los santos, para comprender mejor los hechos que, a este propósito, vamos a narrar.

Los dos santos amigos habían penetrado profundamente en la doctrina del desprecio de sí mismos, anhelaban con ardor sufrir injurias y vejámenes por Cristo para ganar los tesoros riquísimos de la humildad. Y se ayudaban mutuamente en estas ganancias. Si se permite la frase, podríamos decir que «tenían el negocio a medias.»

En cierta ocasión se encontraron los dos en una plaza muy concurrida y animada. Fray Félix, al momento, se hincó de rodillas para recibir la bendición de su santo amigo. Un grupo de curiosos comenzó a sonreír al ver al capuchino postrado en medio de la calle. Pero luego las sonrisas se trocaron en burlas y carcajadas cuando vieron que Felipe Neri se arrodillaba también enfrente del humilde lego pidiéndole la misma gracia. Y co-

menzó entonces la más regocijada y desconcertante disputa sobre quién era el más indigno de bendecir al otro. Un abrazo terminó la curiosísima contienda. Las burlas de los transeuntes no hicieron mella en los dos santos: precisamente, eso era lo que buscaban.

Otro día topáronse los dos en una calle. San Felipe, que conocía muy bien el valor de Fray Félix y su deseo de desprecios, se quitó rápidamente su enorme sombrero negro y se lo encasquetó a su amigo hasta las orejas, diciéndole al mismo tiempo: «Vete a dar una vueltecita por la ciudad.» Fray Félix, ni corto ni perezoso, siguió su camino tranquilamente, provocando a su paso, con tan grotesca indumentaria, una clamorosa explosión de regocijo. Al volver a donde le esperaba San Felipe, le dijo mirándole con ingenua picardía: «En pago de lo que me has hecho ganar con tu hermoso sombrero, te mando que bebas un trago de vino de esta botella, aquí, delante de todos.» San Felipe tomó la botella que le ofrecía su amigo,... y se ganó tan buena cosecha de burlas como Fray Félix.

Los saludos que ambos solían dirigirse al encontrarse no eran muy conformes a la moda de ningún tiempo y a la buena cortesía mundana; pero para ellos era cuanto había que pedir. Habían conversado muchas veces de la inefable dicha de los mártires que pueden ofrecer a Dios tan elocuentes pruebas de fe y de amor. «Yo—decía Fray Félix — sería el hombre más dichoso de la tierra, si pudiera morir quemado por el amor de Cristo.» «Pues yo— le respondía Felipe — pido

todos los días al Señor que me conceda ser ahorcado en su nombre.»

De estas conversaciones y deseos nacieron aquellos saludos que mutuamente se dedicaban: «Buenos días, fray Félix. ¡Ojalá te quemen por amor de tu Dios!» —«Salud, Felipe. ¡Ojalá te apaleen y te descuarticen en el nombre de Cristo!»

Un día iba San Felipe Neri por la ciudad, caballero en una vieja mula. De repente se encuentra con su santo amigo y le dice: «¿Qué te parece, Fray Félix? ¿Has visto nunca más excelente jinete?» Y el santo limosnero, para hacerle rabiar un poco, le contestó: «Me parece, me parece que lo que estoy viendo es... un burro a caballo.»—«¡Me la ganaste!» — contestó San Felipe, siguiendo su camino. Y Fray Félix le gritó riéndose con todas sus ganas: «Paciencia, Padre; ¡y buen viaje!»

¡Extrañas ocurrencias de los enamorados de la Cruz!

Los dos santos amigos, lejos de escandalizar a las gentes sencillas con aquellas palabras de fingido desprecio, llegaron a ser los personajes más populares y venerados de la ciudad; y las mismas bromas que con tanto ingenio solían hacerse, se repetían con admiración en todas partes, como lecciones prácticas de espíritu evangélico.

* * *

La devoción de Fray Félix a la Virgen María es uno de los aspectos más notables y delicados de su figura espiritual, y lleva en sí la explicación de aquella inalterable alegría que da a nuestro pri-

mer santo capuchino una aureola de simpatía y un excepcional atractivo.

Cuando salía del convento, empezaba a rezar el rosario, y sólo lo interrumpía momentáneamente para saludar o para pedir la limosna. Al encontrar en la calle alguna de las muchas imágenes de María que había por toda la ciudad, se le iban los ojos hacia su Reina, la saludaba cariñosamente y le solía decir: «Querida Madre, os recomiendo que os acordéis del pobre Fray Félix; yo deseo amaros como buen hijo; pero vos, como buena Madre, no apartéis de mí vuestra mano piadosa, porque soy como los niños pequeños que no pueden dar un paso sin la ayuda de su madre.»

Un día, el célebre predicador capuchino Alfonso Lobo fué a la iglesia del convento para observar lo que hacía Fray Félix, de cuya santidad deseaba cerciorarse. El santo hermano estaba arrodillado ante el altar mayor, rodeado de una claridad celestial, extático, pronunciando palabras temblorosas, a manera de débiles quejidos. De súbito, los resplandores misteriosos se hicieron más intensos, y el Padre Lobo pudo ver, con pasmo de sus ojos, que aparecía la Virgen Santísima, y que, acercándose a Fray Félix, le entregaba el divino Niño para que lo acariciara.

Esa es la escena que inmortalizó Murillo.

* * *

Así, en una atmósfera de silencio y humildad, envuelto en trabajos y fervores, el bueno de Fray Félix fué haciéndose viejo, al mismo tiempo que su alma tocaba los lindes de la perfección.

Un día se preparaba a emprender sus acostumbrados trabajos, cuando notó que su férrea energía le abandonaba. «El pobre jumento ya no caminará más»—, exclamó proféticamente. En efecto, era el último capítulo de una vida larga y hermosa.

No perdió el enfermo su inalterable buen humor. La muerte parecía para él la más interesante aventura, una regalada esperanza, detrás de la cual no hay más que triunfos y dichas. Era el corredor que llegaba victorioso a la meta. «Bonum certamen certavi, fidem servavi.» «*He peleado en buena batalla, he guardado mi fe*».

Eran los días en que se celebraba en el convento de Roma el Capítulo General de la Orden. Aquellos venerables religiosos, que habían llegado de todas las provincias capuchinas, pudieron ser testigos de la santa muerte de Fray Félix. La estrecha y pobre celdilla no podía contener a todos los que deseaban escuchar las postreras palabras de aquel anciano que agonizaba envuelto en transportes de amor divino. Uno de los padres, el célebre predicador Matías Bellintani de Saló, orador elegante y literato galano, se acercó al santo moribundo y le preguntó: «¿Me conoces, Fray Félix?» El enfermo abrió los ojos y contestó sonriendo: «Te conozco, te conozco, mayo florido.» A veces, los ojos del moribundo se clavaban largo rato en el cielo y su rostro se iluminaba de felicidad. Los frailes le preguntaban qué era lo que veía, y Fray Félix contestó una vez: «Veo a mi Señora rodeada de ángeles que vienen a llevar mi alma al paraíso».

Pasó cantando las últimas fatigas de la enfer-

medad, y en una de sus canciones originales voló a los cielos.

«Amor mío, Gesù, Gesù,
il mio cor deh! prendi tu,
nè ridarmelo mai più».

«Jesús, Jesús, amor mío. Róbame el corazón y no me lo devuelvas ya».

* * *

Un cronista de nuestra Orden, nos ha dejado este prolijo retrato de San Félix: «Fué bajo de cuerpo, pero grueso decentemente, y robusto. La frente espaciosa y arrugada, las narices abiertas, la cabeza algo grande, los ojos vivos y de color que tiraba a negro; la boca no afeminada, sino grave y viril; el rostro alegre, y lleno de arrugas; la barba no larga, sino inculta y espesa; la voz apacible y sonora; el lenguaje de tal calidad, que aunque rústico, por ser simple y humilde, convertía en hermosura la rusticidad.»

«En divulgándose su muerte por Roma, acudieron al convento de los Capuchinos cuantos Príncipes y caballeros ilustres había en ella...; entraron en su celda; saqueáronla, tomando de lo que encontraron allí, que fué una manta rota, las tablas que le servían de cama, el colchón y sábana que tenía por la enfermedad, una mesilla, unas alforjas, y unas sandalias. Finalmente, era tanta la devoción y el concepto de la santidad del varón bendito, que aun barrieron la celda, y el polvo y basura se llevaron para reliquias.»

SAN SERAFIN DE MONTEGRANARIO
(1540-1604)

Una de las páginas más bellas de San Pablo es aquel célebre capítulo XIII de la primera epístola a los fieles de Corinto, en que el Apóstol traza, de mano maestra, vigorosas y rápidas pinceladas sobre la virtud de la caridad. «La caridad—escribe—es sufrida, es dulce y bienhechora. La caridad no tiene envidia, no obra precipitadamente ni con temeridad, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, complácese sí en la verdad. A todo se acomoda, cree todo, todo lo espera y lo soporta todo».

La vida del santo lego capuchino Serafín de Montegranario es ese admirable capítulo hecho carne.

Adivinando, sin duda, el Maestro de novicios la virtud que había de sobresalir entre las demás del joven Félix Rapagnano, al vestirle el hábito capuchino le puso por nombre Serafín. ¡Felicísimo acierto!

Amor seráfico a Dios y caridad seráfica hacia el prójimo, son los dos ejes de esta vida humilde y escondida.

* * *

Jerónimo Rapagnano es un pobre albañil de Montegranario, pequeño pueblecito de la Marca de Ancona. Teodora, su mujer, pasa la vida entre los quehaceres domésticos y las frecuentes visitas al templo. La piedad y la honradez de los dos esposos son sus únicas riquezas. Jerónimo y Teodora se afanan en sus duros trabajos para llevar adelante la pesada cruz de la pobreza. Tienen, además, una espina y una flor. La espina es el hijo mayor, Silencio, muy bruto y sin entrañas, un verdadero Barrabás. La flor es Félix, el pequeño, que en la iglesia parece un ángel y en el trabajo una máquina.

Félix, el futuro San Serafín, nació en 1540. Su infancia se deslizó entre un drama y un idilio. Huérfano a los pocos años, cayó el joven en manos de su hermano mayor que, como decimos, era un monstruo de ferocidad. El palo, los puntapiés, el hambre, el trabajo brutal, todas las invenciones de un corazón de tigre, venían sobre el pobre muchacho, sin darle punto de reposo.

Pero, a escondidas del feroz hermano, vino el idilio a dulcificar las amarguras de Félix. Es un idilio conmovedor, ingenuo, con rasgos de santidad y de pureza. La única persona que habla amistosamente con el joven es una angelical niña que vive en el vecino pueblo de Loro-Piceno. Se llama Ludovica Manucci, y en su rostro y en su alma se asoman los cielos: quince años floridos. Silencio y Félix, llamados por el padre de la niña, han ido a

su casa para hacer una obra de albañilería. Silencio es un excelente trabajador, de inteligencia despierta, de fuerzas hercúleas. Félix, débil niño todavía, le va poniendo, al alcance de las manos, piedras, cal y ladrillos, trae sin cesar grandes cántaros de agua, acerca la plomada y el nivel, retira los escombros. Y el premio de tantas fatigas suele ser un insulto o alguna bofetada de su hermano mayor. Ludovica sabe los malos tratos que Félix tiene que pasar, y una dulcísima compasión nace en su bello espíritu, junto con el deseo de consolar las tristezas del pequeño albañil.

La amistad brotó espontánea, con todos sus encantos y con toda su firmeza: eran dos almas parecidas, dos flores semejantes en perfume y en hermosura. Sabedora la niña de la piedad y de las aficiones de su amigo, aprovechaba las ausencias del cruel hermano y consolaba a Félix, entreteniéndole con lecturas devotas de las vidas de los santos. Un día el libro fué el tratado de los novísimos de Dionisio Cartusiano; aquellas verdades tremendas de la muerte, del juicio, de la miseria de la vida, eran escuchadas por el joven con un interés extraordinario. Interrumpió a la lectora y le dijo: —«¿Y qué hemos de hacer para salvarnos? Creo que lo mejor para mí será retirarme a un desierto y hacer vida de penitencia.» La niña, con gracioso reproche, contestó: —«¿Para qué quieres un desierto? Vete a vivir con los capuchinos, y serás santo.» Félix no había visto capuchinos jamás, ni sabía que existieran. Ludovica le explicó prolijamente la vida y costumbres de los austeros religiosos, adornando su relato con las cosas que decía la gente;

y el piadoso muchacho no quiso esperar más. El mismo día se presentó en el convento de Loro-Piceno.

El Padre Guardián salió a la puerta y le preguntó: —«Bueno, hijo mío; ¿y tú qué sabes hacer?» Félix contestó con su candorosa humildad: —«Padre, yo no sé leer ni escribir; no sé más que rezar y amar a Dios.» El religioso vió en las palabras del aspirante un hermoso programa de santidad. Le dió esperanzas y le mandó que volviese a su casa y que, con oraciones y penitencias, madurase sus deseos y su vocación.

A los pocos meses le dieron el hábito y comenzó el noviciado en el convento de Jesi. En aquel mismo instante, terminaron para el novicio el drama y el idilio de su infancia y comenzaba la epopeya de la perfección.

* * *

Fray Serafín empezó a practicar a toda hora lo único que sabía: la oración y el amor de Dios. De día y de noche, se le hallaba junto al sagrario, en altísima contemplación de las verdades divinas, con el rostro encendido, con el alma abrasada en la hoguera perenne del divino amor.

Muy pronto, el novicio aprendió otra lección, la penitencia; y después llegó a ser maestro acabado en todas las virtudes. Sus mortificaciones llenarían un capítulo copioso: ayunos continuados, cilicios inventados por él, disciplinas, desprecios y humillaciones. «Cuanto más castigo a mi cuerpo—decía, —tanto más se aprovecha mi alma.» Su superior lle-

gó a asustarse por aquellas austeridades y temió por la salud y por la vida del novicio; le aconsejó más moderación y prudencia. —«¡Vaya una cosa!— respondió Fray Serafín graciosamente—. Si yo muero, habrá un pecador menos en el mundo».

Un día le dijo alguien con gesto de repugnancia: —«Retírese, Fray Serafín; que huele muy mal». —¡«Ah, Santito mío!—, replicó—no sólo huele mal mi cuerpo, sino mucho peor mi alma, por los pecados que yo mismo no puedo sufrir.» No sería justo tomar al pie de la letra esa humilde declaración, pues él mismo confesó a un amigo de confianza que la Virgen María le había dado, como premio a sus penitencias, el verse totalmente libre de tentaciones impuras. A su confesor le aseguró que todos sus progresos en la virtud los debía a la paciencia con que había aceptado siempre las humillaciones de toda clase que el Señor le había mandado. «Me pareció oír una voz que me decía en medio de la tormenta: —«Si quieres ser santo, recibe alegremente la adversidad.» Yo dije «fiat», *hágase tu voluntad*, y al punto encontré una calma perfecta.»

En efecto; Fray Serafín fué toda la vida una roca imperturbable, un admirable ejemplo de serenidad. Verdaderos diluvios de reproches y de desprecios, dentro y fuera del convento, cayeron sobre él; pero de sus labios no salían más que palabras de agradecimiento y de conformidad. Parecía gozarse en aquellos sufrimientos. —«¡Oh, Santito mío! —decía sin cesar.—Dios te pague este favor que me haces.»

En cierta ocasión, el Padre Guardián, para pro-

bar la humildad y la torpeza de Fray Serafín, le señaló en el huerto del convento una pequeña parcela, diciéndole en tono de burla: «Lo que recojas ahí, se repartirá entre los pobres.» Y resultó que aquella partecita de terreno empezó a dar de todo y en gran abundancia: flores para el altar, hortalizas para los pobres, frutas y legumbres. El hermano hortelano que cultivaba el resto del huerto, y que sudaba en continuos trabajos, estaba confuso y desesperado; a Fray Serafín rara vez se le vió con la azada en la mano, no se entretenía en siembras ni en riegos, se pasaba el día en oración, y sólo bajaba a su minúsculo huertecillo para recoger los frutos. Y cuanto más sacaba, tanto más rebosante y florido se veía el rincón de Fray Serafín.

* * *

Pero la caridad, como arriba dijimos, fué su virtud predilecta y la que más brillo dió a su santidad, y fué también la que mayores milagros produjo. Severísimo consigo mismo, penitente y mortificado hasta el exceso, se deshacía en ternuras con el prójimo. Si él podía vivir hambriento y pobre, no sufría que nadie tuviera molestias o necesidades.

En el convento de Ascoli se guardaba un día la vigilia con el rigor acostumbrado en aquellos tiempos. No era obligación, sino simple devoción de la comunidad. El Superior, aunque enfermo, se propuso observar también aquella mortificación, para evitar el escándalo de sus súbditos. Adivinó

Fray Serafín los escrúpulos del Padre Guardián, y discurrió una sencilla estratagema para hacerle comer lo necesario. — «Padre—le dijo,—yo me considero indigno de comer en el refectorio con mis hermanos; mis pecados me avergüenzan y me quitan el apetito. Si Vuestra Reverencia me acompaña, creo que podré comer con más libertad.» El Superior no tuvo más remedio que acceder a tan humilde petición, y mientras él comía dos bocados, Fray Serafín, con una deliciosa y santa malicia, probaba un pedacito que simulaba no poder tragar si el Guardián no le animaba con su ejemplo.

Jamás se vió en nuestro santo el más leve indicio de rencor, de malquerencia o de ira. A su mismo hermano Silencio, que tanto le había maltratado en los días de la infancia, le prodigó exquisitos cuidados cuando le vió maltrecho por haber caído de un andamio, y con su bendición le sanó instantáneamente de todas sus heridas.

El Cardenal Bandini, legado pontificio en las Marcas, cayó un día del caballo y quedó medio muerto. Fray Serafín, obligado por obediencia a bendecir al herido, tocóle la pierna con el crucifijo y le hizo levantarse y continuar el viaje sin ninguna molestia.

Durante cerca de cuarenta años, Fray Serafín tuvo que padecer las más humillantes contrariedades: un día, el Superior le llamaba necio, inútil, perezoso; otro día, la gente se burlaba de él en la calle; a veces, sus mismos hermanos se reían sarcásticamente y tomaban a mal hasta sus mismas virtudes. El pobre Serafín, siempre sonriente,

contestaba a las injurias con bondades y beneficios, y hasta daba las gracias a los que le molestaban. «Muy bien, muy bien. Tú me conoces mejor que nadie. Así hay que tratar a los pecadores como yo. Dios te lo pague, Santito mío, Dios te lo pague.»

A un malvado que le dió un tremendo golpe en la cabeza dejándole sin sentido, le dijo Fray Serafín al volver en sí: «¡Ah, Santito, Santito! Dios te bendiga.»

Con mucha razón, un panegirista de nuestro santo le llama «mártir de la paciencia.»

* * *

Fray Serafín, aunque no vale para nada por su torpeza de manos, será codiciado y solicitado por todos los superiores, y le querrán tener en todos los conventos, como ejemplar de admirable virtud. Por eso, el santo pasará un año en una comunidad, seis meses en otra, recorriendo todas las casas, edificando a todos los religiosos. Fray Serafín es la joya de la provincia de las Marcas, y, por decirlo de alguna manera, la regla de San Francisco en carne mortal.

Los padres predicadores le llevan de compañero, porque saben que donde va Fray Serafín, el sermón sale más elocuente y más provechoso. Las oraciones del hermano lego acurrucado junto al altar, dan fuerza expresiva y penetrante a las palabras que suenan en el púlpito.

Fray Serafín no tiene ningún oficio fijo, porque en todos deja mucho que desear, aunque su vo-

luntad es excelente y su caridad un prodigio. Si le ponen de portero, tienen que quitarle inmediatamente: todo se le olvida, hasta los encargos más delicados; pero la gente que viene a la portería asegura que no hay otro más caritativo que él, ni más solícito y amable con los pobres. Cuando hace de cocinero, es un martirio para la comunidad: un día se olvida de echar la sal a la olla, otro día carga la mano, y cada plato resulta un salero; pero él todo lo arregla con su buen humor y con su humildad, y los religiosos prefieren los condimentos desabridos de Fray Serafín a las ricas salsas de otros cocineros más peritos.

El cargo que mejor le cuadra es el de limosnero, y seguramente no habrá nadie que le aventaje en ese oficio. Los mendigos se hacen encontradizos con Fray Serafín cuando vuelve con sus alforjas bien provistas; y antes de decirle una palabra de petición, ya tienen en sus manos un pan tierno o un puñado de legumbres. En las casas de los bienhechores, a cambio de la limosna, deja el pobre capuchino la paz y la alegría, reparte medallas de la Virgen, y los enfermos sanan milagrosamente con cualquier regalillo del buen hermano.

El santo limosnero no sabe leer ni escribir, y no se cuida de aprenderlo, según el consejo que daba San Francisco. Pero los predicadores sacan de su conversación ideas originales y profundas, como de una mina riquísima; los teólogos acuden al lego analfabeto para resolver dudas sutiles o para entender pasajes nebulosos de la Sagrada Escritura. —«Dígame, Fray Serafín—, le preguntaba un

predicador—; ¿cómo se traduce y cómo se explica aquel texto de David: *Tú, Señor, salvarás a los hombres y a los jumentos*? ¿A qué clase de jumentos se refiere el real profeta?» El ignorante Fray Serafín le contestó: —«Esos jumentos que Dios ha de salvar, son los pecadores que, como dice el mismo profeta, se degradan con el pecado hasta hacerse semejantes a las bestias. Vuestra Reverencia ya sabrá que Isaías llama perros a los pecadores, Jeremías les dice caballos, Oseas les compara a los leopardos, Ezequiel les apellida escorpiones, y San Juan Bautista no dudaba en llamarles víboras ponzoñosas. En fin, el mismo Jesucristo les echa en cara sus felonías, y dice que son astutos y malvados como los zorros. Pero la misericordia de Dios es tan grande, que salvará a todas estas bestias si se arrepienten de sus culpas.» El predicador tuvo que confesar, después de escuchar a Fray Serafín, que jamás había encontrado tan buena explicación en los sapientísimos infolios de su biblioteca.

Este buen hermano, a pesar de su ignorancia terrena, tiene muy pronto el ingenio para las cosas celestiales; y si le tiran un poco la lengua, hablará mejor que Salomón. A veces dice máximas o símiles y comparaciones que merecerían estar en algún capítulo de la Biblia.

* * *

Dícese que Fray Serafín jamás cometió voluntariamente un pecado venial. A una señora que le aconsejaba decir una mentirilla para excusarse,

le contestó: —«Señora, ¿le parece pequeña esa falta? Pues yo le aseguro que no la cometería por todo el oro del mundo.» A las señoras y jóvenes les aconsejaba modestia en sus vestidos, asegurándoles que la Virgen Santísima niega su bendición a los que ofenden al pudor.

Era devotísimo de la Madre de Dios, y no contento con su amor, procuraba con todas sus fuerzas que los demás se contagiaran con su devoción. Y siendo tardo de palabra e ignorante, cuando hablaba de la Virgen se le soltaba la lengua en frases poéticas de alabanza y de cariño. Cuentan sus biógrafos que varias veces mereció ver a la Reina de los cielos en toda su gloria y majestad. En el santuario de Loreto estuvo catorce horas arrodillado ante el altar de la Virgen, encendido y absorto en sabrosa oración.

Sus éxtasis eran frecuentes, y después de ellos, su sonrisa tenía un dejo celestial y su rostro aparecía tan ardiente e iluminado como si hubiera salido de un horno. Vió muchas veces los cielos abiertos, y reconoció a varios compañeros difuntos en la gloria del paraíso.

Delante de Jesús Sacramentado, era un verdadero serafín: no se cansaba de asistir o de ayudar al santo sacrificio de la misa, mirando al sacerdote como si fuera el mismo Jesucristo. Se cuenta que cuando moría algún ministro del Señor en la ciudad, Fray Serafín, dejando todos sus trabajos, iba a la casa del difunto y le besaba devotamente las manos. Llegó a sus oídos que en Ascoli había un sacerdote leproso; nuestro santo, movido por su ardiente caridad, fué inmediatamente a visi-

tarle, asistió a su misa, vió las horribles llagas, y se quedó después en fervorosa oración. Pronto conoció que Dios le otorgaba la gracia que pedía; pero la humildad del santo se alarmó con la promesa del milagro, y para ocultarlo, fué a la sacristía con un manojillo de hierbas y las pasó por las manos del sacerdote, diciéndole con gracejo: «No hay nada como esto para sanar esta enfermedad. Es un secreto de la medicina moderna que muy pocos conocemos.» El prodigio de la curación instantánea quedó escondido bajo el velo de la humildad.

* * *

Era famoso en todas partes el hábito pobre de Fray Serafín: él mismo lo hacía a su gusto. Parecía un muestrario de los pedazos más viejos que los demás desechaban; en toda su vida no gastó más que un hábito, el primero que le dieron. Podemos figurarnos el aspecto que presentaría, según iban pasando los años... Las burlas que aquel hábito le ocasionaba eran para él más preciosas que todos los elogios que buscan los elegantes del mundo; Fray Serafín no hubiera cambiado su sayal por el manto de oro de ningún emperador. Pero un día debió pasar por la prueba más temida. El Padre Superior, para conocer su espíritu de obediencia, le mandó que se pusiera un hábito nuevo, hecho expresamente para él, y que saliera por toda la ciudad de Ascoli a pedir la limosna, como lo hacía todos los días. La gente se quedó boquiabierta ante aquella inusitada elegancia del

buen limosnero que, con los ojos bajos, confuso y avergonzado, iba de puerta en puerta con las alforjas viejas y con el hábito nuevo. Y el Padre Guardián se convenció de que Fray Serafín estaba más contento y hasta más hermoso con su sayal remendado.

* * *

A Fray Serafín no le faltaban tampoco ciertos vislumbres de poesía y de sensibilidad. Amaba a los insectos y los protegía como su Seráfico Patriarca. Escuchaba embelesado los trinos de los pajarillos en la arboleda del convento, y solía decir a los frailes: «¡Qué bien rezan estas criaturas! ¡Con qué fervor alaban a su Creador! ¡Y cómo nos debemos avergonzar de nuestra tibieza!»

Una vez, estando con un padre predicador junto a un lago famoso por su abundante pesca, el padre manifestó a Fray Serafín el deseo de llevar algunos pececitos para comerlos en el convento. El siervo de Dios se inclinó hacia el agua y empezó a gritar: «Venid, criaturas de Dios, venid a mí.» Fué lindo espectáculo aquel: una turba de peces grandes y pequeños, saltando y dando volteretas en el agua, se acercó rápidamente a Fray Serafín. El santo introducía la mano y sacaba los más hermosos, y se los metía en las mangas del hábito. El padre predicador apenas podía creer lo que estaba presenciando, y se relamía los labios ante la idea del próximo banquete. Pero Fray Serafín comenzó a decir: «¿No ve, Padre, qué obedientes son estos animalitos? ¿Y no sería un crimen ma-

tarlos y comerlos? Ea, criaturas de Dios, volved a vuestro elemento y bendecid a vuestro Creador.» Los peces iban cayendo de las mangas y desaparecían rápidamente en el lago. El padre predicador no tuvo más remedio que alabar al Señor por haber dado tanta virtud al humilde Fray Serafín.

Cuentan también las crónicas que yendo el santo por un camino, se lanzaron sobre él varios mastines feroces; bastó una palabra y un gesto de bendición que les hizo devotamente, para que los animales cayeran a sus pies y lamieran sus viejas sandalias.



Toda la vida de Fray Serafín es así, candorosa y llena de prodigios hasta el postrer suspiro. Dios le reveló la hora de la muerte con clara precisión, y él lo decía a todos alegremente: «Hermanos míos, estoy de viaje, me voy pronto al paraíso.» A los sesenta y cuatro años, no es un anciano decrépito, pero está agotado por las penitencias y por el duro trabajar. Desde lejos se oye su fatigosa respiración y el penoso arrastrar de sus pies. Pero cada día está más alegre y parlanchín, y a todos los que le preguntan por su salud, les dice: «Muy bien; pronto me voy al cielo.» Esa es la gran noticia que da a sus hermanos y amigos, añadiendo: «Desde que tomé el hábito capuchino, deseé ir cuanto antes al paraíso; pero me parece que entonces no era digno de entrar allá, y por eso me dieron con la puerta en las narices. Me despidieron para que hiciera penitencia de mis pecados.»

A principios de octubre, un ataque de angina le postró en el lecho por varios días. Los religiosos le quisieron engañar piadosamente asegurándole que aquello no era nada. «No, no—repetía el enfermo—; es la muerte que me llama.» Sin embargo, pudo levantarse un día, ayudó al santo sacrificio, comulgó con su acostumbrado fervor, tomó sus alforjas y se fué a pedir limosna por la ciudad. Al regresar al convento, venía pálido y tiritando. «Es el frío de la muerte»—dijo; y se acostó disponiéndose a morir. Nadie creyó en la gravedad del mal. El superior no quiso darle los últimos sacramentos, juzgando que el aspecto del enfermo iba mejorando por instantes; pero Fray Serafín decía a todos con voces de súplica: «Dadme a mi Dios, traedme a mi Jesús. Antes de la noche voy a morir.» Hubo que ceder a sus instancias. Recibió de rodillas el sagrado viático, con transportes de encendida piedad, y poco después se durmió en el Señor. Era el día doce de octubre de 1604.

Los milagros que le habían acompañado durante la vida, no le abandonaron en la tumba. Su caridad inagotable siguió dispensando los dones de Dios en favor de los pobres, de los enfermos, de los afligidos y de los pecadores. La fama de sus virtudes y el rumor de sus prodigios llevaron a Fray Serafín al honor supremo de los altares.

SAN JOSE DE LEONISA
(1556-1612)

Junto a la ventana, por la cual entra suavemente el sol mortecino del crepúsculo, Francisca Paolini, noble y rica señora de Leonisa, está sentada con la rueca a un lado, y contempla la cuna de un hijito de pocos meses que se revuelve sin poder dormir, iniciando débiles y entrecortados vagidos. Francisca ha cantado con su vocecita tenue, ha mecido la cuna, y se ha entregado a sus quehaceres vigilando el inquieto dormitar del pequeñín. Pero el niño sigue moviendo sus bracitos, abre y cierra los ojos, estira las piernas, gime como un corderillo, mientras la rueca gira acompasada bajo los dedos ágiles de la señora. De pronto, Francisca queda atónita al observar que la cuna se balancea con un blando movimiento, como impulsada por una brisa acariciante, por una mano invisible y celestial. El niño se ha dormido, y tiene prendida en los labios la sonrisa fresca de los ángeles...

Francisca corre a contárselo a su esposo Juan Desideri, y ambos se convencen de que el ángel de la guarda ha mecido la cuna del pequeño.

Esta fué la primera señal de la futura santidad de aquel niño prodigioso. Crece y se desarrolla bajo la protección visible de lo alto; en la escuela de Leonisa, todos le miran como a un predestinado; es el primero en el estudio y el primero en la iglesia, el más obediente en la casa, el más caritativo con los pobres, el más casto en sus palabras y miradas.

Los amigos de Eufranio Desideri—éste era su nombre—se contagiaron pronto con la virtud y con los gustos de su compañero: le querían como a un hermano y le seguían a todas partes. En un amplio salón de su casa, Eufranio reunía a sus mejores amigos, y entre todos remedaban las funciones litúrgicas que habían visto en la parroquia: misas cantadas, novenas, procesiones. Uno tocaba la campanilla; otro armaba, con cajones y con palos, el altar que llegaba hasta el techo; otro se subía sobre una mesa, y echaba un sermón de dos minutos; otro, vestido con un blusón que le arrastraba, decía la misa en un periquete. En todos estos juegos, Eufranio hacía de obispo y de maestro de ceremonias, y no permitía jamás una burla ni una sonrisa; todo había de ser grave y santo, como en la iglesia.

Pocas más noticias sabemos de la infancia de nuestro santo. Las crónicas nos hablan de su primera comunión, que fué un día de fiesta para toda la casa y un acontecimiento para el pueblo de Leonisa, por la piedad y fervor del niño; nos cuentan su espíritu de oración y de penitencia, su horror a las malas compañíias, sus estudios, la pureza vir-

ginal de sus costumbres y la santa influencia que ejercía dentro y fuera de su casa.

* * *

Tenía alrededor de quince años cuando quedó huérfano, y fué a vivir bajo la cariñosa tutela de su tío que moraba en Viterbo. En el gimnasio de aquella ciudad continuó sus estudios con la misma aplicación, y dió pruebas de esclarecido y ágil ingenio. Un día, víspera de público certamen en la Academia, el alumno que debía defender la tesis principal cayó enfermo. Eufranio fué encargado por su tío, que era el director del gimnasio, de reemplazar al disertante. El joven tembló; pero sobreponiéndose al punto, pidió papel y libros de consulta, y preparó en pocas horas un maravilloso discurso que arrancó aplausos y vivas al distinguido auditorio.

Uno de los presentes, rico y noble caballero, quedó prendado de la elocuencia y virtud de aquel prodigioso muchacho, y pidió a su tío que se lo mandase a su casa, donde le trataría como a verdadero hijo. Tenía el caballero una hija muy querida, prodigio de hermosura y de bondad, y al momento surgió en el corazón del padre el proyecto de la felicidad de la niña: la casaría con Eufranio. Vinieron las insinuaciones, los consejos, las hábiles descripciones de un dichoso porvenir, se apeló a la influencia del tío, a quien el joven respetaba y quería como a su padre; pero los bellos proyectos se estrellaron contra la inflexible voluntad de Eufranio: «He dado mi corazón a Dios, y ninguna cria-

tura podrá arrebatárselo.» La Providencia vino a confirmar esa noble respuesta: una larga enfermedad alejó a Eufranio de la casa del caballero y le obligó a volver a los aires nativos de Leonisa. Todos los planes de matrimonio cayeron por tierra, y el joven respiró alegremente las auras de la victoria y de la libertad.

* * *

A principios de 1572, siguiendo un llamamiento irresistible de la divina gracia, le hallamos vistiendo el hábito de novicio capuchino en el convento «delle Carcerelle», cerca de Asís; pero sus parientes quedaron furiosos ante aquella determinación súbita e inesperada que venía a frustrar todas las esperanzas ilusionadas de la familia. Pronto idearon un plan de ataque y de conquista: una comisión de parientes, los más audaces y decididos, fueron a Asís y se presentaron en el convento reclamando a su deudo; pero las puertas de los monjes no se abrieron ante la audacia ni ante los clamores amenazantes. Algunos de los más jóvenes, viendo que perdían el tiempo en la portería, rodearon las tapias del huerto y escalaron el muro, dispuestos a llevarse a Eufranio a viva fuerza. Con gritos destemplados pidieron hablar con el novicio, y éste se presentó ante los intrusos lleno de energía y de mansedumbre. Vestido pobremente, descalzo, con los ojos bañados de luz angelical, sonriente y sereno, comenzó a reprocharles su actitud y a defender la causa de su vocación. A las pocas palabras, sus parientes parecían esclavos: se

dejaron conducir como ovejas hasta la iglesia del convento, rezaron algunas oraciones, lloraron arrepentidos, y se volvieron a Leonisa vencidos por la humildad y por la firmeza del novicio. Toda la familia comprendió que aquel muchacho estaba predestinado por Dios para ser un santo...

Fray José comenzó la nueva vida con el ardor propio de las almas heroicas: odiaba la rutina y la tibieza, y jamás estaba contento con su alma, anhelando mayores trabajos y más amplios horizontes de virtud. Su mismo maestro del noviciado, Bernardo de Espoleto, se asombraba ante los rápidos progresos del joven, y le ponía como modelo de perfección, no sólo a los novicios, sino aun a los religiosos más ancianos.

El día de la profesión religiosa fué un día de soliloquios y diálogos con su alma y con su cuerpo. A éste le echó un discurso digno de Demóstenes: «Ahora, mi hermanito asno, ya no somos novicios; es menester que nos portemos como profesos; no somos bisoños, sino veteranos; y este favor hay que agradecérselo a Dios. Prepárate pues a obedecer y a no venirme con altanerías, porque si rezongas, ya verás lo que te pasa. ¡A trabajar, a sufrir, a correr! Y se acabaron las demás ocupaciones. Si quieres subir hasta el cielo, tendrás que aligerar esa demasiada carne que llevas a cuestas. Mira, gordito; hay que enflaquecer un poco para caminar más aprisa.»

En efecto; Fray José comenzó a practicar un programa que da miedo. Ayunos a pan y agua, casi todo el año; sueño en pequeñas dosis; disciplinas y cilicios, hasta que la sangre saltaba. A veces,

el pobre cuerpo iniciaba una protesta, y su dueño se la hacía tragar a fuerza de azotes, mientras decía estas aleluyas: «Cocea, hermano asno, patalea y gruñe... ¿Qué te habías imaginado?»

Con tan bravas medicinas, muy pronto el hermano cuerpo debió someterse a los deseos del espíritu: los ojos no miraban sino lo que debían ver; la lengua apenas se movía fuera de la oración; el estómago no recibía otros consuelos que pan duro, agua turbia, ceniza y verduras desabridas; la espalda no conocía más caricias que los pinchazos del cilicio y los golpes de los azotes.

* * *

Nos figuramos al lector haciendo un gesto de desagrado y formulando una pregunta: «¿No es un crimen eso de castigar al cuerpo en forma tan cruel?» A eso respondo que, en efecto, sería un crimen ensañarse en nuestra carne y mortificarla, si el cuerpo fuera un dócil instrumento del espíritu. Pero, desgraciadamente, sucede todo lo contrario. Después del pecado original, «la carne desea en contra del espíritu, y el espíritu en contra de la carne», como dice el Apóstol. Nuestra vida espiritual no es otra cosa sino esa batalla perenne entre los dos elementos antagónicos que llevamos a cuestas. El predominio de la carne nos hace animales; la victoria del espíritu nos hace santos. Hay que reconocer valientemente, y sin falsos prejuicios, que la naturaleza humana tiene una funesta propensión a todo lo malo: el ojo quiere mirar sin trabas, la lengua quiere hablar sin cortapisas, el paladar pre-

fiere el fruto prohibido. La tierra, sujeta también a las consecuencias del pecado original, produce espinas y abrojos; para que dé flores, es necesario el arado, la simiente, el cultivo. Nosotros, tierra bravía, estamos inclinados a la concupiscencia, a la ira, al orgullo, a la vanidad, al goce; y si no hay un freno que nos contenga, seríamos capaces de atropellar por todo, con tal de dar satisfacción a nuestras pasiones. Ese freno es la penitencia, bajo el impulso de la fe. Los santos, que sabían muy bien esa fuerza de nuestras malas inclinaciones, miraron a su cuerpo de la única manera racional: como al peor de los enemigos. Y como a tal trataron de domeñarle y de vencerle. Los que no son santos ni se han preocupado jamás de serlo, no acabarán de comprender esta lógica férrea y extraña de la vida espiritual.

Discúlpenos el lector la digresión ascética que le brindamos: ha sido necesaria para nuestro relato, aunque estamos convencidos de que la lección es difícil de aprender, cuando el cuerpo está acostumbrado a lozanear a sus anchas.

* * *

Fray José, dominando perfectamente las rebeldías de la carne, se dispuso para el heroísmo en la palestra de los apóstoles, entre los cuales brilla como otro San Pablo. Ordenado de sacerdote, comenzó sus excursiones evangélicas en Italia, alternando los sermones con la oración, el bullicio de las ciudades con la soledad del claustro.

El apostolado del Padre José tenía un aspecto singularmente eficaz: era la fuerza irresistible de

su caridad, virtud que él sabía ejercitar como nadie, haciéndose todo para todos, dispuesto siempre a llevar el encanto del amor allí donde la amargura o el dolor mostraban sus manos escuálidas. Un día encuentra a un pobre mendigo, viejo y moribundo, abandonado a la vera del camino; lo carga sobre sus espaldas, atraviesa la ciudad entre la admiración de los habitantes, y llega al convento, donde cuida al desgraciado con exquisita delicadeza. Otro día halla a una viuda desvalida, rodeada de sus hijos hambrientos; el Padre José corre a buscar alguna cosa para acallar el hambre de aquella familia; toma un puñado de legumbres, las vuelve a plantar en el huerto del convento y las bendice; a los pocos momentos, las plantas crecen, se multiplican prodigiosamente, y el santo lleva una abundante cosecha que basta para alimentar a la pobre familia durante muchos días.

A un religioso que le pedía consejos para alcanzar la santidad, le respondió: «Caridad, siempre caridad. Lleva a los pobres en tu corazón, y serás santo.»

A los avaros les solía reprender ásperamente, amenazándoles con castigos espantosos en pago de su avaricia.

Cuando llegaba a un convento, su primera pregunta era siempre la misma: «¿Hay algún enfermo?» Y cuando lo había, iba directamente a visitarle, le saludaba con palabras afectuosas, le contaba cuentos, y le decía que los enfermos son los favoritos de Dios. Después le tomaba el pulso, le ayudaba a cambiar de posición, abría las ventanas para que entrara la alegría del aire puro y la belle-

za del sol, arreglaba los objetos de la celda, cantaba y reía, esparciendo el gozoso consuelo de su caridad.

En sus correrías por los pueblos de los Abruzos, campo principal de su apostolado, la caridad era lo que le impulsaba constantemente en su penoso ministerio y le hacía olvidar las exigencias del descanso y de la salud.

* * *

Pocos misioneros ha conocido Italia más populares que San José de Leonisa. Era el prototipo del predicador que entusiasma y conmueve a los oyentes, aun a los menos dispuestos a dejarse convencer; era el sacerdote ejemplar que está persuadido de la alteza de su dignidad, de la responsabilidad de su carácter sacerdotal y de la eficacia maravillosa de la palabra divina; en el confesonario y en el lecho de los moribundos, palpa todos los días los efectos sobrenaturales de la gracia de Dios que sabe ablandar los corazones de piedra; desde el púlpito, ve en los ojos de sus oyentes, como en un espejo, las diversas y profundas emociones que brotan en las almas, enterneciéndolas y subyugándolas. Dios le ha dado palabra fácil, llena de expresión y de viveza, palabra que sabe reír y sollozar, palabra que se oye al principio como una música, y que más tarde penetra hasta los últimos dobleces del alma, como un riego fecundo.

El Padre José no es avaro de su garganta privilegiada. Cuando va a una misión, no se contenta con predicar los dos sermones diarios de costumbre; recorre los pueblos vecinos, reúne a la gente

y le habla en la plaza pública o en la iglesia, llama a los niños con una campanilla de agudo sonido, les catequiza, les enseña a rezar y a cantar, organiza procesiones y romerías piadosas, no descansa en todo el día. Se cuenta que, en muchas ocasiones, predicó ocho, diez y más veces en un solo día.

Pero no confundamos a nuestro santo con un charlatán. Su ciencia sólida y profunda, su celo devorador y su caridad multiforme nos permiten distinguir ese inagotable río de oratoria sagrada de la vana garrulería de los habladores sin tasa. Además, ya sabemos que nuestro célebre misionero es silencioso como un sepulcro, amigo de la meditación y de la soledad, cuando no le impelen a lo contrario la caridad o el deber.

* * *

Los primeros pasos apostólicos del Padre José fueron dedicados a la gente sencilla, a los pueblos humildes y laboriosos de Italia. Más tarde, encontrando pequeña su patria, pidió ser enviado a tierras de infieles, para llevar a todas partes la semilla del Evangelio. Contaba treinta y tres años, y se sentía con ánimos y fuerzas bastantes a remover el mundo; sus riquezas eran un corazón de fuego, una voz de profeta, y el hambre insaciable de los apóstoles.

Y se embarcó en un viejo navío, y llegó a Constantinopla con varios compañeros, fervientes y y animosos como él. Durante el viaje, la virtud y el milagro le acompañaron y le protegieron: una furiosa tempestad tuvo que apaciguarse ante su mandato, rubricado con la señal de la cruz; un

panecillo, el último de sus alforjas, se multiplicó en sus manos y fué suficiente durante un mes para toda la tripulación; varios marineros, ignorantes en asuntos religiosos, acudían todos los días al P. José, y acabaron por instruirse perfectamente. Los primeros pasos por las calles de la antigua Bizancio tuvieron por guía a un bello y misterioso niño, que desapareció en forma repentina al dejar a los misioneros en lugar seguro.

Tenían los capuchinos en Constantinopla un pequeño hospicio con su capillita desvencijada y pobre. Su misión era penosa, difícil y llena de peligros: se dedicaban, entre otras cosas, a fortalecer en la fe a los cristianos y a impedir la apostasía de los cautivos que gemían en las mazmorras de los piratas turcos. Las visitas que hacían los misioneros, sus predicaciones en las cárceles, los auxilios materiales y espirituales que prodigaban, debían ser ejecutados con exquisita prudencia e innumerables cautelas, para no irritar a los mahometanos, y sustraerse a los edictos del Sultán, que había amenazado con pena de muerte a los que propagaran la fe de Cristo.

El P. José comenzó un apostolado complejo y hermoso: hacía de enfermero, de limosnero, de catequista y de consolador. «Hacía con aquellos desgraciados—dice un biógrafo—todo lo que una madre cariñosa puede hacer con un hijo muy amado.»

Muerto el Superior de la misión, nuestro santo fué nombrado para sucederle, y desde entonces amplió el campo de su actividad, sin temor alguno a las consecuencias que su conducta le pudiera acarrear. Iba por las calles y predicaba a los gru-

pos de mahometanos, sin cuidarse de los edictos del Sultán, sin parar mientes en las torvas miradas de su auditorio.

El fruto de sus trabajos era escaso, y el fogoso misionero empezó a discurrir la manera de llegar hasta el mismo palacio del soberano. Rondó varios días para ver si le sería posible burlar la vigilancia de los guardas; y al fin, una mañana, santiguándose fervorosamente, con el corazón saltándole de gozo, con la frente erguida, el paso seguro y los ojos iluminados y alegres, pasó por la «Sublime Puerta». A los pocos metros, la voz de alto de un soldado, los pescozones de los porteros y pajes, le hicieron retroceder y volverse al convento, rechazado, mas no vencido.

Varios días estuvo meditando otro plan más hacedero y seguro para renovar su tentativa, y en efecto, volvió a entrar en el palacio por otra puerta, si no tan «sublime», más llana y de más probable éxito que la primera. Los guardas dormían beatíficamente. El capuchino, sonriente y cauteloso, contuvo el aliento, dejó las sandalias en la puerta, caminó en las puntas de los pies, y comenzó a atravesar salones y pasillos. Oyó que en una sala vecina varios soldados estaban enfrascados en el juego: risas, apuestas, juramentos, canciones. —«Hasta ahora vamos bien»— pensó el fraile. Pero de repente, uno de los jugadores se levanta de la mesa y aparece en el corredor, frente a frente del capuchino. Aquellas pardas vestiduras, los pies descalzos, la barba, el cordón, el crucifijo, fueron para el soldado como la visión del mismo demonio. A los pocos momentos, toda la casa era

un bullicio: gritos, blasfemias, palos, puntapiés. Creyeron que el fraile era un probable asesino del Sultán. La aventura tuvo un epílogo desconsolador: unos días de cárcel, de inanición; los deseos del martirio, convertidos en un poco de hambre y en algunas tandas de azotes.

Pero la tristeza del misionero pronto se trocó en la más completa alegría: un soldado le entregó un pergamino en el cual estaba escrita la sentencia de muerte. El Sultán, Amurat III, considerando la gravedad del crimen, intento de asesinato, condenaba al reo a ser suspendido de un poste hasta morir de hambre y de dolor.

Tres días y tres noches estuvo el animoso capuchino clavado de una mano y de un pie en la plaza pública; y desde aquel extraño e incómodo púlpito, no cesó un momento de predicar la verdadera fe a la multitud de curiosos, hablándoles de Cristo, bendiciendo a Dios, descubriendo los errores del islamismo y las supercherías de Mahoma. La gente comenzó a inquietarse ante aquel espectáculo; amontonaron leña verde debajo del mártir, para ahogarle con el humo; pero la agonía se prolongaba demasiado, y el reo continuaba siempre predicando la fe. A la tercera noche, todas las ilusiones heroicas del apóstol se desvanecieron: se encontró de repente milagrosamente desclavado, vigoroso y sin heridas; y Dios le dió a entender que al punto debía tornar a Italia, donde le esperaban nuevos trabajos y nuevos combates. El santo aceptó resignado la prueba; el martirio se escapaba otra vez de sus manos anhelantes, cuando ya la corona de gloria estaba a punto de ceñir sus sienes. Pero las

señales gloriosas del suplicio le duraron toda su vida: en la mano derecha y en el pie, dos cicatrices blancas y profundas daban testimonio de la fe del héroe.

El apostolado en Constantinopla no fué estéril. Un día el P. José exclamó ingenuamente: «¡Cuántas almas ha convertido este mi crucifijo!» Se cuenta, entre otros casos, la conversión de un arzobispo griego apóstata, que dejó los honores y riquezas que le brindaba el Sultán y retornó a la Iglesia Católica por la palabra persuasiva del santo capuchino.

* * *

Vuelto a Italia el Padre José, continuó impertérrito sus predicaciones, con las mismas energías de los primeros años. Entraba a veces en los salones de baile, hacía que la danza se suspendiese, y con exquisita cortesía invitaba a los asistentes a que le acompañaran hasta la iglesia; allí les hablaba con terrible acento, recordándoles la muerte, el juicio, el infierno y la vanidad de la vida presente. Las conversiones eran innumerables en todas partes por donde pasaba la austera figura del misionero.

Huía de los aplausos y buscaba con ansia los desprecios y humillaciones; predicaba con más gusto en los pueblecitos apartados que en las grandes ciudades; desafiaba las tormentas, la lluvia y la nieve, y llegó a pasar a nado torrentes y ríos para llevar su palabra y su amor a los pobres abandonados. Ardiendo siempre en inflamada caridad, parecía que esta virtud era su pasión dominante: ante una desgracia cualquiera, el corazón le hacía

discurrir hábiles recursos e ingeniosos consuelos. Conocía el modo más apto y delicado para conseguir la paz entre los enemigos, sabía cómo se enjugan las lágrimas, cómo se cierran las viejas heridas, cómo se ahuyentan las tristezas y cómo se hace sonreír a un alma atribulada. Un día se encontró con dos bandos de campesinos que peleaban entre sí furiosamente. El P. José, con el crucifijo en la diestra, se puso en medio de los combatientes, y consiguió, con sus clamores de paz, que los adversarios se reconciliaran y se dieran el abrazo de la caridad.

* * *

Los milagros se sucedían a su lado, sin que, a veces, él mismo se diera cuenta. En un viaje por el campo, comenzó a llover torrencialmente: era la hora en que debía rezar los maitines. Sacó tranquilamente su breviario y rezó el oficio en medio de un furioso aguacero; ni el libro ni el hábito del P. José se mojaron, mientras su compañero de viaje quedaba hecho una sopa.

Muchos testigos afirman que nuestro santo despedía de toda su persona una fragancia deliciosa, como flor fresca y perfumada. Raro fenómeno en un hombre que tan mal cuidaba a su cuerpo, que no se distinguía por el aseo esmerado, y que llevaba unos hábitos pobres y despreciables. El herrero que compuso un cilicio gastado y viejo del P. José, decía que aquel horrible instrumento de penitencia tenía un aroma celestial, y que a su contacto se había sentido libre de una antigua y grave dolencia.



Habiendo conocido, por especial revelación de Dios, que el fin de sus días estaba próximo, pidió permiso para ir a su pueblo natal para despedirse de sus amados compatriotas. Pasó diez días en Leonisa y volvió al convento de Amatrice, fatigado por la afectuosa despedida de sus conciudadanos que le siguieron largo trecho por el camino. Antes de perder de vista a su pueblo, se detuvo embargado por la emoción, y con voz solemne exclamó: «Oh, Leonisa, mi querida patria; ésta es la última vez que te veo, y por eso te doy mi última bendición. Yo te bendigo, bendigo tus muros, tus casas, tus habitantes, tu territorio y todo lo que hay en ti... Dios sea siempre contigo y te dé prosperidad en todas tus empresas y te mantenga siempre en la fe católica y en la práctica de la religión.» Calló un momento; y levantando la mano temblorosa, trazó la señal de la cruz sobre la amada ciudad.

En el convento de Amatrice, después de dolorosa enfermedad mitigada por los fervores y por los consuelos de los últimos sacramentos, un día, al terminar de rezar aquellas palabras de Prima: «*La muerte de los justos es preciosa a los ojos del Señor*», se durmió plácidamente para despertar en el cielo. Era el día 4 de febrero de 1612.

Un grandioso templo, orgullo de la ciudad de Leonisa, guarda los restos preciosos del gran apóstol capuchino. La inagotable caridad que en vida fué su característica más bella, después de la muerte no se ha entibiado: el milagro florece todos los días en su sepulcro.

SAN LORENZO DE BRINDIS
(1559-1619)

Guillermo Rossi, noble patricio de la ciudad de Brindis, escribía hacia 1560 a su hermano Pedro, que se hallaba de cura en Venecia: «Hermano: pongo en tu noticia como el Señor me ha dado un hijo, pero de unas cualidades tan extraordinarias y sobrenaturales, que según lo que ha escrito Dios en su rostro, no me atrevo a decir si es criatura humana o celestial... Te aseguro que, en los pocos meses que tiene, da tales muestras de talento, virtud y santidad, que tiene admirados a todos...»

No parece que exageraba el padre de este «niño prodigio» al hacer las declaraciones ingenuas que acabamos de transcribir, como después se verá.

* * *

En 1559 nació en Brindis Julio César Rossi y Massella, de padres nobles y ricos. A los cuatro años ya tenía caprichos muy distintos de los caprichos ordinarios de los otros niños de su edad y condición. El capricho fué vestir el hábito de los religiosos Conventuales de San Francisco, y

andar por las calles de Brindis disfrazado de frailecito. Después del hábito, vino la santa manía de predicar, primero a sus amigos, y más tarde a todo el mundo, dando así los primeros pasos en el oficio que iba a ser el más brillante de toda su vida. Gustaba de oír en la catedral a los mejores oradores; y luego les remedaba en la calle, copiando sus gestos, sus inflexiones de voz, y hasta sus frases que una felicísima memoria le hacía retener con admirable exactitud.

Los Padres Conventuales no podían desprenderse de aquel niño angelical que parecía un San Pablo en miniatura; y frecuentemente le obligaban a predicar en el coro del convento, mirándole embelesados y conmovidos, llorando de dulcísima emoción ante aquel formidable orador de seis años. Un día invitaron al Arzobispo de Brindis para que asistiera a uno de los sermones; y el Prelado aceptó gustoso, y se escondió en el coro de manera que el niño no pudiera turbarse al sospechar su presencia. Debió ser tan elocuente y tan docto el sermón, que el Arzobispo vió claramente al Espíritu de Dios hablando por aquella boca infantil. Abrazó al niño, y le permitió que un día predicase públicamente en la catedral de Brindis.

Fué cosa de ver al niño predicador encaminarse a la imponente catedral, acompañado de dos reverendos Padres Conventuales que eran sus maestros, sus ángeles guardianes,... y también sus discípulos y admiradores. La multitud llenaba las amplias naves del templo, ávida de escuchar al niño santo, cuya vocecita ora sonaba musical como la de un jilguero, ora tronaba grave y majestuosa como

la de un profeta. Lágrimas de arrepentimiento, conversiones, sollozos y gritos, fueron el fruto inmediato de aquellas curiosas prédicas.

Pero todavía el apóstol no era más que una bellísima promesa. Los Padres Conventuales no se deslumbraron ante aquella precocidad, y cuidaron con esmero de la educación y formación completa del niño. Aquí podríamos decir, guardando las distancias, lo que San Lucas dice de Jesucristo: «El niño crecía en edad, en sabiduría y en virtud delante de Dios y de los hombres.»

* * *

Guillermo Rossi, el padre de nuestro Julio César, murió hacia 1573; y el niño fué con su madre a Venecia, a recibir la educación y los cuidados de su venerable tío don Pedro Rossi, sacerdote santo y sabio y rector del seminario de San Marcos de aquella ciudad. En Venecia, nuestro joven comenzó una vida de estudio intenso y de penitencias y oraciones continuas: quería prepararse para el llamamiento de Dios, para la vocación religiosa que ya sentía crecer en su alma.

Un día vió a dos religiosos Capuchinos, y se le fueron los ojos y el alma en pos de los humildes monjes. Jamás había visto hombres de tan celestial continente. Aquellos sayales castaños y pobres, como de antiguos ermitaños; aquel cíngulo con que se ceñían; aquellas barbas majestuosas y cándidas, como las de los grandes profetas; aquellos pies descalzos, que parecían hollar todas las vanidades; y aquellos ojos de humildad y de pureza, fueron para

el joven estudiante el colmo de la perfección y el modelo de la santidad. Y después, en sus frecuentes visitas al pobre convento, creyó que aquél era el palacio de la virtud, el castillo de Cristo, su vivienda y su cielo.

Poco tiempo después, en el convento de Verona, un novicio de dieciséis años cambiaba su ilustre nombre, Julio César Rossi, por el de Fray Lorenzo de Brindis, y los finos vestidos de seda por el grueso sayal capuchino.

Antes de admitirle, el Padre Provincial le hizo ver las dificultades y asperezas de la vida religiosa, el total abandono del mundo, la pobreza y la mortificación; y le mostró una de las celdas del noviciado en la que no había más lujos que una cama de tablas, el breviario, las disciplinas y una imagen de Cristo. El joven contestó a todas las objeciones: «Padre, me parece que nada me será difícil si puedo tener en la celda un crucifijo.»

* * *

Los fervores del novicio fueron cosa insólita aun entre los santos religiosos de aquella casa; y así se convirtió Fray Lorenzo, de simple aprendiz, en maestro consumado de oración, de penitencia y de espíritu franciscano.

Graves fueron las cavilaciones de los Padres cuando, al cumplir el joven su año de noviciado, cayó gravemente enfermo: unos decían que aquello era la voz de Dios que quería que Fray Lorenzo se santificara en el mundo y no en el claustro; otros pensaban que no era posible privar a la Orden Ca-

puchina de una lumbrera de tal magnitud. Se resolvió esperar un mes para darle la profesión o negársela. En pocos días, gracias a las fervientes plegarias del enfermo. las dolencias desaparecieron, y el novicio hizo su profesión religiosa con más alegría que si hubiese conquistado un mundo.

En Padua empezó el estudio de la Filosofía y de las lenguas más importantes. Dícese que se aprendió de memoria toda la Biblia, y la citaba aún en las conversaciones ordinarias con puntualísima precisión. El mismo afirmaba que si los Libros Sagrados se perdieran, podría, con el auxilio de Dios, volver a escribirlos exactamente en hebreo.

En Filología fué un caso excepcional: alcanzó a dominar, con absoluta perfección de acento, giros y modismos, las lenguas francesa, italiana, alemana, española, hebrea, griega y caldea y otras. Los judíos que le oyeron hablar le creían hebreo, y aseguraban que se expresaba con más elegancia y corrección que los mismos rabinos.

Tenía tal memoria que se dijo de él: «nunca olvidó lo que una vez leyó.» A este propósito se cuenta una anécdota graciosa. Había por aquel tiempo en Venecia un famoso predicador dominico, el P. Eberto, muy amigo del Padre Guardián de los Capuchinos. Este quiso hacer un día una broma a su elocuente amigo. Mandó a Fray Lorenzo que fuese a oír un sermón del P. Eberto, y que después escribiese lo que hubiere oído. Obedeció el joven, y escribió todo el sermón al pie de la letra, sin faltar punto ni coma. El Padre Guardián tomó las cuartillas y se las mandó al P. Eberto con una esquela que decía: «Amigo, tenga cuidado con lo que pre-

dica como cosa propia; ya ve que todo estaba escrito por otra mano.» El predicador no podía dar crédito a sus ojos cuando leyó las cuartillas, pues el sermón que acababa de predicar era completamente original, sin plagios ni usurpaciones. Pero su asombro fué aún mayor cuando supo lo que había ocurrido; fué al convento de Capuchinos y pidió, con gran interés, ver a Fray Lorenzo, de cuya cultura y piedad quedó admirado hasta el extremo.

Cuéntase también que su maravilloso don de lenguas, y en especial el conocimiento perfecto del hebreo, fueron dones de la Santísima Virgen a quien Fray Lorenzo pidió estas y otras gracias con frecuentes oraciones, para trabajar por la gloria de Dios y de la Iglesia.

* * *

Las cualidades y virtudes del joven religioso pronto traspasaron los muros de su convento y llegaron a oídos del General de la Orden, el cual le nombró predicador antes de que terminase sus estudios y se ordenase de sacerdote. Fray Lorenzo hubo de aceptar humildemente el cargo, y predicó dos cuaresmas en San Juan de Venecia, y más tarde, en Verona, Padua, Nápoles, Génova, Mantua y otras importantes ciudades de Italia. Los pueblos iban tras él, y casi siempre las mayores iglesias eran insuficientes para contener al público; había que llevar el púlpito a la plaza o colocarlo en medio del campo.

El fruto de estas predicaciones era una bendición manifiesta de Dios. En Venecia, una dama célebre

por sus riquezas y por sus escándalos, prorrumpió en amargo llanto en uno de los sermones. En Pavía, un grupo de estudiantes universitarios fué, por curiosidad y tal vez por espíritu de burla o de crítica, a oír a Fray Lorenzo. Aquellos jóvenes eran la pesadilla de la ciudad por sus desórdenes y escándalos. Después del sermón, buscaron al predicador y cayeron a sus pies llorando de arrepentimiento. Todos prometieron cambiar de vida; y en efecto, unos se encerraron en diversos conventos, y otros expiaron con penitencias y virtudes los vicios de la juventud.

* * *

No podemos omitir un suceso de singular importancia en la vida de nuestro santo: su promoción al sacerdocio y la celebración de su primera misa. La Santa Misa fué para San Lorenzo de Brindis, durante su larga vida, el panal de todas las dulzuras y la fragua de todas las energías. Nuestro santo tiene rasgos eucarísticos inconfundibles que bien merecen ser puestos ante los ojos de todos los sacerdotes y de todos los cristianos. La Santa Misa fué el centro y la razón suprema de su vida espiritual. Después de una prolongada meditación preparatoria, el santo subía al altar, todo tembloroso y encendido de fervores. Allí eran los transportes y coloquios con su Dios, los éxtasis inefables. Parecía que Dios aprovechaba esa ocasión para comunicarse con su fiel siervo, sin velos y sin trabas. Las horas se sucedían rápidas en esos coloquios; tres, cinco, ocho horas duraba ordinariamente la misa de nuestro santo; y los acólitos acechaban los gestos

y otras señales visibles de contemplación y de fervorosos éxtasis. Unos atestiguaron haberle visto rodeado de llamas, como si ardiese en una hoguera celestial; otros aseguraban que muchas veces le vieron elevado sobre el suelo, como transportado por manos invisibles. Un día, en la corte de Baviera, mientras el santo celebraba su misa, vieron todos los asistentes una clarísima luz que le circundaba y hermoseaba con resplandores celestes. Y esos efectos maravillosos se transmitían también al cuerpo: durante largos años, el santo padeció fuertes dolores de gota, con tal intensidad, que le privaban de cualquier movimiento. Sólo durante la celebración del santo sacrificio, sentía que Dios mitigaba sus dolores. El mismo lo confesaba: «Cuando estoy oficiando en el altar, mis tormentos desaparecen.» Se le notaba ágil, rejuvenecido, hacía todas las ceremonias de la misa con soltura y gravedad, con cierta elegancia natural, con admirable exactitud en todos los pormenores litúrgicos. Con razón se ha dicho que las misas de San Lorenzo de Brindis son una página excepcional en la hagiografía cristiana. Se cuenta que viajando una vez por tierras de herejes, y no teniendo dónde celebrar el santo sacrificio, anduvo a pie más de cuarenta millas, con terribles dolores de gota, para no perder la misa. Caminó toda la noche, como llevado por el Espíritu de Dios, y a la madrugada llegó a una iglesia católica en la que pudo celebrar la santa misa con transportes extraordinarios de felicidad.

Estando en el altar, lloraba con tal abundancia que alguna vez llegó a empapar de lágrimas siete pañuelos; sus amigos y devotos se los repartían

después como reliquias, y los enfermos recobraban la salud con sólo tocar aquellos lienzos humedecidos.

* * *

La fama del capuchino llegó también a los augustos oídos del Papa Clemente VIII. El Pontífice le llamó a Roma y le dió el expreso encargo de predicar a los judíos de la Ciudad Eterna. Fray Lorenzo, ante la magnitud e importancia de la difícil misión que se le confiaba, redobló sus oraciones y ayunos, y comenzó inmediatamente su apostolado. Penetró en los tugurios, en los comercios, en las buhardillas y en las sinagogas de los hebreos, inflamado de celo y de caridad, y empezaba siempre sus pláticas con el saludo consabido: «Mis queridos hermanos.» Los judíos, al oír este desacostumbrado título de fraternidad, al ver su cariñosa solicitud, al escuchar aquel irreprochable lenguaje de su raza, le cobraron tal simpatía que por todas partes le llamaban «nuestro querido predicador.» Y las ovejas dispersas de Israel volvían en gran número al redil amoroso del Buen Pastor.

Un día, el Cardenal Spinelli, Legado Apostólico en Praga, convidó a varios rabinos de los más eruditos y recalcitrantes a celebrar una disputa pública sobre la Religión en su propio palacio. Llamó también al P. Lorenzo, que acudió puntual y sin libro alguno, fiado de la gracia de Dios, y de su feliz memoria que era «toda una librería animada», como dice un biógrafo. Se había preparado con especiales oraciones y con crueles disciplinas extraordinarias. Comenzaron los rabinos, ayudándose unos a otros,

citando textos, amontonando citas y autoridades, revolviendo con mucho aparato sus venerables infolios. El capuchino, sin inmutarse, comenzó a destrabar la complicadísima maraña de tan sutiles y numerosos argumentos. Explicó los Profetas que anunciaron a Cristo, confrontó los textos de ambos Testamentos y los compulsó con los escritos judíos, trajo a colación las palabras de los antiguos rabinos, recitó de memoria capítulos enteros de los mismos escritores hebreos; y todo con absoluta seguridad, sin tropezar un punto, y al mismo tiempo con tal aire de ingenua y exquisita cortesía, que los maestros de Israel quedaron aturdidos y confusos. Y varios de los presentes se convirtieron a la verdadera fe, al verla expuesta con tanta claridad, sabiduría y fervor.

* * *

A los treinta y un años de edad, nuestro santo fué elegido Provincial de Toscana y luego de su propia provincia de Venecia; más tarde, Definidor general, Comisario general de Austria, y por último, General de toda la Orden Capuchina (1602). En todos estos cargos fué el hombre providencial, dejando a su paso huellas indelebles de sabiduría, de tino y de fervor, que le hicieron ser considerado como la figura cumbre de su época, el oráculo de la cristiandad en las frecuentes luchas contra el error. La Orden Capuchina, en especial, tuvo en San Lorenzo de Brindis, un propagador incansable, una palanca espiritual que levantó a indecible altura las actividades reformadoras de los primeros y difíciles tiempos.

Como apóstol, fué un segundo Vicente Ferrer: incansable, erudito, elocuente, taumaturgo. Cuando San Lorenzo de Brindis predicaba en una ciudad, era día de bullicio y de fiesta. Los labradores dejaban sus bueyes y sus arados; los estudiantes, sus clases; los muchachos, sus juegos y travesuras; los enfermos, sus lechos de dolor. Era imponente aquella figura austera y venerable: alto y robusto de cuerpo, voz timbrada y poderosa, barbas abundantes que los años fueron emblanqueciendo. Pero lo que más atraía hacia su púlpito era aquella unción, aquel fervor con que las palabras salían de sus labios. No es posible formarse una idea aproximada de la eficacia de su verbo candente, si sólo nos contentamos con leer los sermones que nos dejó su pluma. Hay que acudir al prestigio de sus virtudes y al fuego de su alma; hay que recordar sus milagros innumerables y ruidosos.

* * *

Una nueva aureola debía coronar la frente de este hombre extraordinario: la gloria de la diplomacia. El Padre Brindis llegó a ser el árbitro de reyes y emperadores, el consejero de los príncipes católicos de toda la Europa cristiana, el brazo derecho de los Papas Clemente VIII y Paulo V en los graves asuntos internacionales.

El año 1599 es una fecha capital en la vida de nuestro santo. Desde entonces hasta su muerte en 1619, el porvenir religioso y aun político de Europa estará en sus manos o dependerá de su acción.

El Arzobispo de Praga, Monseñor Berka, con el beneplácito del emperador Rodolfo II de Alemania,

pide al Sumo Pontífice una misión de capuchinos para los estados imperiales, con el fin de contener los avances del Protestantismo. Clemente VIII le manda inmediatamente doce capuchinos bajo la dirección del Padre Brindis, a quien nombra Comisario Apostólico en Alemania. Los apóstoles llegan a Viena en días críticos para la causa católica: una poderosa armada turca amenaza invadir el territorio húngaro. El archiduque Matías, hermano del emperador, y lugarteniente suyo en Viena, ha huído ante el peligro de las huestes de Mahomet III que se acercan «como una negra tempestad». Los capuchinos entran en la ciudad y comienzan sus tareas con aplauso unánime de la población católica. Fundan un modesto convento en uno de los barrios más pobres y abandonados, y desde allí salen todos los días a predicar por las calles y por los campos, visitan a los enfermos de los hospitales, levantan el caído ánimo de los campesinos, les instruyen, les consuelan; poco a poco, los frailes se van haciendo dueños de todos los corazones.

El Padre Lorenzo deja en Viena seis religiosos y va a Praga con otros seis a repetir sus hazañas y sus predicaciones. Funda un convento en la corte y otro en Gratz, con la segunda expedición de religiosos que acaban de llegar de Italia.

Nuestro santo se convierte pronto en el ídolo de la ciudad imperial. Ha llegado a Praga en días de epidemia, y se multiplica en actos de heroísmo, visitando a los enfermos, catequizando a los protestantes, predicando con arrebatadora elocuencia, en las iglesias y en las plazas públicas. Dondequiera que se presenta, la multitud le sigue y le aclama con

delirante entusiasmo. No es raro ver, entre las filas de su auditorio, las barbas rabínicas de los maestros judíos o las severas hopalandas de los pastores protestantes.

Pero tampoco faltan las injurias y los ataques traicioneros. Un día, un grupo de protestantes le espera en el Puente Viejo; llega sereno el predicador, y súbitamente se lanzan sobre él con ánimo de asesinarle. Los familiares del Nuncio tienen que intervenir y logran despejar el campo después de encarnizado combate. Pero los protestantes no se dan por vencidos, y promueven una guerra sorda y tenaz contra el Padre Lorenzo y sus compañeros.

La población de Praga era, en aquella época de agitación, un conglomerado de todas las sectas y de todos los errores religiosos, gracias a la debilidad del emperador. Los capuchinos tuvieron que sufrir las burlas del pueblo que se reía al verlos descalzos y con sus hábitos descoloridos y remendados. En Viena no andaban mejor las cosas: el populacho, incitado por los protestantes, asaltó el convento, y los religiosos estuvieron a punto de perecer bajo el fuego de los fusiles.

* * *

Repentinamente, el emperador Rodolfo II cambia de conducta. Católico sincero, entusiasta admirador y protector de los capuchinos, amigo de las artes y de las ciencias, tiene la mala fortuna de caer, al mismo tiempo, en las manos del astrónomo protestante Tycho Brahe y en las garras de una terrible neurastenia. El emperador tórnase suspicaz, triste, inconstante y nervioso. Deja a un

lado los importantes asuntos del imperio y de la religión, y se entretiene en las pérfidas charlas del sabio Tycho Brahe que domina al soberano con su indiscutible prestigio. El astrónomo le envuelve en sus intrigas, le va saturando de recelos, le maneja como a un muñeco. Rodolfo se siente al borde de la muerte; sus nervios, mantenidos en creciente tensión por el sabio, no le dejan sosegar un punto; las más negras pesadillas atormentan su sueño; ve el puñal homicida en las manos de los capuchinos, frente a un espejo de su palacio, gracias a un hábil truco del astrónomo embaucador; y ordena que los religiosos salgan inmediatamente de sus dominios.

El decreto de expulsión no llegó a firmarse: cuando ya los capuchinos estaban prontos a volver a su patria, el emperador revocó sus órdenes y mandó que no salieran de la ciudad, y aun dió al Padre Lorenzo nuevas y abundantes limosnas para terminar los conventos recién fundados.

Nuestro santo visita a sus hermanos infundiéndoles ánimo y asegurándoles que la mano de Dios estará siempre de su parte. En su visita al convento de Viena, se encuentra probablemente con el gran orador y santo religioso, el Beato Benito Passionei de Urbino, que ha llegado de Italia en la segunda expedición de capuchinos, y que será uno de sus más eficaces colaboradores en la predicación y en el sostenimiento de los conventos que empiezan a surgir en Hungría y Alemania.

* * *

Por estos días los turcos renuevan la ofensiva contra el imperio con la toma de Kanizsa; el pe-

ligro se agrava por momentos; y hay que hacer algo, rápido y enérgico, para salvar a la cristiandad.

Rodolfo II olvida su neurastenia por algunos días, únese a su hermano Matías emperador de Hungría, y pide al Papa que le mande sus ejércitos. Clemente VIII organiza rápidamente una pequeña armada, nombra capellanes de la misma a los capuchinos, y el Padre Lorenzo recibe órdenes del Pontífice para ponerse al frente de la expedición, en calidad de jefe espiritual.

El ejército imperial se reunió en Praga con las huestes papales, y el Padre Brindis y sus compañeros montaron a caballo, entre las risas de los soldados luteranos y el asombro de los católicos. El primer choque con el enemigo fué en Stuhlweissenburg (Alba Real), y la batalla duró varios días sin que se supiera quién había de resultar vencedor. El Padre Lorenzo fué el que decidió la suerte: galopando por entre las filas de los soldados, llevando el crucifijo en su diestra como única arma, administrando los sacramentos a los heridos y pidiendo fervorosamente en su corazón el triunfo de la causa católica, consiguió lo que a muchos parecía imposible. El enemigo se retiró en desorden; los veinte mil combatientes del ejército imperial habían derrotado a más de ochenta mil turcos; y en el campo del vencedor, todos, jefes y soldados, atribuyeron la victoria al Padre Lorenzo. Se contaba que las balas caían a sus pies sin tocarle, y que varias se le habían quedado enredadas en el pelo de la tonsura y de la barba. Unos decían que en todo momento se le vió en los puntos más difíciles, dirigiendo la lucha con sus voces enérgicas de mando, que

unas veces eran gritos de animación, y otras, fervorosas oraciones por la victoria. Decíase también que hubo de dejar en el campo cinco caballos, heridos o muertos en el combate.

Los mismos soldados protestantes no pudieron contener su asombro ante las hazañas del intrépido capuchino; muchos volvieron a la fe de la Iglesia Católica, y algunos le siguieron después en la vida monástica.

* * *

Al año siguiente, 1602, San Lorenzo de Brindis fué elegido General de toda la Orden Capuchina, y dedicó sus indomables energías a fomentar el genuino espíritu franciscano en las numerosas provincias que visitó personalmente, con un celo impetuoso que, a veces, le acarreó serios disgustos.

Recorrió Italia, Suiza, Alemania, Francia, Bélgica y España, caminando siempre a pie, a pesar de sus fuertes dolores reumáticos que no le dejaban un momento de reposo. Dondequiera que llegaba el santo capuchino, los pueblos le recibían en triunfo, corrían a oír sus sermones, le traían los enfermos para que los bendijera, y aun los herejes e incrédulos se postraban a su paso.

En los conventos era mirado como un nuevo San Francisco, lleno del Espíritu de Dios y adornado con la aureola de la santidad. Pasaba largas horas ante el sagrario, embebido en altísima contemplación, y hablaba a los religiosos con palabras rebosantes de caridad y a veces de santa energía.

El carácter de nuestro santo no debía ser de una dulzura inalterable; más bien nos le figuramos se-

vero, y a ratos inflexible. La Orden Capuchina, extendida prodigiosamente por Europa antes de cumplir un siglo de existencia, tenía el peligro de perder la característica austeridad primitiva, dando cabida a ciertos abusos o libertades que pudieran mitigar su primer rigor. El santo General comprendió el peligro, y se propuso conjurarlo con mano de hierro.

En España encontró un convento demasiado lujoso que le hizo llorar amargamente por la pérdida de la pobreza. Llamó a la comunidad, y exclamó ante los religiosos consternados: «Desventurado convento, que por tu orgullosa vanidad eres indigno de ser morada de los pobres siervos de Cristo; en nombre del mismo Jesús y de San Francisco, yo, indigno vicario suyo, te maldigo. Pero vosotros hijos míos, no temáis por vuestra vida, porque sois inocentes de este pecado». Pocos días más tarde, estando todos los frailes en una procesión por la ciudad, el convento se derrumbó, quedando en pie solamente la iglesia, que era pobre y muy conforme a la sencillez capuchina.

* * *

En el capítulo de 1605, el Padre Lorenzo deja el oficio de General y se retira a Venecia. Allí reanuda sus predicaciones, y lleva la paz al ducado de Mantua que se había alzado en violenta rebelión contra su soberano.

Al año siguiente, el papa Paulo V le confía una misión delicada en Alemania, y nuestro santo vuelve a su antiguo campo de acción, con el nombra-

miento de Comisario Apostólico para las misiones capuchinas de aquella nación; a su paso por Donauwörth, hace prevalecer los derechos de la abadía benedictina en contra de los vejámenes cometidos por los protestantes; llega a Praga, y comienza inmediatamente la formación de una Liga católica de defensa de la fe, entre Maximiliano de Baviera y varios príncipes eclesiásticos. De allí corre a España a conseguir la adhesión valiosa del rey Felipe III, y regresa a Münich con la promesa de ayuda del soberano español.

* * *

Pero nuestro admirable santo no es solamente un hábil diplomático; sobre todas las cosas, es un apóstol de Cristo y un hijo de San Francisco de Asís. En España, con una rapidez increíble, pone los fundamentos de la provincia capuchina de Castilla, consiguiendo un convento en Madrid y otro en los dominios reales de «El Pardo». Felipe III accede gustoso a todas las insinuaciones del Padre Lorenzo, gracias a la entusiasta apología que del capuchino hace la reina, la grande y piadosa Margarita de Austria, que le había tratado en su juventud y había recibido sus preciosos consejos y su experta dirección espiritual. El monarca observa con ojo atento al capuchino, y pronto se convence de que es un hombre de Dios; le colma de honores, pide su bendición y sus consejos, y quiere darle un título de grandeza para allegarle más a su corona. Pero nuestro santo sólo aprovecha la benevolencia del rey para gloria de la Iglesia y de su Orden,

rehusando cualquier honor o título que se refiera únicamente a su persona.

En la corte de España, el Padre Brindis dejó un recuerdo imperecedero de su prudencia y de su santidad. Un día la reina, valida de su confianza con el santo, se atrevió a pedirle una gracia que él sólo podía conceder. Una de las damas de la corte, la más apreciada de los reyes por su virtud, padecía una enfermedad incurable. La piadosa reina solicitó del Padre Lorenzo la curación milagrosa de la favorita. El siervo de Dios hizo la señal de la cruz sobre la enferma, y ésta, en presencia de todos y en el mismo instante, se sintió completamente sana.

Otro prodigio tuvieron ocasión de presenciar los reyes y los dignatarios de la corte. El Padre Lorenzo regaló a la reina un puñadito de tierra del monte Calvario, asegurándole que sobre ella había caído la sangre de Cristo. Algunos incrédulos se burlaron de la extraña afirmación del capuchino; pero al colocar el santo aquella tierra sobre unos corporales, comenzó a salir sangre fresca y en abundancia, ante los ojos atónitos de los ministros extranjeros y de las damas y caballeros de la corte.

* * *

Vuelto el Padre Brindis a Alemania, recorre Sajonia y el Palatinado predicando con la maravillosa elocuencia de su vida ejemplar y de su palabra de fuego. Los pueblos protestantes se convierten en masa; y era tal la fuerza irresistible de los argumentos del predicador, que uno de los príncipes herejes prohibió a sus vasallos ir a los sermones, temeroso

de que todos acabasen por abjurar la fe de Lutero.

Por este tiempo sostiene una ruidosa polémica con el célebre predicador protestante Policarpo Laiser, y le obliga a retirarse vergonzosamente, derrotándole con la lógica aplastante de la verdad.

Vuelve después a su patria, coronado de gloria, y prosigue incansable su obra de pacificador en las diferencias entre el rey de España y el duque de Saboya.

Pasa luego al reino de Nápoles; asiste entristecido a las injusticias y arbitrariedades que sufre la población por los caprichos del despótico virrey Duque de Osuna; y se propone terminar cuanto antes con aquellos abusos. Los principales personajes de Nápoles le eligen como embajador extraordinario ante el soberano español; el Papa aprueba y bendice la idea; y el Padre Lorenzo se dirige a España con dos compañeros, venciendo antes los manejos del Duque de Osuna, que quiere impedir a toda costa aquel viaje de justicia y de paz.

* * *

Llegó San Lorenzo a Madrid después de un viaje penosísimo, agravado por los frecuentes dolores de gota que las largas caminatas a pie renovaron de manera alarmante. Felipe III se hallaba en Lisboa por aquellos días; y el santo embajador quiso más atender a su deber que a su quebrantada salud, y se puso en camino inmediatamente. En la capital portuguesa, apenas cumplida su importante misión, cayó en cama para no levantarse más. Don Pedro de Toledo le dió el consuelo de sus cuidados y la hospi-

talidad de su palacio. Los cinco últimos días de la vida del siervo de Dios fueron una fervorosa preparación para el gran viaje a la eternidad. La Eucaristía volvió a ser entonces su fuerza, su esperanza y su alegría; los dos capuchinos que siempre le acompañaban pudieron darle la Santa Comunión hasta el día de su muerte. El 22 de Julio de 1619, fecha en que cumplía 60 años de edad, murió aquel hombre extraordinario, una de las personalidades más complejas y más admirables que ha visto la Humanidad.

Su cadáver fué llevado al convento de Clarisas descalzas de la Anunciada de Villafranca del Bierzo, donde actualmente reposa. «A su muerte, toda Europa gimió. El rey de España aseguraba haber sentido esa desgracia tanto como la muerte de su propio padre. El Papa y los Cardenales lloraron al recibir la dolorosa noticia.» La fama de santidad del gran capuchino fué creciendo por toda Europa y se confirmó con numerosos prodigios. Fué beatificado por Pío VI en 1783, y canonizado por León XIII en 1881.

* * *

El biógrafo de San Lorenzo, Padre Ajofrín, hace en su obra este retrato de nuestro héroe: «Desde joven empezó a ser de corpulenta estatura, de suerte que, ya grande, descollaba sobre todos en cualquiera concurso. Su rostro, apacible y grave; el color era por lo regular entre blanco y encarnado; pero en los últimos años inclinaba a pálido por el rigor de sus austeridades y continuos trabajos; sus ojos negros, rasgados y majestuosos; la frente des-

pejada; el cabello negro, aunque en la ancianidad tiraba a cano. Era cuasi calvo, pero con perfección; la barba muy poblada y larga, entre cana y roja; la nariz aguileña y proporcionada... Se puede decir de este Pasmo de la Gracia lo que de Catón se celebraba: «Que ni de siete años era niño, ni de setenta viejo.»

* * *

Indudablemente, la figura de San Lorenzo de Brindis es una de las más interesantes que nos presenta la historia del siglo en que vivió. Pero todavía no hemos dicho todo. Hay que recordar que esa vida de continuo ir y venir, sin perder un punto la tranquila serenidad del espíritu ni la perfecta unión del alma con Dios, estuvo en constante producción literaria y científica. Su pluma es un milagro de fecundidad; no acertamos a comprender cómo aquel infatigable viajero, lleno de preocupaciones espirituales y políticas, pudo llenar tantas y tan sesudas páginas que hoy son la admiración de teólogos y apologistas. En el pobre cuarto de la posada, a la luz de mortecino candil, robando al sueño horas preciosas, el santo escribiría vertiginosamente todo lo que su corazón y su inteligencia le iban dictando. Y sin embargo, en esos escritos no se nota la fatiga ni la prisa; parecen redactados en el recinto y sosiego de una copiosa biblioteca; están esmaltados de citas y de textos bíblicos, a veces en caracteres hebreos o griegos; suponen un prodigioso dominio de la cultura eclesiástica y profana de la época.

Obras de exégesis bíblica, sermones, comentarios, panegíricos, discursos, consideraciones sobre la vida religiosa, apologética y controversia; verdaderas obras maestras de erudición, a veces profundas y áridas como un abismo, a veces galanas y perfumadas como un jardín.

La Historia, que no siempre es justiciera, había olvidado en parte la formidable labor de San Lorenzo de Brindis. Hoy se hace plena justicia a sus méritos. Hombres estudiosos e imparciales reconocen que San Lorenzo fué un acérrimo defensor de la verdad católica y un maravilloso expositor de los misterios de la fe; y que, en la rica y variada colección de sus obras, campean la elegancia del lenguaje, la cultura teológica y patrística, la fuerza del raciocinio y la singular efusión de una alma endiosada.

Los modernos editores de sus obras (Padua, 1928 y siguientes) dicen en la introducción al «Mariale» que «si la vida de San Lorenzo fué un cántico del corazón en honra de la Virgen, sus escritos marianos pueden llamarse un cántico de la inteligencia.» Véase este original pasaje de un sermón sobre el Ave María: «¡Dichosos y bienaventurados aquéllos que, inspirados del Espíritu divino y movidos por el afecto sincero del corazón, como enviados por Dios en compañía del arcángel San Gabriel, se acercan a la Virgen, la saludan con el ángel, la honran, adoran y felicitan con vivo espíritu y con piadoso afecto de interna devoción! Porque no es posible que la Virgen no les devuelva su saludo. El ángel se retiró feliz, después de conseguir su petición; así también, los que la saludan con él, no po-

drán retirarse de su presencia sin una riquísima consolación del alma y sin copiosos favores y dones celestiales!» ¡Bellísima manera de incitarnos al rezo fervoroso y frecuente de la salutación angélica!

* * *

Entre las obras de San Lorenzo de Brindis, «muchas, devotas, graves y sapientísimas», merece singular mención la monumental refutación del Protestantismo, titulada «Lutheranismi hypotyposis». La palabra «hypotyposis», algo extraña para los lectores profanos de nuestros días, significa, según lo declara el mismo santo, *imagen clara*, retrato exacto o exposición fidedigna; es decir, que en el libro se combate con argumentos sacados de la misma doctrina luterana. Dicha obra, verdadero arsenal de conocimientos, está dividida en la siguiente forma: Hypotyposis de Martín Lutero; Hypotyposis de la Iglesia y de la doctrina luterana; Hypotyposis de Policarpo Laiser.

El plan general de esta obra es el mismo para todas sus partes: el santo escritor saca a la luz pública los errores protestantes, desmenuza las teorías de los heresiarcas, pulveriza sus argumentos, pone de manifiesto las falsedades, obscenidades y delirios de Lutero y Laiser, con palabras textuales tomadas de las obras de los mismos adversarios, y muestra sus paradojas, sus sofismas y falacias en la interpretación arbitraria de la Sagrada Escritura. Comienza por aquel texto de Cristo: «No puede un árbol bueno dar malos frutos, ni darlos buenos un árbol malo»; y termina con aquellas otras pala-

bras de aplastante lógica: «Por sus frutos los conoceréis.»

El principal adversario de nuestro santo fué un teólogo luterano llamado Policarpo Laiser, gran hablador, erudito no despreciable, hombre que se enorgullecía de sus fáciles triunfos oratorios, y que era llamado por sus secuaces «el Fósforo de los teólogos», «el Doctor hermosísimo», «el Teólogo sincero y ortodoxo», y otros títulos no menos pomposos y retumbantes. San Lorenzo de Brindis se encargó de desinflar ese globo de vano viento con golpes certeros y repetidos. Laiser tuvo que retirarse del campo de la polémica y se esfumó misteriosamente. Más tarde, San Lorenzo escribió la refutación de los errores de Laiser; pero no quiso publicar su obra por un exceso de delicadeza: su rival había muerto por aquellos días, y el santo juzgó que la aparición de su libro sería mirada como un acto innoble contra el hombre que «ya no podía defenderse».

SAN FIDEL DE SIGMARINGA
(1577-1622)

Por sus venas corría la noble sangre española, mezclada con la vigorosa sangre alemana. Rey y Rosenberger son sus dos apellidos.

Esta figura caballeresca es digna de un retablo medioeval, o mejor, de un sepulcro en las catacumbas romanas. Noble nacimiento, esmerada educación, aspecto atrayente, finos modales, alma seráfica, martirio heroico; por dondequiera que se le contemple, este santo capuchino es una estampa de perfección.

* * *

Nace en 1577, a orillas del Danubio, en la pintoresca ciudad de Sigmaringa. Esta pequeña y hermosa ciudad se levanta graciosamente en el centro del ducado de Suabia, y es capital del distrito de Hohenzollern.

Juan Rey es el burgomaestre, caballero sin miedo y sin tacha, como decían los antiguos, católico por convencimiento y por tradición, jefe de una numerosa familia que Dios ha bendecido con larga mano. La reina de este hogar es Genoveva Rosenberger:

ella dirige la casa por los caminos de la oración cotidiana, con alma de artista y de santa, y va modelando los tiernos corazones de sus pequeños en todas las virtudes y en todos los sacrificios. Suavidades y energías. A su sombra crecen los niños, entre juegos y lecciones, haciéndose hombres y cristianos. Los protestantes van invadiendo todo el territorio circunvecino: la casa de Juan Rey opone a ese avance una muralla de fe y de oración.

Uno de los niños se llama Marcos; es nuestro San Fidel. Despierto, juguetón, vivaracho; pero también eminentemente piadoso y aplicado al estudio. Todavía se conserva la cuna en que Genoveva meció los primeros sueños de Marcos: hoy es una reliquia venerable, y sobre ella las madres cristianas de Sigmaringa acostumbran a depositar los cuerpecitos delicados de sus hijos, apenas son bautizados.

Marcos Rey era un prodigio de inteligencia y de buena memoria; el latín, las matemáticas, la historia, la filosofía, entraron en su cabecita con facilidad y le hicieron sabio antes que llegase a ser hombre. Dícese que los discursos latinos que más tarde pronunció parecían escritos por el mismo Cicerón.

Movido por un hermoso espíritu de caridad, cursó la carrera de abogado en la célebre Universidad de Friburgo de Brisgovia, y pensaba: «Yo seré el defensor de los oprimidos.» Cómo hizo Marcos Rey sus estudios, nos lo dice el mismo Rector de aquel instituto, el profesor Andrés Zimmermann: «En la ciudad y en la Academia de Friburgo no había quien le igualase.»

El joven llegó en poco tiempo a ser el estudiante de mayores simpatías entre cuantos le conocieron,

por su carácter bondadoso, por su sólida piedad y por su cultura y cortesía admirables. Los barones de Stotzingen se fijaron en él cuando hubo que elegir un preceptor y un guía para su hijo. Este muchacho, rico y cristiano, quiso hacer un largo viaje de recreo y de estudio por diversas naciones europeas, en compañía de varios amigos. Y el «cicerone» más apropiado y de mayor confianza fué el joven Rey. Aceptó éste la proposición, lleno de gozo; y el viaje fué para todos una serie no interrumpida de bellas emociones y de útiles enseñanzas. Para nuestro héroe fué especialmente providencial, pues le sirvió para estudiar el avance de los protestantes, en cuya conversión iba más tarde a trabajar con constancia y a morir con gloria. Afortunadamente conservamos algunos relatos de este viaje, debidos a la pluma del joven Stotzingen; son pinceladas preciosas que no pueden faltar en nuestro cuadro. «Durante su viaje por Francia, Marcos Rey tomaba parte en las controversias públicas, ora en las Academias, ora en los Clubs protestantes, refutando la doctrina antirreligiosa y antipatriótica de los reformados. Los jurisconsultos franceses no podían disimular su admiración ante aquel caballero alemán, de cortos años, que trataba las cuestiones más arduas con tanta facilidad como los que han encanecido en el estudio del Derecho y de la Teología... Casi todas las mañanas se acercaba a los santos sacramentos, sobre todo en las festividades de Jesucristo, de la Virgen y de San Francisco de Asís, e invitaba a sus compañeros de viaje a hacer lo mismo... Fué siempre devoto, piadoso, ejemplar; jamás le vi airado... En la Cuaresma

se disciplinaba todos los días y se ceñía el cilicio, como yo mismo pude observarlo con estupor...»

Seguramente que los estudiantes universitarios de nuestro tiempo leerán estas líneas con una sonrisa de desdén. Hoy son muy distintas las «ocupaciones» de nuestros muchachos. Frente al lema de Marcos Rey «mucho estudio, mucha oración, mucha penitencia», más de uno pondrá este otro programa: «nada de oración, poco estudio, mucho gozar». Pero es evidente que el primer programa puede producir héroes y santos; mientras que el segundo sólo producirá muñecos o criminales...

* * *

Terminada la carrera de abogado con brillo excepcional, Marcos Rey abrió su bufete en Ensisheim (Alsacia), poniendo su inteligencia y su corazón al servicio de todas las causas de la justicia y de la caridad. «Un día, dice Clemente de Brescia, se suscitó un pleito entre dos personas, y ambas partes designaron su abogado respectivo. El litigante que tenía más razón a su favor, eligió a Marcos Rey; el abogado de la parte contraria era un hábil tinterillo, ducho en todas las malicias y falto de escrúpulos de conciencia. Aquel rábula intrigante, que temblaba ante la idea de tener que habérselas con los serios argumentos y acrisolada honradez de Marcos, le llamó aparte y le dijo al oído: «Mira, querido; no veo la razón de tanta meticulosidad en la interpretación de las leyes. Hagamos un arreglo entre los dos, y ambos podremos sacar partido y provecho de este litigio.»

Marcos Rey, quedó estupefacto ante la insolencia de su indigno colega, abandonó su bufete, colgó la toga, y empezó a pensar seriamente en retirarse del mundo, consagrando su vida a la causa de Dios y de la Iglesia. Se le presentó entonces a la memoria el recuerdo de varios amigos y condiscípulos suyos que hacía unos años dejaron las vanidades mundanas y vistieron el hábito capuchino; pero sobre todo se acordó de Jorge, el menor y el más querido de su hermanos, que, en 1604, había entrado capuchino con el nombre de Padre Apolinar de Sigmaringa, y que ahora era un fervoroso predicador del convento de Friburgo.

Tardó mucho tiempo en decidirse, pensando en cuál Orden Religiosa sería más apropiada a la índole de su espíritu. Le atraían los cartujos, por el culto que rendían a la soledad y al silencio; le gustaban los jesuítas, por su exquisita cultura y celo apostólico; pero le pareció que los capuchinos, a quienes había tratado más íntimamente, reunían el celo de los unos y la soledad de los otros. La oración fervorosa a que se entregó por aquellos días vino a despejar las dudas de su alma. Añadióse a esto el clamor de la fama de varios ilustres capuchinos cuyos nombres llenaban el mundo. Alemania y Suiza pregonaban la caridad sin límites del P. Esteban de Unterwalden y de sus compañeros, «los ángeles de los apestados»; Italia, Austria y España corrían en pos de la palabra fogosa de San Lorenzo de Brindis; San José de Leonisa había sido una de las primeras antorchas del apostolado católico; los jóvenes aristócratas franceses entraban en gran número a la Orden Capuchina; por todas

partes el nombre de los austeros monjes iba nimbado con una aureola de santidad; quizá el mismo Marcos Rey había conversado, en su reciente viaje por Europa, con alguno de aquellos famosos capuchinos, que eran el dique más formidable opuesto a los avances del Protestantismo. Lo cierto es que su decisión fué enérgica, madura e inquebrantable.

El Obispo de Constanza, sabedor de los propósitos de Marcos Rey, le aconsejó que, antes de tomar el hábito, recibiera las órdenes sagradas, para que pudiese dedicarse inmediatamente al apostolado. Aceptó el joven tan cuerdo consejo, y en septiembre de 1612, contando 35 años de edad, el brillante abogado subía las gradas del altar, ordenado de sacerdote. Su primera misa, la celebró en el convento de Friburgo, el día 4 de octubre, fiesta de San Francisco de Asís. Un enorme gentío se congregó en la iglesia de los capuchinos para ver aquel insólito espectáculo de la renuncia de todas las ilusiones mundanas, ofrecido valientemente por el nuevo sacerdote. Después de la misa, fué vestido con el hábito que tanto había deseado; y en el mismo momento, Marcos Rey dejó su glorioso nombre seglar y se llamó Padre Fidel de Sigmaringa. El Maestro de novicios, al imponerle el nuevo nombre; le dijo estas palabras que habían de resultar espléndida profecía: «Sé fiel hasta la muerte, y recibirás la corona de la vida.»

Hecha la profesión religiosa un año más tarde, el antiguo abogado tuvo que volver a las aulas, estudiando la Teología en el seminario de Constanza. Su profesor escribió de él este bello elogio: «El P. Fidel poseía un juicio maduro y clarísima inteli-

gencia. De genio alegre y de admirable serenidad, adivinábase toda la inocencia y candor de su alma. Me atrevo a decir que jamás cometió un pecado mortal. Sostengo que el P. Fidel era modelo de virtud, y muy superior, según creo, a todos los religiosos de su convento.»

* * *

Tanto el nuevo sacerdote como su Obispo y superiores ardían en deseos de que comenzasen cuanto antes los trabajos de la predicación. Todos se prometían inmensos bienes de su virtud eminente, de su celo y caridad, y hasta de sus cualidades externas. Era alto y bien formado, la frente despejada, barba regular, cabello rubio. Su mirada viva y penetrante tenía una dulzura irresistible. La voz era vibrante y melodiosa.

Muy pronto las esperanzas se convirtieron en la más hermosa y fecunda realidad. Si es cierto, como dice el Apóstol, que a veces Dios escoge para sus obras instrumentos débiles y despreciables al parecer, también es cierto que, en otras ocasiones, los elige hábiles y robustos, y El mismo los forma en toda perfección para decoro y gloria de su Iglesia. El P. Fidel fué uno de esos instrumentos preciosos modelados por la bondad de Dios para la empresa titánica de la salvación de las almas.

Comienza el nuevo apóstol sus correrías evangélicas en Suiza y las continúa en Austria y en el sur de Alemania. El terreno es áspero, y la mala semilla crece por doquier: otros sembradores, Lutero, Zwinglio, Calvino, le han precedido, y han dejado

el campo plagado de cizaña. Su auditorio es una mezcla heterogénea de católicos y de herejes, de gente culta y de curiosos ignorantes. Su palabra va derecha a las almas, limpia de ornatos literarios, caldeada en amor de Dios, rebosante de caridad. «Hablaba con tanta suavidad, mansedumbre y eficacia, que los mismos herejes confesaban no haber oído ni visto jamás a un predicador más piadoso y atrayente... Muy pronto los adversarios se trocaron en amigos. Visitaba a los enfermos, consolaba a los tristes, apaciguaba las discordias. Protestantes y católicos le llamaban «el Angel de la paz.»

* * *

El secreto de su maravillosa eficacia estaba en la oración; jamás subió al púlpito sin recogerse una hora antes junto al Sagrario, la primera y mejor fuente de sus sermones. Mas no descuidaba tampoco la preparación científica: las páginas que conservamos de su pluma, están salpicadas de citas y textos escriturarios y patrísticos, de observaciones místicas, de profundos pensamientos y de consideraciones originales. Se ve en esas páginas al hombre de oración y de estudio. Un día predicó sobre la resurrección de Lázaro, y comentó las lágrimas de Cristo ante el sepulcro de su amigo en esta forma: «Jesús llora, y nosotros, pecadores, permanecemos tranquilos, como si nada malo hubiéramos hecho. Hemos pecado: ¿qué hacer ahora? ¿No lloraremos lágrimas de arrepentimiento? Pobre pecador, ¿qué es lo que ve Cristo en ti, que le aflige y le hace llorar? Es tu alma muerta, y so-

bre ella se desconsuela y llora. El te pregunta: ¿Dónde la has puesto? ¿En las riquezas? Sal del sepulcro; no pongas en ellas tu corazón. ¿Dónde la has puesto? ¿En la usura? ¿En los intereses? Sal del sepulcro; ¿de qué te servirá ganar todo el mundo, si pierdes tu alma? ¿Dónde la has puesto? ¿Quizá en las pasiones de la carne? Pues ni los impúdicos, ni los adúlteros entrarán en el reino de los cielos. Sal del sepulcro, antes que hagas de tus pecados una costumbre maldita, antes que empieces a despedir el hedor de tus malos ejemplos, antes que tus manos y pies se vean atados por la dificultad de obrar el bien, antes que en tu rostro deje marcadas sus huellas el pecado. Sal del sepulcro. Aun cuando seas un Lázaro, muerto de cuatro días, Cristo te llama: *Lazare exi foras;* levántate y sal afuera.»

Esta página, donde el abogado se esconde detrás del apóstol, parece arrancada de las obras de San Juan Crisóstomo; difícilmente se hallará nada más enérgico, más contundente o más oportuno.

* * *

La verdad, en labios del P. Fidel, estaba siempre por cima de todas las otras conveniencias y respetos humanos. En Altdorf, un caballero le dijo después de escuchar uno de aquellos valientes sermones: «Padre, si queréis comer aquí buena sopa, debéis predicar de otra manera.»—«¿Y qué me importan a mí vuestras sopas?» —le contestó el misionero. «Tened entendido que yo no predico para que no me falte vuestra comida, sino que hablo lo que me manda la conciencia.»

El valor de este apóstol es, en verdad, sorprendente. Descalzo, pobremente vestido, llevando en sus manos un crucifijo y un breviario, que eran todas sus riquezas, atravesaba los valles cubiertos de nieve, las imponentes montañas de Suiza, los ríos helados; entraba en las guaridas de los protestantes y en las chozas de los mendigos; hablaba en las iglesias y en las plazas públicas; siempre sereno y lleno de fervor, sin miedo a las continuas asechanzas que los adversarios le armaban.

El cargo de Superior, que desempeñó en los conventos de Rheinfelden, de Friburgo (Suiza) y de Feldkirch, no fué obstáculo para sus incesantes trabajos y numerosas predicaciones.

* * *

Todas las virtudes cristianas y monásticas parecían haberse dado cita en el corazón del P. Fidel, y en todas se presenta como modelo de acabada perfección. En la pobreza, se le hubiera tomado por uno de los mejores discípulos del Pobrecillo de Asís; en la humildad era un caso excepcional, pues, a pesar de sus virtudes y talentos, vivía entre sus hermanos como si fuese el más indigno y pecador; en la pureza del corazón era un espejo claro de los cielos, sin nubes ni manchas; en la penitencia, tendríamos que escribir una página horrorosa de mortificaciones, de disciplinas, de ayunos y de cilicios. Obediente hasta el heroísmo a la voz del Superior; fervoroso y extático en la oración, como los ángeles que contemplan el rostro divino. Su devoción a la Virgen María fué una de las notas más bellas en

aquel concierto de virtudes; tenía las ternuras de un enamorado, las confianzas de un hijo y las delicadezas de un poeta.

Todas estas virtudes, practicadas en grado heroico, daban a su palabra una eficacia maravillosa: un día, dos prominentes herejes, Rodolfo de Salis y Lorenzo Gopffer, caían a sus pies después de larga conversación, y abjuraban públicamente sus errores; otro día, todo un pueblo abandonaba las filas del Protestantismo, ante la virtud y la elocuencia celestial del apóstol capuchino. Los procesos de beatificación y canonización están llenos de interesantes detalles sobre las innumerables conversiones, sobre las disputas públicas y privadas con los corifeos del error, sobre los milagros y profecías del Siervo de Dios.

Su actividad no cesaba un momento. Fué nombrado capellán militar, y los soldados llegaron a ser sus mejores amigos; y cuando había alguna falta que corregir o reprender, el P. Fidel no se detenía ante los galones ni ante las estrellas de los más altos jefes; los enfermos le llamaban a gritos, y los condenados a muerte pedían, como última gracia, la compañía animadora del capuchino. «En el cuartel, en el hospital, en las ambulancias, la aparición de un ángel del cielo no habría causado mayor alegría que la presencia del P. Fidel», dice un cronista.

* * *

Para contrarrestar de alguna manera la ola de inmoralidad y de libertinaje que invadía la ciudad de Feldkirch y su comarca, emprendió una campaña tenaz; uno de sus sermones, lleno de vehemente

indignación, levantó gran polvareda. Varias señoras y caballeros de la aristocracia llevaron al Senado de la ciudad una reclamación contra el predicador. El P. Fidel, lleno del espíritu de Dios, sereno, elocuentísimo, se presentó en la asamblea y habló sobre la urgencia de cortar de raíz aquellos abusos que él había denunciado desde el púlpito. «Todos unánimemente aprobaron su opinión—escribe un autor.—El Senado votó un reglamento destinado a contener el curso desbordante del lujo, del libertinaje y del desprecio a las leyes de la Iglesia; prohibió en absoluto la venta de libros o escritos contrarios a la religión católica, y mandó inspeccionar las librerías y arrojar al fuego todas las producciones de la mala prensa.» Los efectos de aquella decidida intervención del Padre Fidel fueron admirables: al poco tiempo, la ciudad estaba desconocida; y la modestia, la caridad y las costumbres puras y cristianas volvieron a florecer entre los habitantes.

Sólo diez años vistió el Padre Fidel el hábito capuchino; pero en tan corto tiempo, el fruto de su palabra y el ejemplo de su vida santa hicieron más fruto que un ejército de misioneros. Por dondequiera que pasaba el predicador capuchino, dejaba el recuerdo inolvidable de su santidad y de su doctrina.

* * *

El día 14 de enero de 1622 es una fecha memorable en los anales de la Iglesia Católica. El Papa Gregorio XV, después de varias tentativas y ensayos realizados por sus antecesores, celebró la primera sesión de la Congregación de la Propaganda,

en el Palacio del Cardenal Sauli. Unos meses más tarde, el 22 de junio del mismo año, la Congregación quedaba definitivamente fundada por medio de la Bula pontificia «Incrustabili». El objeto de esta Congregación, uno de los organismos más eficaces de la Curia Romana, es el de preocuparse de la difusión del Evangelio en todas las naciones del orbe, fundando misiones y ayudando a los misioneros, especialmente en países infieles. Esta Congregación está ligada, en sus orígenes, a la Orden Capuchina. El historiador protestante Ranke y otros afirman claramente que uno de los fundadores y propagadores más entusiastas de esta magnífica institución fué el célebre predicador capuchino Jerónimo de Narni, a quien el Cardenal Belarmino comparaba con San Pablo, por el fuego y la elocuencia de sus predicaciones. Otro capuchino, nuestro Fidel de Sigmaringa, estaba señalado por Dios para ser el primer mártir y uno de los más bellos ornamentos de aquella Congregación.

Los Cardenales que formaban parte de la Propaganda desde la primera sesión de enero, se interesaron especialmente por enviar predicadores a las regiones de Europa más amenazadas por el Protestantismo; y se organizó una expedición de capuchinos que partió inmediatamente a la Alta Rezia. El Padre Provincial escogió al Padre Fidel de Sigmaringa, Superior del Convento de Feldkirch, que había conocido anteriormente toda la comarca de los Grisones, como superior de los misioneros capuchinos de aquella región; y el Nuncio Apostólico Monseñor Scappi le dió amplias facultades de índole espiritual.

* * *

Por aquellos días, los Grisones estaban bajo el yugo de la dominación austriaca, lo que contribuía a hacer más delicada y violenta la situación. Las tropas austriacas católicas reprimían, a veces sangrientamente, todos los avances del Protestantismo; y los Grisones, exasperados por su fanatismo sectario y por el mal trato de los soldados austriacos, declararon guerra a muerte a todos los enemigos de sus errores y de su independencia. El historiador imparcial no puede aplaudir la conducta del ejército católico; pero tampoco sería justo confundir los desordenados actos de los subalternos con la recta y noble intención de sus jefes.

El Padre Fidel, que lamentaba sinceramente los abusos cometidos, se propuso remediarlos con su admirable espíritu de caridad y con su intervención prudente y comedida. Anhelando con toda su alma la conversión de los Grisones, emprendió su último viaje favorecido con la benevolencia de los caudillos austriacos y armado de facultades espirituales extraordinarias como misionero de la Propaganda. El correo portador de los documentos en que se nombraba al P. Fidel misionero y Prefecto dependiente de la Congregación, no pudo llegar a tiempo: el apóstol se había apresurado a dar su sangre y su vida por la fe.

El 14 de abril del mismo año dejó su amada ciudad de Feldkirch y partió para el cantón de los Grisones; pero antes quiso despedirse de sus amigos y de todo el pueblo. Subió al púlpito, alrededor del

cual se había congregado una inmensa multitud, y dijo con voz serena: «Esta es la última vez que os predico; por voluntad de Dios debo ir a la Rezia, y allí seguramente, y con gran placer mío, he de acabar mi vida, asesinado por los herejes en odio a la fe católica.» «Yo—dice un testigo— asistí a aquella última predicación de Feldkirch, en la que declaró abiertamente que iba a predicar a los herejes y que no volvería vivo.»

A un compañero le dijo en el momento de la despedida: «Sé que voy a morir asesinado.» Las últimas cartas que escribió terminaban con esta firma: «Fray Fidel, que pronto será pasto de gusanos.»

Al llegar a su destino, viendo ante sí el abrupto valle del Pretigau, dijo a sus acompañantes en tono profético: «¡No saldré vivo de esta comarca!»

* * *

Todas estas profecías tuvieron cumplimiento rápido y exacto. Sólo diez días pasó el P. Fidel en la última excursión por aquella tierra infestada de herejes, fanáticos discípulos de Lutero, Zwinglio y Calvino. El valle del Pretigau es frío y desolado en extremo; «y el corazón de sus habitantes— dice un escritor—, está en perfecta armonía con aquel clima y con aquellas asperezas.»

El día 23 de abril, una comisión de protestantes se acercó al P. Fidel y le invitó hipócritamente a predicar en el pueblecito de Seewis, añadiéndole con falso arrepentimiento: «Estamos avergonzados del escándalo que promovimos en uno de vuestros sermones; os juramos tener más calma y seros obe-

dientes en lo sucesivo.» Pero el misionero no se engañaba, y dijo a uno de sus colegas: «No espero cosa buena de los habitantes de Seewis; no obstante, iré para cumplir hasta el fin los deberes de mi cargo.»

Al día siguiente, muy de madrugada, el Siervo de Dios se confesó, sabiendo que era la última vez que lo hacía, dijo devotamente su misa, predicó e hizo después larga oración, aceptando gustoso la horrible muerte que le esperaba y que Dios le había revelado; y se puso en camino para el sacrificio.

La iglesia de Seewis estaba repleta: los enemigos se habían apresurado a tomar todas las posiciones. El capuchino subió serenamente al púlpito; pero luego palideció un instante; había encontrado allí un papel con estas palabras: «Hoy predicarás; pero éste será tu último sermón.» Y predicó con inaudito valor, fustigando la incredulidad, el amor propio, las pasiones y los vicios. De repente, sonó un estampido: una bala, dirigida contra el orador, pegó en la pared del púlpito. El tumulto de la gente despavorida fué espantoso; y en medio de una gritería ensordecedora, los herejes asesinaron a los soldados austriacos que custodiaban las puertas de la iglesia. Mientras tanto, el P. Fidel había descendido del púlpito y se postró ante el altar. El sacristán se acercó para aconsejarle cautela; pero el capuchino le replicó: «Estad tranquilo; no me importa la vida; ya la he puesto en las manos de Dios y de su Madre.» Pocos instantes después, salió por la puerta de la sacristía. El barón de Felds se acercó al misionero y le acompañó por las afueras de la ciudad; así llegaron al vecino campo de Seljanas...

Una turba de protestantes cayó entonces sobre ellos. El barón fué conducido a un castillo cercano, y el P. Fidel quedó solo en medio de sus enemigos... «¿Aceptáis nuestra fe?», le dijeron. «Yo—repuso el santo—no he venido aquí para hacerme hereje, sino para extirpar la herejía. En cuanto a mi cuerpo, haced de él lo que queráis.» Una espada que fulguró rápidamente vino a terminar aquel diálogo, cayendo con fuerza sobre la cabeza del misionero. —«¡Jesús, María, ayudadme!»—exclamó; y se postró de rodillas, mientras la sangre borboteaba en la herida. Pero la rabia satánica de aquellas fieras no se saciaba tan fácilmente: palos, espadas y mazas de hierro se ensañaron en la víctima, que murmuraba sus últimas palabras: «Señor, perdónalos. Jesús, tened piedad de mí. María, asistidme.» (1)

Eran las once de la mañana del 24 de abril de 1622. El P. Fidel contaba 45 años de edad y 10 de vida capuchina. El mártir, aun con aliento, quedó tendido en medio del campo, cubierto de heridas y de sangre. Dícese que en aquel mismo sitió brotó una fuente milagrosa que todavía existe, «la fuente de San Fidel». Poco tiempo más tarde, unos soldados que fueron en peregrinación al lugar del martirio, hallaron una flor desconocida, de color y perfume deliciosos; los peritos botánicos que la vieron, tuvieron que clasificarla con este nombre: es una flor milagrosa y celestial.

---

(1) Las mazas de hierro con que fué martirizado San Fidel, muy usadas entre los Grisones, tenían una especie de cabeza erizada de puntas y clavos, en forma de estrella. El lenguaje popular las designaba con un nombre expresivo e irónico: *stella matutina*.

San Fidel de Sigmaringa, el apóstol de los Grisones, fué beatificado por Benedicto XIII y canonizado por Benedicto XIV. Es el protomártir de la Sagrada Congregación de Propaganda.

Su sepulcro, en la catedral de Coira, ha sido un semillero de milagros y un caudal inagotable de gracias espirituales, no sólo para los católicos, sino también para muchos protestantes que han reconocido la verdadera fe junto a esa tumba gloriosa. El apóstol no ha terminado su misión: como buen soldado, sigue en su puesto de avanzada.

SAN CONRADO DE PARZHAM

(1818-1894)

Este admirable santo capuchino es de ayer. Murió hace cuarenta y dos años, y todavía viven algunos de sus compañeros. El autor de estas líneas recuerda que el día en que Fray Conrado fué beatificado, 15 de junio de 1930, tuvo la dicha de comentar sus virtudes, en compañía de un anciano misionero de la Araucanía (Chile), que vivió varios años en el mismo convento en que nuestro santo era portero. Muchos de mis lectores nacieron antes de la muerte de Fray Conrado; es, pues, un contemporáneo nuestro. Su figura tiene toda la frescura de las flores recién cortadas; sus ejemplos son de una actualidad que debe hacernos mucho bien, y esa actualidad añade un nuevo encanto a la vida ejemplar de este santo capuchino.

A nadie se le habría ocurrido pensar jamás que la portería de un convento pueda ser campo propicio para grandes hazañas, ni pedestal apropiado para conseguir la inmortalidad. Una puerta y una campana, y junto a ellas un hombre sin literatura y sin armas, un hombre que va envejeciendo poco a poco, con una tenue sonrisa en los labios, que no grita, ni escribe, ni pronuncia discursos, que casi

no habla, que se mueve pausadamente atendiendo a los innumerables llamados de los que llegan al convento. Este es el hombre, famoso hoy en todo el mundo, y ése fué el escenario donde se deslizó toda su vida, recogida y silenciosa.

Debo confesar que los capuchinos fuimos los primeros en sorprendernos al escuchar las maravillas y portentos que se contaban de aquel humilde hermanito lego que perteneció a nuestra numerosa familia; los primeros en asombrarnos ante los rápidos procesos de beatificación y canonización de aquel religioso que murió hace pocos años, dejando en los libros de su convento apenas un nombre, desprovisto, al parecer, de todo relieve y de toda gloria.

Cuando comenzó a hablarse de Fray Conrado, vióse al punto que no era «uno de tantos», uno más entre esos buenos religiosos que viven y mueren en nuestra compañía, dedicados al silencio y a la oración. La figura del portero de Altoetting empezó a crecer victoriosa, se agigantó con el estudio minucioso de sus virtudes; y entonces caímos en cuenta de que realmente nos encontrábamos ante un hombre extraordinario, ante un prodigioso santo, digno de figurar entre las almas más puras y perfectas de la Orden Seráfica.

Los milagros que siguieron a estos comienzos de gloria, vinieron a demostrarnos que Dios quería fijar la atención del mundo moderno en este religioso de nuestros días, confundiendo la soberbia de los grandes, caldeando la frialdad de los tibios, enseñando a todos, por manera admirable, los rumbos olvidados de la perfección cristiana.

La vida de este santo moderno es, además, para nosotros los capuchinos, una garantía de que el primitivo y austero espíritu de nuestra Orden se conserva en su prístino vigor, de que es posible la perfección en todos los siglos, si seguimos los excelsos caminos trillados por nuestros mayores.

Hay también otra lección para todos los cristianos, en la vida sencilla de San Conrado; y es que la santidad no consiste en obras extraordinarias, ni en penitencias asombrosas, ni en oraciones extáticas, sino en la simple y pura observancia de los deberes propios de cada uno, bajo el impulso de la gracia y del amor a Dios.

* * *

Fray Conrado nació en 1818 en la pequeña aldea de Parzham (Baviera), de padres cristianos. Bartolomé Bindorfer y Gertrudis Niedermaier, labradores acomodados, eran el tipo de esos fornidos campesinos alemanes que saben unir la piedad con el trabajo, el tesón con la dulzura.

Cuando nacía un hijo en aquel hogar, no se permitía a los demás hermanos acercarse a él para darle el beso de la fraternidad, antes de que fuese bautizado. Juan, nuestro santo, fué hecho cristiano el mismo día de su nacimiento; después de la ceremonia, llamó Gertrudis a sus ocho hijos, y, presentándoles al nuevo vástago, les dijo: «Ahora sí, abrazadle, besadle... Juanito es un ángel, un amigo de Dios.»

La vida de esta familia es un modelo de honradez y de poesía cristiana. «Rezan todos juntos y de rodillas el Angelus y el rosario—cuenta un testigo—;

se fomenta la devoción a la Virgen; se narran la historias del antiguo y nuevo Testamento, que tanto agradan a los niños; se vive una vida de paz inalterable; de suerte que un anciano que estuvo muchos años al servicio de aquella casa, ha podido decir al fin de sus días: «En la casa de los Bindorfer la vida era un idilio sagrado y patriarcal.»

Una persona que conoció por aquellos días al pequeño Juan, ha dicho: «Le gustaba orar y oír hablar de Dios.»

Es fácil imaginarse al piadoso niño, sentado en su sillita baja, al amor de la lumbre, escuchando atentamente las enseñanzas de sus padres... Los ojos, iluminados por el fuego y embellecidos por la inocencia, mirarían fijos y candorosos, ora al padre, ora a la madre, sin perder una tilde de tan preciosas lecciones. Su corazón sentiría crecer las santas emociones del amor divino, los nobles deseos de la santidad, el horror a todo pecado, la simpatía por la virtud. Un día, le llamaría la atención la vida de un santo, se entusiasmaría con algún ejemplo de penitencia o de oración, y se recogería interiormente para decirse con firme esperanza: «Así seré yo.»

Su madre, viéndole tan atento, le hacía con frecuencia esta pregunta: «Juan, ¿quieres amar a Dios?»; y él contestaba con ansia: «Mamá, enséñeme usted cómo debo amarle con todas mis fuerzas.»

* * *

El párroco del pueblo empezó a interesarse vivamente por aquel niño, que, a los seis años, sabía el

catecismo y hablaba de las verdades religiosas con la seriedad de un hombrecito, y cuya conducta angelical era un modelo precioso para todos. Entre sus compañeros de estudio o de juego, la presencia de Juanito Birndorfer era el más eficaz de los sermones; en la escuela, en la calle o en el templo, el pequeño era ya considerado como un futuro santo. Un día, uno de sus compañeros de juego lanzó colérico una blasfemia contra Dios y la Virgen. Juan palideció repentinamente como herido por un rayo, las lágrimas saltaron de sus ojos, y cayó de rodillas implorando misericordia para el blasfemo.

Según iba creciendo en edad, se confirmaba en el espíritu de recogimiento y de oración, que sería, más tarde, el alimento preferido de su vida religiosa. Todas las criaturas le hablaban de Dios y le impulsaban al amor y a la alabanza del Creador: el espíritu de San Francisco de Asís, eminentemente poético, entraba pleno de encantos en aquel corazón sensible e inocente.

Hasta los catorce años, la vida del joven fué una sucesión continua de las más puras alegrías y de apacibles goces familiares; pero muy pronto, la mano de Dios quiso probarle también en el áspero camino del dolor. Bartolomé y Gertrudis murieron santamente, dejando a sus diez hijos el recuerdo de las más altas virtudes. Las lágrimas de la resignación vinieron a ser el bálsamo cristiano de aquella familia huérfana. Y la paz siguió inalterable, presidiendo la vida de todos, gracias a la influencia y exquisito tacto de Juan a quien todos sus hermanos, a pesar de sus pocos años, obedecían y respetaban como a jefe moral y representante perfecto de las

virtudes de los padres difuntos. «Los hermanos Birndorfer—dice un testigo— eran muy piadosos y devotos; y, aunque ricos, sin ambiciones y enemigos de todo lujo. Se acercaban con frecuencia a los sacramentos; y en la casa, tanto los amos como los criados, parecían tener un solo corazón y una sola alma.»

Nuestro santo siguió practicando, cada día con mayor perfección, el programa que inició en sus primeros años: trabajo, obediencia a los mayores, soledad y oración en todos los momentos libres. Si el día no fué propicio para la vida del espíritu, aprovecha la noche para sus oraciones y penitencias. Un día, su hermana Teresa entró en el dormitorio de Juan y vió que la cama estaba perfectamente arreglada. «¿Qué te pasa?—preguntó solícita a su hermano.— ¿Por qué no te has acostado esta noche?»—«¿Y crees tú —le contestó él sonriente —que no sé hacer la cama tan bien como cualquiera?» Desde aquel día, para evitar sospechas, desarregla el lecho con tal arte, que nadie nota ya sus vigilias y oraciones nocturnas.

* * *

Un amor va creciendo pujante en su alma: es el amor a la Madre de Dios, cuyo santuario de Altoetting, famoso en Alemania, atrae su corazón con fuerza irresistible. En las frecuentes visitas que hace a su Señora, le parece que una voz sale de la imagen y le invita con cariñoso acento: «Quédate aquí; ésta es tu casa.»

También le encanta la vida admirable del Patriarca de Asís; y para imitar sus virtudes, se hace

hijo y discípulo suyo, inscribiéndose en la Orden Tercera de Penitencia.

Pero una inquietud interna le insta a mayores alturas, siente algo extraño, parecido a un llamamiento de Dios; el mundo le hastía, las riquezas le repugnan, los peligros le amedrentan. Es la vocación religiosa que no le dejará sosegar hasta conseguir su total renuncia a la tierra para vivir en el cielo.

Consulta con su confesor, pide a la Virgen de Altoetting que le muestre claramente la voluntad del Señor, redobla las plegarias y las mortificaciones, y un día su director espiritual le dice sin rodeos: «Dios te quiere capuchino.» En pocos días sus actividades se orientan en derredor de esa única idea: reparte sus cuantiosos bienes entre los pobres y la parroquia, se presenta al Provincial de los capuchinos y se fija el día de su ingreso en el convento. Vuelve a su casa, reúne a todos los miembros de la familia, y les da la gran noticia, con la alegría de un triunfador. Uno de sus sobrinitos recordará, después de sesenta años, aquella emocionante escena de renunciamiento y de firmeza espiritual, entre las lágrimas de toda la familia.

* * *

Juan Birndorfer toma el hábito capuchino en el convento de Laufen, a los treinta y tres años de edad, el día 17 de septiembre de 1851, fiesta de las llagas de San Francisco, y recibe su nuevo nombre: Conrado de Parzham.

Desde ese día hasta el momento de la muerte, los cuarenta y tres años de la vida religiosa de este her-

mano lego, son, a nuestros ojos, de una monotonía desconcertante; en todo ese tiempo no hay un suceso que pueda llamar nuestra atención, nada que merezca los honores de un comentario. Pero, a los ojos del espíritu y de la fe, el alma de Fray Conrado era como el águila que ha emprendido su vuelo y que no lo terminará ni descansará hasta llegar a la cima de la más excelsa perfección.

El Padre Maestro de novicios le somete a duras pruebas de obediencia, a humillaciones y trabajos; le hace pasar, delante de la comunidad, como hipócrita y presuntuoso, y hasta llega a negarle la sagrada Comunión... Fray Conrado recibe las reprimendas mejor que si fueran elogios, y aun le parece que el Padre Maestro se queda corto en los castigos. «¿Qué pensabas? —se dice a sí mismo—; ¿creías que ibas a recibir caricias como los niños?»

No sería exacta la frase si dijéramos que la oración del nuevo religioso era frecuente; supo armonizar con tal arte el trabajo y la meditación, su vida interior eran tan intensa, que es más propio asegurar que su oración duró lo mismo que su vida, sin interrupciones de ninguna clase. Esto es lo que se deduce de los testimonios de religiosos que vivieron muchos años con Fray Conrado, y eso es lo que él mismo dice en un cuadernito de apuntes que escribió durante el noviciado y que cumplió fielmente hasta el último suspiro: «Adquiriré la costumbre de estar siempre en la presencia de Dios. Observaré riguroso silencio en cuanto me sea posible. Así me preservaré de muchos defectos, para entretenerme mejor en coloquios con mi Dios.»

Apenas hecha la profesión religiosa, sus superiores le dieron una grata noticia: deberá ir de portero al convento de Santa Ana de Altoetting, a pocos metros del célebre santuario de su querida Virgen. Y Fray Conrado, lleno de gozo, se instala en aquella portería que no había de abandonar en toda su larga existencia.

* * *

La portería de Altoetting es quizá una de las más importantes y movidas de los conventos capuchinos. Miles de peregrinos acuden sin cesar al devoto santuario. Ordinariamente, el cargo de portero se confía a religiosos maduros, de tacto exquisito, de sólida piedad y de paciencia inalterable. Los superiores de Fray Conrado vieron en él al portero ideal, y la experiencia demostró, con creces, el acierto de aquella elección.

Así como otros se han santificado en el vasto terreno de un apostolado multiforme, nuestro santo comenzó a santificarse en el reducido espacio alrededor de la puerta de un convento. El Sumo Pontífice Pío XI, en la homilía de la canonización de San Conrado, sintetizó toda su vida aplicándole las palabras que los campesinos de Judea decían de Jesucristo: «Todo lo hizo bien.»

El humilde lego se convenció de que, en su oficio, cabían todas las virtudes cristianas y toda la perfección religiosa; y desde el primer momento se esforzó por poner en práctica su precioso programa.

El fundamento de todos sus esfuerzos, el secreto del admirable dominio del espíritu, fué una oración

incesante y ardorosa: era el hombre que vivía arrobado en el cielo, el serafín que cada día se inflamaba más en el amor de Dios, el paje fiel de la Reina de los Angeles, la lámpara siempre encendida del Sagrario. Es necesaria la gran habilidad de los santos para saber conservar tan hondo recogimiento en medio del ajetreo mareador de una portería como aquélla. «La campanilla de la puerta, dice un escritor, estaba en movimiento todo el día; ya eran los religiosos que iban a sus trabajos o regresaban del ministerio; ya los peregrinos que a centenares encargaban misas, o pedían que se les bendijera algún objeto piadoso; ya los fieles que llamaban a algún Padre para confesarse o pedir consejo; ya los numerosos pobres que a cada instante llegaban a pedir pan, comida o vestidos.» Fray Conrado se asustó los primeros días, creyendo que su espíritu naufragaría en el vaivén incesante de la puerta que se abría y cerraba sin descanso. Miraba la quietud de la noche como un puerto seguro, y aprovechaba las horas del sueño y de la soledad para postrarse en un rincón de la iglesia, y allí se entretenía largo rato en coloquios con su Dios, caldeando el espíritu en la hoguera del amor divino, fuente de consuelos y de energías para su alma. Muy pronto, el miedo de la portería y de sus trajines se trocó en un sabroso placer; el sonido de la campana fué para el portero como la voz de Cristo, las peticiones de los visitantes eran acogidas con una sonrisa de cariño, las idas y venidas por el claustro eran una oración ferviente que llegaba a las efusiones del éxtasis.

Fray Conrado había hallado, además, un tesoro escondido; junto a la puerta, encontró una celdilla

pequeña y oscura, oculta debajo de la escalera, rincón que nadie habitaba, y que era conocido con el pintoresco nombre de «celda de San Alejo». El corazón de Fray Conrado saltó de gozo al fijarse en la única ventanita que tenía aquel cuchitril: daba precisamente a la iglesia, y desde allí podría ver, siempre que lo quisiera, su amado sagrario. El santo portero bendijo a Dios por el hallazgo inesperado, subió a la celda del Padre Guardián, y le rogó con infantil insistencia que le permitiera habitar en la «celda de San Alejo». Fray Conrado no la hubiera cambiado por nada del mundo; desde entonces sería el nido de sus amores, su cielo en la tierra. Al encerrarse en su rincón todos los momentos libres, nadie notaría sus fervores, sus plegarias, sus penitencias; allí podría dar rienda suelta a todas las efusiones de su corazón; y cuando suene la campana, saldrá sin meter ruido, y estará en la portería antes que puedan impacientarse los visitantes. ¡Qué poco necesita Fray Conrado para estar contento! ¡Cómo se puede encontrar el paraíso debajo de una escalera!

* * *

La vida del santo portero, durante los cuarenta años de permanencia en Altoetting, estuvo sujeta a un horario jamás alterado. A las tres de la mañana, baja a la iglesia, hace una larga oración, prepara la sacristía, adorna los altares, ayuda las primeras misas en el santuario de María, mientras el hermano sacristán, enfermo y anciano, puede gozar de un poco de reposo. En la primera misa, Fray Conrado

comulga todos los días con la compostura y el fervor de un serafín; los superiores, en atención a su angelical pureza y a los evidentes frutos que sacaba del banquete eucarístico, le concedieron esa gracia, a pesar de que la comunión diaria era entonces un caso excepcional.

Uno de los más grandes amores del santo portero era la devoción a Jesús Crucificado. «El crucifijo es mi libro—decía—; una mirada a la cruz me enseña en cada momento el modo de portarme.» Cuando Fray Conrado hacía el Vía-crucis, las lágrimas saltaban de sus ojos, y parecía no poder apartarse de las distintas estaciones; no menos de una hora empleaba en ese piadoso ejercicio, sacando de él aquella humildad y mansedumbre que eran sus rasgos más característicos y visibles. La vida penitente de nuestro santo tuvo en la cruz su origen, su sostén y su poesía.

La devoción a la Virgen María es otro delicado matiz de esta alma llena de perfecciones. Desde los primeros años de su vida aprendió, de labios de su santa madre, el amor a María. La edad no hizo sino robustecer y hermosear esta devoción. En el convento de Altoetting es el portero de la Virgen, el celoso propagador de su culto, el apóstol de sus bondades y el juglar enamorado de la Reina de los cielos. Los que llamaban a la puerta, ya sabían que las primeras palabras de Fray Conrado serían un saludo cortés mezclado con una invitación al amor de Jesús y María. En la «celda de San Alejo», rezaba diariamente el oficio parvo de la Virgen y la corona de la Inmaculada, leía libros que trataban de sus virtudes y de sus glorias, meditaba en sus

perfecciones, dirigía frecuentes miradas hacia el altar de su Reina.

Un estudiante de Neutoetting cuenta el caso siguiente: «Un día observé cómo el ardor de su devoción a María se manifestaba de una manera visible y prodigiosa. Globos resplandecientes, como de fuego, salían de sus labios y subían hasta la imagen de la Madre de Dios. Después presencié muchas veces el mismo fenómeno.» Otras muchas personas fueron testigos de parecido espectáculo. No era un secreto para nadie que el portero de los capuchinos de Altoetting estaba enamorado de su celestial Señora.

* * *

La mansedumbre y la caridad de Fray Conrado se hicieron proverbiales en toda la comarca. Las pruebas más crueles llovían sobre él; pero jamás se le vió perder un átomo de aquellas virtudes. Había en la vecindad una pobre mujer, medio demente, que, durante más de veinte años, molestó al santo portero con impertinencias e insultos de la más baja índole. Fray Conrado le daba todos los días lo mejor de sus limosnas, recibía las palabras de la loca con una sonrisa de indulgencia, y siempre tenía para ella una frase de piedad y de simpatía.

Una vez, después de haber repartido a numerosos pobres todo lo que tenía a su alcance, se presentó un pordiosero de feroz catadura. Fray Conrado, compadecido de su aspecto miserable, le dijo amablemente: «Voy a ver si encuentro algo para ti.» Y a los pocos minutos, regresó de la cocina con un plato de sopa, humeante y apetitosa. El mendigo

prueba con avidez la primera cucharada, pero no la encuentra a su gusto. Levanta el plato en sus manos, y, en un arrebato de ira, lo lanza al suelo, gritando fuera de sí: «Cómela tú si quieres, frailón.» Fray Conrado, sin turbarse, se arrodilla tranquilamente, recoge los trozos del plato, y dice al iracundo mendigo: «¿No te gusta? Espérame un instante; voy a traerte otra cosa mejor.» Y en efecto, vuelve a la cocina y regresa rápidamente con otro alimento más sabroso.

Otras veces, los niños abusan de su paciencia heroica. Llaman a la puerta, y se esconden en cuanto ven que el portero aparece. Al minuto, otra llamada y otro chasco; y así muchas veces, sin conseguir que Fray Conrado pierda por un momento su admirable mansedumbre.

* * *

Desde la ventanita de su portería, Fray Conrado ejercitaba un apostolado intenso y variado, cuyos frutos se recogían en abundancia por todas partes. En una ocasión, un Padre vió en la iglesia a un joven con todo el aspecto de un criminal, pero de un criminal arrepentido, porque estaba llorando amargamente y sin consuelo. El Padre le preguntó: «¿Por qué lloras?» Y el joven, avergonzado y tembloroso, le contestó: «Porque soy el mayor pecador del mundo. Pero quiero confesarme y enmendarme. He ido a pedir un pedazo de pan a Fray Conrado, y al darme la limona, ha fijado en mí su dulce mirada con tal insistencia y con tan elocuente reproche, que me ha conmovido y quiero cambiar de vida.

Quiero que Fray Conrado pueda mirarme de otro modo.»

Otro día, el portero comenzó a reprender a una joven vestida con poca decencia, y añadió proféticamente: «Señorita, vístase mejor; que ese traje que lleva es indigno de una futura monja.» La muchacha, algunos años más tarde, fué una religiosa ejemplar.

Otras veces, reúne junto a la puerta a varios granujillas, y adivinando su ignorancia religiosa, les enseña pacientemente todo el catecismo y les prepara para la primera comunión.

Pero su apostolado irresistible es el del ejemplo de todas las virtudes. Una señora que le conoció escribe: «La venerable figura de Fray Conrado está todavía vivamente impresa en mi memoria. Recuerdo hasta el presente su modo de presentarse en la portería, con los ojos bajos, la cabeza inclinada, con el rosario o el crucifijo en la mano, y moviendo los labios que no cesaban de rezar.»

«Quienquiera que lo veía—escribe un sacerdote amigo de nuestro santo—, se sentía lleno de veneración hacia él y movido a imitarle. Por su rostro se adivinaba la unión íntima de su corazón con Dios, y se tenía la impresión de hallarse ante un santo.»

Los vagabundos y mendigos llegaban a sentir tal emoción ante él, que muchos de ellos acabaron por hacerse religiosos, movidos por la santidad de Fray Conrado, que era el mejor amigo de los pobres, su consuelo, su maestro y su padre.



Sólo él parecía ignorar sus méritos y virtudes, cuya fama empezaba a divulgarse por toda Alemania; la humildad le hacía creerse el más grande de los pecadores. Cuando alguien le pedía el auxilio y valimiento de sus oraciones, el humilde portero solía decir con deliciosa ingenuidad: «¡Pedirme oraciones a mí! Ya se ve que usted no me conoce. De todos modos, lo mejor será que nos encomendemos mutuamente.» El Padre Victricio, Provincial de Baviera, hombre de eminente virtud, a quien esperamos ver pronto en los altares, un día alabó calurosamente la virtud de Fray Conrado, en presencia de varios religiosos. El buen hermanito, confuso ante aquellos elogios, rompió en amargo llanto y exclamó lleno de vergüenza: «¡Qué ocurrencias tienen los santos!», atribuyendo a una desmesurada bondad del Padre Victricio aquellas alabanzas que le dolían más que los vituperios.

Los dones sobrenaturales de profecía y adivinación con que Dios favoreció a Fray Conrado, dieron a veces a los religiosos del convento sorpresas desagradables. Un Padre, que debía predicar un sermón de mucho compromiso, se retiró para preparar más tranquilamente su trabajo. Creíase libre de toda molestia, escondido en lo más alto de la torre, y empezó a repasar su sermón. A los pocos minutos, siente la voz del santo portero que le llama desde la escalera y le dice que una persona le espera en el confesonario.

* * *

Terminemos este rápido bosquejo de la vida de San Conrado con algunas frases expresivas de su propia pluma. Son trozos de sus cartas y de sus apuntes espirituales que afortunadamente se conservan como preciosas reliquias. «Mi vida, escribe, consiste en amar y padecer. En el amor de mi Dios no hallo nunca límite, y no hay cosa en el mundo que me sea obstáculo para ese amor. Me encuentro unido con mi Amado mucho más de lo que puede expresarse con palabras; y las mismas ocupaciones, que son múltiples, no tienen otro efecto que estrecharme más y más a El. Le hablo con toda confianza, como un niño, a su padre...» «Me asalta el temor, dice en una carta, de no amar a Dios, ¡yo que quisiera ser un serafín de amor e invitar a todas las criaturas para que me ayudasen a amar a mi Dios! Voy a terminar, porque esto va demasiado largo. El amor no conoce límites.»

Así, con esa sencillez encantadora y con esos arrebatos que parecen copiados de una epístola de San Pablo, expresaba el santo portero sus anhelos de toda la vida. Y en esa atmósfera de amor divino vivió hasta que su corazón dejó de palpitar en la tierra.

Fray Conrado fué haciéndose viejo sin sentirlo. Llegó a los setenta y seis años con las mismas aspiraciones de la juventud. Su barba blanca y sus cabellos canos eran ya una aureola de madurez y de candor. Un día, después de comulgar con inusitados transportes de fervor, siente el llamamiento del

cielo. Las piernas se niegan a sostenerle en la tierra. Apoyado en su bastón, con el aliento entrecortado, llama a la puerta del Padre Guardián y le dice: «Padre, ya no puedo más.» Tres días de lenta agonía; nuevos incendios de amor al recibir los últimos sacramentos; el amor a su Dios, como una llamita temblorosa, en los ojos, en los labios, en el corazón. La lámpara del sagrario aletea moribunda... De repente, suena la campana de la portería y vuelve a sonar. El portero suplente debe estar ocupado; no hay nadie que acuda al imperioso sonido que llega a los oídos del enfermo. Fray Conrado se levanta, toma una vela en la mano, requiere su bastón, y sale por el claustro apoyándose en la pared. Un joven religioso que le vió a punto de caer, pudo convencerle de su temeridad y le ayudó a acostarse.

El sábado 21 de abril de 1894, día dedicado a la Virgen, mientras la campana de la torre tocaba el Angelus, Fray Conrado, el portero de María, se durmió plácidamente, para despertar junto a su querida Reina. Uno de los presentes, viendo su última mirada de felicidad, exclamó: «La Santísima Virgen, sin duda, ha venido a llevar al cielo el alma de Fray Conrado.»

* * *

Apenas el cadáver del humilde lego capuchino descansó en el sepulcro, la fama de sus virtudes traspasó los límites de su patria y llegó rápidamente hasta los últimos rincones del mundo. El milagro, sello que suele poner Dios a sus obras, vino también a glorificar la santidad del desconocido portero de Altoetting.

Dios quiso manifestar, con un elocuente prodigio, lo mucho que se había complacido con la devoción de Fray Conrado a su Madre Santísima: el dedo anular de la mano izquierda, en el cual nuestro santo acostumbraba a sujetar el rosario, se conserva todavía sin corrupción.

Los procesos de beatificación y canonización se terminaron con una rapidez única: en junio de 1930 subía Fray Conrado a los altares con el título de Beato; y en mayo de 1934, en un fecha memorable, la Iglesia Católica proclamaba, por boca de Pío XI, la gloria de San Conrado de Parzham.

SANTA VERONICA DE JULIANIS
(1660-1727)

En medio de populosas ciudades, en las que el tráfago impetuoso de la vida moderna se mueve alocado y febril, vemos a veces un pobre convento, circundado de misterio y de austeridad: es un convento de monjas capuchinas. El alma se estremece ante noticias y leyendas que pretenden traspasar los muros y revelarnos los secretos de esas monjitas, prodigios de penitencia y de virtud, sepulcros de silencio, huertos perfumados con una fragancia celestial, pero impenetrables como los jardines de los dioses. En unos de esos conventos vivió su vida de amores divinos Verónica de Julianis.

Las puertas de su monasterio, y aun las puertas de su alma, se nos abren de par en par en este caso, porque la misma Verónica nos ha dejado una llave de oro, invitándonos a entrar y a recrearnos con las bellezas escondidas del más deleitoso de los vergeles. Esa llave es su «Diario», escrito por un providencial mandato de sus confesores. Hoy esa alma no tiene secretos para el lector: podemos enfrascarnos y nadar en un piélago de maravillas, sin peligro de que asome a nuestros labios el gesto del desdén o de la incredu-

lidad. Los santos no mienten, aunque nos hablen prolijamente, como Verónica de Julianis, de sus arrobamientos, de sus éxtasis o de sus triunfos.

* * *

Nuestra heroína es una de las almas más extraordinarias que han florecido en la Iglesia Católica. Su vida llegaría a parecernos inverosímil, como un relato fantástico, si no contáramos con los más autorizados y serios testimonios. Además de sus propios escritos, abundantes de pormenores, tenemos las declaraciones no menos prolijas de sus confesores y de otras muchas personas que conocieron a la extática virgen capuchina.

Alguien ha podido decir que «ninguna mujer, después de la Virgen María, ha sido tan favorecida por el cielo como nuestra santa»; y que «en ella se encuentran reunidas y superadas todas las maravillas que admiramos en otras santas como Catalina de Siena, Teresa de Jesús, Magdalena de Pazzis; en ella brillan los dones más extraordinarios, más raros y más ricos de la gracia; y en ella se completa, por manera inefable y única en los fastos de la Iglesia, la misma Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.»

La gran vidente capuchina lleva hasta el límite, por así decirlo, el endiosamiento de un alma, su entrega total al Señor, esa «vida oculta con Cristo en Dios», según la frase magistral y expresiva de San Pablo.

Su biografía es un tejido deslumbrante de piedras preciosas: todos los carismas, todos los dones del Espíritu Santo, los favores más estupendos y

los dolores más incomportables, aparecen narrados con infantil sinceridad en las páginas del «Diario». «A mayor honra de Dios, y para cumplir su santa voluntad, con mortificación y rubor describo cuanto paso a explicar, sólo por pura obediencia». Así comienza este libro de maravillas. Y nosotros debemos bendecir al Señor con toda el alma por haber inspirado a los superiores y confesores de la santa ese mandamiento que viene a mostrarnos a la luz del día lo que con mucha razón se ha titulado «Tesoro oculto». Muchos años ignoró el mundo gran parte de ese tesoro, hasta que el jesuíta Padre Pizzicaria lo sacó al público, editándolo en los últimos años del pasado siglo. Son diez grandes volúmenes escritos en 1693 y años siguientes, y llegan hasta los últimos días de la santa. Su lectura ha de hacerse en pequeños sorbos, porque el estilo desaliñado de la autora, sus digresiones y la narración de infinitos casos parecidos, producen a la larga alguna fatiga que privaría al lector de sacar todo el provecho posible.

* * *

La pluma de Santa Verónica no tiene aquel gracejo y ática finura de las obras similares de Santa Teresa de Jesús; no deleita con el donaire y el desenfado españolísimos de la virgen de Avila; aquí no hay galas de estilo, sino incendios de amor. Teresa tiene un carácter más varonil y más audaz; Verónica es más afectuosa y delicada; la española es una mística «de armas tomar», la italiana es un espíritu dulce y sosegado; la carmelita corre por todos los caminos de España, levantando conventos, hablando con reyes y con mendigos, promoviendo la reforma y

llevando a Dios consigo a dondequiera que va; la capuchina vive oculta en el claustro, sin hablar más que con sus hermanas y con sus confesores, encerrada en el costado de Jesús, enfrascada en continua y sublime oración. Teresa vive en la tierra, y toca en los cielos; Verónica vive en el cielo, pero toca la tierra. Dos almas igualmente gigantescas, gemelas a pesar de su diverso carácter; dos ejemplares excepcionales, de los cuales puede sentirse orgullosa la Humanidad.

* * *

En 1660 nació nuestra santa en Mercatello, ciudad del antiguo ducado de Urbino. En el bautismo le pusieron por nombre Ursula. Su madre, Benita Mancini, era dechado de madres cristianas, y los hijos formados en aquel piadoso hogar se distinguieron por una virtud poco común: era una familia de santos. Dios reinaba en el corazón de todos y se recreaba en habitar la casa donde tanto se le amaba. El jefe de la familia, Francisco de Julianis, aunque poseía un excelente corazón, era quizás la nota discordante: aficionado en demasía a las vanidades y pasatiempos, abandonó durante algunos años las prácticas cristianas. Su hija Ursula, que lo amaba tiernamente y que era correspondida en la misma forma, consiguió, andando el tiempo, que volviese al buen camino, que muriese en gracia de Dios, y aun pudo librarle de una parte de las penas del Purgatorio.

Nuestra pequeña Ursula dió, desde los primeros años, pruebas inequívocas de su futura santidad: era la predilecta de Jesús. Su virtud naciente no fué consecuencia de una sensibilidad enfermiza y velei-

dosa, sino el fruto maduro de una excelente educación, y tenía el apoyo de dos sólidas bases, las mismas que serán el fundamento de toda su vida: amor sin límites a su Dios, y deseos de sufrir mil dolores por El. Estos dos rasgos de la fisonomía espiritual de nuestra santa comenzaron a percibirse, aunque borrosos e imprecisos, en su más temprana edad. Oigamos una anécdota, tal como nos la cuenta ella misma: «Contaba yo unos tres años de edad, cuando oyendo leer la vida de algunos santos mártires, me dió gran deseo de padecer. Entre los tormentos que padecieron estaba el de haber sido abrasados; y al oír esto, también yo sentía deseos de ser quemada por amor a Jesús, tanto que hallándonos en invierno, puse una mano en el brasero, con la idea de quemarme como aquellos santos mártires. La mano se abrasó por completo, y si no me quitan el fuego, ya se asaba... Me parece que en aquel instante ni siquiera sentía el fuego porque estaba como fuera de mí de contenta. Bien es verdad que pronto sentí el dolor de la quemadura, y ya se me habían contraído los dedos. Todos los de casa lloraban; pero yo no recuerdo haber derramado una lágrima.»

A la misma edad, queriendo imitar a Santa Rosa de Lima, cuya vida oyó leer, inventó un modo infantil de darse las disciplinas. «No teniendo con qué disciplinarme, me quitaba el delantal, hacía muchos nudos en las cintas del mismo, y puesta detrás de alguna puerta, me golpeaba.»

* * *

Pero no todo era apariencia e imitación exterior. La santa niña fortalecía su espíritu con la oración

continua, adivinando ya que la verdadera santidad no está en padecer ni en mortificarse, sino en la unión total con la voluntad de Dios. Su deseo más vehemente era llegar a la edad de la primera comunión, pues preveía que por el alimento del sagrario había de llegar a esa unión, en la que soñaba despierta y dormida. Comulgar era, en aquellos primeros años de su vida, la idea dominante, la suprema aspiración de todo su ser. Dos hermanas suyas, religiosas ambas, atestiguaron, muchos años más tarde, estos preciosos recuerdos: «Al regresar a casa nuestra tía o nuestra madre, después de haber comulgado, salíales al encuentro Ursula, y les decía muy alegre: ¡Oh, qué rico olor, que exquisito perfume! Y a la edad de seis años, cuando nuestra madre fué viaticada, Ursula subió a su lecho, y se esforzaba en acercar la boca a la de su madre moribunda, atraída por la fragancia de la sagrada Hostia.»

La enamorada niña tuvo que esperar hasta los diez años, según la costumbre de la época, para acercarse a su Amado. En 1670, estando en Piacenza, comulgó por primera vez, y debió sentir tales incendios de amor, que preguntó ingenuamente a sus hermanas cuánto tiempo solían durar aquellos maravillosos efectos.

Por el mismo estilo fué transcurriendo toda la infancia de nuestra admirable santa; «y conforme iba creciendo en edad—cuenta ella—, iban aumentando mis deseos de ser monja; pero no tenía quien me creyese, y todos me llevaban la contraria.» Su padre, con una obstinación inexplicable, no quería que nadie le hablara de aquellos propósitos de su más querida hija, y se esforzaba, con tenaz ahinco, por hacerla

desistir de sus ideas. Se entabló una lucha larga entre la niña y todos los parientes, alrededor de aquella decisión; y naturalmente, Ursula ganó la batalla a fuerza de oraciones y de penitencias.

* * *

Tenía una hermosura delicada y grácil, un carácter vivo, una sensibilidad excepcional; era querida de todos, y nadie podía sufrir el apartarse para siempre de tan gustosa compañía. Era además voluntariosa y dominante, zalamera y caprichosa, no soportaba contradicciones, y parecía que sus arrestos se multiplicaban ante los obstáculos o las negativas.

En su «Diario» nos descubre una interesante mezcla de defectos y de virtudes; la santa no omite ni el más insignificante pormenor. «Un día me vestí de hombre e hice que todas mis hermanas hicieran lo mismo, con lo que me divertí no poco... Sentía estímulos de no hacerlo más; pero después lo volví a hacer muchas veces.» Leemos también, en las primeras páginas, este otro rasgo de un carácter excesivamente celoso: «Una vez entre otras, di un bofetón a una criada, porque me pareció que hacía algo no muy bueno.»

Para aquilatar la bondad de su corazón sensible, es necesario saber que, aun en aquellos años juveniles, no podía sosegar ante el espectáculo de la miseria o del dolor ajenos; se enternecía de tal manera, que daba a los pobres todo cuanto hallaba al alcance de las manos, aun sus propios vestidos y juguetes. Nos cuenta que una vez, habiendo estrenado unos zapatos muy hermosos, y viendo en la calle a un pobre

que pedía limosna, se quitó sus zapatos y se los dió en el acto. «Muchos años después—escribe en sus relaciones—, hallándome en oración, parecióme ver al Señor llevando en la mano un par de zapatos de oro, y me dijo: Estos son aquellos zapatos que tú, de pequeña, me diste. Aquel pobre era yo.»

Basten los hechos que acabamos de narrar, para formarnos una idea aproximada de la niñez y de la juventud de esta alma extraordinaria, y del digusto y pena que tendrían sus amigos y parientes al verla desaparecer para siempre detrás de los muros de un monasterio.

* * *

A los diez y siete años, vencidas todas las resistencias, su vocación religiosa tuvo el ansiado cumplimiento: en el convento de capuchinas de Cittá di Castello, la joven se encerró definitivamente para vivir sólo para Dios. Al llegar a la puerta de la clausura, se volvió a la concurrencia que lloraba de emoción, y dijo con voz firme y alegre: «Adiós mundo. Te dejo.» Las puertas se cerraron, y la joven corrió anhelante a ocultar su alegría en la oscuridad de una pobre celda, iluminada por la presencia del divino Esposo.

La nueva monjita se llama Sor Verónica; pero todas sus hermanas añaden un gracioso apodo lleno de cariño: «la Bambina», *la Niña.*

No vaya a creerse, sin embargo, que todo fué dulzura y consuelos en la nueva vida que tan gratamente comenzaba. A los pocos días, apareció la cruz, vino el desaliento, y todo se le hacía insoportable. «Parecíame la madre Abadesa indiscreta, la madre

Maestra incapaz, y ninguna de las monjas me era simpática.» A fuerza de oraciones y de vencimientos, consiguió por fin aquietar su espiritu y gustar las sabrosas mieles de la vida religiosa.

* * *

Después de su profesión, pasó por todos los oficios y cargos del monasterio, desde el más humilde hasta el más honroso, siendo sucesivamente cocinera, despensera, enfermera, tornera, panadera, sacristana, maestra de novicias, y finalmente abadesa, cargo que ejerció once años hasta su muerte. En todos esos puestos dejó un recuerdo imborrable por su caridad, observancia, fervor y habilidad. Cuando tenía a su cargo la despensa, un bienechor regaló cierta cantidad de duraznos, los suficientes para que a cada religiosa le tocaran dos o tres. Pero Sor Verónica continuó poniendo muchos días en el refectorio aquella sabrosa fruta, hasta que su compañera de oficio, sabedora de la escasa cantidad que se había recibido, le preguntó asombrada: «¿Cómo hacéis para que duren tanto tiempo estos duraznos?» Y la santa, sonriente y un poco avergonzada, le contestó: «Comedlos, y no penséis más en eso.» La humildad de Sor Verónica hizo que aquel mismo día cesara la prodigiosa multiplicación de los ricos duraznos.

Siendo abadesa, a pesar de sus muchos trabajos y de vivir en continua oración, se preocupaba de todas las menudencias de la vida material y se interesaba por todas las necesidades del monasterio. Gracias a su solicitud, el convento de las capuchinas de Cittá di Castello tiene hoy agua corriente,

sana y en abundancia. La santa superiora mandó instalar una red de cañerías que llevasen el agua hasta los últimos rincones de la casa. La pobreza evangélica y la mortificación propia nunca han estado reñidas con la caridad.

* * *

Por espacio de veintidós años, tuvo a su cuidado la formación espiritual de las novicias, y en tan delicado oficio desplegó todas las dotes de su alma y la habilidad de una artista consumada: las novicias salían de sus manos no sólo perfectamente instruídas, sino también santas. La fama de aquel monasterio se extendió rápidamente por Italia y aun por lejanos países; y en todas partes se hablaba con asombro de las capuchinas de Cittá di Castello. Sor Verónica, que en los afectos era más tierna que una madre, sabía también corregir y castigar cuando alguna de sus novicias manifestaba mal espíritu o pocos deseos de perfección. Acudía a todos los recursos que su gran corazón y fina perspicacia le sugerían, para que todas las religiosas se convirtieran en modelos de virtud, animando a las débiles, refrenando a las demasiado impulsivas, reprendiendo a las negligentes, inflamando a todas en aquel volcán de amor que ella llevaba dentro de su alma. Una de las religiosas más santas de aquel convento, discípula e íntima confidente de Sor Verónica, fué la Venerable Florida Cevoli, alma seráfica y jardín fragante de todas las virtudes, que mereció de Dios favores extraordinarios y frecuentes, que vivió abrasada de amor, y que murió dejando un recuerdo profundo

de admiración y no pequeña fama de santidad. Dícese que también ella, como nuestra Verónica, mereció llevar en su cuerpo las llagas de Cristo.

En el período de su magisterio espiritual, nuestra santa sabía inculcar a sus novicias aquellos pensamientos y amores fundamentales que llenaban toda su vida: Jesús Sacramentado, La Pasión, la Virgen Santísima, el espíritu de san Francisco, la perfecta pobreza, la no interrumpida oración, el culto de la penitencia, la pureza inmaculada, la caridad fraterna, la obediencia absoluta; en una palabra, todo aquello que promueve y perfecciona la vida interior, todo lo que trueca en paraísos los conventos, y lo que lleva directamente a la conformidad de un corazón con el corazón de Dios.

* * *

La devoción a María Santísima, que, como podrá notar el lector, es una especie de distintivo familiar de nuestros santos capuchinos, tenía en Verónica de Julianis un sello especial de poesía y de apasionamiento. Desde muy niña tuvo largos y afectuosos coloquios con su Madre del cielo, sobre todo después que perdió a su madre de la tierra. En su vida religiosa, la Santísima Virgen fué su confidente y amiga inseparable, la consolaba visiblemente en las penas, la conducía de la mano por las altas cumbres de la perfección, era su maestra, y como tal, le dictaba las páginas inmortales de sus confidencias místicas y de su diario autobiográfico. La mística capuchina gozaba casi diariamente de la visión y regalos de María, unas veces contemplando su gloria o sus perfeccio-

nes, otras veces participando de sus dolores y llorando con Ella. Nada hacía Verónica sin consultarlo antes con su Madre celestial, exponiéndole familiarmente sus dudas, y obligándola con ternuras de hija a que le sirviera de guía y de maestra.

Cuando fué elegida abadesa, mandó que colocaran en el sillón abacial una imagen de la Dolorosa, y puso en sus manos las llaves, la regla y el sello del monasterio, rogándola que fuese Ella la verdadera y única superiora de la casa; y dícese que todas las noches, antes de acostarse, repetía la misma ceremonia.

Cuando se acercaba alguna de las festividades de la Virgen, llovían sobre el monasterio regalos y limosnas en tal abundancia, que las religiosas lo atribuían a la devoción filial de la Madre Verónica, y solían decir, a la vista de aquellas abundantes provisiones: «Hoy, la divina Abadesa nos paga la fiesta.» Y Verónica llamaba a su querida Virgen «la Superiora y la Procuradora del convento.» A veces, en graves apuros económicos, muy frecuentes en los conventos de capuchinas, la sierva del Señor acudía con especial confianza a la Virgen, le manifestaba sus necesidades, y añadía con un mohín de niña mimada: «Madre mía, no tenéis más remedio que escucharme.» Y en efecto, ante tal confianza e ingenuidad, la Madre de Dios *no tenía más remedio* que favorecer a manos llenas a su hija, consolarla, ayudarla y santificarla.

* * *

Pero los rasgos propios, personales e inconfundibles de la fisonomía mística de Santa Verónica

de Julianis son los de su semejanza en cuerpo y alma con Cristo Crucificado. No conocemos, en la historia de las almas, ninguna que se pueda igualar o comparar en este punto con nuestra santa. Es un caso inaudito, único y asombroso, que sólo puede ser creído por el testimonio de la misma Verónica que nos ha descrito, con admirable sencillez, todos los carismas con que el Señor la favoreció en los cincuenta años de su vida religiosa. La pasión de Santa Verónica viene a ser una segunda edición de la Pasión de Jesús; es el martirio de un alma, al lado del Dios Mártir.

Nada tienen que hacer aquí las ciencias humanas; la crítica y la filosofía deben enmudecer; la biología tiene que postrarse de hinojos ante un caso que sale de los límites de todos los conocimientos científicos. Dejemos paso libre a la omnipotencia de Dios, a su sabiduría y a su bondad. Los mismos ángeles del cielo confesarán su incapacidad para explicarnos ese cúmulo de fenómenos extraordinarios.

* * *

¿En qué época comenzaron las gracias especiales que recibió Verónica? «Paréceme—escribe ella—que cuando contaba tres o cuatro años, hallándome una mañana recreándome en el jardín cortando flores, parecióme ver visiblemente al Niño Jesús, que cortaba conmigo dichas flores. Dejé éstas y me dirigí hacia el Divino Niño, y El pareció decirme: Yo soy la verdadera flor. Y desapareció.»

En sus escritos vemos numerosas referencias a estos favores celestiales, visiones de Jesús y de María,

de varios santos, especialmente del Seráfico Patriarca y del Angel de la guarda, iluminaciones, voces, deliquios y éxtasis. Pero la verdadera lluvia de regalos y de martirios, en compañía de Cristo Crucificado, tuvo lugar desde que nuestra santa dejó el mundo para vestir el sayal capuchino. En los cincuenta años de vida monástica, puede decirse que no pasó día sin que Verónica participase de la vista y de los dones y sufrimientos de su celestial Esposo. A veces le sucedía sentir por algún tiempo una especie de alejamiento de Dios, una sequedad del alma que le ponía en trance de muerte; pero esas pruebas, como borrascas terribles y pasajeras, se desvanecían rápidamente, y volvía a lucir el Sol vivificante, derramando sobre ella esplendores y delicias.

Verónica recorrió, paso a paso, todos los tormentos y todas las amarguras de la Pasión. Desde el Cenáculo hasta el Calvario, el alma de la seráfica virgen participó íntegramente de todas las escenas de aquel drama divino; ora descansando dulcemente sobre el pecho de Jesús, como el discípulo amado; ora sintiendo las espinas punzantes en la cabeza, los azotes, los clavos, la herida del costado, el peso de la cruz, y el abandono mortal del cielo y de la tierra. El demonio la perseguía sin descanso, con toda su astucia diabólica; algunos de sus confesores la sumían en un mar de dudas y confusiones, la mortificaban con mandatos rigurosos, y hasta juzgaban locura o hipocresía todo lo que ella candorosamente les contaba; y Cristo la asoció a su banquete de dolor y al cáliz de sus amarguras, dándole también, con larga mano, los exquisitos goces de su cariño.



El «Diario», comenzado el 13 de diciembre de 1693, abre sus páginas con este prólogo: «Estando por la noche en oración, me sentí invitar al convite del sufrimiento, y en aquel instante tuve un poco de recogimiento, durante el cual Dios me mostró aquella gran cruz, por mí tantas veces vista, haciéndome saber que hasta la santa Natividad debía experimentar muchos sufrimientos, y que en señal de esto, todos los días vería dicha cruz, con vista intelectual. Así ha sucedido; y a cada visión paréceme que se me acrecentaba el deseo de más padecer.»

Después de esto, bien podía Verónica repetir con la Esposa de los Cantares: «El Señor me llevó a la cámara de sus vinos, y ordenó en mí el amor.»

Aceptada aquella invitación, la enamorada de Cristo vivirá una larga vida de fuego y de cruz, recorriendo un camino erizado de espinas, ascendiendo sin vacilar a la cima de todos los heroísmos. Lleva en su cabeza y en su corazón el tormento mil veces renovado de la corona punzante; bebe hasta saciarse el cáliz de Getsemaní, apurado en repetidas ocasiones, con sed creciente de padecer por su Dios; ve a Cristo azotado, hecho una llaga desde los pies a la cabeza; y ella pide con ansia una parte de aquellos dolores, y su cuerpo se cubre de heridas que, al abrirse, difunden una fragancia delicada por todo el monasterio; quiere llevar la carga de la cruz, y sus hombros se hunden con el terrible peso del madero, y sus espaldas se ponen cárdenas y doloridas; ve a Jesús abandonado de los discípulos, y ella cae también en mor-

tal angustia, al creerse abandonada del mismo Dios; contempla con absoluta claridad al Redentor del mundo, clavado en la cruz, agonizante o muerto, y el día 5 de abril de 1697, Viernes Santo, recibe Verónica en su cuerpo las cinco llagas, tangibles, sangrantes, llagas que le contraen los nervios a la vista de todos, con todos sus dolores y espasmos, derramando tal cantidad de sangre, que mancha el suelo y los vestidos; ve el costado abierto del Salvador, y también ella participa de esa última llaga, sintiendo muchas veces que su corazón está traspasado por una lanza misteriosa, y muriendo a cada latido por las contracciones espantosas de todo su ser.

Todos estos tormentos, y otros mil que ella describe en su «Diario», no eran simples alucinaciones de la fantasía, o meros efectos del sistema nervioso alterado. Los dolores iban acompañados de señales visibles que indicaban su intensidad; la cabeza se hinchaba, la sangre corría, las llagas resistían a todos los medicamentos, y se cerraban instantánea y perfectamente sólo al mandato de los superiores. El obispo, los confesores, los médicos y las religiosas eran testigos de los efectos físicos de aquella continuada pasión. La misma Verónica, a pesar de su humildad y de su repugnancia, tenía que confesar claramente los extraordinarios fenómenos de su vida. Si fué mártir en cuerpo y alma por la participación de los tormentos de Cristo, no menos mártir fué por la obediencia impuesta por sus superiores.

Durante su larga vida religiosa, pasaron por el convento de Cittá di Castello unos treinta y nueve confesores, entre fijos y extraordinarios; y todos ellos, lo mismo que los sucesivos obispos de la dió-

cesis, están conformes en afirmar la absoluta veracidad de la santa y la realidad evidente de sus asombrosos martirios.

* * *

Añádase a esto la dura penitencia que ella misma se imponía, ya por sus pequeños defectos, ya por los pecados del prójimo...En sus relaciones se leen frases como éstas: «No siento pena de los tormentos, sino que sufro por no hallar penas...Tendíame sobre espinas, revolvíame entre ellas, y no sentía sus pinchazos. Pedía penas con las mismas penas, y penaba por no hallar penas. Estas cosas las he experimentado muchas veces. No me extiendo más en esto, porque si quisiera referir todas las locuras que me ha hecho hacer el amor entre las mismas penas, no podría describirlo con la pluma.» ¡Qué largo capítulo de penitencias se oculta en estas breves líneas! Su compañera Sor Florida Cevoli dejó una larga relación de aquellas maceraciones; sus confesores declararon y descubrieron pormenores abundantes; y la misma Verónica, obligada por la obediencia, reveló en su «Diario» algunos secretos de su mortificación increíble. ¡Y entre tantos ayunos, disciplinas, cilicios y privaciones, la vidente capuchina vivió hasta los 67 años, sin perder un punto la alegría, sin sentir el cansancio, sin una queja y sin un lamento!

* * *

Una de las cosas más inauditas que experimentó la santa fué la transformación plástica de su corazón de carne en una especie de compendio de la Pasión de Jesús. Este fenómeno, único quizá en la historia, acaeció el día de Sábado Santo de 1727, pocos meses antes de su muerte. Cuando Verónica reveló el secreto al P. Guelfi, su último confesor, éste quedó mudo de asombro. Le mandó que representara en un papel, aproximadamente, lo que había sentido en su interior. Verónica, que no sabía dibujar, acudió a sus dos íntimas compañeras, Sor Florida Cevoli y Sor Magdalena Boscaini, las cuales, siguendo sus datos, hicieron un dibujo que fué presentado al obispo de la ciudad y que todavía se conserva. A la muerte de la santa, el obispo Mons. Alejandro Codebó mandó que se hiciera la autopsia del cadáver con todas las formalidades que el caso pedía. Treinta y seis horas después del fallecimiento, en presencia del obispo y asistiendo el gobernador Torrigiani, el canciller Fabri, varias personalidades notables, el confesor Guelfi, el pintor Angelucci y otras muchas personas, dos médicos cirujanos abrieron el pecho y extrajeron una masa de carne que debía ser el corazón. Allí, perfectamente plasmados y como esculpidos por el Artífice divino, aparecieron los principales instrumentos de la Pasión: cordeles, martillos, clavos, espadas, cruz, lanza, y varias letras misteriosas, formado todo de nervios y músculos, en puntual consonancia con el dibujo que había mandado hacer la santa.

Este es el hecho, narrado por el confesor de Verónica, presenciado por muchas y respetables personas, con todas las garantías de veracidad que un fenómeno como aquél debía tener. Dirá alguno que la ciencia no puede admitir seriamente tales afirmaciones, que el tamiz científico de nuestro tiempo es finísimo, y que sólo pasa por él lo que la razón demuestra de una manera inequívoca; que esas narraciones carecen de base, y que son imposibles para la naturaleza humana; que el milagro no se admite ya en nuestros laboratorios. En efecto, respondo: la ciencia humana conténtese con explorar dentro de los límites de la razón y de la experiencia; pero no niegue las infinitas posibilidades de Dios, ni se burle de su omnipotencia, ni se divorcie de la fe. El cerebro humano es muy estrecho para abarcar todo el poder infinito de Dios. Recuerden los sabios aquellas terminantes palabras de Jesucristo: «*Para los hombres esto es imposible; pero para Dios todas las cosas son posibles.*» (S. Mateo XIX, 26).

* * *

En la vida de Santa Verónica de Julianis se encuentran mezclados los dolores más acerbos con los goces más deliciosos, las escenas de sangre y de cruz con los transportes del triunfo y las visiones del paraíso. Un día, Cristo celebra místicos desposorios con su fiel esposa, y le quita el corazón, encerrándolo dentro del suyo; otro día, se le aparece con todo el esplendor de su gloriosa humanidad, revestido de Pontífice Eterno, y administra a su sierva la sagrada comunión, en medio de un torrente de dulzuras; la Santí-

sima Virgen se deja ver, sonriente y maternal, toma la cabeza de su amada hija y la coloca en el descanso de su regazo; los ángeles y los santos bajan hasta la estrecha celda de la monja, y le dan lecciones sublimes de todas las virtudes; el Seráfico Patriarca, modelo y padre de Verónica, la visita resplandeciente y llagado, animándola a seguir con él por el camino de la cruz; las almas del Purgatorio le piden su ayuda, y ella las libra del tormento tomándolo para sí.

El «Diario» de Santa Verónica de Julianis no es más que eso: un recuento inacabable de virtudes, de vencimientos, de martirios y de favores celestiales. A veces, asoma en sus páginas el rostro repugnante de Satán, ya en forma de perro rabioso y feroz, ya bajo las tocas y velos monjiles, insinuando tentaciones, promoviendo tempestades internas, mezclando su hedor pestilente con las burlas o los ataques solapados; pero la santa capuchina posee un escudo formidable para repeler los embates del enemigo: es la obediencia ciega y total a los confesores que dirigen su alma.

Dios puso cerca de la vidente hombres de excepcional virtud y prudencia, directores de férrea mano y vista de lince, que supieron encaminar a Verónica por seguros derroteros. Los nombres del jesuíta P. Crivelli, de los filipenses Capelletti, Bastianelli y Guelfi, del canónigo Carsidoni, del servita Tassinari, y de otros varios, merecen una elogiosa mención entre los directores expertos, ecuánimes y santos. Gracias a ellos, Verónica podía descansar tranquila en aquel mar de contrariedades y tentaciones que llovían sobre su alma; Dios vigilaba sobre ella por con-

ducto de aquellos sabios consejeros. La obediencia nunca resistida fué el secreto de innumerables victorias.

* * *

La vida de la seráfica virgen había transcurrido más en el cielo que en la tierra: el fin de sus días se acercaba, y el espíritu, purificado por el dolor y por el amor, ansiaba dar el salto supremo para descansar eternamente en los brazos de su Esposo divino. Un ataque de apoplejía, momentos después de una comunión fervorosa, la postró en el lecho. El pobre cuerpo, destrozado por la vejez, por las enfermedades y por el martirio de amor, fué insensiblemente perdiendo las fuerzas y el movimiento: sólo el espíritu parecía más joven cada día, más ágil y animoso. Cuando Verónica recibió los últimos sacramentos, creyóse que el ímpetu de su santa impaciencia acabaría por transportarla súbitamente al paraíso. Pero la muerte no se apresuraba: la santa quiso apurar hasta las heces el cáliz de todos los sufrimientos, ofreciéndose como víctima expiatoria por los pecados del mundo. Fueron treinta días de nuevos dolores.

En la mañana del día 9 de julio de 1727, el confesor se acercó a la enferma y le dijo: «Sor Verónica; si es del agrado del Señor que vayáis ahora a gozarle, y si quiere Dios que para este trance intervenga la orden de su ministro, yo os la doy.» La moribunda, imitadora perfecta de Cristo paciente, quiso imitarle hasta el fin. «Et inclinato capite, tradidit spiritum.» «*E inclinando la cabeza, entregó su espíritu.*» Aquel día era viernes, el día predilecto de su corazón, el

día en que Jesús solía regalarla con dolores y consuelos.

Verónica había pasado toda su vida en el amoroso costado de Cristo: el corazón de Jesús había sido su celda, su monasterio y su cielo.

Cuentan sus biógrafos que, estando su santa madre en la última enfermedad, llamó junto a su lecho a sus cinco hijas, les dió la bendición con un crucifijo, y les fué señalando las llagas de Jesús, una para cada una, como refugio y encierro de sus almas para toda la vida. A nuestra santa, por ser la menor, le tocó en suerte la llaga del costado, el refugio del amor. Y en verdad, que en ese Corazón divino hizo su morada durante la vida, y en él habitará por toda la eternidad...



SEGUNDA PARTE

LOS BEATOS

BEATO BENITO DE URBINO
(1560-1625)

Su cuna fué un montoncito de finos encajes. Las ramas de su árbol genealógico llevaban los nombres más ilustres de Italia: della Rovere, los duques de Camerino, los marqueses de Massa, los condes de Carpegna, y varios Sumos Pontífices. Sus padres, Domingo Passionei y Magdalena Verónica Cibo, tenían la aristocracia de la sangre, del dinero y de la virtud.

Y en ese ambiente, refinado y austero a la vez, rodeado de comodidades y de buenos ejemplos, creció el pequeño Marcos Passionei, débil como una flor y cuidado como un príncipe.

Antes de despedirse de su bella infancia, sufrió el rudo golpe de la orfandad: sus cristianos padres murieron cuando el niño apenas había podido escuchar las primeras lecciones de virtud. Pero quedaban los hermanos, piadosos a carta cabal, y los tutores, santos como los padres que acababan de fallecer. Y sobre todo le quedaba una Madre celestial, la Virgen María, bajo cuya protección halló el tierno huérfano todas las dulzuras y los auxilios que necesitaba. El amor a esta buena Madre es una de las notas más

simpáticas, un perfume delicioso en toda la vida del Beato Benito.

Al tiempo que iba creciendo en edad y progresando en los estudios, el joven daba muestras de altísima perfección y de extraordinarias cualidades de espíritu: sus mismos hermanos mayores le cobraron tal afecto y veneración que, olvidando los pocos años de Marcos, empezaron a considerarle como a jefe de toda la familia.

* * *

Frecuenta las célebres universidades de Perusa y de Padua, atento más a los estudios filosóficos y jurídicos que a las diversiones y devaneos juveniles; interviene con brillo y aplauso en los certámenes públicos; pero jamás olvida que el principio de toda sabiduría es el santo temor de Dios.

La oración frecuente, los sacramentos, las visitas a la imagen de su querida Madonna, la lectura de libros piadosos, se unían perfectamente a una vida de trabajo asiduo en las aulas. Su conversación bondadosa, poética y chispeante, sus maneras distinguidas, su inagotable caridad con los pobres, hicieron pronto de nuestro joven el amigo y consejero de sus condiscípulos y aun de sus profesores. Salió de los estudios universitarios con el título de doctor en ambos derechos.

La vida se abría ante los ojos de Marcos Passionei con todas las fascinaciones de una juventud privilegiada. El Cardenal Albani le llevó consigo a su palacio romano, encantado de su piedad y de su cultura. En el ambiente palaciego, su virtud, lejos de

marchitarse, se robusteció, y allí mismo empezó a considerar seriamente la vanidad del mundo y de sus engañosas promesas, y los peligros que en todas partes acechan a las almas.

Un deseo de renuncia total comenzaba a intranquilizar su noble espíritu. Dejó la vivienda del Cardenal, y poco tiempo después, pensó en dejar también su propia casa, las riquezas, las ilusiones, para vivir únicamente del amor de Dios, en su compañía y en su morada. Un llamamiento poderoso le atraía hacia la quietud de los claustros. Aumentó sus horas de oración y redobló sus penitencias para prepararse dignamente a dar el paso definitivo y conocer con más claridad los designios del Señor.



La fama de los capuchinos, extendida en breve tiempo por toda Italia, llegó también a oídos del joven Passionei, y determinó estudiar a fondo la vida y costumbres de los austeros religiosos. El conocimiento de aquel género de vida iba acompañado de la práctica: en su casa de Fossombrone hacía la misma vida de los capuchinos, las mismas disciplinas, cuaresmas, horas de oración y de descanso. Cuando sonaba la campana del convento llamando a los frailes al rezo de maitines en la medianoche, Marcos Passionei saltaba de su cama y se ponía en oración, pidiendo a Dios la gracia de vivir algún día en la compañía de aquellos santos religiosos. Pero sus intenciones, a pesar del cuidado que ponía en ocultarlas, no pudieron ser ignoradas por mucho tiempo: sus parientes, sospechando los verdaderos deseos del

joven, se opusieron tenazmente a aquella *locura*, que venía a destruir todos los sueños e ilusiones de un porvenir excepcional. El mismo Obispo de Fossombrone le aconsejó que escogiera otra Orden menos rigurosa, ya que su salud precaria no daba garantías de poder sobrellevar el pesado yugo de la vida capuchina. Y hasta el superior del convento, después de alabar a Marcos por su piedad y su ciencia, se negó rotundamente a admitirle, diciendo que, «para ser capuchino, era necesaria una salud de hierro y una voluntad exenta de remilgos y titubeos.»

—«Pues yo probaré a todos que puedo ser tan buen capuchino como el mejor»—pensó Marcos; y volvió a su casa dispuesto a conseguir con la oración y con la paciencia lo que no pudo alcanzar con el ardor de su buena voluntad.

En efecto; más puede un gran carácter que mil obstáculos. Un día, estando Marcos en la calle, vinieron a darle la más grata y esperada noticia: «De parte del superior de los capuchinos, que puede ir cuando guste al convento, y le darán el hábito.» Los transeúntes se quedaron viendo visiones al contemplar al joven Passionei, modelo de gravedad y de compostura, dando saltos de júbilo y gritos de alborozo. Sus oraciones habían tenido, por fin, el más completo éxito. Aquello le parecía increíble, semejaba un sueño de felicidad. Sin regresar a su casa, echó a correr y llegó al convento de los capuchinos con la cara enrojecida, el cabello revuelto, y el aliento entrecortado.

A los pocos días, un novicio de pálido rostro, de manos alargadas y finas, entraba en el noviciado de

la ciudad de Fano y cubría su delicado cuerpo con el más pobre y burdo de los sayales monásticos: era Fra Benito de Urbino, el animoso joven de nuestra historia.

* * *

Era Maestro de novicios el Padre Buenaventura de Sorrento, que tenía ojos de lince para discernir las honduras del espíritu; a su perspicacia no se escapaban jamás ni las llamaradas transitorias del fervor primerizo, ni las apatías de la tibieza. Los primeros pasos de Fray Benito fueron para el Padre Maestro una revelación inesperada: aquel muchacho poseía más virtudes que los religiosos más ancianos y probados de la comunidad. Era una joya, *una pianta peregrina e rara*, como anota un biógrafo. Sus penitencias ponían pavor y admiración; su humildad, naturalísima y sin asomos de afectación, llenaba de grato perfume todo cuanto ejecutaba; su oración era un éxtasis continuo, una carrera veloz hacia Dios.

Pero al poco tiempo aparecieron tropiezos y contrariedades que echaron por tierra las esperanzas de todos los religiosos. Una grave dolencia, acompañada de fuertes dolores de estómago, con pérdida de color y de fuerzas, puso al novicio a las puertas del sepulcro; hubiérase dicho que la débil envoltura de carne, consumida por el amor divino, íbase deshaciendo y desmoronando para dejar al espíritu la libertad de su impetuoso subir. Los médicos que vieron al novicio moribundo, hicieron un gesto de desaliento y de impotencia: se libraría tal vez de la tum-

ba, pero debería despedirse para siempre del hábito capuchino.

Largos días de lucha entre el enfermo y todos los que se oponían a su vocación; lágrimas amargas que humedecen la almohada y surcan las mejillas; clamores y rezos ante una imagen de María, *salud de los enfermos, consuelo de los afligidos*; y al fin, la victoria completa del enfermo, con toda la explosión de su alegría y de su gratitud. Los males desaparecieron como nubes que se desvanecen a los rayos del sol; y el novicio profesó ante el estupor de los médicos, de los parientes y aun de los mismos religiosos que le habían ayudado en sus oraciones.

Nunca tuvo Fray Benito mucha salud ni fuerzas cabales; pero el corazón era un volcán de amor: demasiado fuego para tan frágil cuerpo. Los superiores tuvieron que poner el freno de la obediencia para contener aquellas ansias de mortificación, que amenazaban consumir en breve tiempo una vida tan preciosa. Fray Benito ayunaba como uno de aquellos viejos anacoretas que sólo comían raíces y pan duro; oraba sin descanso; y se entregó al estudio de la teología con tal ánimo, como si tuviera prisa por volar pronto a su Dios. La lectura de las vidas de los santos era un peligro para él, pues no descansaba hasta imitarles y aun superarles.—«El cuerpo o el alma—solía decir—; uno de los dos debe ser sacrificado.» Cuando le aconsejaban que moderase sus penitencias para conservar la salud, respondía: «¿Conservar la salud? Nunca he leído esas palabras en el santo Evangelio. Nosotros debemos trabajar únicamente por Dios, y Él se encargará de conservarnos, si es su voluntad».

* * *

En medio de estos fervores, fué ordenado de sacerdote, y emprendió las tareas del apostolado que iban a ser su actividad dominante y casi única hasta el último suspiro. Su conversación parecía insípida y desmayada cuando no hablaba de Dios o de la Virgen María; pero al tocar esos puntos que eran como los dos polos de su espíritu, estallaba en una catarata de inefable elocuencia, sentíase arrebatado y fuera de sí, y movía los corazones más empedernidos al aborrecimiento de la culpa y al amor de la virtud. El pueblo que iba a oír los sermones del Padre Benito, quedaba encantado de aquel lenguaje sencillo y sin retóricas, que llegaba a lo profundo de las almas con una eficacia llena de irresistible atracción. Y el predicador, con su rostro macilento y voz mortecina, era incansable, como el hilito de agua que, a pesar de su pequeñez, nunca cesa de correr. Le llamaban de todas partes, le abrumaban con peticiones y encargos, le hacían predicar cuatro y cinco veces en un mismo día; los superiores se asustaban, temiendo por su vida; pero el apóstol enfermizo no entendía de regalos ni de quietud. Parecía que, cuanto más trabajaba, mayores eran las energías de su alma y mejor la salud de su cuerpo.

* * *

Aquellos días de fines del siglo XVI fueron decisivos para la Iglesia Católica. Dos fuerzas antagónicas se disputaban el terreno espiritual, batallando sin descanso por atraer las almas a sus respectivos

campos. De una parte, el Protestantismo con toda su pujanza, multiforme en sus manifestaciones, terrible en sus ataques, incansable en su acción proselitista. De otra parte, el Catolicismo, vigoroso y como renovado por la influencia de los grandes santos, apóstoles y fundadores que peleaban valerosamente en la reforma del espíritu pagano, trazaban nuevos derroteros de santidad, y defendían la fe y la autoridad de la Silla Apóstolica.

El centro de Europa era el verdadero frente de batalla: allí, las huestes de Lutero y de otros heresiarcas ganaban terreno cada día, robustecían sus posiciones, y organizaban con astucia diabólica ejércitos de propagandistas por todos los países vecinos. El mal cundía por doquier. El manto de la Iglesia de Cristo se desgarraba lamentablemente, y sus jirones, cada vez más numerosos, quedaban en el campo, dando testimonio de la importancia de aquel desastre, y promoviendo en los corazones de los católicos el deseo de oponer un dique de fe y de apostolado a los impetuosos avances de la herejía.

Varias expediciones de misioneros se lanzaron animosas al foco mismo de la tormenta. Los emperadores y príncipes católicos, inspirados por los obispos, no cesaban de pedir nuevos operarios del Evangelio; querían sobre todo introducir en sus dominios los nuevos institutos religiosos que acababan de salir de las manos de los grandes fundadores, y que estaban en esa vida plena de entusiasmo y de fervor que es característica en los orígenes de todas las órdenes religiosas. (1)

---

(1) Véanse páginas 81 y siguientes.

* * *

Rodolfo II, emperador de Austria, pidió al Pontífice Clemente VIII que le mandase algunos misioneros capuchinos, pometiendo ayudar, en todas las formas posibles, a su acción evangelizadora. San Lorenzo de Brindis, una de las figuras más descollantes de su siglo, se puso a la cabeza de los expedicionarios, entre los cuales debía figurar probablemente nuestro Padre Benito de Urbino. Pero su salud quebrantada fué quizá la causa de que su viaje sufriera un retraso de dos años. Por fin, algo restablecido, nuestro santo emprendió el largo y penoso viaje, con pocos pero preciosos recursos: un crucifijo, el breviario y una capillita portátil con la imagen de María, de la que no podía separarse. Antes de partir, adornó primorosamente su graciosa capillita con flores frescas y fragantes. La admiración de sus compañeros de viaje no tuvo límites al comprobar que las flores de la Virgen, después de aquella caminata de muchos días, conservaban todo su aroma y su frescura. En el breviario llevaba también una estampa de María, la más bella y artística que pudo hallar; y ante ella rezaba con especial fervor y transportes de mística ternura.

Los misioneros capuchinos llegaron a Viena y fueron recibidos por el pueblo católico con una delirante apoteosis; mas, pasados algunos días, se vió que el campo estaba minado por la herejía y que los obstáculos impedían a cada paso las tareas evangelizadoras que tan ardientemente habían comenzado. A la devoción del elemento católico, respondían los protestantes con burlas, calumnias y amenazas. El

Padre Benito, incorporado a la misión que le había precedido, comenzó desde el primer momento a atraer sobre sí las miradas de todos. Su aspecto enfermizo contrastaba por manera singular con sus incesantes correrías y trabajos; sus predicaciones elocuentes, en la ciudad y en sus alrededores, eran clamores de Dios que no se podían desoír, que resonaban en las almas de todos, que llegaban lo mismo a las altas esferas de la corte imperial que a las humildes viviendas de los campesinos.

El emperador Rodolfo, víctima de manías nerviosas y de influencias heréticas, cambió repentinamente de conducta. Comenzó a mirar a los capuchinos como a sus peores adversarios, causantes de sus dolencias, enemigos de la paz del imperio. Dícese que el célebre astrónomo Tycho Brahe fué el más sectario rival de los misioneros, y que a sus influencias sobre el emperador se debió el decreto de expulsión de aquellos infatigables religiosos.

En tan amargo trance, San Lorenzo de Brindis, que conocía y admiraba la santidad y excelente criterio de su compañero el Padre Benito, acudió a sus plegarias y a sus consejos; y nuestro santo comenzó una jornada silenciosa de oración y de penitencia, para conseguir del cielo la protección que los hombres les negaban. En efecto, el emperador revocó sus órdenes, y los capuchinos volvieron a gozar de relativa libertad de acción. Fruto de aquella tranquilidad fueron las fundaciones de los conventos de Viena, Praga y Gratz, en las cuales el Padre Benito puso toda su alma y todas sus influencias.

* * *

Tres años pasó nuestro santo en las misiones de Austria, Stiria y Bohemia, dejando a su paso una huella imborrable de virtud y de celo apóstolico. El famoso escritor protestante Menzel hace de los capuchinos un precioso panegírico, tanto más valioso cuanto menos adicto es su autor: «Los capuchinos llamaban la atención por la pureza de sus costumbres, por los trabajos desinteresados en la salvación de las almas, y por la austeridad de su vida. En la boca de uno de estos frailes de largas barbas y de pies desnudos, sin más vestidos que su pobre sayal, que dormían en el duro suelo, la doctrina cristiana se manifestaba más convincente y atractiva que en boca de otros predicadores.»

Pero la salud precaria del Padre Benito comenzó a resentirse en forma alarmante con aquella vida de privaciones y de fatigas; y, con indecible dolor suyo y de sus compañeros y amigos, debió regresar a Italia, sembrando en el camino los tesoros de la palabra y del ejemplo. Uno de sus acompañantes nos ha dejado preciosos testimonios e interesantes detalles de aquel viaje. No faltó tampoco la visible y prodigiosa protección de Dios sobre su fiel siervo. Una noche, agotado por la fiebre y el cansancio, se tendió a dormir en la concavidad de un imponente peñasco. Su compañero, el Padre Victorio de Vicoli, se despertó al poco tiempo, sobresaltado y tembloroso: había soñado que la mole de piedra que les cobijaba estaba a punto de precipitarse

sobre ellos. A sus gritos, se levantó el Padre Benito, dió un rápido salto, y al mismo tiempo la enorme piedra se desgajó, viniendo a caer en el mismo lugar que les había servido de lecho.

* * *

Al llegar a su patria, el apóstol capuchino continuó en el mismo género de trabajos que eran para él una segunda naturaleza. Despreciando el cuidado de su frágil cuerpo, entregóse en alma y vida a la salvación de los prójimos, multiplicando sus obras de caridad y de celo con tal vehemencia, que parecía vivir de milagro. No puede explicarse de otra manera tal derroche de energías en medio de tanta debilidad y mortificación. El espíritu gigantesco que se escondía bajo la pobre armadura de la carne, sacaba fuerzas insospechadas del manantial inexhausto de sus tres grandes y únicos amores: Dios, la Virgen y las almas.

En los frecuentes viajes por campos y ciudades, observaba rigurosamente el horario exacto de la vida conventual, levantándose a medianoche para rezar los maitines, haciendo las disciplinas, oraciones y otras prácticas acostumbradas en la Orden, de modo que los religiosos sabían siempre lo que, en cualquier momento, estaba haciendo el Padre Benito, que no se dispensaba jamás de la más mínima mortificación. Era la regla de San Francisco viva y ambulante, el capuchino ideal, la perfección evangélica llevada hasta el heroísmo de la vida diaria.

Todas las ciudades de Italia, todos los valles y montañas, vieron durante largos años la figura es-

cuálida de aquel hombre prodigioso, que dejaba en todas partes un perfume de santidad, un rayo de fervor, un hálito delicado de pureza. El fruto de su celo era abundante y clamoroso: los pecadores caían a sus pies, y las lágrimas del confesor se mezclaban con las del penitente; los pobres le llamaban su padre; los enfermos, su médico; los encarcelados, su salvador.

* * *

Dentro del claustro, el Padre Benito era un ejemplar acabado de vida religiosa, con todas las señales de un espíritu profundamente místico y endiosado. Los conventos de Cagli, Fano y Fossombrone gozaron la suerte de tenerle como superior, y se vió que la autoridad del Padre Benito, amable y cariñosa, era al mismo tiempo intransigente y férrea cuando había que corregir abusos o contener novedades malsanas.

Es cosa inexplicable que un hombre de tan poca salud, enamorado de la penitencia hasta lo indecible, sujeto a tantos y tan duros trabajos, sin conceder jamás a su cuerpo la más pequeña satisfacción, comiendo poco y mal, y durmiendo menos de lo necesario, llegase a vivir cuarenta y dos años en las asperezas de la vida capuchina. Muchas veces cayó rendido en los viajes o en las predicaciones; la gente veía en él un cadáver, más que un hombre normal; los religiosos creyeron siempre que su fin estaba próximo; pero el apóstol parecía hecho de piedra, y seguía impertérrito en sus ocupaciones, como si el cuerpo fuera para él una carga embarazosa, y no un compañero inseparable.



Parece que Dios le reveló su muerte con algunos meses de anticipación. Un día, viendo que el hermano zapatero le estaba haciendo unas sandalias y que el hermano sastre cosía para él un hábito nuevo, les dijo sonriente: «Hermanos, no trabajen más para mí; ya no tendré necesidad de esas cosas.» Multiplicó sus penitencias, como si tratara de hacer un pingüe negocio en poco tiempo, y decía: «Tengo que apresurarme, porque muy pronto estaré en el sepulcro.» Y en todas partes hablaba alegremente de su cercana muerte, manifestando sus ardientes deseos de ver a Dios y a su madre la Virgen María.

La última cuaresma que predicó fué en el pueblecito de Sasso Corbaro: llegó deshecho y casi moribundo; pero empezó sus trabajos con la energía y el entusiasmo de sus primeros años, sin eximirse del ayuno ni de las demás penitencias. A los médicos que querían someterle a un régimen severo de descanso y buena comida, les contestó categóricamente: «Déjenme guardar esta cuaresma como se debe, porque será la última.» El pueblo que acudía a escucharle no se hizo ilusiones: «No somos dignos —decían— de tener un santo entre nosotros; el Padre Benito no acabará la cuaresma en nuestra iglesia.»

No se engañaban. Tuvo que suspender sus sermones, y fué trasladado al convento de Urbino en unas parihuelas, dejando tras de sí un murmullo de sollozos y de tristes despedidas.

Pidió a los religiosos que colocaran junto a su lecho un crucifijo y una imagen de su querida Vir-

gen, y no apartaba los ojos de aquellos objetos que le recordaban todo el amor de su vida y le proporcionaban el más agradable refrigerio. La comunidad rodeó su lecho, llorosa y conmovida, cuando el Padre Benito recibió los últimos sacramentos; la hoguera, próxima a extinguirse, parecía más viva y ardiente; las palabras salían entrecortadas, como débiles notas de un instrumento lejano; el corazón latía con pausado ritmo que iba poco a poco amortiguándose. «Al fin—exclamó el moribundo—, voy a volar a los brazos de mi Dios.» Y en el mismo instante, emprendió el vuelo a la eternidad, con la suavidad con que se acuesta la ola en las arenas de la playa. Ni los mismos religiosos que estaban presentes se dieron cuenta de su partida: los ojos quedaron fijos en el cielo; la boca permaneció entreabierta, como gustando la última palabra; pero el alma había traspuesto victoriosa los muros de la carne, para remontarse hasta los esplendores del paraíso. Era el 30 de abril de 1625, y en todas las iglesias comenzaba jubiloso el mes de María. El Padre Benito celebraría en el cielo el mes florido de su Madre, en su compañía y en su regazo maternal.

* * *

El cadáver quedó embellecido con el sello de la muerte. Una fragancia de jardines en primavera se esparció por el convento y sus cercanías. Dios acababa de cortar una de sus más bellas flores.

La gente acudió en tropel a besar por última vez aquellas manos que habían derramado tantos favores y enjugado tantas lágrimas. Nadie pudo ex-

plicarse cómo se difundió la triste noticia por la ciudad de Urbino y sus alrededores. El siervo de Dios había dejado de existir cerca de la medianoche; el convento estaba sobre una colina, a dos millas de distancia de todo poblado; ninguna persona extraña se halló presente a la muerte, ni los religiosos salieron de su casa para dar la noticia; y sin embargo, a las primeras horas de la madrugada, antes de abrirse las puertas de la iglesia, una inmensa muchedumbre esperaba impaciente el momento de ver los restos mortales del Padre Benito.

Todos querían un recuerdo, una reliquia; y algunos comenzaron a maniobrar con increíble habilidad y ligereza: uno se llevaba un pedazo del hábito, otro le cortaba un mechón de la barba, o las uñas de los pies, un trozo del capucho, unas cuentas del rosario, las sandalias, el cordón, las disciplinas. Hubo que repartir las estampas, las hojas del breviario, la ropa, el bastón y todos los objetos que el Padre Benito habia usado durante la vida.

El milagro, sello de Dios sobre sus obras, comenzó a glorificar la tumba del santo religioso. El día 15 de enero de 1867, el Sumo Pontífice Pío IX le elevó a la gloria de los altares.

BEATOS AGATANGEL DE VENDÔME Y CASIANO DE NANTES, MARTIRES (1598-1638) (1607-1638)

Estamos en la portería del convento de capuchinos de El Cairo, la bella ciudad del Nilo, un día de 1634. El padre superior ha salido a recibir a dos nuevos misioneros que acaban de llegar, después de un viaje larguísimo y lleno de peripecias. Los recién venidos son los Padres Benito de Dijón y Casiano de Nantes, ambos franceses, y ambos jóvenes y valerosos. También el superior es joven y francés; se llama Agatángel de Vendôme y tiene treinta y seis años. Es afectuoso y de corteses maneras; en la puerta, abraza a los dos viajeros, besa sus mejillas al estilo de su patria, después les da un sabroso refrigerio, y entre tanto les cuenta las dificultades y los éxitos de su misión.

El Padre Casiano, con sus veintisiete años escasos, oye la narración de su prelado con no disimulada curiosidad, le interroga y le propone nuevos planes, se ofrece a todos los trabajos, dando a entender que un fuego sagrado devora su alma de apóstol. El Padre Agatángel mira con ojos de complacencia a su nuevo súbdito, y queda admirado de su entusiasmo y de sus virtuosos propósitos.

Este encuentro de los dos futuros mártires es definitivo y providencial. Los dos tienen un mismo anhelo y una misma idea: dar su vida, si es preciso, por la conversión de los infieles. Ese será, desde ahora, el tema preferido de sus conversaciones, lo que unirá sus espíritus con el lazo del más puro amor.

Agatángel y Casiano son dos ejemplares trasladados a su tiempo desde los días de Diocleciano o Nerón. Las actas de su martirio hubieran dado un bello motivo de inspiración al poeta Prudencio, cantor de los primeros atletas cristianos. Dos vidas breves y, no obstante, pletóricas de heroísmo y de santidad. Como buenos franceses, tienen una elegancia espiritual y una finura evangélica que no perderán hasta que sus cadáveres queden en el campo de batalla.

Agatángel es el orador elocuente que se impone a todos los públicos con su presencia majestuosa, con su celo amable y con un torrente de afectos y de razones que brotan caudalosamente de su corazón intrépido. Sabe alternar la oración con las investigaciones científicas, y sostiene correspondencia erudita con algunos sabios de su patria, a los que envía con frecuencia el resultado de sus estudios.

Casiano es el lingüista de palabra fácil, políglota de idiomas semibárbaros, que adquieren en su boca una delicadeza y precisión latinas.

Dos vidas paralelas y distintas que sólo al acercarse el fin de su carrera llegarán a ponerse en contacto y a fundirse con la sangre del martirio.

* * *

La historia del Padre Agatángel es novelesca y variada, y él la cuenta con viveza, ocultando los pormenores honoríficos que se refieren a sus actividades y a su persona. Su compañero escucha la narración con creciente interés; el relato apasionante que el Padre Agatángel está haciendo en rápidas frases, muestra claramente la idea fija de todas sus aspiraciones: la gloria de Dios y la salvación de las almas.

———

Nació en Vendôme en 1598. Su padre, Francisco Noury, era un noble y cristiano caballero; su santa madre, Margarita Begon, parecía privilegiada por Dios con dones de perfección; sus hermanitos aprendieron a rezar desde la cuna... y él también. De niño, entraba muchas veces en el recién fundado convento de capuchinos, solo o en compañía de su padre que era el síndico de los religiosos; recorría los claustros, el refectorio, la sacristía y el huerto. Con esta familiaridad, pronto sintió la afición al hábito franciscano, y pidió a Dios la gracia de una firme vocación. Tuvo una infancia alegre, oreada por las brisas del jardín de su casa y por las piadosas lecciones de su madre y de los frailes capuchinos. Los buenos religiosos gustaban de su conversación graciosa e ingenua, le miraban embelesados cuando se acercaba a comulgar y cuando rezaba sus infantiles plegarias ante el altar de la Virgen; y en la mente de todos estaba que el pequeño había sido señalado por Dios para muy altos destinos.

———

A los veinte años, el joven Noury entraba en el noviciado de Le Mans, dejando las comodidades de su rica familia y aspirando a entregar toda su vida al servicio de Dios. Su nuevo nombre, Agatángel — *buen mensajero* —, le pareció un título de gloria y una señal de la voluntad divina. Era el nombre de un santo niño que había dado su sangre y su vida por la fe en los primeros tiempos del Cristianismo. Aquel nombre, un poco extraño, tenía aires de catacumba y de misterio, sonaba a persecución y a combate, y el animoso novicio lo recibió como señal de un nuevo bautismo.

El año del noviciado fué uno de los más hermosos que recordaba: el Padre Agatángel todavía tiene nostalgia de aquellas largas meditaciones en el coro y en la celda, de aquellas pláticas enjundiosas del Padre Maestro, de la santa emulación de todos los novicios por alcanzar en breve tiempo la madurez de la vida religiosa. El no cuenta nada de su propia virtud, de sus progresos y ejemplos en la humildad y en la obediencia, de su inmaculada castidad y seráfica pobreza. Pero nosotros sabemos que llegó a ser la admiración de toda la comunidad y que el Padre Maestro le miraba con especial predilección.

Después de la profesión solemne, pasó al convento de Poitiers para terminar la carrera eclesiástica. Allí encontró un excelso maestro y guía del espíritu en el célebre Padre José de Tremblay, que había de ser más tarde la gran figura política que la Historia ha inmortalizado con el nombre de *la Eminencia Gris*, por su amistad e influencia con el altivo

cardenal Richelieu, cuyo brazo derecho fué durante muchos años. (1)

El Padre José, antes de ser político eminente, es sólo un austero religioso, modelo de virtud y consejero insuperable en las vías del alma. En el convento de Poitiers tiene ahora la delicada tarea de la instrucción mística de los jóvenes coristas, y la preparación de los misioneros que ha de mandar por varias provincias de Francia, Inglaterra y Escocia, para combatir el protestantismo; y proyecta otras más bravas expediciones a las misiones de Oriente, a las tierras sometidas al fanatismo islámico del Gran Sultán.

Al lado de aquel gran organizador, Fray Agatángel se formó en la palestra de los apóstoles durante tres años; y luego fué enviado al convento de Rennes, para terminar los estudios teológicos y recibir el sacerdocio.

———

En 1625 celebraba la primera misa y era considerado como un capuchino perfecto. Humilde, a pesar de su talento y de su brillante carrera; obediente y pobre, como los primeros discípulos de San Francisco; casto, con la inocencia de un niño; y celoso de la salvación de las almas, con deseos de ganar toda la tierra para Jesucristo.

Inició sus trabajos predicando la cuaresma de 1626 en su ciudad natal, no con balbuceos de principiante, sino con el acento poderoso de los grandes oradores y de los antiguos profetas. Sus conciuda-

(1) Los historiadores modernos están vindicando cada día la calumniada y discutida figura del gran político capuchino. En uno de los próximos tomos de esta obra, dedicaremos algunas páginas a tan extraño personaje.

danos recordarán muchos años después la elocuencia del Padre Agatángel, sus ejemplos de virtud, y ciertas palabras proféticas en que fustigó a los protestantes y anunció claramente la próxima ruina de su templo parroquial. Más tarde, recorrió el Poitou en una gira de fecundo apostolado.

A pesar de estos buenos comienzos, el futuro mártir no vive satisfecho; una voz interior le llama a otro terreno más amplio y lejano. No busca él la fácil gloria de su tierra, sino la salvación de los pecadores de todo el mundo, aunque para ello sea necesario eclipsarse y alejarse. Un hecho providencial resolvió la situación a gusto del Padre Agatángel. Dos condiscípulos suyos debían partir, por aquellos días, para las misiones de Siria, enviados por el Padre Tremblay; pero uno de ellos cayó gravemente enfermo algunos días antes de la partida. El Padre Agatángel vió los cielos abiertos cuando sospechó la posibilidad de reemplazarle: se presentó a sus superiores y les pidió con insistencia el honor de formar parte de la expedición. Todo le salió a pedir de boca...

Después de un largo viaje de París a Marsella, a través de casi toda Francia, descalzos, sin más provisiones que las limosnas que recogían por el camino, los misioneros se embarcaron en un viejo velero que se hacía a la mar en dirección a Oriente. La navegación fué penosa y llena de molestias y de peligros: varias veces creyeron todos que el navío no podría resistir los embates de las olas y la fuerza huracanada de los vientos.

El Padre Agatángel no era sólo un santo religioso y un celoso apóstol de la fe; tenía también amplios conocimientos científicos y un noble espíritu de investigación que había de producir maravillosos resultados. Además del breviario y del crucifijo, llevó a su misión de Siria varios instrumentos astronómicos, con los cuales hizo interesantes observaciones, calculó la dirección de los vientos y de las corrientes marítimas, y se dice que rectificó la antigua ruta de los navíos entre Marsella y Palestina. Esos instrumentos le acompañaban a todas partes: una noche, en El Cairo, se entusiasmó tanto con su pobre telescopio, que logró detalles precisos sobre un eclipse lunar; pero tuvo que guardar varios días de cama por haberse enfriado en la azotea de su modesto observatorio.

Los misioneros desembarcaron en Alexandretta y se dirigieron inmediatamente a la ciudad de Alepo, la antigua Berea de Siria, centro importante del comercio y de la religión musulmana. Los escasos católicos, entremezclados con los griegos cismáticos, armenios y jacobitas, vivían absorbidos en aquella Babilonia orgullosa, rica y pujante, que no reconocía más Dios que Alá ni más profeta que Mahoma.

El trabajo apostólico de los capuchinos se presentaba erizado de dificultades. Los musulmanes no permitían que nadie osase hablar públicamente contra las enseñanzas de su venerado Alcorán; los europeos, enfrascados en el negocio, no hacían caso de los problemas espirituales y habían abandonado

completamente la práctica de la religión que aprendieran en la infancia.

Pero los misioneros no se desanimaron; esas mismas dificultades acuciaban sus deseos y encendían más su fervor y su celo. Comenzaron por estudiar el árabe, la lengua oficial y única que se hablaba en el país. El Padre Agatángel consiguió, en poco tiempo, hablar el difícil idioma con soltura y elegancia, teniendo así una preciosa arma para sus futuros combates espirituales. Uno de sus compañeros, en carta dirigida a la Congregación de Propaganda, escribía por aquellos días: «El celo del Padre Agatángel es maravilloso. Sabe comunicar su fuego a todo lo que emprende. Visita a los griegos, a los turcos, a los maronitas; y, al paso que se adiestra en el lenguaje, se insinúa en el alma de sus interlocutores y los atrae al amor de Jesucristo. Su conversación sencilla y modesta, sin disputas inútiles o peligrosas, le granjea la confianza de todos los que le conocen. Muchos mahometanos principales le han pedido entrevistas para escuchar sus lecciones sobre el Cristianismo. El Dadá de Dervisch, especie de abad de los monasterios musulmanes, no se contenta con estudiar el Evangelio con el Padre Agatángel; quiere también hacerse capuchino como él. Actualmente, el Padre trae entre manos la conversión de un obispo cismático, y tenemos firme esperanza de que lo conseguirá.»

Los éxitos del gran apóstol se sucedían sin interrupción. Su palabra expresiva y fogosa, la virtud que resplandecía en todas sus obras, le iban abriendo los caminos más difíciles. Con perfecto dominio del árabe, atraía a su púlpito a una muchedumbre

ávida de escuchar la palabra de Dios en su propio idioma.

Pero muy pronto la contradicción y la envidia hicieron imposible el apostolado de los capuchinos en Alepo. El Padre Agatángel y sus compañeros se encontraron con las manos atadas: alguien, que no podía sufrir el entusiasmo que despertaban los humildes hijos de San Francisco, declaró la guerra a nuestros misioneros y esparció un rumor calumnioso e injusto: «Los capuchinos son unos intrusos en Alepo, y pretenden meter la hoz en la mies ajena.»

Con el alma destrozada, el Padre Agatángel vió todos sus esfuerzos anulados, sus esperanzas fallidas. Estaba demás allí. Y pidió permiso a sus superiores para marchar a otro campo más fértil y más extenso. La obediencia le destinó a las misiones de Egipto.

A través del Monte Líbano, cruzando valles y montañas que todavía conservaban las huellas del Redentor, predicando a los piadosos maronitas y a los fanáticos drusos las mismas palabras que Cristo había pronunciado allí diez y seis siglos antes, el Padre Agatángel permaneció ocho meses en Palestina; y fué tan copioso el fruto que recogió, que con justicia se le ha llamado *el apóstol del Líbano.*

En 1633 llegó a El Cairo, donde los capuchinos tenían un hospicio de reciente fundación. Si en Siria había encontrado un montón de ruinas espirituales, en Egipto no era menos desastrosa la situación. Aquella tierra, en cuyos extensos arenales habían brillado las virtudes de los grandes ermita-

ños, como San Pablo y San Antonio, y donde había lanzado el fulgor de su talento apologético el gran San Cirilo de Alejandría, ahora no era ni sombra de lo que fué. Los monjes coptos, dueños y señores de las almas, estaban separados de la fe de Roma, y habían arrastrado consigo a todo el pueblo sencillo y piadoso.

El Padre Agatángel comenzó al punto la dificultosa tarea de someter a los monjes cismáticos a la obediencia de la fe católica, disputando públicamente con el patriarca Mateo, superior del poderoso monasterio de San Macario, convenciéndole de sus errores y consiguiendo de él, si no una abjuración formal del cisma, al menos su apoyo y benevolencia para predicar libremente en el pueblo bajo. Rápidamente, el Padre Agatángel se hizo el personaje más popular de El Cairo; las gentes corrían tras él y oían sus bellos discursos y se dejaban subyugar por su virtud extraordinaria. El capuchino era modelo de prudencia y de caridad; monjes y fieles reconocían la bondad de su corazón y los sólidos argumentos de su doctrina; el apóstol recorrió los numerosos monasterios de Egipto, llegando hasta la Tebaida, cuna del monaquismo primitivo, y en todas partes consiguió notables y seguras conversiones...

* * *

Hasta aquí el relato del Padre Agatángel. Nosotros hemos tenido que llenar, con los documentos y noticias de la época, las frecuentes lagunas debidas a la humildad del narrador. El Padre Casiano, sentado junto a él, ha seguido el discurso con cre-

ciente interés; y ahora deberá contarnos su propia odisea, siquiera sea más breve y no tenga tantas aventuras como la del Padre Agatángel. También aquí tendremos que suplir lo que no pueda declararnos la modestia del Padre Casiano.

* * *

Nació en Nantes, no muy lejos de Vendôme, en 1607. Sus padres son portugueses: así lo atestiguan sus apellidos Lopez-Netto y Almeras. En el bautismo, su padrino y tío le puso por nombre Gonzalo Vaz, y después los niños, haciendo un juego de palabras (Vaz-Netto), comenzaron a llamarle Vasenet.

Infancia piadosa y angelical, no exenta de precoces penitencias, según el testimonio de los historiadores. También en Nantes hay un convento de capuchinos al cual Vasenet suele ir con frecuencia a rezar el rosario y a conversar con los frailes. A los nueve años, pide el hábito: pero tiene que crecer y estudiar mucho, antes de conseguir lo que pretende.

Sigue los cursos de literatura en el colegio de San Clemente, interviene con aplauso en público certamen de retórica, y antes de los quince años se hace querer y admirar de toda la ciudad. Los Padres Cordígeros franciscanos de Nantes son sus maestros de hebreo, lengua que muy pronto no tendrá secretos para él. Su inteligencia y su memoria son portentosas: los idiomas más extraños y difíciles parecen cosa natural en sus labios; repite en su casa los sermones que oye en la iglesia, con

exactitud admirable; estudia al mismo tiempo Filosofía y Etica y otras muchas asignaturas, y en todas demuestra agudeza de ingenio y profundidad de raciocinio.

A los diez y siete años, abandona el mundo y sus quimeras, y toma el hábito capuchino en el noviciado de Angers, con el nombre de Fray Casiano de Nantes. Los clásicos fervores del año de prueba no pudieron hallar un alma mejor dispuesta que la de nuestro joven. Es humilde, sin acordarse de sus brillantes triunfos pasados; es mortificado y obediente, como lo sabe muy bien el Padre Maestro que le ha sometido a tremendas contradicciones.

El acto de su profesión solemne es un momento decisivo para esta alma noble y ansiosa: es el comienzo de un largo camino de espinas y de renunciamientos, a imagen y semejanza del Seráfico Pobrecillo de Asís.

Tres años más tarde, sigue sus estudios de Filosofía y Teología en el convento de Rennes, en el mismo que, dos años antes, había presenciado la partida del Padre Agatángel para las misiones de Siria. Los dos capuchinos han vivido cerca, han estado sucesivamente en el mismo convento, han tenido los mismos maestros; pero no se han conocido en la patria.

En 1631, el Padre Casiano termina sus estudios y es ordenado de sacerdote. Sus primeros pasos en el nuevo estado son los de un héroe de la caridad. Casi toda Francia fué azotada por una feroz epide-

mia que hizo estragos en algunas de las mejores y más ricas provincias. Los capuchinos escribieron entonces una página inmortal de abnegación, sirviendo a los enfermos, desafiando todos los peligros. Con razón el duque de Orleans les llamaba *los hombres del fuego y de la peste.* En Rennes tomaron la dirección material y espiritual del lazareto, y el Padre Casiano hizo verdaderos prodigios de sacrificio en favor de los apestados. Después de varios días de incesante trabajo, la epidemia cayó sobre él con toda su violencia. Pero Dios, que quería hacer de él un mártir de la fe, no permitió que fuera entonces mártir de la caridad.

Por aquellos días, el Padre José de Tremblay, como hemos dicho, andaba en sus afanes por buscar misioneros de sólida formación espiritual y científica para la evangelización del Oriente. Avezado a distinguir el oro fino de sus imitaciones falsas, eligió a los Padres Casiano de Nantes y Benito de Dijón, para las misiones de Egipto. Son los dos jóvenes religiosos que acaban de llegar a El Cairo y que están en animada charla con el Padre Agatángel. Han desembarcado en el vecino puerto de Alejandría hace medio mes, y han dado ya los primeros frutos de apostolado, predicando a los comerciantes franceses del trayecto.

* * *

Los dos futuros mártires, Agatángel y Casiano, se entienden perfectamente: un mismo celo devora sus almas, una misma Providencia les ilumina y les guía. Al Padre Casiano, eximio políglota, le cuesta

poco aprender con perfección el árabe, teniendo por maestro a su santo compañero y superior. Juntos los dos, o separados, predican sin descanso a los indígenas y a los extranjeros, avivan la piedad mortecina del pueblo, corrigen los abusos y los errores dogmáticos, refutan a los teólogos monofisitas, recorren los monasterios y los barrios, penetran en los hospitales y en las cárceles.

Estaban ambos misioneros dedicados con alma y vida a su intensa labor, cuando llegaron a El Cairo las noticias dolorosas de una sangrienta persecución contra los católicos en el vecino reino de Etiopía o Abisinia. Los viajeros que llegaban de allá, pintaban las más espeluznantes escenas: los misioneros jesuítas habían sido asesinados o expulsados del país; algunos consiguieron ocultarse en las montañas casi inaccesibles; el emperador Susinnio, que era católico, había muerto; y su hijo Basílides, con muchos de sus íntimos amigos, había abrazado la religión cismática de los coptos. Uno de los principales promotores de la persecución era un tal Riscalla, que se declaró a sí mismo representante del patriarca de Alejandría con plenos poderes para regir las iglesias coptas de Abisinia, depuso a todos los sacerdotes católicos y, en pocos días, ordenó *in sacris* a más de veinte mil coptos, siendo él un simple lego. El impostor fué por fin desenmascarado, después de cometer toda suerte de sacrílegos desmanes.

Agatángel y Casiano sintieron un mismo pesar e idénticos deseos al oír las tristes nuevas de Etiopía. Sin pérdida de tiempo, escribieron al Padre José de Tremblay pidiéndole licencia para dirigirse

al teatro de tan lamentables sucesos; y mientras llegaba la respuesta, el Padre Agatángel consiguió, gracias a su hábil intervención en el asunto, que la lucha religiosa de Abisinia cesara momentáneamente. Hizo consagrar obispo de aquel país al monje copto semiconvertido Arminio, que tomó el nombre de Marcos, y con ese nombramiento se calmaron un tanto las pasiones.

* * *

Y aquí debe aparecer, como una mancha, el nombre fatídico de Pedro León, personaje diabólico y canallesco, que hará cambiar la faz de los sucesos y derramará torrentes de sangre cristiana en las montañas y llanuras etiópicas. Es un joven luterano alemán, cuyo verdadero nombre es Pedro Heyling; astuto, erudito, habla varios idiomas, entre ellos el árabe y el latín, con elegancia y facilidad; tiene, además, algunos conocimientos teológicos, y se precia de médico caritativo y desinteresado. Llegó a El Cairo con fines aparentemente comerciales; pero es un formidable propagandista de sus errores y un terrible enemigo del cristianismo.

El Padre Agatángel conoció al momento qué clase de actividades desarrollaba Pedro León, y lamentó la popularidad que iba adquiriendo en todos los sectores de la ciudad, gracias a su lengua expedita y a sus obras de fingida virtud. El capuchino le declaró una guerra tenaz. Pedro León le contestó con un acto de suprema hipocresía: se hizo monje en el monasterio de San Macario, con

la secreta intención de ir más tarde a Etiopía acompañando al nuevo obispo de aquella agitada región. A los pocos meses, el falso monje conseguía ser admitido en la comitiva del prelado y llegar a Etiopía, campo propicio para sus nefandas intenciones.

Nuestros dos misioneros, impacientes por la tardanza del permiso para ir a Abisinia, se dedicaron a perfeccionarse en el bárbaro idioma de su futuro destino. El Padre Casiano hizo tales progresos, que pudo traducir a la lengua de los etíopes varias obritas de apologética y el catecismo católico.

Antes de emprender el anhelado viaje, los dos santos capuchinos se prepararon para la lucha que les esperaba, con una fervorosa peregrinación a Tierra Santa. Y al volver de aquellas regiones santificadas con la vida de Cristo y regadas con su sangre, hallaron en El Cairo la orden tanto tiempo esperada de ir a Etiopía.

* * *

En los últimos días de diciembre de 1637, Agatángel y Casiano salieron de El Cairo llenos de celo apostólico y con la certeza de que el martirio coronaría todas sus fatigas. Quince días de navegación por el Nilo, entre manadas de cocodrilos y nubes de insectos, hasta la localidad de Gorges; largo caminar sobre el lomo de los camellos en una caravana que atravesó el Alto Egipto, hasta llegar a Suakim. En esta ciudad, aconsejados por el Pachá, tuvieron que disfrazarse de sacerdotes coptos para poder penetar en territorio abisinio. Con gusto hubieran

comenzado inmediatamente sus predicaciones; pero Dios había dispuesto las cosas de muy distinta manera.

Apenas se internaron algunos kilómetros, fueron apresados como sospechosos y enemigos de la fe. Su antiguo rival, Pedro León, había preparado astutamente la emboscada, después de hábiles manejos que le hicieron dueño de la situación. Hizo creer al obispo Marcos que el Padre Agatángel venía a desposeerle de su título y de sus derechos episcopales, y consiguió que el Negus Basílides se pusiera en guardia contra una posible revolución provocada por los dos capuchinos.

La cárcel y las cadenas, con las cuales habían soñado tantas veces, eran ahora una realidad que les llenaba de gozo y de santo orgullo, al mismo tiempo que lloraban por la catástrofe espiritual de Abisinia. Ser mártires de Cristo y de su fe, dar su sangre por tan sublimes ideales, ofrecerse como víctimas expiatorias por los católicos abisinios, había sido el anhelo más intenso de los dos héroes, y ahora preveían que la corona triunfal estaba ya sobre sus cabezas. Cuando al Padre Casiano le pusieron las cadenas en el cuello y en las manos, no pudo contener su felicidad y exclamó en lengua etíope: «Estas son las preciosas joyas que veníamos a buscar en tan lejanas tierras.»

Después de un mes de cárcel, una orden del Negus los llamó a la ciudad de Gondar para ser juzgados por el supuesto delito de lesa majestad. El viaje fué horroroso: a través de los infernales desiertos del norte de Etiopía, atados los misioneros a la cola de los caballos de sus verdugos, expuestos

a las burlas y pedradas de las turbas salvajes, medio desnudos, y muriendo a cada paso por el tormento del hambre, de la sed y del vertiginoso correr, sin más descanso que el que se concedía a los caballos, llegaron a Gondar el 5 de agosto de 1638.

Allí se encontraron con un nuevo y más terrible tormento: el obispo Marcos, su antiguo protector y amigo, dominado ahora por el infame Pedro León, se declaraba abiertamente adversario de la fe católica y juez inexorable de los dos misioneros. Vestidos con su hábito capuchino, fueron presentados al emperador, que había caído también en las pérfidas redes del malvado e intruso Pedro León. Unicamente podrían verse libres y ser colmados de honores si renegaban de Cristo y de la Iglesia de Roma. Los capuchinos contestaron que no renegarían jamás de su fe.

La muerte, decretada de antemano por el obispo y por su consejero, se retrasó hasta que los jueces supremos dieran su fallo. Los mártires, encerrados en una repugnante mazmorra, convirtieron la prisión en templo y la estrecha ventana de férreos barrotes en púlpito. Los católicos se agolpaban al pie de aquella ventana, de donde salían sin cesar las palabras apostólicas de los prisioneros.

El juicio, en presencia del emperador y del obispo, ofreció un espectáculo de intenso contraste: de una parte, los dos acusados, cargados de cadenas, demacrados, enfermos, pero llenos de serenidad y de inmutable alegría; en frente de ellos, el obispo acusador, estallando de cólera en cada palabra, enfurecido hasta la locura, temblando de despecho y de rabia.

Mientras tanto, Pedro León no perdía el tiempo: con violentos discursos ante la multitud que esperaba impaciente el resultado del juicio, consiguió que el pueblo se amotinase tumultuosamente y que pidiese a gritos la cabeza del emperador o los cuerpos de los capuchinos.

La sentencia vino a calmar la excitación popular: los dos misioneros habían sido condenados a la horca, por el delito de intentar convertir al pueblo etíope a la fe católica. Agatángel y Casiano, iluminados por una radiante alegría, cayeron de rodillas abrazados y se dieron mutuamente la absolución sacramental.

* * *

El patíbulo estaba ya preparado: eran dos árboles de las afueras de la ciudad; y los mártires fueron arrastrados por el populacho frenético, que hervía en un clamoreo de injurias.

Al pie de los árboles que habían de servir de horcas, fueron despojados de sus hábitos, quedando medio desnudos y expuestos a las burlas de la multitud. Entonces sucedió un pequeño contratiempo: a los verdugos se les habían olvidado las cuerdas de la horca... Los capuchinos lo notaron, y en un sublime acto de cortesía, ofrecieron sus blancos cordones franciscanos... ¡y con ellos fueron suspendidos de los árboles!

No murieron tan rápidamente como esperaban los verdugos; y la espantosa agonía pudo embellecerse con las flores del apostolado: los mártires siguieron bendiciendo a Dios y predicando la fe de la Iglesia Romana.

Aquello pareció demasiado al obispo Marcos que estaba presente, y tomando del suelo una piedra, hizo que enmudecieran para siempre aquellas lenguas incansables. Volviéndose después al pueblo, amenazó con la excomunión a todos los que no tiraran por lo menos una piedra contra los cuerpos de los capuchinos. La multitud, como movida por un resorte, obedeció; y en breves momentos, un montón de guijarros fué la sepultura de los dos cadáveres gloriosos.

Era el día 7 de agosto de 1638. Pedro León había satisfecho sus deseos de venganza; pero Dios le esperaba con su justicia. Pocos meses más tarde, el sanguinario monje moría degollado por orden del Pachá de Suakim.

El informe sepulcro de los mártires capuchinos comenzó a ser, desde el primer día, un lugar de gloria y un manantial de milagros. Sobre el montón de piedras teñidas de sangre, un vivo y misterioso resplandor atraía las miradas de los cristianos y la curiosidad de los incrédulos. Las autoridades de Gondar empezaron a preocuparse seriamente de aquella milagrosa claridad que irradiaba la tumba de los héroes; y decidieron destruir todos los vestigios del crimen. Pero una furiosa y repentina tempestad impidió que los cismáticos se acercaran al lugar del prodigio; y mientras tanto, los católicos pudieron trasladar los sagrados restos a un sepulcro lejano, donde todavía se conserva en toda su frescura el recuerdo de los invictos defensores de la fe.

BEATO BERNARDO DE CORLEON
(1605-1667)

En toda la comarca de Corleón, y aun en gran parte de la isla de Sicilia, los puños férreos de Felipe Latini y su genio avinagrado y pendenciero gozaban de envidiable reputación.

Con la espada flexible y reluciente, como un latigazo de luz, sabe hacer primores de esgrima; a caballo o a pie, sus aventuras se suceden ruidosas, levantando un clamoreo de aplausos o de protestas. Tiene un cuerpo ágil, robusto, de acero; y un carácter irascible, pronto a estallar a la menor sospecha de injuria o de desprecio.

Este joven terrible es, a pesar de todo, un pedazo de pan: no puede ver a un mendigo sin socorrerle al instante, aunque sea dándole su propia camisa; en la iglesia del pueblo, aquel mozallón sabe rezar con la piedad de una monja; en las francachelas y jaranas, nunca salen de sus labios palabras indecentes; su vida es violenta y bulliciosa, pero inmaculada.

Los padres de Felipe, honrados y cristianos a carta cabal, le han metido en el alma todas las lecciones de la virtud, y el muchacho las ha recibido y las practica con el ardor propio de su noble con-

dición. En el taller de su padre, aprende al mismo tiempo el oficio de zapatero y la bondad del alma. Es trabajador, caritativo, piadoso y humilde. En lo único que no cede ni cederá jamás la primacía, es en el valor, en la caballerosidad y en la destreza y donaire para manejar el florete.

Se le ve con frecuencia arrodillarse lloroso a los pies de un crucifijo, en la iglesia de San Andrés; y aun suele dejar un puñado de escudos para el mayor brillo de la fiesta patronal; es también admirador y devoto del dulcísimo Patriarca de Asís, cuya juventud inquieta tiene mucha semejanza con la suya, y hasta se hace terciario franciscano para imitarle y para dar un consuelo a su buena madre que se lo ha pedido tantas veces. Pero su pasión dominante, además de la esgrima y de los torneos caballerescos, parece ser la caridad para con los débiles y encarcelados. Si de su espada dependiera, Felipe Latini quebraría de un golpe todas las rejas, grillos y cadenas de la tierra. En las frías mañanas de invierno, no es raro verle recorrer la ciudad pidiendo limosna para los presos.

No dejaba de ser extraño este ejemplo de cristiana caridad en un joven como Felipe Latini, que era muy capaz de quitarse el pan de la boca para dárselo a un hambriento, y cinco minutos más tarde, vengar una injuria con la punta de su temible espada.

* * *

El valiente muchacho aprendió tan perfectamente el arte de la esgrima, que su fama se extendió por toda la región, gracias a las numerosas victorias

que alcanzó en todos los lances que sostuvo con los más diestros adversarios. Pronto comenzó la gente, con admiración y orgullo, a llamarle *el Maestro Latini, la primera espada de Sicilia.* El hijo del zapatero había llegado a ser uno de los personajes más nombrados de Corleón.

En el pueblo, los fuertes le temían y los pobres y débiles le idolatraban. Los músculos de Felipe, su habilidad y su valor, se pusieron inmediatamente al servicio de la justicia y de la caridad. Unas veces, los soldados españoles, súbditos del virrey, pagaban cara su osadía o su crueldad a manos de Latini y de su banda de amigos; otras veces, los ladrones de los campos tenían que huír despavoridos ante la repentina aparición del apuesto joven que les perseguía encarnizadamente, y les daba sorpresas frecuentes y desagradables. Dondequiera que había una injusticia o una rapiña, el Maestro Latini corría a defender con su espada la causa de los desgraciados.

Si todavía quedaba alguien que dudara del valor de nuestro héroe, él se encargaba de disipar todas las dudas, demostrando plenamente sus extraordinarias cualidades. El conde Beviacetto de Palermo tuvo que convencerse de lo peligroso que era enfrentarse con un adversario de tanta bravura; y uno de los funcionarios de la policía ha pasado a la inmortalidad gracias a un desgraciado duelo que tuvo con nuestro joven, de cuyas manos salió con un brazo roto y dejando regueros de sangre en las piedras de la plaza. Se llamaba Vito Canino y vivía en Palermo. Era joven, apasionado, orgulloso, y tenía fama de ser uno de los mejores esgrimistas de la

comarca. No conocía a Felipe Latini; pero había oído algo de sus proezas y de su valor, y se sintió eclipsado por el renombre que iba adquiriendo el hijo del zapatero de Corleón. Vito Canino juró no descansar hasta ver a Felipe postrado a sus pies. Limpió su espada, se vistió y acicaló como paladeando de antemano su triunfo, y se dirigió a Corleón presentándose ante su rival con aire provocativo y desafiante.

—«Señor—le contestó Felipe—; yo no tengo motivos para pelear con vuesa merced. ¿Qué razón hay para hacerlo?

—«Si sois valiente—replicó Canino, que a toda costa buscaba el lance—,tomad vuestra espada y mostrad el valor de vuestro brazo. Si rehusáis, os juzgaré como un vil y cobarde zapatero, indigno de mirarme a la cara.»

Felipe dió un salto al escuchar los insultos y salió a la calle, dispuesto a castigar en un momento la osadía del provocador. En la plaza Soprana, rodeados por una multitud de curiosos que aplaudían todas las alternativas del combate, Felipe y Vito dirimieron rápidamente sus diferencias.

En lo más enconado de la pelea, Vito, vencido y desarmado por un golpe certero de su rival, cayó al suelo con una grave herida en el brazo derecho: la espada de su adversario le había cortado los tendones con una limpieza y rapidez magistrales. Pero Felipe, aterrorizado por lo que acababa de hacer, corrió a la iglesia más cercana y se refugió en ella, mientras la justicia resolvía la situación.

Esa sangre que acaba de derramar sin querer, por la imprudente provocación de Vito Canino, tiene

el poder de abrir los ojos de este mozo bravucón, pone espanto en su alma, y hay un temblor de angustia en aquel corazón que no conocía el miedo. Felipe siente, por vez primera, el inquieto remordimiento de la conciencia que le enrostra la felonía de su crimen.

A otros santos, Dios les llamó al claustro con las voces cariñosas de la amistad; a nuestro joven, una voz justiciera y expiatoria le invita a la penitencia de sus delitos. Y Felipe, para huír del fantasma aterrador que no le deja sosegar, corre al sagrado refugio de un convento de capuchinos. La vocación religiosa, que ordinariamente se madura después de un largo proceso de prácticas cristianas, fué en este joven arrepentido una decisión fulminante e irrevocable.

* * *

Con su nuevo nombre y con su nueva indumentaria, Fray Bernardo nos recordará siempre al esgrimista Felipe Latini, luchador incansable y victorioso, incapaz de retroceder, noble y sereno ante el enemigo, presentando la cara y el pecho, sin dar nunca un paso atrás, sin conocer el miedo ni el desaliento.

Fray Bernardo no es de esos santos de carácter tranquilo y dulce, como un lago de aceite, como un campo risueño y florido. Pertenece al grupo de los volcánicos y violentos, es hermano de San Pablo y de San Agustín, es de los que pasaron su vida en medio de un tumulto de pasiones, envueltos en el fragor callado de las luchas espirituales, guerreando sin cesar contra sí mismos, sembrando vio-

letas y plantando rosas en un terreno pedregoso, desigual y bravío.

El 13 de diciembre de 1631, Fray Bernardo de Corleón comenzaba su nueva vida de penitencia en el convento de capuchinos de Caltanissetta. Era Maestro de novicios el Padre Lucas de Palermo, hombre virtuoso y de extremada habilidad para conducir las almas de los jóvenes por los más ásperos caminos de la penitencia. Fray Bernardo se puso en sus manos enteramente, y muy pronto el Padre Maestro pudo notar que aquel joven no entendía de tibiezas ni de medias tintas. Las reprensiones del Padre Lucas, sus palabras duras y mortificantes, sus castigos y humillaciones, parecían regalos y dulzuras para el novicio. En punto a crueldad con su propio cuerpo, con la *bestia*, como él decía, iba más adelante que todo lo que podía inventar el Padre Maestro. Las penitencias del novicio sobrepasaban a todo lo que se puede imaginar; el mismo Padre Lucas se espantó, y debió refrenar los ímpetus del joven: no le permitiría castigarse más con aquellas atroces disciplinas que dejaban manchas de sangre en las paredes de la celda; no consentiría que, en el refectorio, Fray Bernardo dejase pasar los platos sin probarlos; le mandó comer como los demás novicios y dejar las mortificaciones al árbitrio del superior. Fray Bernando le obedeció ciegamente.

El silencio casi continuo y la oración de noche y de día se juntaban con una profunda humildad, y hacían del novicio un modelo de vida perfecta y abnegada. Estaba de ayudante del hermano cocinero, y con la misma tranquilidad lavaba los pla-

tos, que soportaba el mal humor y las agrias palabras de su compañero.

Su única respuesta a todas las molestias era una frase que repetía sin cesar: «Sea todo por amor de Dios.»

En el coro, los religiosos se distraían frecuentemente en sus meditaciones por mirar a Fray Bernardo, absorto, extático, inmóvil, que parecía no cansarse nunca de hablar con su Dios.

El Padre Maestro solía decir que más hacía Fray Bernardo con su ejemplo en favor de los novicios que todos los discursos y conferencias espirituales.

Cuando Fray Bernardo hizo su profesión religiosa, ya era considerado como un santo, como tipo acabado de perfección franciscana.

* * *

Las frases breves y pintorescas que decía al hablar de cosas espirituales, quedaron muchos años en la memoria de los que le conocieron, y los directores de almas las repetían a sus dirigidos, como máximas profundas y fórmulas exactas de la vida espiritual. Veamos algunas:

«Así como el vino da energías a los viejos y enfermos, la oración es el licor que conforta a las almas religiosas.»

«El religioso debe orar en todo tiempo, ya sea con la boca, ya con el corazón.»

«El demonio teme más a la oración que a las disciplinas y a los ayunos. La oración es su azote y su peor enemigo.»

«La Pasión de Cristo es un mar sin fondo, por-

que contiene una gran cantidad de misterios con los cuales el alma se mueve al amor de Dios.»

«Yo no podría vivir sin recibir todas las mañanas el alimento de la vida, la comunión, que restaura y conforta al mismo tiempo el cuerpo y el alma, y me nutre y vigoriza para sobrellevar las fatigas del día.»

«Siempre es útil andar con el pensamiento puesto en Dios; porque el demonio es como un perro encadenado: ladra con las tentaciones, pero encontrándonos ocupados, no nos puede morder.»

«Más gusta Dios de la limpieza del corazón que de los rigores de la penitencia.»

«Huíd de las mujeres, porque ellas, con un movimiento de sus manos, pueden hacer tambalearse a las columnas de la Iglesia.»

En los treinta y cinco años de su vida religiosa, el Beato Bernardo de Corleón vivió en casi todos los conventos de la provincia de Palermo, dejando en todas partes el luminoso recuerdo de sus virtudes admirables, de sus obras de caridad, máximas y ejemplos de perfección y un cúmulo de prodigios extraordinarios.

Un religioso que le conoció y vivió en su compañía, afirmaba que, según la voz común, «todo lo que Fray Bernardo adquirió en la virtud provenía de la gran violencia que se hizo a sí mismo durante toda la vida.»

Nuestro santo quiso llevar hasta el límite de lo posible la observancia fiel de la regla de San Francisco, y de las constituciones y tradiciones capuchinas.

Su deseo de pobreza le hacía contentarse con lo

que otros desechaban por viejo e inservible. Buscaba los pedazos de túnica o de hábito, como si fueran perlas, y los cosía él mismo, haciendo de sus vestidos unas curiosas libreas de humildad. En la celda tenía dos tablas desnudas sobre las cuales dormía, y un leño nudoso que le servía de almohada; a la cabecera, una cruz vieja y una estampa de la Virgen; y en un rincón, unos cuantos cilicios que, de sólo mirarlos, hacían temblar. Pero los peores y más agudos cilicios estaban fuera de la celda: eran algunos religiosos que, por providencial designio de Dios, se encargaban de punzarle continuamente con desprecios e injurias. Fray Bernardo, acostumbrado a sufrir pacientemente las espinas materiales, no perdía la paz ante las espinas de la contradicción.

* * *

A veces, el antiguo genio fácilmente irritable daba señales de vida.—«Hermano—dijo un día a un religioso que no cesaba de molestarle—; ¿quiere dejarme tranquilo, sí o no?» Pero al punto su virtud se impuso con férrea firmeza y se vió a Fray Bernardo confuso, sollozando, pidiendo perdón y besando los pies del hermano. Otro día, después de iniciar una débil protesta por una reprensión injusta del Padre Guardián, cayó de rodillas arrepentido, y se volvió a su celda, dispuesto a dar una tremenda lección a su boca levantisca: del primera puñetazo saltaron varios dientes y un chorro de sangre, mientras el terrible penitente se decía a sí mismo: —«¡Cuidado con responder otra vez!

Ya te he dicho que no te consentiré ninguna altanería.»

Con tan brava conducta, Fray Bernardo llegó a domeñar perfectamente su iracundia y todos los defectos del carácter. Con razón se ha dicho de él que «trocó la valentía corporal por el heroísmo espiritual.»

Esos aspectos de la natural viveza del antiguo camorrista, nos le presentan más humano y más simpático, nos demuestran hasta dónde puede llegar la gracia de Dios en un corazón noble que, con el auxilio del cielo, se propone vencer implacablemente todos los resabios y malas costumbres de una naturaleza viciada. La conducta de Fray Bernardo, en lucha perpetua contra sí mismo, es un ejemplo precioso para todos aquéllos que combaten contra las propias inclinaciones no santas, un aviso reconfortante para no desanimarnos en la penosa subida a las cumbres de la perfección.

Es difícil imaginarse el grado de esfuerzo y de vencimiento de la propia voluntad que se ocultaba detrás de aquellas palabras resignadas con que respondía a las órdenes de sus superiores y a las burlas e insultos de sus hermanos. La frase brevísima «sea por amor de Dios» encerraba un largo y doloroso martirio, orlado de triunfos y de coronas.

* * *

La santidad de Fray Bernardo era ya del dominio público: sus milagros se contaban de boca en boca; las gentes corrían al verle, se postraban ante él, le besaban la mano y el hábito, le aclamaban

y le llenaban de honores. Pero el humilde lego huía aterrado de las alabanzas, lloraba sin cesar las culpas de su juventud, y se ponía los nombres más despreciables.

Venían a él grandes personajes para consultarle en toda clase de asuntos; pero Fray Bernardo se escondía para no recibir a obispos, sacerdotes y magistrados. Si la obediencia le obligaba a dar consejos, a resolver alguna duda, lo hacía con esta previa advertencia: «Yo soy una bestia: si sale de mi boca alguna palabra buena, será por milagro del Señor, que también hizo hablar a la burra de Balaam.»

Las penitencias corporales que se imponía podrían compararse con las privaciones de los Padres del yermo o con las maceraciones casi inverosímiles de San Pedro de Alcántara. Uno de sus biógrafos escribe: «Se puede decir que la vida del Beato Bernardo fué un ayuno continuo.» Los viernes de cuaresma y el triduo de la Semana Santa no probaba bocado ni bebía una gota de agua. En el verano solía beber agua caliente que sacaba de las ollas de la cocina, con la que se quemó los labios muchas veces.

Un amigo le regaló un rico postre, y el Padre Guardián le obligó a recibirlo, diciéndole: «Guárdelo en la celda.» Fray Bernardo obedeció al pie de la letra: guardó el dulce hasta que estuvo completamente podrido.

Uno de los cilicios era un prodigio de inventiva y de crueldad; él mismo lo fabricó a su medida: era una túnica metálica que le llegaba casi hasta los pies, y estaba tachonada de puntas de acero. Con

ella dormía, trabajaba y se ponía de rodillas, sintiendo los más acerbos dolores en todo el cuerpo. Un religioso le aconsejó moderarse en los rigores, teniendo en cuenta el peligro que suponían las horribles llagas que la famosa túnica le causaba. Fray Bernardo le contestó. «¿Y qué razón hay para que mi cuerpo vaya al sepulcro sin ningún detrimento? ¡Ah, cuerpo miserable! Yo debo mandarte al cementerio hecho pedazos.» Unicamente al mandato del Superior dejó aquel terrible suplicio.

* * *

La antigua robustez de Fray Bernardo fué perdiéndose poco a poco; se marchitó su rozagante frescura, a fuerza de ayunos y de disciplinas; ahora más parece un cadáver ambulante, una sombra descarnada, un espectro pálido. Es alto y flaco, tiene la barba puntiaguda, los pómulos salientes, los ojos siempre humedecidos del continuo llorar. Pero el terrible asceta no es un hombre triste ni tiene mal humor; en los recreos de la comunidad, sabe alegrar a sus hermanos con deliciosas narraciones y con salidas oportunas que arrancan carcajadas sonoras y frecuentes. Un gozo extraño brilla siempre en su mirada tranquila; y cuando habla de las dulzuras del amor divino, se ve el hermoso candor de su alma.

Seguramente ha encontrado y bebido a grandes sorbos el néctar de la consolación. Dícese que alguien le ha visto en íntimos coloquios con Jesús, recibiendo de sus manos un pedazo de pan humedecido en la sangre del costado del Redentor; y Fray

Bernardo ha confesado humildemente la realidad de éstos y de otros favores sobrenaturales. Cuéntase también que la Virgen Santísima le visita con frecuencia, y pone a su divino Niño en los brazos de Fray Bernardo, y le consuela con amor maternal en las penas y luchas de la vida. Cuando comulga, se le ve transfigurado en una especie de serafín, y esparce por todo el convento la delicada fragancia de los cielos. En Palermo, varios religiosos le vieron elevado en los aires, en la capilla del crucifijo, con los brazos en cruz, resplandeciente y absorto en un arrebato de amor y de familiar comunicación con Cristo.

Ha llegado a tan alta perfección, que parece no pisar este mundo sino con las puntas de los pies. Habla con los ángeles y con los santos, con Jesús y María, en una intimidad de amigo; y consigue del cielo todo lo que pide; sus plegarias son irresistibles.

Un día, al atravesar a caballo un río peligroso, cae al agua, y, después de muchos esfuerzos, consigue llegar a nado hasta la orilla opuesta; pero ve que ha perdido el crucifijo que llevaba siempre pendiente del cuello. Levanta los ojos al cielo y dice a Jesús: «¿Es posible, Señor, que yo no me haya ahogado y Vos sí? Pues yo no quiero marchar de aquí sin Vos.» Al instante, apareció el crucifijo flotando en las aguas, y llegó hasta Fray Bernardo cortando el ímpetu de la corriente.

Otras veces decía con ingenuidad de niño mimado: «Señor, yo quiero que me concedáis esta gracia; lo quiero y lo quiero.»

A pesar de esas intimidades y favores de Dios, el recuerdo de sus pecados antiguos no se le borraba

de la memoria. Pidió a sus superiores que le permitieran hacer, durante toda su vida, penitencia pública para lavar hasta el último rastro de la sangre que había derramado involuntariamente. En el refectorio, juzgándose indigno de la compañía de los religiosos, sólo se sentaba a la mesa en las grandes festividades; los otros días comía detrás de la puerta, como avergonzado, llorando y de rodillas. Cuando tenía que hablar con alguna persona, jamás levantaba los ojos del suelo, demostrando el rubor de sus pasadas culpas.

* * *

Nuestro santo penitente, rígido hasta el exceso consigo mismo, tenía un tesoro inagotable de dulzuras y de consuelos en el trato con el prójimo. Cuando fué cocinero, sabía esmerarse como verdadero artista en la preparación de los pobres alimentos de la comunidad, buscando nuevos guisos e inventando sabrosas y extrañas salsas, para que sus hermanos comieran con apetito. Cuando hacía de enfermero, hasta sus manos duras y escuálidas tenían blanduras de cariño, y sus palabras eran siempre optimistas y maternales. En el huerto y en la limosna trabajaba con tal espíritu de caridad, que todas las fatigas le parecían llevaderas con tal de tener contentos a los religiosos.

Hubo un fraile muy piadoso que tomó a Fray Bernardo como modelo de todas las virtudes, y quiso imitarle también en la práctica de la penitencia. Apenas lo supo el santo, fué a encontrarle y le dijo graciosamente: «Hijo mío, tú eres muy débil

panecillo, el último de sus alforjas, se multiplicó en sus manos y fué suficiente durante un mes para toda la tripulación; varios marineros, ignorantes en asuntos religiosos, acudían todos los días al P. José, y acabaron por instruirse perfectamente. Los primeros pasos por las calles de la antigua Bizancio tuvieron por guía a un bello y misterioso niño, que desapareció en forma repentina al dejar a los misioneros en lugar seguro.

Tenían los capuchinos en Constantinopla un pequeño hospicio con su capillita desvencijada y pobre. Su misión era penosa, difícil y llena de peligros: se dedicaban, entre otras cosas, a fortalecer en la fe a los cristianos y a impedir la apostasía de los cautivos que gemían en las mazmorras de los piratas turcos. Las visitas que hacían los misioneros, sus predicaciones en las cárceles, los auxilios materiales y espirituales que prodigaban, debían ser ejecutados con exquisita prudencia e innumerables cautelas, para no irritar a los mahometanos, y sustraerse a los edictos del Sultán, que había amenazado con pena de muerte a los que propagaran la fe de Cristo.

El P. José comenzó un apostolado complejo y hermoso: hacía de enfermero, de limosnero, de catequista y de consolador. «Hacía con aquellos desgraciados—dice un biógrafo—todo lo que una madre cariñosa puede hacer con un hijo muy amado.»

Muerto el Superior de la misión, nuestro santo fué nombrado para sucederle, y desde entonces amplió el campo de su actividad, sin temor alguno a las consecuencias que su conducta le pudiera acarrear. Iba por las calles y predicaba a los gru-

pos de mahometanos, sin cuidarse de los edictos del Sultán, sin parar mientes en las torvas miradas de su auditorio.

El fruto de sus trabajos era escaso, y el fogoso misionero empezó a discurrir la manera de llegar hasta el mismo palacio del soberano. Rondó varios días para ver si le sería posible burlar la vigilancia de los guardas; y al fin, una mañana, santiguándose fervorosamente, con el corazón saltándole de gozo, con la frente erguida, el paso seguro y los ojos iluminados y alegres, pasó por la «Sublime Puerta». A los pocos metros, la voz de alto de un soldado, los pescozones de los porteros y pajes, le hicieron retroceder y volverse al convento, rechazado, mas no vencido.

Varios días estuvo meditando otro plan más hacedero y seguro para renovar su tentativa, y en efecto, volvió a entrar en el palacio por otra puerta, si no tan «sublime», más llana y de más probable éxito que la primera. Los guardas dormían beatíficamente. El capuchino, sonriente y cauteloso, contuvo el aliento, dejó las sandalias en la puerta, caminó en las puntas de los pies, y comenzó a atravesar salones y pasillos. Oyó que en una sala vecina varios soldados estaban enfrascados en el juego: risas, apuestas, juramentos, canciones. —«Hasta ahora vamos bien»— pensó el fraile. Pero de repente, uno de los jugadores se levanta de la mesa y aparece en el corredor, frente a frente del capuchino. Aquellas pardas vestiduras, los pies descalzos, la barba, el cordón, el crucifijo, fueron para el soldado como la visión del mismo demonio. A los pocos momentos, toda la casa era

un bullicio: gritos, blasfemias, palos, puntapiés. Creyeron que el fraile era un probable asesino del Sultán. La aventura tuvo un epílogo desconsolador: unos días de cárcel, de inanición; los deseos del martirio, convertidos en un poco de hambre y en algunas tandas de azotes.

Pero la tristeza del misionero pronto se trocó en la más completa alegría: un soldado le entregó un pergamino en el cual estaba escrita la sentencia de muerte. El Sultán, Amurat III, considerando la gravedad del crimen, intento de asesinato, condenaba al reo a ser suspendido de un poste hasta morir de hambre y de dolor.

Tres días y tres noches estuvo el animoso capuchino clavado de una mano y de un pie en la plaza pública; y desde aquel extraño e incómodo púlpito, no cesó un momento de predicar la verdadera fe a la multitud de curiosos, hablándoles de Cristo, bendiciendo a Dios, descubriendo los errores del islamismo y las supercherías de Mahoma. La gente comenzó a inquietarse ante aquel espectáculo; amontonaron leña verde debajo del mártir, para ahogarle con el humo; pero la agonía se prolongaba demasiado, y el reo continuaba siempre predicando la fe. A la tercera noche, todas las ilusiones heroicas del apóstol se desvanecieron: se encontró de repente milagrosamente desclavado, vigoroso y sin heridas; y Dios le dió a entender que al punto debía tornar a Italia, donde le esperaban nuevos trabajos y nuevos combates. El santo aceptó resignado la prueba; el martirio se escapaba otra vez de sus manos anhelantes, cuando ya la corona de gloria estaba a punto de ceñir sus sienes. Pero las

señales gloriosas del suplicio le duraron toda su vida: en la mano derecha y en el pie, dos cicatrices blancas y profundas daban testimonio de la fe del héroe.

El apostolado en Constantinopla no fué estéril. Un día el P. José exclamó ingenuamente: «¡Cuántas almas ha convertido este mi crucifijo!» Se cuenta, entre otros casos, la conversión de un arzobispo griego apóstata, que dejó los honores y riquezas que le brindaba el Sultán y retornó a la Iglesia Católica por la palabra persuasiva del santo capuchino.

* * *

Vuelto a Italia el Padre José, continuó impertérrito sus predicaciones, con las mismas energías de los primeros años. Entraba a veces en los salones de baile, hacía que la danza se suspendiese, y con exquisita cortesía invitaba a los asistentes a que le acompañaran hasta la iglesia; allí les hablaba con terrible acento, recordándoles la muerte, el juicio, el infierno y la vanidad de la vida presente. Las conversiones eran innumerables en todas partes por donde pasaba la austera figura del misionero.

Huía de los aplausos y buscaba con ansia los desprecios y humillaciones; predicaba con más gusto en los pueblecitos apartados que en las grandes ciudades; desafiaba las tormentas, la lluvia y la nieve, y llegó a pasar a nado torrentes y ríos para llevar su palabra y su amor a los pobres abandonados. Ardiendo siempre en inflamada caridad, parecía que esta virtud era su pasión dominante: ante una desgracia cualquiera, el corazón le hacía

discurrir hábiles recursos e ingeniosos consuelos. Conocía el modo más apto y delicado para conseguir la paz entre los enemigos, sabía cómo se enjugan las lágrimas, cómo se cierran las viejas heridas, cómo se ahuyentan las tristezas y cómo se hace sonreír a un alma atribulada. Un día se encontró con dos bandos de campesinos que peleaban entre sí furiosamente. El P. José, con el crucifijo en la diestra, se puso en medio de los combatientes, y consiguió, con sus clamores de paz, que los adversarios se reconciliaran y se dieran el abrazo de la caridad.

* * *

Los milagros se sucedían a su lado, sin que, a veces, él mismo se diera cuenta. En un viaje por el campo, comenzó a llover torrencialmente: era la hora en que debía rezar los maitines. Sacó tranquilamente su breviario y rezó el oficio en medio de un furioso aguacero; ni el libro ni el hábito del P. José se mojaron, mientras su compañero de viaje quedaba hecho una sopa.

Muchos testigos afirman que nuestro santo despedía de toda su persona una fragancia deliciosa, como flor fresca y perfumada. Raro fenómeno en un hombre que tan mal cuidaba a su cuerpo, que no se distinguía por el aseo esmerado, y que llevaba unos hábitos pobres y despreciables. El herrero que compuso un cilicio gastado y viejo del P. José, decía que aquel horrible instrumento de penitencia tenía un aroma celestial, y que a su contacto se había sentido libre de una antigua y grave dolencia.

* * *

Habiendo conocido, por especial revelación de Dios, que el fin de sus días estaba próximo, pidió permiso para ir a su pueblo natal para despedirse de sus amados compatriotas. Pasó diez días en Leonisa y volvió al convento de Amatrice, fatigado por la afectuosa despedida de sus conciudadanos que le siguieron largo trecho por el camino. Antes de perder de vista a su pueblo, se detuvo embargado por la emoción, y con voz solemne exclamó: «Oh, Leonisa, mi querida patria; ésta es la última vez que te veo, y por eso te doy mi última bendición. Yo te bendigo, bendigo tus muros, tus casas, tus habitantes, tu territorio y todo lo que hay en ti... Dios sea siempre contigo y te dé prosperidad en todas tus empresas y te mantenga siempre en la fe católica y en la práctica de la religión.» Calló un momento; y levantando la mano temblorosa, trazó la señal de la cruz sobre la amada ciudad.

En el convento de Amatrice, después de dolorosa enfermedad mitigada por los fervores y por los consuelos de los últimos sacramentos, un día, al terminar de rezar aquellas palabras de Prima: «*La muerte de los justos es preciosa a los ojos del Señor*», se durmió plácidamente para despertar en el cielo. Era el día 4 de febrero de 1612.

Un grandioso templo, orgullo de la ciudad de Leonisa, guarda los restos preciosos del gran apóstol capuchino. La inagotable caridad que en vida fué su característica más bella, después de la muerte no se ha entibiado: el milagro florece todos los días en su sepulcro.

SAN LORENZO DE BRINDIS
(1559-1619)

Guillermo Rossi, noble patricio de la ciudad de Brindis, escribía hacia 1560 a su hermano Pedro, que se hallaba de cura en Venecia: «Hermano: pongo en tu noticia como el Señor me ha dado un hijo, pero de unas cualidades tan extraordinarias y sobrenaturales, que según lo que ha escrito Dios en su rostro, no me atrevo a decir si es criatura humana o celestial... Te aseguro que, en los pocos meses que tiene, da tales muestras de talento, virtud y santidad, que tiene admirados a todos...»

No parece que exageraba el padre de este «niño prodigio» al hacer las declaraciones ingenuas que acabamos de transcribir, como después se verá.

* * *

En 1559 nació en Brindis Julio César Rossi y Massella, de padres nobles y ricos. A los cuatro años ya tenía caprichos muy distintos de los caprichos ordinarios de los otros niños de su edad y condición. El capricho fué vestir el hábito de los religiosos Conventuales de San Francisco, y

andar por las calles de Brindis disfrazado de frailecito. Después del hábito, vino la santa manía de predicar, primero a sus amigos, y más tarde a todo el mundo, dando así los primeros pasos en el oficio que iba a ser el más brillante de toda su vida. Gustaba de oír en la catedral a los mejores oradores; y luego les remedaba en la calle, copiando sus gestos, sus inflexiones de voz, y hasta sus frases que una felicísima memoria le hacía retener con admirable exactitud.

Los Padres Conventuales no podían desprenderse de aquel niño angelical que parecía un San Pablo en miniatura; y frecuentemente le obligaban a predicar en el coro del convento, mirándole embelesados y conmovidos, llorando de dulcísima emoción ante aquel formidable orador de seis años. Un día invitaron al Arzobispo de Brindis para que asistiera a uno de los sermones; y el Prelado aceptó gustoso, y se escondió en el coro de manera que el niño no pudiera turbarse al sospechar su presencia. Debió ser tan elocuente y tan docto el sermón, que el Arzobispo vió claramente al Espíritu de Dios hablando por aquella boca infantil. Abrazó al niño, y le permitió que un día predicase públicamente en la catedral de Brindis.

Fué cosa de ver al niño predicador encaminarse a la imponente catedral, acompañado de dos reverendos Padres Conventuales que eran sus maestros, sus ángeles guardianes,... y también sus discípulos y admiradores. La multitud llenaba las amplias naves del templo, ávida de escuchar al niño santo, cuya vocecita ora sonaba musical como la de un jilguero, ora tronaba grave y majestuosa como

la de un profeta. Lágrimas de arrepentimiento, conversiones, sollozos y gritos, fueron el fruto inmediato de aquellas curiosas prédicas.

Pero todavía el apóstol no era más que una bellísima promesa. Los Padres Conventuales no se deslumbraron ante aquella precocidad, y cuidaron con esmero de la educación y formación completa del niño. Aquí podríamos decir, guardando las distancias, lo que San Lucas dice de Jesucristo: «El niño crecía en edad, en sabiduría y en virtud delante de Dios y de los hombres.»

* * *

Guillermo Rossi, el padre de nuestro Julio César, murió hacia 1573; y el niño fué con su madre a Venecia, a recibir la educación y los cuidados de su venerable tío don Pedro Rossi, sacerdote santo y sabio y rector del seminario de San Marcos de aquella ciudad. En Venecia, nuestro joven comenzó una vida de estudio intenso y de penitencias y oraciones continuas: quería prepararse para el llamamiento de Dios, para la vocación religiosa que ya sentía crecer en su alma.

Un día vió a dos religiosos Capuchinos, y se le fueron los ojos y el alma en pos de los humildes monjes. Jamás había visto hombres de tan celestial continente. Aquellos sayales castaños y pobres, como de antiguos ermitaños; aquel cíngulo con que se ceñían; aquellas barbas majestuosas y cándidas, como las de los grandes profetas; aquellos pies descalzos, que parecían hollar todas las vanidades; y aquellos ojos de humildad y de pureza, fueron para

el joven estudiante el colmo de la perfección y el modelo de la santidad. Y después, en sus frecuentes visitas al pobre convento, creyó que aquél era el palacio de la virtud, el castillo de Cristo, su vivienda y su cielo.

Poco tiempo después, en el convento de Verona, un novicio de dieciséis años cambiaba su ilustre nombre, Julio César Rossi, por el de Fray Lorenzo de Brindis, y los finos vestidos de seda por el grueso sayal capuchino.

Antes de admitirle, el Padre Provincial le hizo ver las dificultades y asperezas de la vida religiosa, el total abandono del mundo, la pobreza y la mortificación; y le mostró una de las celdas del noviciado en la que no había más lujos que una cama de tablas, el breviario, las disciplinas y una imagen de Cristo. El joven contestó a todas las objeciones: «Padre, me parece que nada me será difícil si puedo tener en la celda un crucifijo.»

* * *

Los fervores del novicio fueron cosa insólita aun entre los santos religiosos de aquella casa; y así se convirtió Fray Lorenzo, de simple aprendiz, en maestro consumado de oración, de penitencia y de espíritu franciscano.

Graves fueron las cavilaciones de los Padres cuando, al cumplir el joven su año de noviciado, cayó gravemente enfermo: unos decían que aquello era la voz de Dios que quería que Fray Lorenzo se santificara en el mundo y no en el claustro; otros pensaban que no era posible privar a la Orden Ca-

puchina de una lumbrera de tal magnitud. Se resolvió esperar un mes para darle la profesión o negársela. En pocos días, gracias a las fervientes plegarias del enfermo. las dolencias desaparecieron, y el novicio hizo su profesión religiosa con más alegría que si hubiese conquistado un mundo.

En Padua empezó el estudio de la Filosofía y de las lenguas más importantes. Dícese que se aprendió de memoria toda la Biblia, y la citaba aún en las conversaciones ordinarias con puntualísima precisión. El mismo afirmaba que si los Libros Sagrados se perdieran, podría, con el auxilio de Dios, volver a escribirlos exactamente en hebreo.

En Filología fué un caso excepcional: alcanzó a dominar, con absoluta perfección de acento, giros y modismos, las lenguas francesa, italiana, alemana, española, hebrea, griega y caldea y otras. Los judíos que le oyeron hablar le creían hebreo, y aseguraban que se expresaba con más elegancia y corrección que los mismos rabinos.

Tenía tal memoria que se dijo de él: «nunca olvidó lo que una vez leyó.» A este propósito se cuenta una anécdota graciosa. Había por aquel tiempo en Venecia un famoso predicador dominico, el P. Eberto, muy amigo del Padre Guardián de los Capuchinos. Este quiso hacer un día una broma a su elocuente amigo. Mandó a Fray Lorenzo que fuese a oír un sermón del P. Eberto, y que después escribiese lo que hubiere oído. Obedeció el joven, y escribió todo el sermón al pie de la letra, sin faltar punto ni coma. El Padre Guardián tomó las cuartillas y se las mandó al P. Eberto con una esquela que decía: «Amigo, tenga cuidado con lo que pre-

dica como cosa propia; ya ve que todo estaba escrito por otra mano.» El predicador no podía dar crédito a sus ojos cuando leyó las cuartillas, pues el sermón que acababa de predicar era completamente original, sin plagios ni usurpaciones. Pero su asombro fué aún mayor cuando supo lo que había ocurrido; fué al convento de Capuchinos y pidió, con gran interés, ver a Fray Lorenzo, de cuya cultura y piedad quedó admirado hasta el extremo.

Cuéntase también que su maravilloso don de lenguas, y en especial el conocimiento perfecto del hebreo, fueron dones de la Santísima Virgen a quien Fray Lorenzo pidió estas y otras gracias con frecuentes oraciones, para trabajar por la gloria de Dios y de la Iglesia.

* * *

Las cualidades y virtudes del joven religioso pronto traspasaron los muros de su convento y llegaron a oídos del General de la Orden, el cual le nombró predicador antes de que terminase sus estudios y se ordenase de sacerdote. Fray Lorenzo hubo de aceptar humildemente el cargo, y predicó dos cuaresmas en San Juan de Venecia, y más tarde, en Verona, Padua, Nápoles, Génova, Mantua y otras importantes ciudades de Italia. Los pueblos iban tras él, y casi siempre las mayores iglesias eran insuficientes para contener al público; había que llevar el púlpito a la plaza o colocarlo en medio del campo.

El fruto de estas predicaciones era una bendición manifiesta de Dios. En Venecia, una dama célebre

por sus riquezas y por sus escándalos, prorrumpió en amargo llanto en uno de los sermones. En Pavía, un grupo de estudiantes universitarios fué, por curiosidad y tal vez por espíritu de burla o de crítica, a oír a Fray Lorenzo. Aquellos jóvenes eran la pesadilla de la ciudad por sus desórdenes y escándalos. Después del sermón, buscaron al predicador y cayeron a sus pies llorando de arrepentimiento. Todos prometieron cambiar de vida; y en efecto, unos se encerraron en diversos conventos, y otros expiaron con penitencias y virtudes los vicios de la juventud.

* * *

No podemos omitir un suceso de singular importancia en la vida de nuestro santo: su promoción al sacerdocio y la celebración de su primera misa. La Santa Misa fué para San Lorenzo de Brindis, durante su larga vida, el panal de todas las dulzuras y la fragua de todas las energías. Nuestro santo tiene rasgos eucarísticos inconfundibles que bien merecen ser puestos ante los ojos de todos los sacerdotes y de todos los cristianos. La Santa Misa fué el centro y la razón suprema de su vida espiritual. Después de una prolongada meditación preparatoria, el santo subía al altar, todo tembloroso y encendido de fervores. Allí eran los transportes y coloquios con su Dios, los éxtasis inefables. Parecía que Dios aprovechaba esa ocasión para comunicarse con su fiel siervo, sin velos y sin trabas. Las horas se sucedían rápidas en esos coloquios; tres, cinco, ocho horas duraba ordinariamente la misa de nuestro santo; y los acólitos acechaban los gestos

y otras señales visibles de contemplación y de fervorosos éxtasis. Unos atestiguaron haberle visto rodeado de llamas, como si ardiese en una hoguera celestial; otros aseguraban que muchas veces le vieron elevado sobre el suelo, como transportado por manos invisibles. Un día, en la corte de Baviera, mientras el santo celebraba su misa, vieron todos los asistentes una clarísima luz que le circundaba y hermoseaba con resplandores celestes. Y esos efectos maravillosos se transmitían también al cuerpo: durante largos años, el santo padeció fuertes dolores de gota, con tal intensidad, que le privaban de cualquier movimiento. Sólo durante la celebración del santo sacrificio, sentía que Dios mitigaba sus dolores. El mismo lo confesaba: «Cuando estoy oficiando en el altar, mis tormentos desaparecen.» Se le notaba ágil, rejuvenecido, hacía todas las ceremonias de la misa con soltura y gravedad, con cierta elegancia natural, con admirable exactitud en todos los pormenores litúrgicos. Con razón se ha dicho que las misas de San Lorenzo de Brindis son una página excepcional en la hagiografía cristiana. Se cuenta que viajando una vez por tierras de herejes, y no teniendo dónde celebrar el santo sacrificio, anduvo a pie más de cuarenta millas, con terribles dolores de gota, para no perder la misa. Caminó toda la noche, como llevado por el Espíritu de Dios, y a la madrugada llegó a una iglesia católica en la que pudo celebrar la santa misa con transportes extraordinarios de felicidad.

Estando en el altar, lloraba con tal abundancia que alguna vez llegó a empapar de lágrimas siete pañuelos; sus amigos y devotos se los repartían

después como reliquias, y los enfermos recobraban la salud con sólo tocar aquellos lienzos humedecidos.

* * *

La fama del capuchino llegó también a los augustos oídos del Papa Clemente VIII. El Pontífice le llamó a Roma y le dió el expreso encargo de predicar a los judíos de la Ciudad Eterna. Fray Lorenzo, ante la magnitud e importancia de la difícil misión que se le confiaba, redobló sus oraciones y ayunos, y comenzó inmediatamente su apostolado. Penetró en los tugurios, en los comercios, en las buhardillas y en las sinagogas de los hebreos, inflamado de celo y de caridad, y empezaba siempre sus pláticas con el saludo consabido: «Mis queridos hermanos.» Los judíos, al oír este desacostumbrado título de fraternidad, al ver su cariñosa solicitud, al escuchar aquel irreprochable lenguaje de su raza, le cobraron tal simpatía que por todas partes le llamaban «nuestro querido predicador.» Y las ovejas dispersas de Israel volvían en gran número al redil amoroso del Buen Pastor.

Un día, el Cardenal Spinelli, Legado Apostólico en Praga, convidó a varios rabinos de los más eruditos y recalcitrantes a celebrar una disputa pública sobre la Religión en su propio palacio. Llamó también al P. Lorenzo, que acudió puntual y sin libro alguno, fiado de la gracia de Dios, y de su feliz memoria que era «toda una librería animada», como dice un biógrafo. Se había preparado con especiales oraciones y con crueles disciplinas extraordinarias. Comenzaron los rabinos, ayudándose unos a otros,

citando textos, amontonando citas y autoridades, revolviendo con mucho aparato sus venerables infolios. El capuchino, sin inmutarse, comenzó a destrabar la complicadísima maraña de tan sutiles y numerosos argumentos. Explicó los Profetas que anunciaron a Cristo, confrontó los textos de ambos Testamentos y los compulsó con los escritos judíos, trajo a colación las palabras de los antiguos rabinos, recitó de memoria capítulos enteros de los mismos escritores hebreos; y todo con absoluta seguridad, sin tropezar un punto, y al mismo tiempo con tal aire de ingenua y exquisita cortesía, que los maestros de Israel quedaron aturdidos y confusos. Y varios de los presentes se convirtieron a la verdadera fe, al verla expuesta con tanta claridad, sabiduría y fervor.

* * *

A los treinta y un años de edad, nuestro santo fué elegido Provincial de Toscana y luego de su propia provincia de Venecia; más tarde, Definidor general, Comisario general de Austria, y por último, General de toda la Orden Capuchina (1602). En todos estos cargos fué el hombre providencial, dejando a su paso huellas indelebles de sabiduría, de tino y de fervor, que le hicieron ser considerado como la figura cumbre de su época, el oráculo de la cristiandad en las frecuentes luchas contra el error. La Orden Capuchina, en especial, tuvo en San Lorenzo de Brindis, un propagador incansable, una palanca espiritual que levantó a indecible altura las actividades reformadoras de los primeros y difíciles tiempos.

veces son actos de amor a Dios o saludos a la Virgen María, otras veces son suspiros amargos en presencia de un pecador, o anhelos de mayor perfección, o reproches de humildad contra sí mismo.

Por donde quiera que pasa, va esparciendo «el buen olor de Cristo», perfume que tiene una eficacia de apostolado. Cuando está de portero, nadie se marcha sin un consejo o sin una palabra consoladora; a los pobres, antes de darles la limosna, les hace rezar ante una imagen de María y prometerle portarse como buenos cristianos; a los niños, primero les enseña el catecismo, y después les da frutas, golosinas y medallas.

Todo el mundo le quiere y le reverencia; no puede salir a la calle sin que el pueblo corra tras él, aclamándole y pidiéndole su bendición. Este es el gran martirio de Fray Bernardo, y los superiores, accediendo a sus deseos, le prohiben salir del convento para que la gente le deje en paz. Júzganse dichosos los que pueden conseguir de él una oración o un recuerdo; y se cuenta que hasta de Alemania y Francia le han llegado cartas de personajes importantes pidiéndole el auxilio de su intercesión.

Los pecadores no resisten mucho tiempo a las dulces reconvenciones del siervo de Dios; generalmente basta una palabra dicha con esa fuerza de persuasión que le es propia, para que los más duros de corazón se postren a sus pies y le prometan corregirse.

Con mucha razón dice el obispo que Fray Bernardo, con su ejemplo y con sus palabras humildes, hace más provecho en las almas que todos los misioneros de la diócesis.

* * *

La figura clásica del Beato Bernardo es la de su vejez venerable, al acercarse a los noventa años. De alta y corpulenta estatura, se mueve pausadamente, pero sin tropiezos ni fatigas; tiene una hermosa cabeza calva coronada de cabellos blanquísimos; blanca también y majestuosa la barba, como la del Moisés de Miguel Angel, que describió un excelso poeta:

> «y la barba larguísima, ondulante,
> desciende semejante
> a las cascadas que formó el diluvio.»

Sus manos son fuertes, grandes y duras, y están esculpidas prolijamente con relieves de nervios y venas; los pies le desbordan de las sandalias, y se ven agrietados por los surcos profundos que hicieron el frío y el mucho caminar; la piel del rostro es un pergamino amarillento, curtido por los años; los ojillos hundidos, vivaces, como dos estrellitas; la sonrisa perenne en los labios descoloridos.

Es un anciano que no infunde temor, sino cariño y simpatía; juega con los gatos de la cocina y con los niños que vienen a visitarle; tiene siempre y para todos una palabra edificante y oportuna; es una reliquia preciosa que los religiosos quisieran conservar por tiempo indefinido.

Es un encanto verle cuando está en oración, o cuando ayuda a las misas, o cuando comulga; y es una pena indecible oírle cuando se azota con las disciplinas, ver los cilicios monstruosos que le lle-

nan el cuerpo de llagas, y saber que todos los días ayuna con exagerado rigor, como si tuviera mucha prisa por dejar este mundo y subir al cielo.

Y en efecto, los frailes le han visto muchas veces en la iglesia elevado en los aires, con los ojos luminosos y fijos en la altura, como escapándose de la tierra en un salto prodigioso de su amor anhelante. Ya nadie se puede hacer ilusiones; Fray Bernardo se morirá el día menos pensado; es el fruto maduro que se desprenderá del árbol sin esfuerzo.

* * *

Un golpe repentino y gravísimo vino a aumentar los temores de todos: el santo anciano cayó en cama, abatido por la parálisis. Aun pudo levantarse algunos días y bajar a la iglesia; y fué maravilla ver al perfecto religioso, sin querer eximirse de ninguna obligación de la vida común, obedeciendo prontamente como en sus días de novicio.

Rápidamente corrió por la ciudad de Offida la triste noticia de la enfermedad de Fray Bernardo; y comenzó a desfilar por el convento la interminable procesión de todos sus amigos que querían verle por última vez. Los obispos, los magistrados, los nobles y ricos caballeros, se confundían con la gente del pueblo; y el anciano moribundo, con todas sus facultades en plena lucidez, daba a uno un consejo, a otros una palabra de agradecimiento o un saludo amistoso.

El santo Viático le sorprendió en uno de sus largos éxtasis de amor. Al volver en sí, llamó al Padre Guardián y le dijo: «Padre, por amor de Dios, déme

su santa bendición para ir al cielo.» Los religiosos que rodeaban el lecho rompieron en sollozos, y el superior contestó con suprema emoción: «Fray Bernardo, no te daré la licencia que pides, si antes no nos bendices a todos los presentes.» El anciano se incorporó levemente y trazó la señal de la cruz con el crucifijo que tenía en sus manos. Después él mismo recibió la bendición del Padre Guardián, murmuró una palabra de gratitud, y expiró plácidamente.

Era el día 22 de agosto de 1694, octava de la Asunción de María a los cielos. Tenía noventa años de edad y había pasado sesenta y ocho en la Orden Capuchina

El cadáver fué custodiado por hombres armados durante tres días y tres noches, para evitar que los ciudadanos de Ascoli, entusiastas admiradores del siervo de Dios, robaran los sagrados despojos.

Su sepulcro, en la iglesia de los capuchinos de Offida, ha sido, hasta el día de hoy, un lugar de peregrinaciones continuas y de milagros incesantes.

BEATO ANGEL DE ACRI
(1669-1739)

La infancia de Lucas Antonio Falcone carece de episodios novelescos: es un arroyuelo tan manso y tan callado, que ni en sueños permite presagiar el estrépito que más tarde acompañará a la figura del gran apóstol capuchino.

Aquel niño pálido, silencioso, amigo de rezar y de ayudar al cura de su pueblo en los quehaceres de la parroquia, vive en su pobre casita de Acri, en la Calabria, trabajando con sus padres, rezando con ellos y aprendiendo sus ejemplos y sus virtudes.

Dios empezó a modelar el espíritu del futuro héroe sin violencias y sin golpes extraordinarios, con esa suavidad finísima del amor. El alma del niño iba enriqueciéndose de virtud y de piedad, sin que nadie se diera cuenta de sus progresos admirables, hasta que un día todos se percataron de que aquel jovencito era un verdadero santo. Sus padres, Francisco y Diana, alimentaban el fuego sagrado en el corazón de su hijo, y tenían un vago presentimiento de que Dios le había señalado para muy altos destinos.

Lucas Antonio había colocado, a la cabecera de su pobre lecho, una imagen de la Virgen María,

y se le pasaban las horas en dulces coloquios con su Madre celestial; por Ella trabajaba en silencio, por Ella obedecía sin protestar, y por Ella también comenzó a discurrir diversas mortificaciones que el amor le iba enseñando con graciosa habilidad. Uno de esos inventos fué el de arrodillarse sobre el suelo, poniendo bajo las rodillas desnudas algunas piedrecitas o unos puñados de trigo. El dolor que aquello le proporcionaba, le parecía el más regalado obsequio para la Reina de su corazón. Y así debía ser, en efecto, porque alguien pudo ver un día que, de la estampa de la Virgen, salían rayos de luz que iluminaban y hermoseaban el rostro del pequeño santo.

En la escuela de Acri, nadie podía compararse en aplicación y seriedad con Lucas Antonio. Los juegos de sus compañeros, si no le desplacían, le interesaban menos que el estudio y las obras de piedad. Y el ejemplo de su conducta era ya, para todo el pueblo, un destello incipiente del apostolado de toda su vida.

* * *

Llegó por aquellos días a la iglesia de Acri un famoso predicador capuchino, el Padre Antonio de Olivadi, rodeado de una aureola extraordinaria de santidad y de elocuencia; y predicó una de esas misiones que dejan huellas imborrables en las almas de todos los oyentes. Nuestro piadoso joven no podía faltar entre el numeroso auditorio, y seguramente fué el más atento y el mejor preparado para recibir la semilla de la palabra divina.

La voz del capuchino, al hablar de las vanidades del mundo, era un martillo que pulverizaba todos los ídolos de la ilusión; cuando explicaba la justicia de Dios o los tormentos del infierno, era un rayo deslumbrador que hacía temblar a los más insensibles; cuando pintaba las llagas de la culpa, era trémula y sollozante; y al exponer los rasgos delicados de la misericordia divina, en la tierna parábola del hijo pródigo, parecía un arrullo de perdones y de amor.

Lucas Antonio no perdía un movimiento de las manos del orador, ni un parpadeo de sus ojos, ni una sílaba de sus palabras. Comprendió perfectamente la nada de las cosas visibles, y se convenció de que la felicidad soñada por su alma estaba únicamente en el amor de Dios y en el cumplimiento de su santa voluntad.

Varias veces intentó acercarse al misionero; pero el gentío se agolpaba junto al confesonario, y era punto menos que imposible exponerle sosegadamente el estado de su alma y los deseos que iban naciendo en su corazón. Una tarde, viendo al capuchino que pasaba a su lado, se fué tras él, alcanzó a dar un tirón a su hábito, y le dijo que le quería hablar inmediatamente. El misionero quedó maravillado ante su joven penitente: jamás había hallado un alma tan perfecta, ni una conciencia tan pura y delicada; le pareció que hablaba con un ángel. La providencial entrevista terminó con una serie de consejos espirituales que el joven cumplió al pie de la letra: frecuencia de sacramentos, rezo diario del «Reloj de la Pasión», oración continua, amor a la Virgen y pureza de vida. Pero

Lucas Antonio no quedó satisfecho: quería algo más, quería ser misionero y capuchino, como aquel santo predicador, y no descansaría hasta coseguirlo.

* * *

Parece que, en los reinos de Satán, aquella determinación produjo un revuelo extraordinario, porque comenzaron los obstáculos y las tentaciones, con tal lujo de abundancia y tenacidad, que, si Dios no lo hubiese evitado, el futuro capuchino se hubiera quedado a las puertas de su vocación.

Tenía diez y ocho años cuando solicitó el burdo sayal de San Francisco. A los pocos días, sus entusiasmos se apagaron totalmente. Una enfermedad nerviosa pobló su fantasía de imágenes tristes y de melancólicos presentimientos. El tentador consiguió una victoria momentánea. El novicio dejó el convento y volvió a su casa. Apenas entró por las puertas de su hogar, recuperó la alegría y la salud, y sintió una voz interior que le decía astutamente: «Convéncete, Dios no te quiere capuchino.» No sabía el autor de aquel pérfido consejo con quién tendría que habérselas.

Pocos meses más tarde, arrepentido y lloroso, Lucas Antonio se presentó por segunda vez en el convento. Los religiosos le recibieron con gran regocijo. Se creía ya el joven en la tierra de promisión, cuando volvieron las tristezas y los desalientos. Aniquilado, deshecho, tuvo que regresar de nuevo a su casa. Algo de extraordinario había en aquellos súbitos cambios de la voluntad; el joven comenzó a maliciar las astucias del demonio, y se propuso

resolver su situación con la penitencia y con las plegarias. Acudió a su querida Virgen, la ofreció su vida y todo su ser; y al instante conoció que su vocación era decidida, y que podía contar con los auxilios del cielo.

Pocas veces ha tenido más hermoso cumplimiento el refrán que dice: «a la tercera va la vencida». Contando veinte años de edad, desechando las promesas de dicha que un tío suyo le susurraba con insistencia, nuestro joven dió el adiós definitivo al mundo y vistió el hábito capuchino en el convento de Belvedere. El demonio sufrió la derrota más humillante: con el alma del nuevo capuchino, se le escapaban de las manos miles y miles de almas que el futuro apóstol había de arrancar a los lazos de la culpa. Nuestro santo contó, muchos años más tarde, que al dirigirse al noviciado, llegó a orillas del río Crati y no pudo atravesarlo, por la extraordinaria fuerza de su corriente. Ante la imprevista dificultad, hizo una ferviente oración, pidiendo al Señor que le ayudara en aquel trance. Aun estaba con la plegaria en los labios, cuando vió a su vera un hombre gigantesco y de horrible catadura, que, cargándolo sobre sus fornidas espaldas, en un instante le dejó en la orilla opuesta. El hombre misterioso desapareció súbitamente. «Dios me reveló mucho tiempo después— decía el santo—, que aquel hombre era el mismo demonio. El Señor, en castigo de haberme sacado dos veces del convento, le obligó a servirme en la tercera tentativa.»

* * *

En el año del noviciado, Fray Angel echó los cimientos sólidos e inconmovibles de su futura santidad. Largas meditaciones, penitencias de toda clase, dominio perfecto del carácter, enfrenamiento de la propia voluntad, culto entusiasta de la pobreza seráfica, pureza angelical: breves palabras que encierran un abismo de fervor y de energía. Los asaltos incesantes de la tentación se estrellaban y desvanecían contra aquel espíritu férreo que soportaba con alegría el enorme peso de la vida monástica. Y cuando el joven capuchino hizo la profesión, parecía un religioso maduro y de acabada virtud, más que un principiante que daba los primeros pasos.

El estudio de las ciencias eclesiásticas fué para Fray Angel, hasta el día de su ordenación sacerdotal, campo fértil de conocimientos que alimentaban, al mismo tiempo, su clara inteligencia y su voluntad sin límites. Meditando en los nuevos horizontes que la teología iba descubriendo a los ojos de su alma, supo adquirir más *el espíritu que edifica, que la vana ciencia que hincha*, sacando de cada página de sus libros un nuevo motivo de celo apostólico que sería muy pronto el fuego devorador de toda su vida. Armonizaba con extraña habilidad la mortificación de los sentidos con el conocimiento de Dios; la humildad era el contrapeso que regulaba los progresos en la sabiduría; y la fiel observancia de sus deberes religiosos ponía un marco de justeza y de seriedad en el cuadro perfecto de todas sus

obras. El alma de Fray Angel adquirió, en breve tiempo, la plenitud espiritual y científica que sólo es dado admirar en los hombres muy probados.

Después de la ordenación sacerdotal, el siervo de Dios comenzó una serie interminable de duros trabajos de apostolado. Su primera misa, en la que se mezclaron los fervores del nuevo sacerdote con la intensa emoción de los asistentes, demostró que el Padre Angel era un hombre de Dios, seráfico en los transportes del amor, e invencible en los combates del espíritu.

Los superiores, que conocían y admiraban las excelentes dotes del joven religioso, le mandaron inmediatamente al campo de su verdadera actividad. Poseía todas las cualidades que permiten asegurar una vida de triunfos: elocuencia penetrante y sugestiva, ingenio cultivado en todas las ciencias, virtud acrisolada, celo incontenible por la salvación de las almas. Y el Padre Angel recibió el mandato de la obediencia con todas las ansias de su corazón ilusionado.

* * *

Nuestro santo fué un reformador original de la elocuencia sagrada en aquella época de extravíos oratorios de que casi todos los predicadores se contaminaron. Las frases más rebuscadas y chocantes, los giros retorcidos y sutiles, las aplicaciones arbitrarias y ridículas de los textos escriturarios, habían cundido de tal suerte entre los sacerdotes católicos, que sólo se reputaba por elocuente e ingenioso el que vencía a los demás en rarezas extravagantes.

El público, descaminado por la costumbre, acabó por aplaudir con tanto mayor entusiasmo cuanto menos entendía de aquellos enredados conceptos.

Nuestro Beato Angel de Acri comenzó su ministerio apostólico haciendo una pequeña concesión a los gustos de la época. No cometería él el defecto de envilecer la palabra de Dios con las sugestiones del amor propio; no se obscurecerían sus sermones con metáforas primorosas e ininteligibles, ni con laberintos de ideas; pero escribiría sus sermones con atildamiento retórico, cuidaría y limaría los períodos, buscando en ellos el deleite poético de las frases galanas, y se aprendería sus discursos al pie de la letra, para mayor gloria de Dios y bien espiritual de los oyentes.

Con estas ideas, escribió una colección de sermones cuaresmales, poniendo en ellos todos los primores que su talento y su poderosa imaginación le iban dictando. Aquellas páginas que brotaron de su bien cortada pluma en días de juvenil entusiasmo, debieron ser obras maestras de dialéctica y de belleza oratoria. Nuestro joven misionero se las aprendió fielmente, gracias a su prodigiosa memoria, y comenzó la cuaresma en el pueblo de Corigliano. Bien sabía el novel predicador que una fervorosa oración es más eficaz que cien bellos discursos, y que la penitencia alcanza del cielo más gracias que las palabras vanas de la soberbia. Antes de subir al púlpito, la mortificación y la plegaria dieron la última mano a su preparación científica.

Pero allí, en la cátedra del Espíritu Santo, le esperaba la gracia de Dios para darle una tremenda lección que él aprendería admirablemente, y que

no olvidaría ya en todo el curso de su larga carrera apostólica.

El sermón de entrada fué un torbellino confuso de ideas y de afectos; la memoria le había traicionado lamentablemente por vez primera en su vida. No supo qué decir, no le ocurría nada; todas las frases que había estampado en sus cuadernos, se las llevaba en sus alas el viento de un repentino olvido. Balbució algunas palabras temblorosas, y bajó del púlpito, avergonzado y triste por la inesperada desgracia. Los días siguientes se repitió el fracaso, con la creciente amargura del predicador.

En el fondo de su alma sentía como una voz que le avisaba de la inutilidad de sus esfuerzos, y al mismo tiempo le animaba a confiar únicamente en la gracia de Dios. Movido por esa fuerza irresistible, cayó de rodillas en medio de su celda, pidiendo al Señor que se dignara manifestarle su voluntad. Aun no había terminado su ardiente plegaria, cuando escuchó claramente una voz que le decía: «No temas, Angel; yo te daré el don de la predicación, y en adelante bendeciré todos tus trabajos.»—«¿Quién eres tú»?—preguntó el religioso. Y la misma voz contestó: «Yo soy el que soy. Tú hablarás desde ahora con otras palabras, y tus discursos serán comprendidos por todos.» Cuentan los biógrafos que esta voz fué acompañada de una especie de terremoto; el misionero cayó desvanecido en tierra, como otro Saulo; y más tarde, cada vez que recordaba las palabras de la voz misteriosa, temblaba de pies a cabeza.

* * *

La lección dió excelente resultado. El misionero cambió totalmente de métodos y de oratoria. La oración fué la fuente principal de sus sermones, y en su celda no se veían más que dos libros: la Biblia y el crucifijo.

Ya no bajará nunca del púlpito insatisfecho o humillado: su palabra será como el tronar de los profetas y apóstoles; en ella vibrarán, con pasmosa propiedad, todos los acentos bíblicos, desde los terribles presagios de Jeremías, hasta las escondidas y proféticas máximas del Apocalipsis. Los teólogos que oían al Padre Angel de Acri, sacaban la conclusión de que su modo de hablar no se aprendía en las aulas, y que sólo el Espíritu Santo podía ser el autor de los fulgurantes apóstrofes y de las dulcísimas ternezas del misionero.

Y todo ese cúmulo de maravillas salían de sus labios envueltas en un ropaje sencillo y ajustado, con palabras llanas y sin adornos superfluos, fuera de las maneras consagradas por una vieja costumbre. El Padre Angel tenía una originalidad extraña, muy difícil de alcanzarse: la originalidad de la sencillez y de la claridad, en una época dominada por el conceptismo y por la extravagancia.

No faltaron espíritus superficiales que se burlaran de la llaneza oratoria del capuchino. Sus discursos no merecían, en opinión de los tales, el nombre de elocuencia sagrada: eran unas conversaciones familiares, indignas de un ministro del Altísimo.

Muy pronto los críticos pedantes tuvieron que desengañarse: el nuevo apóstol atraía a su púlpito

a toda clase de gentes, ávidas de escuchar aquella palabra calurosa que recordaba las amables pláticas del divino Maestro. Los auditorios se conmovían hasta un grado indecible con los sermones del Padre Angel. Era frecuente el caso de tener que interrumpir el discurso para dar rienda suelta a los sollozos de los oyentes: las explosiones del fervor o del arrepentimiento estallaban con sublime espontaneidad, según los deseos del predicador. Con el crucifijo en la mano izquierda, al término de sus sermones, era irresistible: los corazones más empedernidos y tenaces se ablandaban y rendían en aquellos supremos momentos en que el orador comunicaba a todos los presentes los afectos de su tierno corazón.

El crucifijo del Padre Angel, ora lo llevase sobre el pecho, ora lo estrechase entre los brazos, o lo tuviese en las manos mirándolo con ojos de amor, era algo tan inseparable y tan consustancial en su figura, que no se le podía imaginar separado de la cruz de Cristo. La cruz era el adorno y el complemento de su hábito, lo que nunca se olvida ni se pierde, lo que se lleva a todas partes, el libro de consulta, el alimento confortante y sabroso, el objeto preferido, el amigo que jamás se abandona. De Cristo y de su Pasión hablaba en todos los sermones y aun en las conversaciones privadas; los pensamientos más originales, las frases más caldeadas, las ternuras más emocionantes salían de su boca al tratar de Jesús Crucificado y de la Madre Dolorosa.



En el término de las misiones, buscaba un cerro o una colina que pudiera verse bien de todo el pueblo, y allí fijaba tres cruces que recordaran continuamente a todos los habitantes el amor inmenso de Cristo; pero antes había trabajado por imprimir, en los corazones de sus oyentes, el amor y la devoción a la cruz. Organizaba una solemne procesión de penitencia, que solía ser un acontecimiento inolvidable, por las ceremonias impresionantes que la acompañaban. Abría la procesión un numeroso grupo de hombres coronados de espinas; seguían los clérigos vestidos de saco y de cilicio; detrás, rodeado del pueblo, iba el Padre Angel cargado con la cruz más pesada, y a su lado caminaban otros dos sacerdotes con las cruces más pequeñas. En el trayecto, hasta la cima del nuevo Calvario, se rezaba y cantaba el «Reloj de la Pasión», dividido en veinticuatro meditaciones que comprendían todo el drama del Gólgota, desde la última Cena hasta la sepultura de Jesús. El acto terminaba con una vibrante alocución en la que el misionero, transformado por su amor seráfico, inculcaba la devoción a la cruz y pedía que todo el pueblo saludara diariamente a Cristo Crucificado.

El Beato Angel de Acri, a quien con justicia se ha llamado «el apóstol de la Calabria», sembró de cruces todas las montañas y pueblos por donde pasó. En el villorrio de Mendicino, Dios demostró con un inusitado prodigio cuánto le agradaban aquellas devotas prácticas del fervoroso misionero. En la

procesión final, cuando la muchedumbre se disponía a adorar la cruz que iba a colocar el Padre Angel sobre una montaña, aparecieron en el aire otras tres cruces brillantes, como formadas por nubes y rayos de sol, perfectamente dibujadas, que fueron vistas por toda la concurrencia durante un largo rato. El pueblo, dando clamores de asombro y de piedad, cayó en tierra, mientras el capuchino pronunciaba uno de los sermones más inspirados de su vida.

* * *

Fué también nuestro santo un incansable propagador de la devoción al Santísimo Sacramento, no dejando pasar ocasión sin incitar al pueblo a la comunión frecuente, valiéndose para ello de su prodigiosa habilidad e inagotable inventiva que hicieron de él uno de los apóstoles más notables de la Eucaristía. La devota práctica universalmente conocida con el nombre de «Las Cuarenta Horas», tuvo un éxito inmediato, gracias a la labor propagandista del Beato Angel de Acri. El mismo adornaba los altares y colocaba las flores y los cirios con exquisito buen gusto; organizaba procesiones eucarísticas y coros de adoración nocturna; y sobre todo, encendía los corazones con su palabra cálida y con el ejemplo de su fervor. Puede decirse que el Padre Angel vivía en la perpetua compañía de Jesús Sacramentado: sus visitas al sagrario eran tan frecuentes, que parecía no poder vivir sin acercarse de continuo a su Dios; la celebración de la santa misa era el acontecimiento más esperado del día, y se veía que en el altar hallaba un manantial

de delicias y un descanso reparador de su incesante actividad. Por donde quiera que pasaba el siervo de Dios, quedaba, como recuerdo de su visita, un culto más fervoroso del Santísimo Sacramento: era el incendio de su alma que sembraba por todas partes chispas ardientes de amor. «¡Qué hermoso es amar a Dios!»—repetía con frecuencia; y esa frase llegó a hacerse familiar entre todos los amigos del Padre Angel.

La Virgen Santísima, especialmente en sus Dolores y en su Inmaculada Concepción, fué otro de los amores dominantes del apóstol capuchino. En las vigilias de las festividades de María, su oración era más larga, sus penitencias más duras, sus obsequios más frecuentes. Todos los sábados del año ayunaba a pan y agua en homenaje a María, la saludaba miles de veces, adornaba sus altares y predicaba sobre sus glorias. No podía ver una imagen de su Reina y Madre sin correr anhelante a su lado; y muchas veces fué visto en profundo arrobamiento como si estuviera contemplándola, o entretenido en sabrosas pláticas que daban una extraña animación a su extática figura.

Cuando hablaba de los dolores de María, ni el predicador ni los oyentes podían contener las lágrimas; era tan viva la expresión de su rostro, tan efusiva su palabra y tan sincera e intensa su compasión, que bastaba oír una sola vez alguno de aquellos sermones del capuchino, para sentir inmediatamente la comunicación irresistible de su ternura.

* * *

Casi todo el apostolado del Beato Angel de Acri tuvo por escenario las dos provincias de la Calabria, provincias que recorrió en todas las direcciones, durante treinta y ocho años de no interrumpida labor. Sólo por excepción visitó otras provincias italianas: Dios le había destinado para que fuera el apóstol calabrés por antonomasia, y entre las gentes de aquella tierra sembró a manos llenas los abundantes tesoros de su elocuencia y los claros ejemplos de su virtud. Los obispos de Cosenza, Bisignano, San Marcos, Nicastro, Oppido, y muchos otros, declararon solemnemente que sus diócesis habían sido removidas y santificadas por las predicaciones del Padre Angel, por sus milagros y por sus eminentes virtudes.

Era frecuente, durante los sermones del siervo de Dios, que los basfemos, fustigados por aquella palabra de fuego y arrepentidos de sus delitos, arrastrasen la lengua por el suelo, en señal de pública penitencia; los jugadores y tahures le entregaban dados y naipes; los escandalosos iban a solicitar su perdón con una cadena al cuello o con una corona de espinas en la cabeza; los ladrones ponían en manos del misionero el fruto de sus rapiñas; y los enemigos que habían pensado obstinadamente en la «*vendetta*», se abrazaban al mandato del predicador. La palabra del Padre Angel, finísima y penetrante como una saeta, parecía no conocer resistencias ni obstáculos.

Uno de esos monstruos de inmoralidad y de degradación que suelen ser el escándalo perenne de

campos y ciudades, conocido por el apodo de «*Patacca*», entró un día por casualidad en la iglesia de los capuchinos, durante uno de los sermones del Padre Angel. Le agradó aquel modo de hablar, sencillo y enérgico a la vez, y se colocó cerca del púlpito para oír mejor. Acabado el sermón, *Patacca* entró en la sacristía, se postró ante el siervo de Dios, hizo una confesión llorosa de todos sus crímenes, y salió de allí completamente transformado: el buen *Patacca* fué, en adelante, modelo de virtud y ejemplo de penitencia.

En 1711 predicó en Nápoles una cuaresma, que vino a resultar una serie de hechos prodigiosos. Al principio, los napolitanos, acostumbrados a otra oratoria más brillante, despreciaron al capuchino y se burlaron de sus sermones. El tercer día sólo acudieron a oírle cinco o seis personas. El rector de la iglesia, en vista del fracaso, le despidió bruscamente y hasta le prohibió celebrar la santa misa. El Padre Angel emprendió su regreso al convento; pero cuando estaba ya en las puertas de la ciudad, fué alcanzado por un enviado del arzobispo que le pedía, en nombre de Dios, volver y reanudar sus predicaciones. El humilde capuchino así lo hizo, y continuó su cuaresma con tal éxito, que, al terminarla, tenía que ir a la iglesia escoltado por un grupo de hombres armados: la multitud se lanzaba tras el orador, le cortaban pedazos de hábito como preciosas reliquias, le aclamaban por todas partes, y pedían a gritos su bendición y sus consejos. Uno de los días, terminó su sermón con estas palabras: «Recemos un Padrenuestro por el alma de uno de los presentes que caerá muerto al salir de este lugar.»

Al dispersarse el auditorio, un hombre murió repentinamente en la misma puerta de la iglesia: era un escribano público que había ido al templo con el exclusivo fin de reírse del predicador.

La fama de santidad del apóstol calabrés iba extendiéndose por todas partes: unos aseguraban haberle visto muchas veces rodeado de vivos resplandores cuando predicaba; otros decían que en la iglesia de Oppido, mientras hablaba sobre la Pasión de Cristo, tuvo en la frente una estrella de incomparable hermosura; otros contaban milagrosas curaciones alcanzadas por su contacto o por su bendición.



La actividad del Padre Angel no se limitó únicamente al apostolado en las ciudades y campos; también dentro del claustro dejó huellas profundas de santidad y ejemplos preciosos de espíritu observante y austero.

La pobreza franciscana parecía en nuestro santo una pasión que él alimentaba y robustecía con heroica constancia. Su celda era un santuario de pobreza: un jergón de paja, una manta raída, un crucifijo, la estampa de la Dolorosa pegada a la pared, el breviario y la Biblia; oculto detrás de la puerta, podía verse un montón de agudos cilicios y las disciplinas de hierro. Sus predicaciones y trabajos fueron siempre gratuitos, sin aceptar jamás para sí la más pequeña limosna; y ésa fué también la orden que dió a sus súbditos siendo Provincial de Calabria. Hallaba un placer especial en carecer de

todo, como el más perfecto de los mendigos; y se contentaba con lo absolutamente necesario para la vida. Su hábito remendado y limpio, su comida escasa, el odio que profesaba a todo lo superfluo, hacían del Padre Angel la figura ideal del perfecto capuchino.

Otro de los rasgos más señalados de nuestro santo fué su virginal castidad, nunca empañada con la más mínima sombra de impureza. En el continuo trato con toda clase de gentes, tuvo con frecuencia tentaciones y peligros que hubieran hecho titubear a otro menos casto o menos prudente. Pero el Padre Angel, con su filial devoción a la Virgen y con el ejercicio valeroso de ásperas penitencias, resistía invicto todos los ataques de la carne y esparcía por doquier el perfume de su pureza. Cuéntase que un día, asaltado de furiosa tentación que no le dejaba sosegar, se postró en el suelo de su celda, y pidió a Dios, con lágrimas de humildad, que viniera en su auxilio. La respuesta del Señor fué rápida y consoladora: el santo, arrebatado en éxtasis repentino, vió a Cristo que se le acercaba y le tocaba con sus divinas manos, asegurándole que, en adelante, sentiría una perfecta paz y un absoluto dominio de las pasiones.

Pero ni la castidad ni la pobreza harían perfecto a un religioso, si no estuvieran enlazadas con la obediencia, tercer fundamento de la vida monástica. El Padre Angel, dechado de las dos primeras virtudes, fué también un modelo excelso en la tercera. Siendo súbdito, jamás se permitió, ni de pensamiento, salir de los límites impuestos por los superiores; y esa conducta iba acompañada de tal

sinceridad y prontitud, que desde los primeros años fué un ejemplar que todos los religiosos procuraban imitar. Elegido superior de varios conventos, y más tarde Provincial, estaba pronto a obedecer al último de sus subordinados, para no verse privado del mérito de la obediencia.

* * *

Por todas estas virtudes, realzadas por el prestigio de su ciencia y de sus milagros, el Padre Angel de Acri fué tal vez el hombre más popular, admirado y querido, dentro y fuera de su Orden. Los religiosos le miraban como a un nuevo San Francisco, a quien se parecía hasta en su aspecto físico; los pueblos le oían como a un oráculo; los obispos le consultaban sobre los asuntos más arduos y le pedían oraciones para la reforma de sus diócesis.

Había llegado a los setenta años con la aureola de la santidad y de la sabiduría.

En el último tiempo quedó completamente ciego: sólo se abrían sus ojos cuando subía al altar para celebrar la Santa Misa.

Sabía que su vida estaba próxima a extinguirse, y se preparó para el gran viaje con la envidiable serenidad de los justos. A un religioso le dijo con toda claridad: «Hermano mío, sabed que en la mañana del viernes, al despertar el día, saldré de este mundo.» Su enfermedad, misteriosa y desconcertante para la ciencia médica, era más una ansia del alma que una dolencia del cuerpo. El mismo pidió la Extremaunción, y después bajó a la iglesia para recibir el santo Viático, insis-

tiendo en el anuncio de su cercana muerte. Los médicos, que conocían su espíritu profético, aseguraban: «La enfermedad del Padre Angel no es grave; pero morirá porque él lo dice, y nosotros sabemos que la vida de este hombre se rige por leyes extraordinarias.»

El enfermo, en medio de arrobamientos continuos, no cesaba de repetir su frase favorita: «¡Qué hermoso es amar a Dios!»; y sus fuerzas se iban debilitando rápidamente.

El viernes 30 de octubre de 1739, poco antes de la salida del sol, teniendo en los labios los nombres de Jesús y María, murió en el convento de su pueblo natal, dejando tras de sí una estela de virtudes y milagros que hicieron gloriosa su tumba.

El apóstol de la Calabria fué elevado a los altares por el Papa León XII en 1825.

BEATO CRISPÍN DE VITERBO
(1668-1750)

La estampa del Beato Crispín de Viterbo no se puede contemplar con indiferencia: la sonrisa de la figura se comunica inmediatamente al que la mira. Al Beato Crispín se le ha llamado, con justicia, *el santo alegre;* y a fe, que con dificultad se hallará quien pueda aventajarle en esta virtud eminentemente franciscana.

De niño es *el buen Perico*, hablador, ocurrente, juguetón, y al mismo tiempo, piadoso y angelical. En su vida religiosa, es la alegría de los distintos conventos en que habita y el paño de lágrimas de todos los que acuden a él. En sus últimos días, Fray Crispín, viejo y reumático, no pierde un átomo de su buen humor, y hace reír a sus mismos médicos y enfermeros.

A este santo capuchino le basta una frase chispeante para resolver las más arduas cuestiones; con una palabra o con una sonrisa sabe ocultar sus excelsas virtudes y sus estupendos milagros; con un chiste oportuno sale airoso de cualquier compromiso. Una vez, sana repentinamente a un moribundo que está ya en el sopor profundo de la agonía; los presentes aclaman jubilosos a Fray

Crispín; pero él corta por lo sano todos los homenajes con esta salida: «Bueno, el enfermo ha despertado de un largo sueño, y ahora querrá comer. Os aseguro que yo, en su lugar, tendría tal apetito, que sería muy capaz de tragarme la cúpula de San Pedro.» Por espíritu de mortificación, tenía la costumbre de andar siempre sin sombrero, aun en días de fuerte sol o de intenso frío. Algunos amigos le aconsejaron que se cubriera la cabeza; pero él les contestaba graciosamente: «Los burros no usamos sombrero.»

No vaya a creerse que el espíritu jovial del Beato Crispín sea una alegría vana y sin sentido; bajo el amable manto de la campechanía, se esconden virtudes admirables y heroicas, penitencias extremadas, tentaciones y combates incesantes y dolores que anonadarían a cualquiera. Por eso, la alegría encantadora de Fray Crispín nos resulta una alegría-virtud, cualidad santificada y sublime, que tiene su base en el amor a Dios y en el gozo de su amistad.

* * *

El hogar en que nació nuestro simpático Pedro Fioretti debió ser, entre las estrecheces de la pobreza, una antesala del cielo. Ubaldo y Marcia, los padres del niño, tuvieron en abundancia dos riquezas que trasmitieron a nuestro santo: la alegría y la virtud. Marcia era una de esas laboriosas mujeres italianas que saben vivir en continua oración, no interrumpida por el girar de la rueca ni por el cuidado solícito de la casa y de los hijos.

En el corazón de aquella santa mujer había dos amores dominantes, igualmente puros: el amor a Dios y la devoción a la Virgen María. En una de las festividades de la Reina de los cielos, Marcia tomó de la mano a su hijo y lo llevó al santuario de Nuestra Señora de la Encina. Arrodillados los dos ante la milagrosa imagen, la piadosa madre fué diciendo al oído del niño con expresiva firmeza: «¿La ves, Pedrito? Es tu Madre; acabo de consagrarte a Ella para siempre; fíjate bien, *para siempre*. Amala con todo tu corazón y hónrala todos los días de tu vida.»

Huelga decir que el hijo de Marcia cumplió al pie de la letra los consejos de su santa madre.

La infancia de Pedro Fioretti tiene, en germen, todas las esperanzas de su futura santidad. El niño se distinguía, no sólo por su piedad, sino también por su talento y por una memoria felicísima y rápida. Los Padres jesuítas de Viterbo le enseñaron la gramática y algunas nociones de literatura que no olvidaría jamás. Las monjas de Santa Rosa, al verle tan fervoroso ante el tabernáculo de su iglesia, comenzaron a llamarle *el buen Perico;* y tenían un placer extraordinario en oír sus palabras edificantes y sus graciosos dichos. La escuela y la iglesia eran los dos sitios predilectos de Pedro: el silabario y la Imitación de Cristo fueron sus primeros libros; después aprendió, al mismo tiempo, a escribir correctamente y a ayudar la santa misa. En la iglesia de los Padres Conventuales era el mejor acólito y el más fiel ayudante del sacristán; en la escuela, el discípulo más aprovechado y el brazo derecho del maestro.

Un día entró en la iglesia, y dejó sus libros en uno de los bancos para trabajar mejor en la sacristía. Al volver a recogerlos, se encontró con que alguien se los había llevado. El niño, desconsolado por la pérdida de sus queridos libros, se arrodilló ante el altar de San Antonio de Padua, y le dijo con amargo reproche: «Ya lo veis, San Antonio mío; os sirvo en la sacristía, y entretanto me roban en la iglesia. Acudid en mi ayuda y haced que me devuelvan los libros.» Esta queja era como acusar al santo de complicidad indirecta en aquel robo, y el glorioso taumaturgo volvió por su honra inmediatamente: el ladrón, arrepentido de su falta, restituyó los libros el mismo día.

* * *

Cuando Pedro creció unos centímetros más, un tío suyo se lo llevó a su casa para enseñarle el oficio de zapatero; y allí pasó el joven algunos meses claveteando cueros y adquiriendo nuevas virtudes. Pero, al mismo tiempo, aparecieron ciertos *defectillos* que ponían de muy mal humor al honrado zapatero. El primer *pecado* del joven aprendiz era su excesiva prodigalidad: el escaso jornal iba a parar siempre al altar de la Virgen, ya en un bello ramillete de flores, ya en un hermoso cirio que Pedro compraba en el mercado.

Otro *defecto* aun más grave fué su desmedida afición al ayuno y a la penitencia. El zapatero no podía consentir que Pedro se fuera enflaqueciendo por su propia culpa; aquellos ayunos deberían terminar inmediatamente. Se presentó ante los padres

del joven y les dijo ásperamente: «Vosotros sabréis criar gallinas, pero no sabéis educar a los hijos. Yo no sé quién ha enseñado a Pedro esos ayunos de los sábados, esas vigilias y esas disciplinas. En adelante, exigiré que me obedezca en todo y que coma lo que yo le mande.» En efecto, Pedro obedeció a su tío y dejó sus penitencias; pero no ganó en colores ni adelantó en salud: parecía que la comida buena y abundante le quitaba las fuerzas y la alegría. Su mismo tío, convencido de tan extraño fenómeno, dijo a la madre del muchacho: «Dejémosle ayunar, Marcia. Más vale tener en casa un santo flaco que un pecador gordo.» Y Pedro siguió cada vez más animoso por los caminos de la piedad y de la mortificación.

Un día hubo en Viterbo una solemne procesión, a la que nuestro amigo no podía faltar. Iba cancando y rezando, entre la devota concurrencia, tuando de repente sus ojos se fijaron en las filas de novicios capuchinos que pasaban junto a él. Pedro se quedó extasiado ante aquellos frailecitos: el andar pausado, los ojos recogidos, los pies descalzos, las manos ocultas en las mangas, la barbita incipiente sombreando los rostros de niños; en todo se fijó atentamente y todo le agradó, produciendo en su espíritu una especie de envidia y de santo arrobamiento. La gracia divina le llamaba con voz misteriosa; y en su alma nacía una ilusión que no le dejaría sosegar hasta conseguirla. «Capuchino, capuchino—pensaba Pedro—; eso es lo que Dios quiere de mí.»

Antes de entrar en el convento, se preparó con largos días de oración, de penitencia y de estudio.

Se proporcionó un ejemplar de la regla de San Francisco, y la leyó tantas veces que se la aprendió de memoria: aquel librito, *médula del Evangelio*, como decía el Seráfico Patriarca, fué un tesoro y un descubrimiento para el joven aspirante. Para tenerlo siempre presente, lo cosió bajo sus vestidos, junto al corazón, y solía decir a sus amigos: «Pronto me alistaré en una santa milicia; llevo ya la cruz de la orden en mi pecho.»

Dejó su taller de zapatero, sus leznas, hormas y martillos, y se despidió de sus padres y parientes con una alegría contagiosa que disipó todas las objeciones que le quisieron presentar.

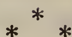
* * *

Al trasponer el umbral del monasterio, Pedro Fioretti respiró lleno de satisfacción y de contento. Pero la cruz estaba cerca de la puerta, y era un símbolo de lo que había de sucederle a los pocos pasos. El Padre Guardián miró al joven de pies a cabeza: aquel muchacho que pedía el hábito capuchino no tenía estampa de fraile. Pequeño, flaco, moreno, de aspecto enfermizo, más parecía candidato a un hospital que apto para la vida penitente del claustro. Los otros religiosos que lo vieron fueron del mismo parecer. Pedro se echó a llorar desconsolado, y pidió a los Padres que no le abandonaran, que le admitieran una temporada de prueba, asegurándoles que él, a pesar de su pequeñez y aparente debilidad, era tan fuerte como el que más.

El corazón de los buenos religiosos no era de bronce; consintieron en admitir al postulante durante algún tiempo, hasta que el Padre Provincial resolviera la situación. Y el futuro santo se quedó en la hospedería del convento, resuelto a conseguir del cielo la gracia que iba a decidir de toda su vida. El hermano portero pudo ver, por las hendeduras de la celda del joven, sus continuas lágrimas y plegarias, sus ayunos y disciplinas, su piedad ejemplar; y todos se convencieron de que realmente el pequeño y enclenque muchacho era un trabajador incansable que sabía derrochar fuerzas y entusiasmo en todos los quehaceres que le imponían. Y el Padre Provincial, edificado de la excelente voluntad del joven, mandó que le dieran el santo hábito inmediatamente.

El novicio quedó contentísimo con su nuevo nombre, Fray Crispín, que le recordaba al santo patrono de su antiguo oficio de zapatero. Fray Crispín comenzó su vida religiosa en el noviciado de la Palanzana, en su pueblo natal de Viterbo.

Era un trabajador animoso y alegre que no podía estar ocioso un momento. En el huerto y en la limosna, se esmeraba en proporcionar a los religiosos los mejores alimentos que la pobreza seráfica le permitía. Las fatigas no se habían hecho para Fray Crispín. Uno de los padres del convento, al verle siempre solícito y ocupado en favor de sus hermanos, puso al novicio un poético sobrenombre, «*la rondinella di Dio*», la golondrina de Dios.



Acabado el año del noviciado, Fray Crispín pasó al convento de la Tolfa, con el cargo de cocinero.

El lema de su nueva actividad, entre ollas y pucheros, era éste: «pobreza y limpieza». Apenas tomó posesión de la cocina, Fray Crispín la transformó en un paraíso: todos los objetos empezaron a brillar con una pulcritud extremada; hasta las viejas sartenes parecían ascuas de oro. Pero donde el santo cocinero puso toda su alma y su gusto artístico fué en un altarcito de la Virgen, que presidía, como Reina en su trono, todo cuanto se hacía y se hablaba en aquel lugar. Fray Crispín no podía apartar los ojos ni el corazón de su Madre celestial: si echaba la sal a la olla, se la ofrecía antes a la Virgen; si limpiaba las verduras, se acordaba de la limpieza inmaculada de la Azucena de Dios; el fuego le hablaba del amor inmenso de María; el agua, de su castidad; el humo, de su perfumada belleza.

Ante el altar de la Virgen de la cocina, Fray Crispín era músico, poeta y serafín. En los dos años que permaneció el santo en el convento de la Tolfa, consiguió que su querida Virgen fuese conocida y venerada por todos los amigos y bienhechores de la comunidad. A veces llegaban algunos a pedir a Fray Crispín oraciones para los enfermos; y el santo cocinero tomaba un puñado de aceitunas o de castañas, se las presentaba a la Virgen para que las bendijera, y las daba como medicinas para todas las dolencias: «Come esto, hijo

mío, que lo ha bendecido la Señora; pronto te pondrás bueno.»

Los efectos eran maravillosos. De boca en boca solían correr expresiones como ésta: «¿Para qué médicos y medicinas? Las aceitunas y las frutas de Fray Crispín valen más que todas las recetas de los doctores.»

* * *

Seguramente nadie imaginaba lo que aquellas curaciones milagrosas costaban a Fray Crispín. Por sus queridos enfermos oraba sin descanso, ayunaba a pan y agua, se ofrecía a Dios para tomar sobre sí todas las dolencias, y desgarraba su cuerpo inocente con sangrientas disciplinas y horribles cilicios.

Hubo en la comarca una epidemia que diezmó a los habitantes y llenó de lágrimas muchos hogares. A Fray Crispín se le partía el alma contemplando la angustia de tantos buenos amigos, y se propuso conseguir del cielo el rápido término del terrible azote. Su vivo ingenio le sugirió un invento nuevo y, a su parecer, prodigiosamente eficaz. Se lo presentó al Padre Superior, pidiéndole licencia para aplicárselo aquel mismo día. Era una disciplina con fragmentos de vidrio y puntas de cobre, clavos y espinas. El Padre Guardián, horrorizado, le negó el permiso; Fray Crispín insistió una y otra vez, asegurando que la epidemia no cesaría hasta que su invento se aplicara. El Padre, en un momento de debilidad o de esperanza, cedió y consintió en que Fray Crispín efectuase la prueba. Los resultados fueron tan desastrosos para

el inventor, que le pusieron al borde del sepulcro. Después de muchos días, el siervo de Dios convaleció, y el Padre Guardián le impuso formal prohibición de usar jamás aquellas disciplinas. Fray Crispín contestó sonriente: «Sí, Padre, sí; eso excede los límites.» Pero la epidemia cesó inmediatamente, gracias a las oraciones y a la sangre de Fray Crispín.

Se comprende fácilmente la aflicción del pueblo de la Tolfa cuando corrió la noticia de que el santo cocinero de los capuchinos iba a ser trasladado al convento de Roma. Para poder cumplir la orden de los superiores, Fray Crispín tuvo que salir secretamente de aquel pueblo que le amaba como a su salvador, burlando la vigilancia de sus numerosos amigos.

En Roma, en el gran convento de la Inmaculada, Fray Crispín pasó varios meses en el oficio de enfermero. Su caridad inagotable le hacía multiplicarse para atender a todos; y los prodigios que brotaban de sus manos hicieron de él un médico ideal y un compañero inseparable de los dolientes y de los afligidos. Pero al mismo tiempo, el excesivo trabajo le rindió de tal manera, que contrajo una grave enfermedad, y se vió obligado a dejar su puesto de médico para ocupar el de moribundo. Sin embargo, Fray Crispín no perdía sus ánimos, y venció todos los males a fuerza de descanso y de cuidados. Salió de la enfermería más fuerte que nunca.

La obediencia le mandó al convento de Albano, a reanudar sus proezas en la cocina. Cuando lo supo Fray Crispín, exclamó en el colmo de la fe-

licidad: «Los superiores han reconocido por fin que soy una bestia recalcitrante que se enferma con el descanso. Estoy frío en el amor de Dios y del prójimo, y necesito el calor del fuego o del sol: la cocina o el huerto.»

* * *

La cocina de Albano volvió a ser, como la de la Tolfa, un prodigio de limpieza y un templo de la Virgen. Las flores que Fray Crispín ponía en el altar de la cocina eran un remedio admirable contra todos los males de alma y cuerpo. A un médico que le manifestaba su asombro por las curaciones que hacían aquellas flores, le contestó el santo: «Tened entendido que mi Señora sabe mucho más que vos y que todos los médicos juntos».

Un día, el santo cocinero se sorprendió al ver que las flores y los cirios del altarcito habían desaparecido misteriosamente. Se arrodilló ante la imagen, y empezó a decir a la Virgen con infantil y graciosísimo enojo: «Madre mía; de una vez os roban cirios y flores. Sois demasiado buena; el día menos pensado os quitarán el Hijo que lleváis en los brazos, y os quedaréis tan tranquila. Señora, bien pudierais guardar un poco mejor vuestro altar, a lo menos cuando yo no estoy presente.»

La fama de la Virgen de Fray Crispín se extendió rápidamente por todas partes: príncipes, magistrados, militares y campesinos venían a visitar la cocina de Albano, y traían copiosos ramos de flores que Fray Crispín recibía gozoso. El Sumo Pontífice Clemente XI era uno de los más fervientes devotos de aquella imagen y uno de los mejores

amigos del santo capuchino. Con frecuencia le mandaba cirios para su altar, y conversaba con el humilde lego pidiéndole oraciones para tener acierto en el gobierno de la Iglesia y éxito en todos sus trabajos.

* * *

Fray Crispín tenía también sus ribetes de literato, y recitaba con mucha gracia poesías e himnos que eran para él un nuevo instrumento de apostolado. Aprendió de memoria los más bellos pasajes de la «*Jerusalén libertada*», y los solía recitar en las casas de los amigos, sacando de los magníficos versos del Tasso un caudal abundante de enseñanzas y de buenos consejos. Fué famosa aquella salutación alegre y triunfal del amable lego capuchino: «Amico, hai vinto», «*amigo, venciste*»; frase que él había leído una vez en su poeta predilecto y que desde entonces empleaba a toda hora y en cualquiera ocasión. Con esas breves palabras reanimaba a los tristes, felicitaba a los afortunados, vencía las propias pasiones, saludaba a los niños en la calle, bendecía a los enfermos y se burlaba de los asaltos del demonio. Y hasta delante del sagrario o de una estatua de María, sus labios repetían sin cesar la frase favorita que expresaba todos los arrobamientos del fervor y todas las efusiones del alma: «¡Amico, hai vinto!»

* * *

Del convento de Albano pasó Fray Crispín al de Monte-Rotondo, mandado por los superiores

para el cultivo del huerto. Su afán por el trabajo y su odio a la ociosidad estaban condensados en aquellas palabras que se decía a sí mismo y a los demás: «El paraíso no se ha hecho para los cobardes.» El primer cuidado del nuevo hortelano fué levantar, en el rincón más hermoso y apacible, una capillita a la Santísima Virgen, para poder trabajar con más entusiasmo en tan buena compañía. Clavó en el suelo unas cañas, las entretejió con ramas y juncos, y en pocas horas tuvo terminada una rústica cabaña con una imagencita en su interior.— «Es la casa de mi Madre»— decía orgulloso Fray Crispín; pero los religiosos se burlaban de él, y le aseguraban que aquello no duraría mucho tiempo. Soplaron los huracanes, rugieron las borrascas, cayeron árboles corpulentos; pero la capillita del huerto se mantuvo firme en su debilidad, por un nuevo prodigio del amor de Fray Crispín.

Cuando trabajaba en el huerto, por cada planta solía rezar una avemaría; y los frutos que cosechaba decían claramente el fervor de aquellos obsequios. Y cuando tenía que alejarse de la Virgen, derramaba puñados de trigo a los pies de la santa imagen, para que los pajarillos vinieran a acompañarla y a cantarla en su ausencia. A todos los que encontraba les decía algo de la belleza y bondad de su Señora, con tal insistencia y gracia y con tanto celo, que en todas partes se le llamaba *el apóstol de la Virgen*. Las curaciones prodigiosas que hacía en sus enfermos, la conversión de muchas almas extraviadas, y otros favores que dieron a Fray Crispín fama uni-

versal de santo, eran fruto de sus filiales ternuras con María.

* * *

Hasta aquí, Fray Crispín ha vivido en varios conventos, permaneciendo cortas temporadas en cada uno y edificando a religiosos y seglares con su sencillez, con su piedad y con su alegría. Estamos en 1702. Los superiores de varias casas se disputan la posesión del santo hermanito lego. Todos lo quieren para sí, porque saben que con Fray Crispín entran en el convento la paz y la bendición de Dios. El superior de Orvieto es ahora el afortunado: consigue del Capítulo Provincial que le den la joya solicitada, y desde ahora el pueblo de Orvieto será, por espacio de cuarenta y seis años y con breves interrupciones, el feliz poseedor del amable santo.

Fray Crispín llegó a Orvieto con un nuevo y penoso cargo: será el limosnero de la comunidad en el pueblo y en los campos circunvecinos. Carga con sus alforjas y sale a mendigar por las calles, esparciendo por doquier los tesoros de su alegría y de su caridad. —«¡Aquí viene Fray Crispín! ¡Aquí viene nuestro santo!»—, dicen al verle niños y grandes, los sacerdotes, los canónigos, y hasta el mismo obispo de la ciudad. En Orvieto, las virtudes de Fray Crispín son ya frutos maduros y jugosos, dan toda su fragancia, llegan a la más alta perfección. Es el personaje más popular y más querido: su palabra es irresistible, su alma penetra como un dardo en las almas de los demás, sabe ejercitar

un apostolado intenso, variado y atrayente: el apostolado de la alegría franciscana.

Fray Crispín es amigo de todos, hasta de los más grandes pecadores. Un día se detuvo en la calle para saludar amablemente a varios policías, gente que por lo general era mirada con especial desagrado. El gobernador de Orvieto, que vió la animada charla de Fray Crispín con tales personas, le dijo más tarde: «¿No os avergonzáis de tratar con sujetos tan viles y de estrecharles la mano? ¿Dónde habéis dejado vuestro decoro?» El santo limosnero le miró con cierta picardía y le contestó: «Señor gobernador; mi Padre San Francisco en su regla no dice una palabra acerca del decoro; pero en cambio nos manda amar al prójimo sin distinción y en todas partes.»

La locuacidad de Fray Crispín no era esa gárrula palabrería de los espíritus frívolos, venía directamente de un corazón abrasado en amor de Dios y del prójimo. En él se cumplía, por manera admirable, la conocida sentencia: «De la abundancia del corazón habla la boca.» El espíritu del santo capuchino estaba sin cesar elevado en Dios, vivía en continua oración; y sus dichos traducían fielmente esa vida extática que jamás se interrumpía. El cardenal Gualtieri pudo decir del humilde lego esta frase exacta y elocuente: «Fray Crispín es un solitario en medio de la ciudad». Y todos los que conocían al santo limosnero sabían que sus palabras, lejos de ser vanas u ociosas, eran siempre una invitación al amor y a la virtud.

* * *

Durante cinco meses, Fray Crispín estuvo ausente de Orvieto, mandado por sus superiores al convento de Bassano. Los orvietenses no pudieron resignarse a perder su tesoro y su ídolo, y para recuperarlo acudieron a un medio singularmente eficaz. Se decretó suspender las limosnas al convento de los capuchinos hasta el regreso del siervo de Dios. «O Fray Crispín o el hambre»—, era el terrible dilema, cuya segunda parte comenzó a cumplirse inmediatamente. Aquello iba de veras: los religiosos no recibían ni un pedazo de pan; el ayuno forzoso se iba prolongando demasiado; y los superiores, vencidos por argumento tan terminante, volvieron a mandar a Fray Crispín al convento de Orvieto.

* * *

En su vida religiosa, nuestro santo tocaba los límites más altos que podemos imaginar. Era el monje severo y penitente que desprecia y castiga su cuerpo para que la carne no impida los vuelos del espíritu. Su cama, indigna de tal nombre, era más parecida a un instrumento de suplicio que a un lecho de descanso: dos tablas desnudas y sobre ellas una manta con muchos agujeros y poca lana. Fray Crispín no entendía de regalos: la ventana abierta en invierno y en estío; tres o cuatro horas para dormir; y el resto de la noche, oración y penitencia. Fray Crispín descansaba trabajando:

era infatigable en ayudar a las misas, y en ello encontraba el mayor deleite de su espíritu; pasaba arrodillado ante el tabernáculo todas las horas que sus quehaceres le dejaban libre, con los ojos clavados en la puerta del sagrario, extático, como la estatua de un serafín. Y cuando comulgaba, hasta su cara morena se veía resplandeciente y luminosa, delatando los ardores que llevaba en el corazón; y salía de la iglesia rejuvenecido de tal suerte, que todos notaban su agilidad y destreza en las más pesadas labores.

La Orden Capuchina, madre fecunda de santos, pocas veces ha tenido un hijo más fiel ni un discípulo más aprovechado. Fray Crispín debió proponerse como modelo a los más perfectos religiosos de su Orden: San Francisco de Asís como fundador, y San Félix de Cantalicio como tipo acabado de capuchino, eran para nuestro santo los ejemplares que tenía siempre ante los ojos.

Sabía armonizar, con admirable unión, la clásica pobreza franciscana con la caridad, la limpieza, la cortesía y otras virtudes no menos difíciles. Su hábito, pulcro, viejo y remendado, era un milagro; ni roturas ni manchas entre tanta pobreza; parecía como si los mismos ángeles lo zurcieran y limpiaran con sus manos inmaculadas.

La castidad de Fray Crispín era otro prodigio semejante. Tuvo tentaciones y combates; el demonio y las pasiones no dormían; pero jamás se vió la más pequeña mancilla en la túnica blanquísima de su pureza. Cuando mayores eran los peligros y más recios los ataques, Fray Crispín los espantaba como se espantan los importunos

insectos; y los instrumentos que empleaba para ello eran las letanías de la Virgen y las disciplinas sangrientas.

La obediencia, eje y fundamento de la vida claustral, tenía en nuestro santo un entusiasta adalid. Un día en que el superior le consultó antes de darle un mandato difícil, preguntándole cuál era su voluntad, Fray Crispín le contestó: «¿Mi voluntad? Padre, no tengo voluntad: la dejé en Viterbo cuando me hice capuchino». —«Padre Guardián— decía en otra ocasión—; Fray Crispín es un asno; pero las riendas que lo conducen están en vuestras manos. Según queráis que marche o se detenga, aflojad o apretad las riendas.» Le preguntaron una vez qué medios empleaba para acomodarse con tanta facilidad al diverso genio de todos los superiores que iban sucediéndose en el convento de Orvieto; y el santo contestó rápidamente: «Yo estoy en las manos de mi superior y cumplo su voluntad, como este bastón hace en mis manos todo lo que yo quiero. Si lo levanto, se levanta; si lo inclino, se inclina; y si lo dejo en el suelo, allí se queda.»

* * *

Empleaba el santo con mucha frecuencia una palabra extraña que traía intrigados a cuantos la oían: «Mi Sibila me ayuda. La Sibila me tiene el paraguas para que no me moje. La Sibila me alimenta»—, eran las frases que solía decir con su acostumbrada jovialidad. El Padre Provincial le preguntó un día quién era esa famosa Sibila. «Padre—contestó el santo—; mi Sibila es la caridad

fraterna.» Entonces se comprendieron todos los prodigios de su caridad inagotable y solícita. Fray Crispín desafiaba las borrascas, el hambre, el cansancio y cualquiera incomodidad, en tratándose de visitar a un enfermo o de socorrer a un pobre. Sus manos esparcían tesoros de bondad; no podía ver la miseria del prójimo sin acudir en su auxilio; y la compañera cariñosa en tantas fatigas era siempre la Sibila inseparable... Todos los que tenían alguna desgracia, ya sabían que en el santo limosnero capuchino hallarían pronto y excelente remedio. Un escritor ha podido afirmar con gráfica expresión que «todas las miserias y todas las tribulaciones de Orvieto se daban cita a los pies de Fray Crispín.»

* * *

Nuestro santo tiene ya muchos años y muchos achaques: el reumatismo ha hecho presa en su cuerpo, ha contraído sus manos y sus pies, y apenas le permite andar unos pasos, apoyado en un pobre y nudoso bastón. El mismo dice que ya no es más que «un burro viejo y cojo que no vale para nada.» Los superiores, con ternura maternal, le mandan al convento de Roma, para que se entretenga en sus oraciones y ayude a las misas cuando pueda; quieren darle una vejez tranquila y reposada.

La partida de Orvieto tuvo que hacerse de noche y con innumerables precauciones. Si la noticia se divulgaba, los amigos de Fray Crispín, que eran todos los habitantes del pueblo y sus contornos, serían muy capaces de hacer una barbaridad

para retenerlo consigo. Sólo cuando el santo viejo estaba ya en Roma se supo la triste nueva en Orvieto. Y durante todo el año que duró la ausencia del querido limosnero, un bloqueo absoluto y cruel cayó otra vez sobre los capuchinos: ni limosnas, ni predicaciones, ni amistades.

Y nuevamente vencieron los testarudos orvietenses, y consiguieron sacar al anciano de una vida de tranquilidad y de oración que era toda su delicia. ¡Tanto como le agrada a Fray Crispín ayudar a las numerosas misas del convento de la Inmaculada de Roma! Pero, a la voz de la obediencia, regresa feliz a su querido Orvieto. Era la despedida...

La enfermedad avanzaba con paso seguro en aquel cuerpo minado por los años y por la penitencia. Siempre alegre y fervoroso, el santo viejo no hacía más que ayudar a misa, recibir innumerables visitas, y rezar día y noche. Era una figura atrayente que se deslizaba trémula por los claustros, con su barbita blanca, con sus manos temblorosas, con el encanto de una sonrisa perenne en los labios. Tuvo que dejar las tablas desnudas de su cama y resignarse a dormir en un blando y mullido colchón.

A los amigos que le visitaban les anunciaba la buena nueva de su próxima muerte; pero añadía con espíritu profético: «No moriré en Orvieto.»

Los superiores, deseando prolongar la preciosa vida que se extinguía por momentos, le trasladaron a la enfermería del convento de Roma. El pueblo de Orvieto se convenció por fin de que nada podría hacer para impedir el cumplimiento de aquella orden.

En Roma tuvo Fray Crispín una breve mejoría que le permitió dedicarse intensamente a sus obras de caridad y de apostolado. La fama de sus virtudes y milagros llegó hasta las más altas esferas. Varios cardenales y obispos y hasta algún teólogo eminente venían a la celda del anciano a pedirle consejos y luces en arduas cuestiones, y a recrearse con su amena charla llena de alegría y de fervor.

Por fin, en los primeros días de mayo de 1750, cayó en cama definitivamente. Su agonía fué un éxtasis continuo, eucarístico y mariano. Estaba impaciente por volar al cielo...

El día 18, festividad de San Félix de Cantalicio, «*la fiesta del viejecito*», como decía Fray Crispín, se creyó que no llegaría vivo a la noche. Pero él repetía con su eterno buen humor: «No, hoy no; yo no quiero echar a perder la fiesta de San Félix.»

Y en las primeras horas del día 19, fijando sus ojos en las imágenes de Jesús y de María, se quedó inmóvil y sonriente... Su alma estaba ya en la gloria del paraíso. Tenía 82 años de edad y 57 de vida capuchina.

Nos figuramos la entrada triunfal de Fray Crispín en el cielo. Dios y su Madre Inmaculada, los ángeles, San Francisco y todos los moradores de la gloria, le darían la bienvenida jubilosa. Y resonarían en aquellos ámbitos celestes las palabras favoritas de Fray Crispín: «Amico, hai vinto.» ¡Amigo, venciste!...

BEATO FELIX DE NICOSIA
(1715-1787)

El pueblecito de Nicosia está en la región central de la isla de Sicilia: es una de las aldeas más tranquilas y agrestes, un rincón poético rodeado de olivos y de viñas, oreado por las lejanas brisas mediterráneas y embellecido por las costumbres patriarcales de sus moradores.

Felipe Amoroso es uno de los zapateros de la localidad; desde la calle se le ve encorvado sobre su trabajo, cantando o silbando al compás de la lezna y el martillo, interrumpiendo a veces su labor para elevar al cielo una mirada o una corta oración, charlando con sus clientes o con su mujer, Carmela Pirro, que es tan honrada como su marido y tan locuaz y piadosa como él.

El zapatero y su esposa son modelos de obreros cristianos: los días de fiesta, vestidos ambos con sus mejores trapitos, van a la misa mayor de la parroquia, se confiesan y comulgan devotamente, y pasan el día ocupados en la oración y en el cuidado espiritual de sus hijos. Toda la familia sabe sobrellevar la pobreza de su humilde situación con la alegría de las almas justas que ponen su suerte en las manos de la divina Providencia.

Uno de los hijos, Santiago, va dando pruebas de una virtud cada día más sólida y más bella. Sus mismos padres se admiran de la sumisión perfecta que el muchacho demuestra en los más pesados trabajos; sus compañeros y hermanos intentan copiar la pureza de sus costumbres y la corrección de sus palabras; y en todo el pueblo se comienza a elogiar la conducta del pequeño Santiago, que suele estar largo rato inmóvil y sin pestañear ante el sagrario de la iglesia, que sabe el catecismo mejor que los ancianos de Nicosia, y que habla de la Virgen con una elocuencia prodigiosa ante la cual palidecen los mismos sermones del señor cura.

La infancia de Santiago transcurrió en el taller del maestro zapatero Juan Ciavarelli, en compañía de otros jóvenes aprendices, entre los cuales ejercitaba un suave e intenso apostolado. Les aconsejaba ser humildes y obedientes, y les daba un ejemplo constante de esas virtudes; les hacía rezar el santo rosario todas las tardes en el taller; les daba alientos o les reprendía dulcemente cuando cometían alguna falta. El zapatero y sus discípulos llegaron a querer a Santiago como a un hijo y a un hermano, lo cual no era obstáculo para que, a veces, se mofaran de sus devociones que les parecían inútiles o exageradas. A todas las burlas contestaba el joven con una sonrisa de tolerancia y con una frase que se hizo familiar entre sus compañeros: «Sea por amor de Dios»; palabras que seguramente había leído en alguna vida de los santos franciscanos.

* * *

A los veintiún años de edad pide el hábito capuchino; pero tiene que sufrir siete años de negativas, hasta que es admitido en el noviciado de Mistretta, en 1743.

Los múltiples aspectos de la virtud de Fray Félix, desde el día en que vistió el sayal franciscano, se resumen en una inefable paciencia que nuestro santo mantuvo intacta hasta el momento de su muerte, a través de un largo y espinoso camino de contrariedades, insultos y desdenes. Fray Félix puede ostentar el título de *«mártir de la paciencia»*; y no creemos exagerar al decir que constituye, dentro del catolicismo, un ejemplo típico de esta virtud, parecido al del patriarca Job en la antigüedad.

Es difícil encontrar un alma más probada en toda clase de contrariedades. Sólo por un providencial designio de Dios se puede comprender que hasta los mismos superiores, hombres de eminente virtud por otra parte, hicieran un papel tan desagradable y molesto al someter al buen Fray Félix a un martirio continuado de humillaciones y reproches. Algunos, como el Padre Macario de Nicosia, religioso excelente y guardián del mismo convento durante muchos años, se nos presentan como seres diabólicos empeñados en torturar sistemáticamente a nuestro santo.

El secreto de la mansedumbre inalterable de Fray Félix estaba sin duda en su profunda humildad, en la idea que tenía de sí mismo y que le

hacía exclamar: «Yo soy un religioso verdaderamente inútil y miserable, y es preciso que el superior me tolere en el convento por el amor de Dios.» Otro de sus dichos era éste: «Las alabanzas o los vituperios no pueden hacer ninguna mella en mi corazón. Acepto gustoso todos los desprecios, como cosa que conviene a mis culpas y a mi inutilidad.» Y añadía con mucho donaire: «No me llaméis Fray Félix, sino Fray Miseria; el Padre superior me ha dicho muchas veces que no valgo para nada.»

* * *

En aquella época, en las tres provincias capuchinas de Sicilia, las de Palermo, Siracusa y Mesina, había una multitud de santos religiosos, notables por su espíritu netamente franciscano y por los prodigios que de ellos se contaban. Fray Félix llegó a distinguirse entre aquellos astros de primera magnitud, y sus dichos y ejemplos corrían por los conventos en boca de todos.

Terminado el año del noviciado, Fray Félix fué mandado al convento de su pueblo natal, y en Nicosia vivió los cuarenta y tres años de su vida monástica, sin salir jamás de los contornos de la población y aldeas vecinas.

Se propuso firmemente reproducir en sí mismo la vida de su tocayo y modelo San Félix de Cantalicio, y veremos que lo consiguió por manera admirable.

La vida del Beato Félix de Nicosia es muy parecida a la transparencia y quietud de un lago, en cuya superficie se retratan los cielos y en cuyas

orillas crecen las flores más variadas y fragantes y cantan los pajarillos con gorjeos cristalinos. A veces, una mano imprudente o curiosa se atreve a lanzar una piedra sobre el reposo de las aguas, y el lago se estremece durante algunos instantes, vibra en círculos concéntricos que le dan una nueva hermosura, y vuelve al cabo a su primera serenidad, como si jamás sus entrañas hubieran sido removidas por una repentina conmoción.

Así es el alma de Fray Félix: transparencia, tranquilidad, hermosura y alegría. Los cielos se reflejan en el encanto de este corazón lleno de virtudes. Hay días de turbulencia y de alteración que él mismo se encarga de hacer más bellos por la mansedumbre con que vence todas las dificultades. Una palabra injusta, un castigo inmerecido, un desprecio, que en otras almas levantarían tempestades y producirían rayos y truenos, en el alma de Fray Félix hacen irradiar los graciosos movimientos de su heroísmo, para volver rápidamente a la sosegada práctica de la santidad.

Nadie puede hacerle perder la paciencia de su vivir: ni los superiores con sus estudiadas injusticias, ni los otros religiosos con sus fingidos desdenes, ni los demonios con sus bravos y frecuentes ataques. Cuando un alma como ésta vive absorta en Dios, los vendavales de la tierra no alcanzan a turbar su vuelo majestuoso.

* * *

Las palabras de Fray Félix son pocas y escogidas, tienen un sentido y una hondura espiritual que convidan a la meditación; los religiosos las apren-

den de memoria, las escriben al margen de sus devocionarios y las repiten en los momentos oportunos. Veamos algunas de sus máximas:

«El claustro es una roca fortificada, de la cual se sube al cielo por la escala difícil de la cruz.»

«El demonio se llena de ira cuando nosotros castigamos nuestro cuerpo, y tiene mucho miedo a las mortificaciones.»

«Por cierto, que Dios es infinitamente bueno conmigo; pero yo, siempre y en todo, echo a perder la obra de su gracia.»

«Sabed que la Virgen María, de todas las ofrendas y donativos, prefiere y desea nuestra alma y nuestra salvación.»

Fray Félix no es literato ni predicador; es un hermano lego que apenas ha saludado la gramática. Pero su vida es intensa en fervores, sabe amar a Dios y al prójimo, sabe dejarse llevar por la obediencia como un cordero, y sobre todo ha aprendido muy bien la ciencia maravillosa y profunda de la cruz de Cristo.

Los bienes y comodidades de este mundo, los bajos apetitos de los sentidos y las frívolas aspiraciones de lo que es esencialmente pasajero y caduco, no tienen cabida en este corazón lleno de anhelos eternos, entregado totalmente a la voluntad de Dios.

Fray Félix es pobre, alegremente, evangélicamente pobre. Nunca se ha puesto un hábito nuevo, ni sabe lo que son unas sandalias suaves y primorosas. En su celda, que más parece rincón abandonado, hay dos papeles pegados a la pared: uno con la imagen de Cristo Crucificado y otro con

la Virgen de los Dolores. La cama es un saco lleno de sarmientos retorcidos, y la almohada un tronco duro y nudoso. Cuando sale de viaje por los pueblos vecinos para pedir limosna, Dios tiene que hacer frecuentes milagros para que Fray Félix no se muera de hambre, porque en sus alforjas no lleva ni un pedazo de pan para el camino.

Es obediente de corazón, y lo será hasta el último momento de la vida. Cuando tiene que hablar con su superior, se pone de rodillas, con la humildad de un serafín ante el trono del Eterno. Obedece al Padre Guardián, a cualquier religioso y a los mismos criados del convento. Ha dejado su propia voluntad definitivamente, como una carga pesada, y todos los mandatos le encuentran ágil y pronto, lo mismo en las cosas agradables que en los más duros quehaceres. Un día, el terrible Padre Macario, para burlarse de Fray Félix o para probar su virtud, le ordena traer agua en un canasto de mimbres; y al instante vuelve Fray Félix con el canasto lleno de agua, sin dejar caer una gota. Otra vez el superior le manda que vaya a la huerta rápidamente, por el camino más corto, y le añade: «Más pronto irás si bajas por la ventana.» Fray Félix se tira por la ventana y baja suavemente por el aire, sin daño, como una pluma que llevara el viento.

La pureza de este buen hermano es radiante y de perfecta blancura. Su trabajo le cuesta; pero consigue no manchar jamás la castidad de su corazón. «Como lirio entre las espinas», al decir de la Escritura, así el alma de este fraile entre los cilicios y los ayunos y otras penitencias que sólo

Dios conoce. Ese lirio está ciertamente en buenas manos: Fray Félix ha confiado su guarda a la Virgen sin mancilla. Del susto que le da la posibilidad del pecado, anda siempre vigilante sobre sí mismo, con los ojos en el suelo, huyendo del trato de mujercillas devotas o caritativas, aun a trueque de parecer descortés y poco agradecido.

* * *

Es tan desconfiado de sus propias fuerzas, que camina siempre asido de la mano de Dios y de la Virgen, temiendo que a cada paso va a tropezar, si sus protectores no le sostienen. Ni los mismos milagros que Dios hace por él le dan seguridad contra sus propios defectos. —«¿Cómo queréis que haga milagros este saco de miserias y de maldades?»—, suele decir a las gentes que le aclaman por taumaturgo. —«Os aseguro—añade—, que si yo no hubiera puesto las manos en este asunto, el Señor lo habría hecho mucho mejor; y os repito que yo no soy bueno sino para echar a perder las obras del Creador.» Y sin embargo, los prodigios que hace Fray Félix se admiran en todas partes. Una noche va a la iglesia, encuentra apagada la lámpara y la enciende con uno de sus dedos. Y como éste, se cuentan los milagros por centenares...

Fray Félix no sabe lo que es ociosidad ni pereza. Además de su oficio de limosnero, que le ocupa la mayor parte del día en la ciudad o en el campo, tiene ánimos para ayudar al cocinero y al hortelano, remienda las sandalias de los religiosos, cose los hábitos, barre la iglesia y la sacristía, siempre

risueño y contento, elevado en pensamientos celestiales.

Tiene tanta costumbre de orar, que ningún trabajo le distrae, ninguna conversación le aparta de sus meditaciones. Con la oración consigue del cielo todo lo que quiere, y a veces hasta se da el placer de burlarse de sus burladores. Un amigo y bienhechor del convento quiso darle un día una buena limosna de aceite; pero con la condición de que había de recibir el líquido en sus alforjas rotas y remendadas. Fray Félix comprendió la malicia, levantó los ojos al cielo, hizo una breve oración y aceptó la limosna: el aceite cayó en las alforjas y llegó al convento como si el recipiente hubiera sido de sólida piel de becerro.

En toda la comarca es conocida la eficacia de las oraciones de Fray Félix. Los enfermos le llaman a su cabecera antes que al médico; los labradores ahuyentan las plagas de sus campos con la bendición del lego capuchino; un toro furioso que viene corriendo y bramando hacia él, se encuentra con que Fray Félix se ha puesto en oración, y cae a sus pies y se los lame humildemente; un terreno pedregoso comienza a ser el más fértil de la región después de recibir las bendiciones del siervo de Dios.

Con la Virgen Santísima, Fray Félix tiene confidencias y largas conversaciones; en ellas le cuenta todos los secretos, le pide innumerables favores, le interesa por un pobre o por un enfermo, y le ofrece obsequios y regalos como a dueña de sus amores. Uno de los días más felices de su vida ha sido aquél en que el Padre Guardián le ha encargado para

siempre que cuide y adorne a su gusto un altarcito de la Virgen que hay en el claustro. Desde ese día, se acabaron las telarañas, el polvo y las flores de papel descolorido. Todas las mañanas se ve a Fray Félix, plumero en mano, sacudir el altar hasta sus más íntimos rincones; después cambia las flores, y, con arte celestial, pone cada día un ramillete lleno de gracia y de frescura.

Es incansable al hablar de la Inmaculada Concepción de la Virgen, y en su honor ha compuesto algunas jaculatorias en verso, ingenuas como los dichos de un niño, apasionadas como los requiebros de un amante. Las aleluyas de Fray Félix, que se han hecho populares en la comarca, hacen reír a los doctos y a los retóricos, no son ciertamente modelos de inspiración o de arte; pero son, sin duda, modelos de amor. Y el amor ha sido siempre la inefable poesía de los corazones.

He aquí tres ejemplos de corte parecido:

«Mil veces sea alabada
la Virgen Inmaculada.»

———

«Bendita sea la hora
en que nació mi Señora.»

———

«Alabemos noche y día
la pureza de María.»

Los niños repiten en todas partes estos pobres versos, y la gente sencilla de los campos sabe muy bien que, con uno solo de estos saludos, Fray Félix saldrá de sí en transportes de felicidad. A veces vienen a pedirle un remedio rápido para una enfermedad repentina, y el santo lego escribe una

de esas jaculatorias en un papelito y se lo manda al enfermo, dándole la seguridad de pronta curación.

No se contenta con sanar dolencias del cuerpo; la misma medicina le sirve para los males del alma. Ha llevado a muchos pecadores empedernidos a los pies de su Reina celestial, y los ha esclavizado con las cadenas de su amor. Y las familias mal avenidas no resisten al dulce influjo del Rosario que Fray Félix les manda rezar todos los días.

* * *

El santo limosnero se va envejeciendo lentamente. Su barba y sus cabellos, de nívea blancura, le dan un aspecto venerable y cariñoso. Tiene más de setenta años y sale todavía con sus alforjas por las calles de Nicosia. Debajo de la túnica, abrazando apretadamente toda la espalda, lleva un tremendo cilicio que no se lo ha quitado desde sus años juveniles. Ese cilicio, bajo la carga pesada de la limosna, parece tener las puntas de fuego; algunas veces, el pobre anciano cae en medio de la calle, desfallecido y sin aliento; pero se levanta rápidamente, y no permite que alguien le ayude o le quite las alforjas. Quiere toda la cruz para sí.

Las gentes lloran de emoción cuando ven al santo viejo rodeado de una turba de chiquillos, rezando avemarías por las calles, cantando los versos de la Virgen, repitiendo las preguntas y respuestas del catecismo. Y los niños llegan a sus casas con una medalla que les dió Fray Félix, y que las madres guardan cuidadosamente como preciosa reliquia.

La fama de santidad del humilde capuchino ha traspasado los muros de Nicosia y ha llegado a las más apartadas aldeas y ciudades de Sicilia y aun a la capital del reino de Nápoles. El virrey y su brillante comitiva vienen con frecuencia a ver a Fray Félix para gozar de sus palabras agudas y santas, y para pedirle que ruegue por los graves negocios de la política.

El humildísimo lego es el consejero de todos: con sus ojillos vivaces parece penetrar hasta lo más recóndito de las almas, adivina miserias y dolores, resuelve problemas intrincados, profetiza éxitos o desgracias, amenaza o consuela. Es el árbitro supremo de las familias, la paz de los hogares y de los pueblos. El no sabe teología; pero habla de los más altos misterios de la divinidad con la clarividencia de un contemplativo, y sus frases certeras llevan raudales de luz a los ánimos oscurecidos por la duda o atormentados por la desesperación.

* * *

Fray Félix está ya maduro de días y de virtudes. Ha llegado a la edad de su modelo San Félix de Cantalicio, y no andará muy lejos de parecerse a él en el alma.

La contradicción no le dejará un punto, ni siquiera en los momentos supremos de la muerte. Allí está el indescifrable misterio del Padre Macario, su tremendo y continuo azote, que no le deja sosegar, con su genio de vinagre, con sus insultos incomprensibles y crueles, con castigos y humillaciones. Y sin embargo, el Padre Macario es un

santo, un bendito de Dios, un cordero con dientes de tigre. Él es el primero en apreciar en todo su valor las virtudes de Fray Félix, el primero en admirarse de sus milagros y en bendecir al Señor por haber dado a su convento una joya de tan subido precio. La conducta de este Padre Guardián es una contradicción evidente, cuya secreta razón debe buscarse en los arcanos designios de la Providencia. Sin duda que Fray Félix ha sacado más provecho de las fingidas cóleras del Padre Guardián que de todas las penitencias corporales.

Para nuestro santo, el Padre Macario es el representante genuino de Dios, su brazo derecho; todo lo que él dice es la misma verdad, todo lo que manda es la suma prudencia. A Fray Félix le parecen tan enormes sus propias culpas, que aun juzga demasiado blanda la mano durísima del Padre Macario.

—«¿Qué hubiera sido de mí—suele repetir—, si esa mano experta y enérgica no hubiera reprimido las demasías de mi soberbia, y no me hubiera conducido por el espinoso camino de la Cruz? Seguramente sería yo ahora un criminal, un pecador incorregible.»

¡Oh, qué premio tan grande merece este buen Padre Guardián por su acierto en castigar al súbdito pecador! ¡Y cómo rogará Fray Félix por él en el cielo, para agradecerle todas sus caritativas reprimendas! Verdaderamente, el Padre Macario es digno de eterna alabanza por su bondad sin límites...

Y el santo anciano sube tranquilo la pendiente de la vida, envuelto en los insultos constantes del bondadoso Padre Guardián.

En el convento, nadie sospecha que Fray Félix se siente muy próximo a la muerte. Sólo Dios sabe el martirio que le cuesta levantarse de la cama a los maitines de medianoche, los mareos y dolores de cabeza que siente, la fiebre que le va consumiendo con lentitud. No cuenta a nadie su malestar; ha decidido tenerlo en secreto por amor a Jesús Crucificado. Pero un día llega el señor médico a visitar a otro religioso enfermo, y encuentra a Fray Félix en el claustro. El ojo experto del doctor se detiene sobre aquel rostro pálido, examina aquella mirada vidriosa y ve los falsos fulgores de una fiebre violenta. El médico se asusta y corre a decir sus temores al Padre Guardián.

* * *

Fray Félix está ahora en su pobre y duro lecho, atado por la obediencia, esperando volar cuanto antes a la eternidad. Sabe que le quedan muy pocos días, y pide por caridad el santo Viático y la Extremaunción. Uno de los padres del convento le trae al Dios de la Eucaristía; junto a él, la comunidad viene rezando por el claustro, y una campanilla suena alegremente anunciando al moribundo que Jesús se acerca. Fray Félix, que apenas puede moverse, siente de súbito las fuerzas misteriosas del amor, se levanta de la cama y recibe la visita de su Dios, postrado de hinojos en el frío pavimento de la celda. Un resplandor de felicidad baña su semblante cuando la Hostia sagrada queda prisionera en su boca.

Ya puede morir tranquilo... Del éxtasis eucarístico al éxtasis del cielo no hay más que un breve

paso que la muerte franqueará suavemente. Fray Félix quiere morir, y quiere morir a las tres de la tarde del viernes, como Jesucristo; mas eso no depende de su voluntad, sino de la del Padre Guardián.

A la hora indicada, expone al superior sus deseos; pero el Padre Macario le dice que se deje de hipocresías, y le niega la licencia para morirse. El enfermo se calla unos instantes y vuelve segunda y tercera vez a implorar el permiso. La negativa tenaz del Padre Guardián y la resignación del moribundo hacen entonces el más inaudito de los milagros.

Fray Félix, según el dictamen del médico que está presente, ha muerto a las tres de la tarde, cuando pidió permiso la primera vez; el corazón ha dejado de latir, el cuerpo está frío, allí no hay más que un cadáver. Pero el cadáver habla, se mueve, mira a los que le rodean. El alma debe de estar suspendida entre el tiempo y la eternidad.

El Padre Macario no puede por menos de convencerse, y llorando emocionado y tembloroso, pronuncia al fin las palabras decisivas de la bendición: «Fray Félix, en nombre de la Santísima Trinidad y de nuestro Padre San Francisco, te doy licencia para que vayas al cielo.» El siervo de Dios expresa su gratitud con una débil sonrisa e inclina la cabeza pesadamente...

* * *

Así murió el Beato Félix de Nicosia, según el relato de los que asistieron a sus últimos momentos. El hecho que acabamos de referir, único quizá en

la vida de los santos, es demasiado extraordinario para que lo dejemos pasar sin una breve reflexión. Confesamos abiertamente que se necesita no pequeño valor para contar a los lectores del siglo XX un caso tan extraño y tan fuera de lo común. Acostumbrados a pesar y medir todas las cosas con el único criterio de la razón, los hombres de hoy no podrán leer esta página sin una sonrisa burlona. El médico rechazará de plano todo lo que suene a milagro o se oponga a las leyes de la biología; el filósofo acudirá con la lámpara brillante de la inteligencia, y sellará con el desdén todo aquello que no caiga bajo el haz luminoso de la investigación científica; el ateo y el librepensador cerrarán a cal y canto las puertas de su espíritu para no detenerse en un examen, para ellos superfluo e infantil.

Las obras de Dios, autor de todas las leyes de la vida, tienen que tropezar siempre en los muros berroqueños con que el materialismo y el orgullo humanos guardan sus conquistas.

Pero el hombre de fe y el escritor cristiano, si han de ser honrados e imparciales, no podrán jamás responder con el silencio a los jubilosos y repetidos clamores de la tradición.

El milagro, que aparece con espléndida abundancia en las vidas de los santos, es perfectamente posible y explicable si se tiene en cuenta que el poder de Dios no conoce límites, y que su omnipotencia sería una cosa mezquina y deleznable si no pudiera remontarse por encima de todas las leyes y de todos los criterios y argumentos humanos.

BEATO APOLINAR DE POSAT
(1739-1792)

Pocas veces ha recogido la Iglesia Católica mayor número de palmas y laureles que durante los días calamitosos de la Revolución Francesa. Los corifeos de la impiedad, al perseguir y sacrificar en las aras de la fe a incontables víctimas, creyeron que el catolicismo sufriría un golpe decisivo, mortal; pero sucedió precisamente todo lo contrario. La Iglesia de Cristo sale siempre de los combates más fuerte y más gloriosa.

Aquellos torrentes de sangre cristiana vinieron a hermosear, como en los tiempos de Diocleciano y de Nerón y de otros perseguidores, la diadema triunfal de la Iglesia. Hace pocos años, el Sumo Pontífice Pío XI puso su sello de inmortalidad sobre los restos casi olvidados de ciento noventa y un mártires de París, elevándolos en masa al honor de los altares. Hoy nadie se acuerda ya de los ridículos «derechos del hombre», que no eran otra cosa que un burdo insulto a la libertad humana y una máscara para disfrazar pasiones y odios inconfesables. En cambio, las víctimas de la bárbara persecución brillan con nuevas luces y proyectan vivos resplandores sobre la Historia, atrayendo las miradas de todos los espí-

ritus nobles y los homenajes de todos los cristianos.

La cosecha de aquellos días fué muy abundante; y los frutos maduros que Dios recogió en sus trojes eternas, no tienen número, y algunos tampoco tienen historia.

La matanza llevada al cabo en París en los primeros días de septiembre de 1792, fué un capítulo de tal ferocidad y de tal magnitud, como pocas veces ha presenciado el mundo. Más de mil trescientas víctimas, según cálculos aproximados, pagaron con su sangre, sólo en París, el delito de sostener los principios católicos con energía y con amor. Las cárceles de la Abadía de San Germán, La Force, Le Châtelet, El Carmen, San Fermín, La Salpêtrière y otras muchas, quedaron llenas de cadáveres. Pero la Commune de París no se contentó con enrojecer de sangre las prisiones de la capital; por medio de una infame proclama circular, los asesinos llevaron su satánico furor a muchas otras ciudades y campos de Francia, y el suelo de la patria quedó sembrado de cruces y de coronas.

* * *

Entre los mártires de París beatificados últimamente, había un capuchino, el Padre Apolinar de Posat, simpática figura de noble continente y de rasgos propios e inconfundibles.

El martirio del Beato Apolinar nos era casi desconocido. Escaseaban los documentos que orientan al historiador, faltaban los datos que le iluminan y le guían. El mártir capuchino era uno

de tantos, entre el numeroso conjunto de héroes de aquellos días alborotados y siniestros. La última etapa de su vida, la más interesante y la más gloriosa, era conocida únicamente de Dios, que penetra el interior de cada una de sus criaturas. Las modernas investigaciones y el hallazgo providencial de los documentos oficiales, han venido a derramar un haz de brillante luz sobre todos los puntos oscuros de la tragedia. Tenemos además un precioso legajo de cartas del Padre Apolinar, conservadas afortunadamente a través de muchos años de polvo y de olvido.

Los mártires del Carmen de París, capitaneados por el santo arzobispo de Arles, Monseñor Juan María de Lau, fueron asesinados sin más formalidades que un simulacro de juicio y una sentencia premeditada. En el mismo caso se encuentran las víctimas que cayeron bajo el puñal sectario en las numerosas cárceles de Francia. Hoy la Historia va descubriendo y glorificando los nombres de aquellos valientes confesores de la fe católica.

* * *

Nuestro Padre Apolinar nació en 1739 en el pueblecito suizo de Prez-vers-Noréaz, cantón de Friburgo. En el bautismo recibió el nombre de Juan Jacobo. Juan Morel e Isabel Maître fueron sus padres, honrados y piadosos. El nombre de Posat que lleva nuestro santo, le vino del pueblo originario de su familia.

Su infancia fué un continuo progreso en la virtud y en los estudios. Debía poseer una memoria envidiable, pues conocemos sus brillantes notas en los

exámenes de Literatura y Lenguas, y en otras ciencias de aquellos años juveniles.

En el célebre colegio «San Miguel», de los jesuítas de Friburgo, fundado por San Pedro Canisio, cursó la Filosofía con tanto aprovechamiento, que su maestro le señaló para que sostuviera públicamente una tesis de especial importancia. Juan Jacobo Morel cosechó, en aquella ocasión, los primeros laureles de su vida.

Al mismo tiempo, el joven estudiante daba señales inequívocas de una sólida y bien cimentada virtud: sus costumbres angelicales, sus palabras siempre bondadosas y castas, su humildad y su fervor religioso hacían de él un estudiante de cualidades superiores, ejemplo vivo de perfecta conducta cristiana para todos sus condiscípulos.

Los profesores de Friburgo estaban orgullosos de Morel, y felicitaban frecuentemente a los dichosos padres del mejor estudiante del colegio.

La virtud de Juan Jacobo no era la clásica timidez de los niños piadosos; comenzaba a manifestarse con energía y con valor admirable, dando a entender lo que sería el joven andando el tiempo. Su alma tenía ya los perfiles de las almas varoniles y apostólicas; nada le hacía retroceder en el camino del bien, ni las burlas de sus frívolos compañeros, ni las seducciones de la juventud, ni el ambiente poco propicio para la vida del espíritu.

En la iglesia del colegio se le veía con frecuencia, en actitud reverente, adorando al Dios de los sagrarios; acercábase todas las semanas a la mesa eucarística, y animaba a sus amigos a comulgar con él; saludaba a la Virgen dondequiera que encontraba

alguna de sus imágenes, y daba muestras de intensa vida interior.

A los veintitrés años, Juan Jacobo era un brillante filósofo, y la vida se le presentaba con todos sus atractivos. Pero en su corazón había un deseo de mayores alturas, y sentía que Dios era el único que podría llenar completamente las ansias de su alma. « Tal vez en un claustro—pensó el joven—hallaré lo que busco.»

Durante algunos meses, pensó reposadamente en elegir una Orden religiosa que fuera conforme con los propósitos de su espíritu y con la firmeza de su carácter. Conocía varios institutos que le atraían y que, al mismo tiempo, le dejaban perplejo. Los Jesuítas de Friburgo, sus maestros, eran excelentes para educar a la juventud en las ciencias y en la piedad; los Padres Conventuales y los Ermitaños de San Agustín se ejercitaban en obras de celo y de caridad con el aplauso unánime de la población; los cistercienses de Hauterive vivían en continua oración y en apartada soledad. La elección era difícil y había que pensarla seriamente.

* * *

Por fin, se fijó en los capuchinos. El hábito franciscano le había gustado siempre, como signo de humildad y de penitencia. Los capuchinos recorrían el cantón de Friburgo en todas las direcciones, infatigables en la predicación, afables en su trato, elocuentes y apostólicos en sus misiones, irreprochables en su conducta. La gente les miraba con especial simpatía, y hasta los mismos protestantes se convertían

a la fe católica ante los argumentos poderosos y convincentes que los capuchinos esgrimían con su santidad proverbial.

El joven Morel había encontrado el ideal que buscaba. Y con la energía propia de su carácter, renunció al mundo, dejó su familia y sus riquezas, y se fué al convento de Zug a pedir el hábito capuchino.

Los primeros fervores de la vida religiosa del Beato Apolinar se adivinan a través de las escasas noticias que han llegado hasta nosotros. El año del noviciado debió ser un ejercicio constante de oración, de penitencia y de vida franciscana; y los estudios teológicos con que se preparó para el sacerdocio fueron profundos y completos.

Uno de sus panegiristas escribe: «Después de la profesión religiosa, dió a sus hermanos el ejemplo de una virtud sublime y de una profunda piedad... Observaba con minucioso cuidado todas las costumbres y tradiciones de la Orden, aun las más insignificantes. Hecho sacerdote, celebraba la santa misa con extraordinario respeto, atención y fervor. Era el primero en el coro, tanto de día como de noche. En él se veía brillar una humildad profunda, una pronta obediencia, y el sincero amor de Dios y del prójimo. Era asiduo en el estudio, pero sin detrimento de la oración, según la mente y deseos del Seráfico Padre.... Y así como en su vida seglar había llamado la atención del público al defender sus tesis filosóficas, después de vestir el hábito capuchino recogió aplausos y felicitaciones explicando puntos teológicos ante muchos y doctísimos oyentes.»

Pero el nuevo sacerdote debía ser, ante todo, un

formidable apóstol, inflamado en el fuego que consumió a los grandes operarios evangélicos. Uno de sus compañeros escribía con palabras entusiastas: «He vivido siete años con Fray Apolinar; lo he observado y admirado, y he podido dar testimonio de su celo extraordinario por la conversión de los pecadores, instrucción de los ignorantes y catequesis de los niños; puedo decir que conozco pocos misioneros que puedan compararse con él... Todos sus compañeros de misión pueden atestiguar y contar los sudores de su apostolado y el fruto que recogió con sus predicaciones... Hay además muchas otras pruebas de su virtud, que los superiores de la provincia han recogido.»

* * *

Nuestro santo vivió en los conventos de Porrentruy, Bulle y Romont; tuvo una cátedra en Friburgo durante seis años; fué vicario de los conventos de Sion y de Bulle, y al mismo tiempo se dedicaba a la enseñanza de la filosofía entre los jóvenes de las familias más importantes, que buscaban ansiosos al eximio maestro y admiraban su humildad y su cultura.

En 1783 pidió permiso para dejar sus clases, y presintiendo quizá el tremendo combate que le esperaba, quiso fortalecer su alma con el retiro, la penitencia y la oración. Nombrado Maestro de novicios, pasó dos años en Altorf preocupado únicamente de su santificación y de la de sus súbditos, siendo para los novicios un perfecto dechado de espíritu capuchino, y esparciendo por todas partes

la suave fragancia de su virtud. El Padre Apolinar era considerado por cuantos le conocían como un hombre excepcional y perfecto.

Más tarde, fué trasladado al convento de Stans y enseñó a los jóvenes religiosos el curso de elocuencia sagrada, y a los niños las primeras lecciones del catecismo, poniendo el mismo interés en las más altas cuestiones de la teología que en los primeros rudimentos de la religión. Tenía una gracia especial para hablar a los pequeños, narrándoles interesantes anécdotas, estimulándoles con premios y regalos, descendiendo hasta el nivel de las inteligencias más oscuras para iluminarlas con la luz de su palabra diáfana y llena de encanto. El catecismo del Padre Apolinar cobró tal fama de amenidad y tuvo tanta fuerza de atracción, que la gente corría a la iglesia para escuchar aquellas lecciones sencillísimas del capuchino, verdaderos modelos de pedagogía. Por este tiempo escribió un notable tratado que intituló *Método para pensar seriamente en el estado que se ha de elegir*, y que demuestra la vasta erudición escrituraria y patrística de nuestro santo.

Otro de los campos más fecundos del apostolado del Padre Apolinar era la dirección espiritual de las almas que acudían a su confesonario. Su amabilidad, su prudencia, sus excelentes consejos, eran conocidos y admirados por cuantos llegaban a tratarle en la intimidad. Y el incansable apóstol, sentado casi todo el día en su confesonario, se veía asediado por toda clase de gentes que venían a él, unos para hacer confesión general, otros para pedir su parecer en los más diversos asuntos de conciencia, y

otros para adelantar más rápidamente en las vías dificultosas de la perfección. El Padre Apolinar tenía siempre en los labios la palabra justa, oportuna y santa que cada uno necesitaba.

* * *

Pero Dios sabe preparar las almas de sus héroes con golpes y amarguras que purifican a los elegidos, mientras que abaten y desalientan a los flacos de corazón. El Padre Apolinar, hombre de virtud acrisolada, de fe invencible y de ciencia vastísima, que era considerado como un oráculo y como un santo, tuvo que apurar hasta las heces el cáliz amargo de la más negra calumnia. La envidia de algunos que no pudieron tolerar sus continuos y resonantes triunfos, dió el primer zarpazo a su ortodoxia: se le acusó de hereje y de blasfemo, se propaló que en la enseñanza del catecismo y en los sermones sostenía errores contra la fe. La tremenda prueba terminó con la más completa victoria del siervo de Dios.

Los enemigos no se durmieron. El segundo golpe fué más diabólico y más tenaz: le acusaron de escandaloso. La castidad invicta del apóstol capuchino fué atacada públicamente con todos los dardos de las lenguas viperinas. Se acudió al soborno y al perjurio, se pagó con largueza a personas viciosas para que esparcieran el veneno de falsas acusaciones, corrieron las más horribles sospechas con la velocidad del rayo; y el mártir habría permanecido mudo e indefenso, si los superiores no le hubieran mandado por obediencia que justificara solemnemente su conducta. En medio de la furiosa borrasca, el alma del

Padre Apolinar estaba serena y tranquila, descansando en las manos paternales de Dios y en el testimonio de su propia conciencia. El memorial que redactó para defenderse, es un luminoso informe de absoluta sinceridad, la más humilde autoapología de un santo. En esas páginas, breves y magistrales, embellecidas por un destello de encantadora modestia, el calumniado capuchino deshace y desmenuza las burdas invenciones de la envidia; pero al mismo tiempo sabe excusar la malicia del adversario, juzga benignamente sus perversos intentos, perdona la injuria, y se contenta con poder reanudar tranquilamente su apostolado, sin pedir sanciones ni castigos.

La heroica mansedumbre del Padre Apolinar no hizo sino exasperar el encono de sus adversarios; y él, en un arranque de entereza y de humildad, pidió a sus superiores que le concedieran retirarse a un convento lejano, para descansar de sus trabajos y ofrecerse a Dios como víctima por sus enemigos.

En abril de 1788 llegó al convento de Lucerna, gozoso y satisfecho por haber sido elegido por Dios para padecer persecución por la justicia.

* * *

Aquel descanso no fué más que un alto en el camino, para poder llegar con mayores energías al sacrificio completo a que Dios le había predestinado. Pocos meses más tarde, debiéndose formar una expedición de misioneros valerosos para evangelizar las apartadas y salvajes regiones de Asia, el Padre Apolinar fué invitado para participar en la glorio-

sa aventura. No podían darle noticia más ardientemente deseada. Su corazón apostólico se inundó de alegría; su ardiente imaginación voló a las estepas asiáticas, donde los más burdos errores y los vicios más degradantes esperaban tal vez una palabra de amor y de verdad para caer a los pies de Cristo; quizá soñó también en el supremo placer de los apóstoles: en las palmas y coronas del martirio. Cuando salió del convento de Lucerna, en dirección a su soñado ideal, el Padre Apolinar iba radiante y dichoso, como aquél que está cercano a la meta de su carrera; pero, ¡ah!, la corona del triunfo estaba más próxima que lo que él se imaginaba.

Con el fin de que se instruyera en las lenguas asiáticas e hiciera los últimos preparativos para el largo viaje, los superiores le mandaron a París, hervidero de pasiones por aquellos días, que comenzaba a enrojecerse con los crímenes de una Revolución del más fiero libertinaje.

Nuestro santo llegó a la capital de Francia y se dirigió inmediatamente al convento de capuchinos de Marais. Sus tareas sacerdotales comenzaron el mismo día, y al poco tiempo fué conocido y respetado en un vasto sector de la ciudad. Predicaba en francés y en alemán ante diversos auditorios que solicitaban sus elocuentes instrucciones, confesaba a sanos y enfermos, catequizaba a los niños, socorría a los pobres. Su fama llegó hasta los barrios más apartados: el capuchino era considerado como un santo admirable y como un sabio orador.

Los numerosos alemanes de la parroquia de San Sulpicio pidieron con insistencia al Padre Apolinar que tomara a su cargo el cuidado y dirección

de sus almas. El siervo de Dios aceptó en el acto, y tuvo que presentarse ante el tribunal de doctores de la Sorbona para rendir el examen obligatorio de aprobación. La prueba fué un nuevo laurel para el misionero, y el docto tribunal le concedió facultades extraordinarias para el ejercicio de su ministerio sacerdotal. Dejó el apartado convento de Marais, y se vió obligado a vivir en una casa particular cercana a la parroquia: la vida del perfecto capuchino no experimentó ninguna variación, y su residencia se convirtió en un pequeño monasterio de rígida clausura.

* * *

Muy pronto fulguraron en París y en toda Francia los primeros chispazos del sectarismo revolucionario: el Padre Apolinar sufrió sus consecuencias con ánimo varonil y constante. La Asamblea Nacional intentó obligar a todos los sacerdotes que tenían cura de almas, a jurar obediencia absoluta a sus leyes inicuas. El capuchino, con otros muchos colegas valerosos, se negó terminantemente a pronunciar un juramento que combatía y atropellaba los derechos espirituales de la religión católica. La calumnia intentó envolver en sus redes a todos los recalcitrantes. Se difundió el rumor de que el Padre Apolinar había jurado la Constitución; y hasta de su misma patria le llegaron quejas amargas que él sufrió con su acostumbrada serenidad. Pero como de su silencio se podía seguir grave daño para la causa católica y una tácita aceptación de la calumnia, escribió un enérgico

folleto titulado *Los seductores desenmascarados*, en el que probaba el sectarismo del juramento nacional, sosteniendo paladinamente que ningún católico podía suscribirlo ni acatarlo. Aquellas páginas eran el más rotundo mentís a las malévolas afirmaciones de sus calumniadores.

La persecución arreciaba de manera alarmante. Los amigos del padre Apolinar temieron por su vida y le aconsejaron que se ocultara en lugar seguro hasta que pasara el peligro. Pero nuestro héroe no sabía de miedos, ni temblaba ante la muerte, antes parecía desearla con toda su alma. Estaba ya maduro para el sacrificio: su valor intrépido merece colocarse al lado del de los primeros mártires cristianos. Las cartas que escribió en estos últimos días de su vida, ponen al descubierto una alma gigantesca, animada de los sentimientos más nobles y sublimes, alma gemela de la de Pablo de Tarso, del Papa San Clemente y de otros esforzados paladines de la fe cristiana.

A uno de sus amigos le escribe en estos términos: «¿Por qué, amigo mío, por qué tener tanto temor por mi cabeza? ¿No sabes que yo debo cumplir con mi oficio? La misericordia de Dios me ha destinado a morir gloriosamente por la fe... ¡Alleluja, alleluja! ¿Por qué me compadeces? Alégrate conmigo, porque, aunque miserable, he sido grato al Altísimo que me ha predestinado para tan glorioso triunfo. Estoy lleno de alegría porque voy a entrar en la mansión del Señor. Allí, querido, allí, Apolinar cantará eternamente las misericordias divinas.» Y en esta forma, con frases caldeadas en amor y en celo apostólico, el mártir da rien-

da suelta a su pluma, sin poder reprimir el gozo de su corazón ante el próximo combate. Está seguro de morir, y esa idea le hace rebosar de un entusiasmo febril que se comunica al lector, le consuela y le enardece. No sería aventurado suponer que muchos de los mártires de París llegaron animosos al supremo heroísmo, debido en gran parte a las cartas y estímulos del Padre Apolinar. «No lloréis por mí»—dice en otra parte; y pone en sus propios labios las admirables palabras de San Ignacio de Antioquía: «Soy trigo de Cristo; seré molido por los dientes de las fieras para convertirme en pan inmaculado.»

Al Padre Provincial de Suiza le escribe en forma parecida: «Os mando uno de los tomos del Concilio, y he dispuesto lo necesario para que recibáis los otros volúmenes después de mi muerte. Repito: después de mi muerte; porque es menester que el fuego, la cruz, las fieras y todos los tormentos del demonio caigan sobre mí. Temo como hombre, espero como cristiano, me alegro como religioso, y, como pastor de cinco mil ovejas, salto de júbilo... A todos mis enemigos y perseguidores presentes, pasados y futuros, les abrazo y les doy el ósculo de la paz, como a mis amigos predilectos... ¡Oh, pecado de Rousseau y de Voltaire! La consecuencia será que los ciegos vean, hablen los mudos, caminen los cojos, y se anuncie a los pobres el Evangelio. ¡Alleluja, alleluja, alleluja!»

* * *

Las cartas del Padre Apolinar, escritas en vísperas de su glorioso martirio, son documentos de fe, de santa alegría y de invicta fortaleza. Sabe que su muerte se aproxima; podría, si lo quisiera, huír o esconderse hasta que cese la persecución; sabe que los esbirros de *El Terror* han comenzado a buscar víctimas entre los sacerdotes que se niegan a jurar las leyes nacionales; y él continúa sereno en su puesto, visitando a los enfermos, predicando en su parroquia, repartiendo entre los pobres los consuelos de su caridad.

Un día, un grupo de malvados logra seguir de cerca los pasos del capuchino. El Padre Apolinar entra en una pobre casa, y sus enemigos se lanzan en pos de él; abren violentamente la puerta de una habitación, creyendo segura su presa, y hallan al santo sacerdote a la cabecera de un moribundo, hablándole dulces palabras de perdón, administrándole los últimos sacramentos, recitando pausadamente las oraciones de los agonizantes. Los sicarios huyeron avergonzados ante aquella escena de caridad cristiana, imponente y augusta dentro de su triste sencillez.

El santo religioso sabe que sus días están contados, que los enemigos le buscan por todas partes, ávidos de su sangre; y para ahorrarles molestias inútiles, él mismo se presenta ante los comisarios Jourdain y Foubert para afirmar categóricamente su fe, asegurándoles que jamás ha pronunciado el inicuo juramento de la Constitución. An-

tes de dar ese paso decisivo, lo consulta con su Dios, acepta su divina voluntad, y se prepara para el sacrificio celebrando la santa misa con un fervor excepcional.

La Asamblea Nacional ordenó la inmediata prisión del Padre Apolinar, y el día 14 de agosto de 1792 fué llevado al convento de los Padres Carmelitas descalzos, que servía de cárcel por aquellos días. Allí encontró al célebre y santo arzobispo de Arles, Monseñor Juan María de Lau, a los obispos de Beauvais y de Saintes, los hermanos La Rochefoucauld, y a numerosos sacerdotes seculares y religiosos de toda la nación, cuyo delito consistía en defender los derechos de la fe contra las injusticias de la Constitución nacional.

Uno de los prisioneros, el Reverendo Miquet, que pudo escapar milagrosamente, habla en una carta acerca de nuestro mártir: «El Padre Apolinar llegó a la prisión con tanta alegría, que todos los detenidos anteriormente quedaron admirados. Desde aquel momento, el capuchino fué objeto de edificación para todos los prisioneros. La mayor parte de ellos acudían al Padre Apolinar para confesarse. Hablaba con los tristes para animarles, y con los valerosos para fortalecerse él mismo en su compañía... Trabajaba por hacerse útil a todos, arreglando las camas, las mesas para comer, barriendo la iglesia, y haciendo alegremente los oficios más bajos y pesados.»

Hasta aquí llegan las noticias que poseemos sobre nuestro Beato Apolinar. Desde este momento, su figura es nada más que una parte del conjunto glorioso de los mártires de París: los numerosos

arroyuelos se unen entre sí, se confunden, pierden sus características propias, forman un solo caudal de imponente grandeza.

* * *

Encerrados y vigilados en la iglesia de los Carmelitas, los mártires bendecían a Dios con voces unánimes, se animaban mutuamente para la próxima batalla, tenían todos una alma y un corazón. Un sacerdote de San Sulpicio leía en voz alta las Actas de los primeros mártires cristianos; y un estremecimiento de entusiasmo corría por aquellas apretadas falanges de víctimas. El momento supremo se acercaba.

Danton, que por una cruel ironía de las cosas se apellidaba Ministro de Justicia, no se contentó con la pena de deportación decretada por la Asamblea contra los sacerdotes detenidos. Quería otro castigo más decisivo y radical: consiguió que la Commune de París cambiara el primer decreto por el de pena de muerte. Uno de sus esbirros más feroces, Maillard, recibió de Danton instrucciones precisas y detalladas para dar el golpe, según decía el ministro, «de manera útil y segura, con precauciones para evitar los gritos de los ajusticiados y para borrar cualquier rastro de sangre.»

Danton tenía demasiada prisa por desembarazarse de aquel montón de prisioneros cuya muerte podía provocar un tumulto en el pueblo; además, las amenazas del ejército prusiano que se acercaba a París, le ponían en trance de salir rápidamente de la capital. En la madrugada del domingo 2 de

septiembre, los rumores alarmantes se hicieron más vivos; había que consumar el crimen lo antes posible: cada minuto de retardo podía ser para él un paso hacia la muerte.

Maillard, al frente de una banda de forajidos, penetró en el convento de los Carmelitas, dispuesto a ejecutar la horrible carnicería. Los confesores de Cristo fueron sacados violentamente de la iglesia y conducidos al jardín inmediato. Con increíble serenidad y fervorosos actos de fe, obedecieron a sus verdugos que les amenazaban con mazas de de hierro y con gritos salvajes. Los sacerdotes se postraron de rodillas, prontos para entregar su vida sin resistencia; se dieron la última absolución unos a otros, y la matanza comenzó con toda la furia de un huracán.

En aquel momento de confusión, algunos prisioneros consiguieron saltar las tapias del jardín y escapar por una de las calles vecinas. Otros se refugiaron en la iglesia.

Los criminales, poseídos de ciego furor, comenzaron a descargar sus armas sobre todos sin distinción: unos morían en el acto, otros quedaban palpitando en un charco de sangre; los asesinos tenían deseos de acabar su obra en poco tiempo, y las víctimas eran más de cien. En breves instantes, los cadáveres cubrieron los caminos y arriates del jardín, el suelo de la capilla, los bancos, la sacristía. Al feroz Maillard le pareció que aquello iba demasiado lento: «No,—gritó—así no; seguidme.» Víctimas y verdugos entraron en la iglesia y allí se constituyó un tribunal burlesco ante el cual pasa-

ron de dos en dos los pocos detenidos sobrevivientes.

—«¿Cuál es tu profesión?»—preguntaba el juez. Y los reos contestaban invariablemente:—«Soy católico, apostólico, romano.»

Un grupo de hombres armados, que rodeaban el tribunal, se encargaban de hacer enmudecer a los valientes confesores de la fe.

En pocos minutos, ciento trece mártires fueron asesinados brutalmente. Morían sonrientes, tranquilos, dichosos. El comisario Violet exclamó sorprendido: «Yo no comprendo la conducta de estos sacerdotes; van a la muerte como si fueran a una fiesta nupcial.»

Los cadáveres fueron sacrílegamente despojados, en medio de una orgía frenética: un baile macabro, movido por el vino y azuzado por el olor de la sangre caliente y por los estertores de los que aun agonizaban, puso un epílogo de horror al drama que acababa de consumarse.

* * *

¿Cuál fué la suerte de nuestro Padre Apolinar en aquel confuso y rápido desenlace? No sabemos si fué de las primeras víctimas, o si tuvo que presenciar el bárbaro espectáculo del martirio de sus compañeros, muriendo él al final de la hecatombe. Tampoco sabemos si recibió su palma de mártir en el jardín o en la iglesia de los Carmelitas. Nadie ha podido contarnos los pormenores de su heroísmo, que sólo se adivinan a través de su carácter esforzado y de su ánimo invencible.

El último documento oficial que ha llegado hasta nosotros, es un certificado de defunción que fué remitido al superior de los capuchinos de Suiza, y que nos permite suponer que los restos de nuestro santo fueron sepultados en el cementerio Montrouge, de Vaugirard, junto con otros sesenta compañeros de triunfo. El documento dice fríamente: «Yo, el infrascrito, comisario de la Convención general, sección de Luxemburgo, certifico, acerca de la sepultura de los sacerdotes y de otras personas fallecidas el 2 de septiembre pasado, que Juan Jacobo Morel, sacerdote y capuchino, era del número de los detenidos en esta casa, que murió y que fué enterrado en mi presencia. Dado en París, el 15 de octubre de 1792, año primero de la República. Firmado: Daubault. Secretario de los jueces de esta sección.»

El Beato Apolinar de Posat es, para la Orden Capuchina, un nuevo ornamento de la más pura belleza: la vida del amable religioso compendia todas las virtudes de las almas elegidas; su carrera, larga y dolorosa como el camino del Calvario, tiene una variada sucesión de amarguras que nos la presentan más grande y más uniforme. La calumnia soez que pretendió empañar el brillo de esta figura inmaculada, con ataques solapados y tenaces, le comunica un esplendor extraordinario; y la sangrienta rúbrica del martirio es el digno coronamiento de una vida perfecta, consagrada únicamente al amor de Dios y a la salvación de las almas.

BEATO DIEGO JOSE DE CADIZ
(1743-1801)

España del siglo XVIII. Allende los Pirineos, sopla el huracán del enciclopedismo francés, y sus sacudidas preparan vertiginosamente las escenas de sangre y cieno que la Historia llamará *Revolución Francesa*. Europa se debate en las garras del materialismo y de la impiedad.

España, un poco aislada por montes y distancias, sostenida aún por la fe de diez y siete siglos, comienza a sentir también el vértigo de los nuevos abismos que se abren a sus pies; lucha, vacila y gime. Han llegado al suelo español algunas ráfagas de la novísima filosofía engendrada en las madrigueras del Protestantismo; hanse resquebrajado los muros, hasta entonces impenetrables, de la patria de los Reyes Católicos; todavía el ateísmo y la inmoralidad no son dueños del terreno, sino huéspedes peligrosos y temidos; el pueblo vacila entre la fe tradicional, sublime herencia de los siglos, y los nuevos ideales que vienen a derrocarla.

Providencialmente, aparece entonces, en todos los caminos y ciudades de España, la figura colosal de un apóstol capuchino, quizá el más grande

predicador que haya recorrido la Península desde los días de San Vicente Ferrer, un fraile andaluz, de estatura prócer, de voz tonante, de elocuencia irresistible, nuevo San Pablo, humilde como el polvo que pisa, valiente como un conquistador, con un alma inmensa a flor de los labios, taumaturgo, profeta, andariego y místico... Es nuestro Beato Diego José de Cádiz.

La influencia del Padre Cádiz en las costumbres públicas y privadas de la España del siglo XVIII fué enorme: todavía no se ha extinguido del todo el incendio de fe que promovió con sus innumerables misiones. Parece escucharse aún aquel torrente de afectos y de verdades que brotaba del generoso corazón del célebre capuchino. La voz del Padre Cádiz resonó, durante treinta años, en todos los ámbitos de la patria. Las ciudades se despoblaban para rodear su púlpito; las universidades le abrían sus aulas; el palacio de los reyes se honraba con sus visitas o con sus consejos.

La historia del Beato Diego, novelesca y variada como pocas, es, afortunadamente, la que cuenta con mayor número de documentos fidedignos, entre todas las vidas de los santos de nuestra Orden. Esta circunstancia, que por una parte facilita la labor de los biógrafos, por otra hace imposible presentar en pocas páginas el resumen de tantos hechos admirables y de tantos acontecimientos dignos de eterna memoria. Nosotros intentaremos dar un esbozo general de esa vida, señalando nada más los puntos sobresalientes, los más llamativos.

* * *

El Beato Diego nació en Cádiz el año 1743. Sus padres fueron don José López Caamaño y doña María de Ocaña y García, vecinos de Ubrique. Ascendencia noble e ilustre por ambas ramas. El niño se llamó José Francisco Juan María, o más brevemente, según los usos familiares, Pepe Caamaño.

A los nueve años, huérfano de madre, cayó bajo la tutela de la madrastra; pero bien sabido es, como dice el poeta, que

«de padres a padrastros
hay cuatro leguas;
de madres a madrastras
hay cuatrocientas.»

Así debió sentirlo Pepe Caamaño, cuando los castigos, la incomprensión y la frialdad le hicieron medir el vacío inmenso abierto en su corazón por su santa madre.

Primeros estudios en Ubrique y en El Bosque, latín en Grazalema con un excelente dómine, humanidades y filosofía en los Dominicos de Ronda. Poco aprovechamiento y poca aplicación, cortedad de ingenio, burlas de sus condiscípulos que le llamaban *el burro mudo*, por su silencio y apocamiento; lengua de trapo para pronunciar algunas letras. A todo eso se unía la actitud de su madrastra, que no debía de ser modelo de ternura; y así se comprende que el muchacho cayese en una especie de atrofia intelectual, sin ánimos para los estudios, juzgándose como un ser completamente

inútil. El mismo cuenta el estado de su espíritu, en una carta escrita en 1779: «Volví el verano a la casa de mis padres, repudiado de mi Lector, para no volver a la clase por incapaz. Conseguí con esto fuesen mayores los desprecios con que hasta allí había sido tratado y que me estrechasen a tomar destino.»

Así llegó Pepe Caamaño a los trece años, con un corazón *dócil e inocente*, según sus propias declaraciones; pero amargado por la dura realidad de su vida sin rumbo.

El cambio repentino y total vino providencialmente: un día, en la iglesia de los capuchinos de Ubrique, oyó cantar el oficio a los frailes, y, a pesar de la monotonía y poco arte del canto, se sintió lleno de gozo y de admiración, y le pareció «no música de hombres, sí de un coro de ángeles o un remedo de la Bienaventuranza.»

«Pedí la vida de algún santo de la Orden, y me dieron la de nuestros santos San Fidel y San José de Leonisa, uno y otro misioneros, y luego la del V. Padre Fray José de Carabantes, llamado el Apóstol de Galicia. Encendióse con esto un fuego en mi corazón, que, aun no teniendo yo más que trece años, me deshacía por el retiro, el trato con Dios, la mortificación, etc.»

Desde entonces, el muchacho no tuvo ya más que un solo pensamiento: «Todo mi afán era *ser capuchino para ser misionero y santo;* y así me entretenía, para divertir mis ansias, en cortar o formar de papel capuchinos con la cruz en la mano en acción de predicar, o pintarlos con saliva en las puertas o mesas, etc.»

El joven ya no retrocederá ante nada ni ante nadie: «Resultó—escribe—una terrible conjuración de mi madrastra y los suyos... Yo callaba a todo, y cuando salía de su presencia, me ponía a saltar de gozo,... llamando a los ángeles para que lo celebrasen conmigo.»

La determinación de nuestro héroe estaba tan madura y era tan inflexible, y por otra parte, el llamamiento de Dios le sonaba tan claro en el alma, que no se le pasaba por las mientes dudar o retroceder. A sus mismos hermanos no cesaba de hablarles de su vocación, les mostraba alguna de aquellas figuritas de papel, y les decía muy convencido: «Este es Pepe Caamaño predicando en el Japón.»

Pero la persecución no menguaba, antes parecía desatarse cada día con mayor violencia. Cuando pidió el hábito capuchino, el Padre Guardián le examinó de latín y el resultado fué desastroso. El joven salió llorando, se fué a la iglesia, se postró de rodillas ante el altar mayor, con la gramática en las manos, y en un grito de angustia y de esperanza, exclamó: «Enséñame, Señor, que yo aprenderé.»

La victoria fué completa y definitiva. En un segundo examen que tuvo que sufrir antes de tomar el hábito, el resultado fué admirable, como si Dios mismo hablara por su boca, y salió de la prueba con la alegría de un triunfador, y aun, como él mismo escribe, «cobré fama de gramático.»

* * *

En 1757, Fray Diego José de Cádiz empezaba su noviciado en el convento de Sevilla; tenía cara de niño y corazón de gigante. Uno de los Padres, al verle tan animoso, se acercó al Maestro de novicios y le dijo proféticamente: «Mucho bien pienso que nos ha traído el Señor con ese chiquito; cuídelo con esmero, mírelo con amor.»

Las pruebas del noviciado, duras y frecuentes, fueron acompañadas de tentaciones gravísimas; pero Fray Diego salió victorioso con la ayuda patente de lo alto.

Pasemos rápidamente por los años de estudios eclesiásticos, en los cuales Fray Diego, aficionado en demasía a la literatura, se olvidó un tanto de sus buenos propósitos y cayó en una especie de tibieza espiritual. Sus compañeros le notaban un poco triste y disipado; pero confiesan que era un modelo de sumisión, de pobreza y castidad, muy piadoso en los días de comunión y muy devoto de la Virgen Santísima. Entre la aridez de la filosofía y el sabroso ejercicio de la literatura, se decidió por ésta. Conservamos una buena colección de poesías que demuestran su asombrosa facilidad para el verso, su nobleza de sentimientos, y un cierto anhelo de gloria.

Pero, al llegar al estudio de la teología—ciencia de Dios—, fué sacudido poderosamente por la gracia divina y se entregó a la virtud con toda su alma. Quemó todos los papeles de versos que pudo hallar, aunque todos eran de asuntos

religiosos; hizo áspera penitencia de su disipación; y se preparó para el sacerdocio con una confesión general y con largas horas de meditación y de estudio. Su profesor se dió cuenta de aquel cambio y de los progresos que el joven hacía en las ciencias, y dijo a sus discípulos: «Un talento e ingenio cual yo no esperaba va descubriendo Fray Diego.»

Llamaba la atención, entre sus profesores y compañeros, por la solidez de su argumentación y por la nobleza con que exponía sus ideas.

Siendo todavía diácono, predicó su primer sermón en la iglesia del convento, en Cádiz, y dedicó aquella primicia oratoria a cantar las glorias de la Inmaculada Concepción, que todavía no era dogma de fe.

A los veintitrés años, recibió las órdenes sacerdotales en Carmona; desde entonces, su vida fué más santa y su espíritu se renovó con la alta idea que tenía de su nueva dignidad. «Diego—se preguntaba con frecuencia—; ¿qué es lo que Dios exige de ti?»

En Cádiz terminó la carrera eclesiástica, y en el retiro de Ubrique templó su alma para las próximas batallas apostólicas.

* * *

El Padre Diego era, evidentemente, el escogido de Dios para regenerar a España. Su vida, hasta aquí, ha tenido muy poco de extraordinario; mas de repente, la mano del Señor vino sobre él y el fuego de los apóstoles encendió en su corazón una

hoguera formidable, que había de abrillantar y consumir todas sus energías. Tuvo sueños misteriosos y oyó las hablas interiores de Cristo; se arrojó enteramente en los brazos de la Providencia, presintiendo que Dios le quería para una obra grandiosa; y se lanzó, arrebatado por el espíritu del Señor, al campo del más fecundo apostolado que es dable imaginar.

Ya no es posible seguir, paso a paso, al Padre Diego en sus andanzas y aventuras de apóstol; son treinta años de incesante actividad, recorriendo el suelo de la patria por los cuatro costados, asombrando al mundo con sus sermones y con sus prodigios, haciendo enmudecer a los enemigos de la Iglesia y de España, armando una verdadera y saludable revolución en las almas, ilustrando a todos con su palabra doctísima y con sus geniales discursos.

Y, en medio de esa vida agitada, el Beato Diego vive absorto en Dios, goza de su amistad y de sus carismas, parece vivir más en el cielo que en la tierra. Un día se le aparece San Ildefonso y le conforta; otro día le habla el Santo Crucifijo; los apóstoles San Pedro y San Pablo le visitan y le asocian al honor de su altísimo ministerio; la Virgen María y San Francisco de Asís platican amorosamente con él y le animan a proseguir sus predicaciones sin desalentarse por los continuos tropiezos que encuentra; en fin, una noche oye a Jesús que le llama desde el sagrario: «Acércate a mí, Diego mío...»

Llenaríamos muchas páginas si quisiéramos contar todas las visiones, arrobamientos, hablas di-

vinas y gracias singulares con que Dios regalaba a su siervo.

* * *

Los milagros le acompañan a dondequiera que va; y tiene que luchar con todas sus fuerzas para que las gentes se moderen en sus arrebatos de admiración y de aplauso.

A su mandato, cesa milagrosamente una abundante lluvia que amenazaba interrumpir uno de sus sermones al aire libre. En Málaga anuncia desde el púlpito el número exacto de pecados mortales cometidos en la ciudad aquel día y el castigo que caerá sobre los que no quieran arrepentirse. Cuando predica, algunos ven al Espíritu Santo en figura de blanca paloma sobre su cabeza; y él mismo cuenta que un sencillo gañán, habiéndole preguntado su amo qué le había parecido el sermón del Padre Diego, contestó candorosamente: «Aquello yo también lo diría. ¡Si el Padre tenía una paloma blanca que se lo iba diciendo todo al oído!» Otra vez, las palabras del Padre Diego fueron oídas a varias leguas de distancia por unos pecadores, que se sintieron subyugados por la voz misteriosa que les invitaba a penitencia.

Las misiones del Padre Cádiz fueron el suceso más extraordinario que registra la historia eclesiástica de España en las postrimerías del siglo XVIII. El apóstol andaluz, después de recorrer su tierra de origen en todas las direcciones, sale a otros campos distantes. No hay pueblo o ciudad importante de España que no le llame

con insistencia; no hay catedral que no se honre con sus magistrales discursos. Son cientos y miles las misiones del Padre Diego. En todas partes le aclaman como a un enviado del cielo: las ciudades le reciben con expectación indecible, los obispos le llaman a sus diócesis, los párrocos le importunan con sus peticiones.

Y el siervo de Dios, incansable, hecho todo para todos, va y viene sin cesar, hollando con sus pies descalzos los ásperos caminos de las dos Castillas, los vergeles floridos de Valencia, las montañas bravías de Cataluña y Aragón, los húmedos senderos de Galicia, poniendo en el variado paisaje español la nota austera de su silueta monacal.

El fruto de esos trabajos es copioso; la palabra del Padre Diego es irresistible. No hablemos de su sabiduría portentosa en todas las ciencias eclesiásticas; no nos detengamos ante aquel torrente de citas de la Sagrada Escritura o de los Santos Padres, cuyas páginas parecía saber de memoria; nada digamos de la fuerza de su argumentación ni del poder de su dialéctica ni de los quilates de su maravillosa oratoria. Nada de eso nos daría la clave de tantos triunfos, si no recordáramos que el Beato Diego fué un enviado de Dios, un profeta de inspiración divina, un hombre que estaba de continuo en comunicación con el cielo. Cada palabra suya dice infinitamente más de lo que suena: lleva una virtud escondida, el poder de penetración y de convencimiento que sólo las palabras de los santos poseen.

El más competente y moderno de los biógra-

fos del Beato Diego, el Padre Sebastián de Ubrique, dice a este propósito: «Lo más grande que hay en este hombre extraordinario, después de los dones sobrenaturales, es el corazón, y el corazón apasionado y tierno es el que habla alternativamente con el auditorio y con Cristo, con acentos inimitables. Es el orador meridional, en el que la imagen, los afectos, la ternura, el fuego, la pasión acaban por apoderarse del auditorio, que pasa sucesivamente de la simpatía a la admiración, de la admiración al convencimiento, del convencimiento al terror, del terror a la contrición y al amor divino, y del amor al llanto. En un momento de absoluto silencio, oiríase el caer de las lágrimas de sus oyentes, epílogo obligado de sus actos de contrición con el crucifijo.»

* * *

Al leer hoy los sermones escritos del Beato Diego, no podemos formarnos una idea, siquiera aproximada, de la elocuencia de su autor. Esas páginas, admirables por muchos conceptos, son al fin y al cabo letra muerta, fríos caracteres que no pueden reflejar, en su totalidad, aquel río de fuego que brotaba caudaloso de los labios del gran apóstol. Predicando un día en la catedral de Granada, el público vió que, de la boca del orador, salían llamas como de un incendio.

Examinemos uno de los actos de contrición que aparecen al final de los sermones escritos, y comparémoslo con lo que debió ser la realidad. Imaginémonos al Beato Diego en el púlpito,

delante de treinta o cuarenta mil personas que le miran sin pestañear; ha predicado durante una hora con su acostumbrada energía, ha amontonado textos de la Biblia, afectos y consideraciones; y para remate del discurso, toma en sus manos el crucifijo y empieza a dirigirle dardos de amor, mientras el público, como movido por un resorte gigantesco, cae de rodillas. Todo habla en la persona del orador en esos momentos: los ojos, ora tiernos y amorosos, ora enérgicos y como asustados; las manos que aprisionan y acarician a Cristo; la boca que tiembla al pronunciar frases de perdón y de arrepentimiento; el pecho que parece querer abrirse para dejar que salga el corazón; la frente sudorosa, el aliento entrecortado, la voz anhelante...

Difícilmente olvidarían los espectadores aquellos actos de contrición que llegaban a lo más profundo de las almas. Y todo eso, y el vigor de una frase o la dulzura de otra, no se estampa en el papel, ni se puede expresar con palabras; hay que presenciarlo, hay que oírlo y sentirlo.

¿Qué impresión de espanto produciría en los presentes aquel rasgo inaudito de santo furor ante el Ayuntamiento de Ecija, que toleraba graves abusos y discordias en el pueblo, cuando el orador, con acentos bíblicos y empuñando la cruz, dió un golpe en la mesa que le servía de púlpito y el crucifijo saltó hecho pedazos?...

El Beato Diego sabía, como nadie, la actitud que en cada circunstancia debía adoptar: todo mieles y perdones para los arrepentidos; pero todo valentía y amenazas para los duros de co-

razón. No le intimidan ni le hacen callar los sabios o los grandes de este mundo; habla con la misma libertad en el palacio de los reyes, ante la augusta familia, ante los embajadores, ministros y caballeros, que en los sencillos pueblos de Andalucía o Galicia, ante los pobres y los humildes. Por eso las conversiones son innumerables y variadas.

A sus pies cae el embajador de Rusia ante Carlos III, el señor Esteban Zinovieff, cismático, y le descubre su corazón y sus deseos de dejarlo todo para hacerse católico. Los magistrados corrompidos, los jueces venales, los militares orgullosos, los filósofos volterianos, los literatos ateos, los empresarios de teatros inmorales, todos los que oyen una vez al santo predicador, se rinden a su virtud y a sus argumentos, cambian de vida y tórnanse fervientes católicos.

* * *

«Para juzgar de los portentosos frutos de aquella elocuencia—son palabras de Menéndez y Pelayo—, que fueron tales como no los vió nunca ni el Agora de Atenas, ni el Foro de Roma, ni el Parlamento inglés, basta acudir a la memoria y a la tradición de los ancianos. Ellos nos dirán que, a la voz de Fray Diego de Cádiz (a quien atribuyen hasta el don de lenguas), se henchían los confesonarios,... y diez mil oyentes rompían a un tiempo en lágrimas y sollozos. Quintana le oyó, y quedó asombrado, y todavía en su vejez gustaba de recordar aquel asombro, según

cuentan los que le conocieron. Y otro literato del mismo tiempo,... nada sospechoso de parcialidad, porque fué volteriano empedernido,... Don José Joaquín de Mora, ensalzaba en estos términos la elocuencia del nuevo Apóstol de Andalucía:

Yo vi aquel fervoroso capuchino,
timbre de Cádiz, que, con voz sonora,
al blasfemo, al ladrón, al asesino,
fulminaba sentencia aterradora.
Vi en sus miradas resplandor divino,
con que angustiaba al alma pecadora,
y diez mil compungidos penitentes
estallaron en lágrimas ardientes...

Orador más popular, en todos los sentidos de la palabra, nunca le hubo, y aun puede decirse que Fray Diego era todo un hombre del pueblo, así en sus sermones como en sus versos, digno de haber nacido en el siglo XIII y de haber andado entre los primeros hermanos de San Francisco.»

En el apostolado del Beato Diego, las alabanzas y los homenajes se mezclan, a veces, con burlas y amenazas. Especialmente en Galicia, comenzaron a reírse de su figura y hasta de su predicación que solía empezar con el trisagio de la Santísima Trinidad. «En un pueblo—dice el Padre Ubrique—le apedrearon, en Vigo le quisieron matar, en Santiago pusieron pasquines contra él, y cantaban coplas los niños...:

Santo Dios, Santo fuerte, Santo divino.
Líbranos, Señor, de este fraile capuchino.»

Pero estas burlas y amenazas eran una excepción que el Beato Diego soportaba con la mis-

ma serenidad y humildad que los honores de toda la nación.

* * *

Fué propuesto varias veces para obispo; las universidades más famosas le dieron innumerables títulos honoríficos; la Orden Capuchina le miraba como a una de sus mayores glorias. Y el santo apóstol, confuso ante tantos honores, cada día se creía menos digno de alabanza; y solía llamarse a sí mismo, cuando le honraban, «el antípoda de Jesucristo.»

Sólo por su heroica humildad se puede explicar que se mantuviera siempre sereno en aquella sucesión interminable de aclamaciones y agasajos. Su director, el Padre González, solía decir: «El mayor milagro de Fray Diego es tanta humildad, en medio de tantos honores». Hubo ocasión en que la multitud, estusiasmada por algún sermón o milagro del Padre Cádiz, le rodeaba y estrechaba sin consideración, llevándole en triunfo, y el santo tenía que ser custodiado y defendido por un grupo de soldados. ¿Qué pasaba en su alma en aquellos difíciles momentos? El mismo nos lo cuenta graciosamente: «En esos casos, voy diciendo interiormente a Dios Nuestro Señor: ¿Para qué tanto viento para tan poco polvo?»

En cierta tertulia, como le alabasen por su ciencia y estudios, el Beato Diego contestó con su gracejo andaluz: «Naranjo he sido, naranjo soy y naranjo acabaré. ¿Quieren ustedes saber cuáles han sido los estudios de este misionero

llamado a la corte, y que con tanto ruido le traen de pueblo en pueblo? Pues esténme atentos, que yo se lo referiré: Haciendo letras gordas, pasé a estudiar gramática, y salí cortísimo gramático... Pasé a estudiar filosofía, pero llevado de mi humor poético, y gastando el tiempo en componer coplas, concluí los tres cursos, sin haberla estudiado... Yo puedo asegurar a ustedes que en materia de argumentos jamás reñí ni alcé el grito... He aquí todos mis estudios.»

Otras veces decía: «Los pueblos han dado en honrar a este burro de Galicia, como si las muchas campanillas lo elevaran de la categoría de borrico.» Y cuando en las universidades le ponían la muceta y las borlas de doctor, mirándose así engalanado, exclamaba: «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.»

* * *

Pero donde mejor se echa de ver esa admirable humildad del gran apóstol es en su correspondencia con el más famoso de sus directores espirituales, el Padre Francisco Javier González. Este santo religioso, de la Orden de los Mínimos de San Francisco de Paula, fué, durante varios años, el guía excepcional que Dios deparó a nuestro Beato. Como director espiritual del apóstol capuchino, puede decirse que es un caso único en la historia de los santos. Difícilmente se hallará otro más prudente, más erudito, más fervoroso y más acertado. La correspondencia del Padre González y del Beato Die-

go es modelo en su género, vale por muchos tratados de mística, es quizá lo más acabado que se conoce en la materia. Esa colección de cartas admirables, publicada en 1900 por el Padre Ambrosio de Valencina, lleva por título *El Director perfecto y el Dirigido santo;* ha tenido varias ediciones, y ha sido leída, con indecible fruto, por innumerables almas. (1)

Allí está retratada, desde dos puntos distintos, el alma del Beato Diego; allí palpita su hermoso corazón, sin trabas, con asombrosa ingenuidad; allí vemos estampados todos sus pensamientos, sus dudas, temores y triunfos; es una autobiografía inapreciable, sincerísima y llena de agradables sorpresas. Al terminar de leer esas páginas, uno no puede por menos de exclamar: ¡Pero qué coloso es este Padre Diego, y qué humilde y qué hombre tan de Dios!

Y lo que más llama la atención en medio de tantas maravillas, es el candor, la obediencia ciega, la prontitud de alma de nuestro santo; y de

---

(1) Todas las cartas de esta colección llevan notas oportunas y saladísimas del Padre Valencina. El editor, andaluz también como los dos autores de la correspondencia, no puede contener su asombro ante algunas expresiones, consejos o relatos, y nos da unos comentarios breves, pero sabrosos. Véase un ejemplo. Después de una carta del Padre González en que da a su santo dirigido algunos avisos sobre la vida religiosa, encontramos esta nota: «¡Vaya con el bendito abuelo! ¡Y qué manera de enseñarnos a ser capuchinos! *El silencio, la abstracción de criaturas, el trato con el Señor, el estudio, la celda y la observancia regular forman capuchinos.* ¡Bien dicho, santo viejo! ¡Bendita sea su boca!»

En general podemos decir que la lectura de este libro, tanto por las cartas como por los comentarios, es de mucho provecho, y tan interesante como una novela.

la otra parte, el tino exquisito, la bondad sin límites, la experta dirección del Padre González.

* * *

Otro de los rasgos más notables del Beato Diego es su celo por la salvación de las almas, celo que le devora y le sostiene en medio de tantas fatigas. Al ver a su Patria contaminada por aires deletéreos de impiedad, el celo del Padre Cádiz estalla en sublimes arranques de caridad y de apostolado. Comprende que Dios le ha escogido para salvador de muchas almas, y esa idea le llena de alegría y da alas a su corazón. No quiere descanso ni gloria, no desea sino almas; no le inquietan las críticas, el destierro, la enfermedad o la muerte; lo único que le interesa son las almas de sus hermanos extraviados.

Oigámosle en una de sus cartas: «¡Qué pequeño me parece todo el mundo! ¡Qué ansia de hacer misión en el infierno, en el limbo de los niños, y aun en la bienaventuranza! Locuras son, yo lo confieso; pero no puedo irme a la mano. Y si son de Dios estos sentimientos, ¿por qué no me deja cumplirlos? ¡Cuántas veces se me pasan los ratos pensando en estos desatinos—no los tengo por tales—, que no quiero morirme hasta el día del juicio, que deje convertido a todo el mundo! Que estando en el cielo, que por mis culpas no merezco, le diré a Dios: ¿Qué hago yo aquí parado? ¡Déjame, Señor, dame licencia para ir a la misión, y entonces andarlo todo, el

limbo y el infierno, y últimamente hacerla a los santos del cielo!»

Otras veces, abrasado de amor a las almas, no vacilaba en afirmar, con una frase atrevidísima, muy propia de su carácter andaluz: «Amo tanto a los pecadores, que me parece que no hay, después de mi Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, quien los quiera como yo.»

En otra carta dice que pide a Dios «que me deje poner en la puerta del infierno, para impedir a todos la entrada.»

Expresiones como éstas abundan en los escritos de nuestro Beato Diego: son el retrato más fiel de su corazón eminentemente apóstolico.

* * *

La historia del Beato Diego de Cádiz es tan copiosa y tan extraordinaria, que volvemos a reconocer nuestra imposibilidad para resumirla. No podemos detenernos a examinar sus virtudes religiosas como perfecto capuchino; no podemos narrar su devoción a la Santisíma Trinidad, a Jesús Sacramentado y a la Virgen Santísima; ni el impulso que dió a la devoción de la Divina Pastora, cuyo estandarte paseó por toda España; ni las terribles penitencias que se imponía, con un valor y denuedo inauditos; ni su altísima y continua oración, que era el alimento preferido de su alma; ni su caridad con el prójimo, esmaltada de rasgos delicadísimos y heroicos; ni el cúmulo de prodigios que Dios obró por su medio, milagros ruidosos y variados,

desde las curaciones repentinas a innumerables enfermos, hasta las predicciones y profecías que se cumplían con rara exactitud.

No bastarían muchos volúmenes para contarlo todo; por fuerza debemos poner un freno a nuestra pluma, mal que nos pese.

Terminemos este rápido esbozo con algunas líneas sobre su figura y carácter, para completar la visión de este hombre singular. Uno de sus confesores, el Padre Alcober, nos hace este retrato del siervo de Dios: «Fué su estatura hasta los hombros, de dos varas bien cumplidas, su corpulencia fornida y con proporcionadas carnes...; derecho y airoso; su color blanco y sonrosado, su cuello derecho y su cabeza bien formada, correspondiendo su figura a la de la cara, que tocaba más en aguileña que en redonda; su pelo negro, como azabache; hermosa y despejada frente, sin la nota de grande ni pequeña, las cejas muy pobladas y gruesas, cuyo entrecejo era muy limpio; sus ojos, con lo azulado de lo blanco, el tamaño y negro de sus pupilas, lo rasgado de su formación y lo grande de ellos, con la natural modestia y gravedad en sus movimientos, fueron singulares; la boca ni grande ni pequeña...; su dentadura unida y blanca, igual y completa; su barba muy poblada, crespa y larga hasta como tres dedos cerca de la cintura...»

A este retrato físico, añadamos la pintura de su genio y carácter, tal como la hace el mejor de sus biógrafos, el Padre Sebastián de Ubrique: «Lejos de ser un santo huraño y esquivo, era,

como de legítima escuela andaluza, de una viveza y gracia natural encantadoras, que le hacían estar alegre y de buen humor en medio de las enfermedades, persecuciones y trabajos. Sus ocurrencias eran célebres. En el trato con sus íntimos es donde se manifiesta tal como es: todo corazón y caridad, tierno y cariñoso, alegre y simpático. Para cada duda tiene un torrente de luz, para cada necesidad un consuelo, para cada tribulación una frase de aliento y de ternura... Alma de santo, temple de héroe, corazón de niño, no podía suponer que nadie viniera a engañarlo, ni llegó a pensar mal de nadie, ni aun cuando le persiguieron y despreciaron, dejó de tener una excusa para salvar la intención de sus perseguidores y enemigos.»

* * *

No olvidemos tampoco otro aspecto de la fisonomía del Beato Diego: su espíritu poético y franciscano. Los versos que compuso, no eran solamente el desahogo natural de sus aficiones literarias, sino más bien la expresión de su alma y de sus pensamientos místicos. Las poesías del Beato Diego, ágiles, hechas con asombrosa facilidad, cuajadas de profundas ideas o de encendidos afectos, se leen siempre con gusto y con provecho: son poesías de un santo.

Véase una décima, que debiera escribirse con letras de oro en los corazones de todos los sacerdotes, estrofa de altar o de sacristía:

El amor de Dios avisa
al ministro del altar,
se ponga a considerar
que no hay devoción con prisa.
Diga despacio la misa;
mire que las misas son
viva representación
de su muerte y de su afrenta;
¡y ha de dar estrecha cuenta
del fruto de su Pasión!

En muchos de nuestros conventos capuchinos, se ven grandes cartelones con poesías del Beato Diego de Cádiz. Son famosas, entre otras, las estrofas tituladas *Ayer, hoy, mañana; Antes, ahora, después;* y el *Reloj espiritual.*

A veces, la vena poética del Padre Cádiz tornábase retozona y jocosa, para solaz de sus amigos y hermanos o para ejercicio de la humildad. Una señora le presentó un retrato que le había hecho durante un sermón; el dibujo no debía de ser una obra de arte, ni mucho menos, porque el Beato Diego, al contemplarlo, soltó una carcajada e improvisó rápidamente estos versos:

Retrato, quien te pintó
no supo lo que se hizo,
pues te pintó como quiso
y, al fin, malo te sacó.
Dicen que eres otro yo;
mas no concibo en qué grado:
si en lo natural, errado,
si en lo moral, es error;
¡tan sólo en lo pecador
me vienes como pintado!

Así era el Beato Diego: sencillo o sublime, según las ocasiones; diamante de innumerables facetas, todas ellas hermosísimas. España y la Orden Capuchina no podrán nunca ocultar el legí-

timo orgullo de haber tenido un hijo de tantas perfecciones.

*
* *

En 1801, hallándose en la ciudad de Ronda, se ofreció a Dios como víctima propiciatoria para que cesara el cólera que se extendía por la comarca con rapidez aterradora. El Señor le reveló el día de su muerte, y él lo anunciaba claramente a sus amigos. Cayó enfermo de la epidemia, recibió los últimos sacramentos con su peculiar fervor, y el día 24 de marzo, víspera de la Anunciación de María, murió santamente, pronunciando las palabras de San Pedro Apóstol: *Señor, Tú sabes que te amo.* Tenía 58 años de edad.

España entera lloró la pérdida de su gran apóstol, e inmediatamente se comenzó a pensar en su beatificación. Nadie dudó jamás de sus eminentes virtudes, y los milagros que se le atribuían eran sin cuento. Pero el más portentoso, ante el que la ciencia humana tuvo que declararse vencida y humillada, fué el siguiente. En 1867 se hizo el reconocimiento oficial del cadáver, en presencia de las autoridades eclesiásticas y de varios médicos. Se halló la laringe en perfecto estado de conservación; pero lo que causó verdadero estupor fué ver los huesos secos manchados de sangre fresca. Los médicos los lavaron cuidadosamente, mas la sangre seguía brotando cada vez con mayor abundancia. El examen científico de aquella sangre no hizo otra cosa que confirmar la verdad del prodigio: el microscopio reveló la existencia de células, glóbulos rojos y leucocitos; los químicos

hallaron materias orgánicas; y uno de los médicos más respetables y doctos declaró con entusiasmo: *Si esto no es milagro, entonces yo no sé lo que es un milagro.*

El Sumo Pontífice León XIII promulgó el decreto de beatificación del Beato Diego José de Cádiz en 1894.

BEATO FRANCISCO MARIA DE CAMPORROSO
(1804-1866)

Otro santo moderno. Todavía hoy, después de no pocos años, en la ciudad y alrededores de Génova, se habla con veneración y cariño de *el Padre Santo.* Los católicos genoveses no se han olvidado de aquel hombre que vivió entre ellos, recorrió sus calles, visitó sus hospitales, su puerto, sus iglesias y sus campos. Fué el mejor amigo de la ciudad, su defensa y su gloria. *El Padre Santo* consolaba a los afligidos, repartía la sopa del convento entre los pobres, sanaba a los enfermos con una breve oración, y hasta protegía a los ausentes y a los que no le conocían.

Aquel fraile capuchino podía entrar, con el pasaporte irresistible de su caridad ilimitada, lo mismo en los palacios de los magnates, que en los antros de la miseria; ante él se abrían las puertas de la Aduana y del Puerto-franco, las salas de juego, los cafés y las cárceles; y en todas partes recibía el homenaje unánime de la población que caía a sus pies para saludarle o para pedirle su bendición.

Y *el Padre Santo* no era un pontífice, ni un obispo, ni un sabio sacerdote, ni siquiera un simple clérigo; era nada más que un pobre lego capuchino, sin letras y sin elocuencia, que, por sus admirables virtudes, llegó a ser el ídolo y el rey de Génova, por espacio de más de treinta años.

Su nombre, caro y glorioso en aquella ciudad de febriles negocios, es hoy esplendor de la Iglesia y de la Orden Capuchina. Se llama Beato Francisco María de Camporroso.

En el célebre cementerio de Staglieno, un severo monumento de blanco mármol recordaba a los visitantes, hasta hace pocos años, la figura del Beato Francisco, y una lápida concisa resumía toda su vida y el heroísmo de su muerte. Decía así: «FRANCISCO DE CAMPORROSO, lego capuchino. Nacido de la familia de los Croese el 27 de diciembre de 1804. Muerto en Génova el 17 de septiembre de 1866.—Pobrecillo de Cristo, más dichoso en dar que en recibir. Para los dolores y las necesidades de todos tenía pan, consejos y alientos. Coronó la vida austera y santa de cenobita, ofreciéndose como víctima de expiación al comienzo de la epidemia de 1866. Las lágrimas y el agradecimiento del pueblo quisieron representarlo en este monumento de mármol.»

Ese sepulcro, construído por suscripción popular, fué, desde el primer momento, un centro de peregrinación piadosa, de conversiones y de prodigios. Durante medio siglo, los amigos del *Padre Santo* llegaban hasta su tumba en incesante romería, y la modesta estatua de Fray Francisco vino a ser, entre los maravillosos monu-

mentos de aquel famoso camposanto, el objeto que atraía las miradas y los corazones de todos. Se cuenta de un turista protestante que, preguntando la causa de aquella insólita popularidad, escuchó esta respuesta: «Debajo de esa estatua está el cadáver de uno que fué el mayor consuelo de Génova.»

Hoy el monumento y el cuerpo de Fray Francisco están en la iglesia de la Concepción, en el convento de los capuchinos. Cerca de la tumba, hay siempre un ardiente crepitar de cirios, una fragancia delicada de flores frescas y el suave murmullo de fervientes plegarias.

* * *

La cuna de nuestro Beato fué el pueblecito de Camporroso, oculto en un valle poético y tranquilo de la Liguria occidental, muy cerca de la frontera franco-italiana. Tierra de turismo, de excursiones bullangueras, de rápido correr de automóviles, Bordighera, el valle de Nuria, Camporroso, tienen merecida fama entre los gozadores de la vida, por su clima benigno y por su belleza risueña y florida. A un paso, la aristocrática Niza, el oro tentador de Montecarlo, los pequeños paraísos de la Costa Azul. Toda esa región es hoy el centro de las elegancias y de los despilfarros europeos y aun mundiales.

Pero a principios del siglo pasado, cuando nuestro Beato nació, la Costa Azul era un tranquilo país donde se cultivaban con esmero las flores de los jardines y las virtudes de las almas.

Anselmo Croese y María Antonieta Garza, los padres de Fray Francisco, eran agricultores pobres y honrados, que sabían educar a sus hijos en el amor a Dios y en la práctica del trabajo cristiano.

Juan Croese, el futuro santo capuchino, vino al mundo con un carácter humilde y bondadoso, que sus padres fueron moldeando pacientemente, hasta hacer de él el modelo y el espejo en que se miraban todos los niños del pueblo. A los doce años, se encarga de la pesada labor de conducir, por montes y valles, un pequeño rebaño de ovejas, propiedad de su padre. Otros jóvenes, pastorcillos como él, buscan su compañía, escuchan sus consejos y aprenden de sus labios las lecciones del catecismo, rezan las oraciones que él les enseña, y al fin participan también de los pobres regalos de su morral: nueces, castañas, manzanas, pan y queso. Muchas veces, el único que se queda sin comer es nuestro amigo, que ya desde entonces comenzaba a practicar esta máxima, norma de toda su vida: «Es mejor dar que recibir.»

Un anciano de Camporroso, primo del Beato Francisco y compañero suyo en la juventud, ha dejado una preciosa página de recuerdos de aquella edad infantil: «Eramos primos carnales, coetáneos y vecinos de habitación, íntimos amigos desde los primeros años, hasta que él se marchó del pueblo para hacerse religioso. Juntos íbamos a misa y a cuidar el rebaño. Tenía mi primo una conciencia tan delicada y sensible, que cualquiera cosilla se le hacía escrúpulo. An-

daba siempre con temor de que sus ovejas penetraran en campo ajeno e hicieran algún perjuicio; y por eso las vigilaba sin cesar. Pasaba el día lleno de merecimientos, con la bendición de Dios, porque siempre tenía la oración entre los labios o hablaba de cosas espirituales. Solía inspirarme piadosos sentimientos de devoción, y me enseñaba sus oraciones que avivaban mi fe y encendían mi corazón en el amor divino. Me corregía dulcemente de todos mis defectos y ligerezas, pues yo era, por naturaleza, vivo e inquieto... En suma, mi santo primo era humilde de corazón, de aspecto devoto, recogido en todo su continente, y sobre todo de una pureza angelical.»

* * *

A los trece años, Juan Croese cayó gravemente enfermo, y los médicos perdieron todas las esperanzas de salvarle. La Virgen del Laghetto, ante cuya imagen toda la familia elevó súplicas fervientes, sanó milagrosamente al niño moribundo. Desde entonces, el amor a María fué uno de los más fuertes afectos de aquel corazón agradecido.

El niño Croese parecía un predestinado. Dios iba dirigiendo aquella alma pura por los altos caminos de la santidad; le hacía saborear las dulzuras del Pan eucarístico y las delicias de la oración; le impulsaba al sacrificio de toda la vida en las aras del amor; le llamaba a su lado, a la vida recogida de un convento, para comunicarle más plenamente los dones de su predilección.

Nuestro joven está pronto a seguir la voz del cielo; ningún lazo le sujeta a las cosas fútiles del mundo; tiene el corazón vacío de pequeñeces terrenas, y sólo aspira a vivir unido a su Dios eternamente.

El campo de la familia, donde ahora trabaja Juan diariamente, es un nuevo templo para su alma absorta en las verdades celestiales. Sabe infundir a sus amigos las mismas aspiraciones; y todos los domingos, al frente de un grupo de muchachos, visita alguno de los santuarios de la región, ofreciendo a la Virgen largas y fatigosas caminatas, oraciones, cánticos y las obras de caridad realizadas en el trayecto.

Por toda la comarca, desde Niza hasta Génova, las virtudes de Juan Croese, y especialmente su caridad con los pobres, eran conocidas y elogiadas unánimemente, y los buenos campesinos sospechaban que el joven iría a parar muy pronto a la soledad de algún claustro.

No se equivocaron. Un fraile franciscano conventual se lo llevó consigo al noviciado de Sestri Ponente, en las afueras de Génova, y Juan tomó el hábito de terciario y el nombre de Fray Antonio.

* * *

Comenzó la nueva vida con el ardor propio de sus doradas ilusiones de santidad; pero pronto tuvo que convencerse de que aquello no era suficiente; la vida de los padres conventuales, fervorosa y santa, le pareció demasiado fácil y

llevadera. Fray Antonio quería más mortificación, más ayunos, más cruces y más pobreza.

Dos años duró la prueba, hasta que la mano de Dios vino a resolver todas las dudas por manera providencial, mostrando a Fray Antonio el verdadero camino de su vocación. Un día, estando en oración en la iglesia, vió junto al altar lo que él buscaba y perseguía en sus sublimes anhelos: un joven religioso capuchino estaba arrodillado cerca del tabernáculo, en actitud humilde y piadosa. A Fray Antonio le pareció que veía a un habitante del paraíso; la emoción llenó su alma, y no acertaba a desviar los ojos de lo que estaba contemplando. Examinó el hábito del fraile, vió sus pies descalzos, la barba, el cordón y el rosario; se fijó en su mirada encendida por el amor y en su rostro macerado por la penitencia.

Se levantó de allí y manifestó a su superior el deseo de hacerse capuchino. Los padres conventuales no pudieron hacer nada para cambiar aquella súbita y resuelta determinación, y eso les sumió en profunda tristeza. La caridad heroica de Fray Antonio, su humildad y sus admirables ejemplos en todas las virtudes, habían hecho honda impresión en aquellos buenos padres; le reverenciaban como santo y le querían con afecto fraternal.

Pero el llamamiento de Dios era claro y terminante, y Fray Antonio estaba cada día más decidido a cambiar de hábito y de convento.

A principios de 1824 le hallamos de terciario capuchino en Voltri, y su nuevo nombre es Fray Francisco María de Camporroso; después de un año de prueba, es recibido en el noviciado de

San Bernabé en Génova. Tenía entonces veinte años de edad.

Se repitió en nuestro Beato, a la inversa, el caso de San José de Cupertino, el admirable místico y contemplativo de la Orden de los Padres Conventuales, que dejó el hábito capuchino, movido por un misterioso designio de la Providencia. ¡Cuán cierto es que Dios conduce a las almas por los caminos más adecuados, sin violentar el carácter y el espíritu de sus elegidos!

* * *

Fray Francisco halló su descanso y su cielo en el pobre convento de San Bernabé. En aquella casa, digna por su pobreza y recogimiento de los primeros tiempos franciscanos, habían brillado por su santidad muchos religiosos, cuyo recuerdo permanecía intacto y daba a los viejos claustros un severo matiz de perfección capuchina.

El novicio comenzó a distinguirse de sus compañeros por la oración constante, por la humildad y por la caridad, virtudes que parecían en él una segunda naturaleza, y por la fiel observancia de todas las obligaciones de la vida regular. Fray Francisco no puede estar ocioso; cuando termina sus propias tareas, corre a dar una mano a los otros religiosos, en la cocina, en el huerto, en la sacristía. Si alguien le dice que no trabaje tanto, contesta: «Cuando vivía en mi casa, sufría y trabajaba por amor a mi familia; ¿y ahora no deberé trabajar con más ahinco por amor de Dios?»

En el convento, todos hablan con admiración de la santidad de Fray Francisco; pero él, avergonzado de su pequeñez y miseria, tiene como gran regalo besar las huellas que dejan en los claustros las sandalias de los novicios.

Pocas palabras dice este buen hermanito; pero esas pocas son siempre alegres y santas. Habla de Dios y de la Virgen María, sencillamente, fervorosamente, como un enamorado. Los frailes quedan cautivados cuando Fray Francisco pinta las delicias de la gloria, y suele terminar su descripción con este suspiro elocuente: «¡Oh, paraíso, paraíso!»

El 17 de diciembre de 1826 Fray Francisco hace su profesión solemne. Da a Dios toda su vida, en una ceremonia impresionante, con el rostro transfigurado por la felicidad. Su pobre hábito capuchino vale para él más que los fastuosos mantos de los reyes. Sus sandalias, que se distinguen de las demás por los clavos y por los remiendos, son excelentes para andar por los caminos de la humildad y de la pobreza en seguimiento de Cristo. En la celda, entre disciplinas y oraciones, goza de los consuelos del éxtasis, y no envidia a los mismos serafines de la gloria.

A los pocos días, Fray Francisco es enviado al convento de la Concepción, el más importande la ciudad de Génova. Allí, en una vida agitada por el rudo trabajo de limosnero, emulará las virtudes de los grandes santos capuchinos, hermanos legos como él, que se santificaron con el ejercicio diario y heroico de la caridad. Será

un nuevo Félix de Cantalicio, y hará revivir en las calles de Génova los ejemplos que su modelo dejó en las de Roma; humilde y abnegado, como Serafín de Montegranario; obediente hasta la muerte, como Félix de Nicosia; penitente, como Bernardo de Corleón; alegre y enamorado de la Virgen María, como Crispín de Viterbo; austero y fervoroso, como el viejo Bernardo de Offida.

De todos ellos copiará lo más perfecto, leerá sus vidas, imitará sus dichos, repetirá sus máximas, y llegará a ser un fiel discípulo del Seráfico Pobrecillo de Asís.

Mientras tanto, en la portería de un convento de Alemania, otro hermano suyo, lego y humilde como él, seguirá los mismos pasos y los mismos anhelos. San Conrado de Parzham y el Beato Francisco María de Camporroso serán las más bellas flores de perfección capuchina en el siglo XIX.

*
* *

El convento de la Concepción en Génova, residencia del superior provincial, era por aquel tiempo uno de los más grandes e importantes de la Orden Capuchina. El edificio, de sencillez franciscana, tenía siete alas o cuerpos, y contaba más de ciento cincuenta celdas. Por su posición privilegiada, lindante con el famoso parque de Acquasola, por su aire puro y por otras comodidades y excelencias, había sido destinado a enfermería de toda la provincia. Un religioso, titulado en medicina y probado en la práctica de la ca-

ridad, está encargado de aliviar las dolencias de los enfermos y los achaques de los ancianos. Hay una capilla llena de luz y de santas imágenes y una farmacia bien provista de medicamentos; a veces interviene el acerado bisturí, pero mucho más el crucifijo, que los enfermos no sueltan de las manos.

Fray Francisco, mandado por la obediencia e impulsado por la caridad, es el enfermero ideal. A las cuatro de la mañana ya está en pie, para ayudar todas las misas que pueda; después recorre las celdas llevando a unos una medicina, a otros un sabroso caldo, cerrando heridas y mitigando dolores. Y así pasa todo el día y gran parte de la noche. Nadie sabe cuándo duerme ni cuándo descansa el enfermero. Pero todos saben que sus palabras y sus jaculatorias son más provechosas que los mejores remedios de la ciencia, y que sus oraciones curan más pronto que las recetas del médico. Los moribundos le llaman a su cabecera para morir alimentados con sus consejos y fortalecidos con sus palabras de aliento. Muchas veces, las últimas frases de unos labios trémulos son los nombres de Jesús y de María que Fray Francisco repite con fervor.

Cuando muere algún religioso, el santo enfermero lava el cadáver y lo amortaja con exquisita delicadeza, mientras va recitando preces por el alma del que murió. Si el muerto es un sacerdote, Fray Francisco besa con profunda efusión las manos del cadáver, como un homenaje póstumo a su altísima dignidad.

Tres años pasa el Beato en estos oficios, sin salir del convento, a solas con Dios y con sus en-

fermos. Pero de pronto, se les presenta a los superiores un grave problema que tendrán que resolver sin pérdida de tiempo.

Hay en el convento un anciano limosnero, Fray Pío de Pontedecimo, que deberá dejar muy pronto sus alforjas y sus correrías, abatido por los años y por el mucho trabajar. Fray Francisco recibió la orden de dejar la enfermería y de acompañar al limosnero y ayudarle. Día de duelo y de más acerbos dolores para los pobres religiosos de la enfermería, que no podrán acostumbrarse a otras manos ni a otras palabras que no sean las de Fray Francisco....

Y un día, por los caminos y vericuetos del valle de Bisagno, dos religiosos salen a pedir limosna para el convento de la Concepción: uno de ellos es Fray Pío, encorvado, con sus largas barbas de nieve, apoyando en el nudoso bastón todo el peso de su vejez; el otro es Fray Francisco, joven y robusto, ágil, de elevada estatura, capaz de llevar un mundo sobre sus espaldas. El anciano es conocido y venerado en todas partes: los niños le saludan cariñosos, los grandes le reciben amigablemente en sus casas. Al joven compañero no le conoce nadie; pero a las primeras palabras se echa de ver que es un santo, de virtud acrisolada y madura. Fray Pío ya puede morir tranquilo: dejará un sucesor perfecto que sabrá practicar como pocos las santas tradiciones de los célebres limosneros capuchinos.

* * *

Las calles de Génova, animadas por la fiebre

comercial o política, bulliciosas, pintorescas, vieron pasar todos los días, de puerta en puerta, por espacio de treinta años, a Fray Francisco de Camporroso, el fraile de rostro risueño y humilde. Primero, burlas y sarcasmos, palabras desabridas y hasta una pedrada en la frente. El capuchino toma la piedra ensangrentada y la besa, devuelve amables saludos a los que le injurian, ruega por malos y buenos, penetra en los hospitales y en las casas de los pobres, sube las suntuosas escaleras de mármol de los palacios, entra en todas las iglesias y recorre todos los barrios.

A los pocos meses, el pueblo ha comprendido que el fraile limosnero es un prodigio de bondad y de paciencia, el amigo de todos, la joya más valiosa de la ciudad. En los muelles del puerto, rodeado de gentes de mala catadura y peor fama, entre aquel abigarrado conjunto de mercaderes y marinos, Fray Francisco es el ángel de la caridad y el ápostol del buen ejemplo. A unos les dice al oído sus pecados ocultos, les reprende y les manda a confesarse; a otros les promete sus oraciones para que el negocio ande bien o para conseguir la salud de un enfermo; reparte medallas y hojitas piadosas entre aquellos hombres avezados a manejar viejos billetes de banco y brilladoras monedas de plata; sabe alegrar a los tristes y aconsejar a los pecadores; y nadie se le resiste.

Un día, al acercarse Fray Francisco al puerto, alguien dice con afectuoso entusiasmo: «¡Ahí viene *el Padre Santo!*» Y el nuevo título del lego capuchino corrió de boca en boca, se adoptó

en toda la ciudad, y todo el mundo comenzó a llamarle, con el mismo cariño y respeto, *el Padre Santo.*

Seguramente, esa palabra fué una de las mortificaciones más duras que tuvo que soportar la humildad de Fray Francisco; y nos figuramos lo que protestaría de ese honor salido del indiscreto cariño popular; pero el pueblo no entiende de melindres, y sólo se deja guiar por la fuerza del instinto o de la costumbre.

Los mismos religiosos miraban a Fray Francisco con no disimulada veneración y recurrían a sus oraciones como se acude a un altar. Pero él contestaba avergonzado: «¿No sabéis que yo no soy sino un pobre asno, atado con una cuerda, capaz de nada y dispuesto a todo por amor de Dios?»

De continuo llegan a sus oídos los agradecimientos del pueblo por favores alcanzados por sus plegarias; pero él se excusa graciosamente y asegura que «a pesar de sus muchos pecados, la Santísima Virgen le suele conceder todo lo que le pide.»

* * *

La devoción a María es *el lado débil* de Fray Francisco: por Ella está dispuesto a cualquier trabajo; habla de la Virgen con apasionamiento, cautivando los corazones con los elogios de su Reina; reparte medallas y oraciones de Nuestra Señora de las Gracias; deposita en su altar todos los secretos de su corazón filial, la salud de los enfermos, la conversión de los pecadores obstinados,

el bienestar de los marinos y de los soldados, los sufragios de los difuntos. A los que le piden un consuelo en algún caso desesperado, les contesta: «Vete a rezar a la Virgen de las Gracias, y dile que vas de mi parte; y que te conceda lo que pides.» Otras veces dice: «El caso es muy difícil; hay que poner a la Virgen de por medio.»

Si alguien desea un favor de Fray Francisco, ya saben todos que hay que pedírselo por amor a la Virgen, y no lo negará. En sus correrías diarias por la ciudad, es el apóstol persuasivo del amor a Dios y de la devoción a María. Su palabra atrayente, sus ojos benignos, su modestia encantadora, permiten adivinar todo el fuego sagrado de su corazón y la blancura de su alma.

Se le ve con frecuencia en alguna iglesia de los barrios, arrodillado ante el altar, inmóvil como una estatua, adorando reverente al Dios de los sagrarios, sacando de allí las energías que después derrochará en su vida de penoso caminar. Un muchacho, compañero inseparable de sus andanzas, tiene que avisar a Fray Francisco que modere los ímpetus de la devoción, porque el tiempo vuela sin sentirlo. Ante un crucifijo cualquiera, en el convento o en la calle, se deshace en lágrimas de compasión, como si asistiera en espirítu a las sangrientas escenas del drama divino. Un estudiante de la Universidad viene a pedirle consejos; el fraile, confuso, no sabe qué contestar; toma su crucifijo en las manos y dice: «Yo no he cursado más estudios que los de este libro de madera. Pero rogaré a este buen amigo crucificado para que os consuele y os bendiga.»

El crucifijo abre a Fray Francisco todas las puertas, es la espada invencible de su amor. En la Aduana y en Puerto-franco, lugares de bullicio, de negocio y camorra, pequeños infiernos de todas las pasiones, no es permitida la entrada sino a la gente del hampa y del gremio; mas para el capuchino no hay prohibiciones ni obstáculos: entra a cualquiera hora, con su canastillo en el brazo, con su crucifijo en el pecho, con la man-mansedumbre en los ojos. Allí se codea con criminales y gitanos, con marineros y capitanes, y todos a porfía le dan su limosna y le besan la mano o el cordón. De allí salen los arrepentimientos, las conversiones y mudanzas de vida, gracias a unas palabritas de bondad dichas por *el Padre Santo.* Todos le conocen y le saludan, todos le quieren como al mejor de los amigos; y él, a través de la costra repelente de la culpa, ve el oro fino de los corazones, y se esfuerza en sacar a flote las vetas preciosas de la escondida virtud.

El *Padre Santo* no es solamente amigo de los pobres y de los pecadores; a él acuden también los potentados, los sacerdotes y hasta los príncipes de la Iglesia. Los obispos se honran con su amistad, los párrocos y capellanes le quisieran tener siempre en sus iglesias; están convencidos de que una palabra o un ejemplo de Fray Francisco tienen más eficacia que las galas y adornos de la oratoria.

* * *

En el retiro del convento, nuestro Beato es el religioso de admirable observancia y exactitud

en todos sus deberes. Pobre, obediente y puro como otro San Francisco de Asís. Sus obras, hasta las más insignificantes y triviales, despiden el aroma de la santidad que no puede esconderse a los ojos de los que viven en su compañía.

Es flaco y demacrado, y apenas sabe alimentarse. En los treinta y cuatro años de su vida capuchina, ha guardado la costumbre de comer una sola vez al día: un plato de sopa, unos pedazos de pan duro, algunas verduras y unos sorbos de agua. A veces, el superior le manda tomar una taza de café; pero a nuestro santo penitente *se le olvida* casi siempre poner el azúcar.

Tiene en la espalda una enorme llaga hecha por los cilicios, y apenas puede andar, por las heridas que lleva en los pies; pero nadie lo sabe, y él se esfuerza en ocultar todos sus padecimientos. Uno de los religiosos tiene sospechas de aquellas extraordinarias penitencias del siervo de Dios, y se permita decirle que tenga más caridad con su pobre cuerpo.

—«¿Y no sabes tú, querido—contesta Fray Francisco—, que el cuerpo es nuestro peor enemigo? Como un caballo indómito, es capaz de tirar coces y de desbocarse; hay que amansarle a golpes, con hambre, sed y malos tratos. Mientras vivamos, es imposible la paz entre mi cuerpo y yo.»

Una noche, el Padre Provincial iba por uno de los claustros y oyó el ruido característico de las disciplinas.—«¿Quién es?»—gritó.—«Soy yo, Pa-

dre, soy yo, Fray Francisco; estoy domando al asno rebelde.»

Y este hombre riguroso consigo mismo, que no come ni duerme, que se pasa la vida batallando contra sus propias inclinaciones, es al mismo tiempo la personificación de la dulzura y de la mansedumbre para los demás. Es afectuoso con sus parientes y amigos, visita con frecuencia a sus compatriotas, acaricia a los niños y los bendice, busca a los pecadores, excusa todas las faltas, perdona todos los agravios y tiene siempre un gesto de amabilidad ante los infortunados y ante los culpables.

* * *

Fray Francisco tiene sesenta y dos años y está achacoso y enfermo. Un día cae en la calle, sin fuerzas y sin sentido, y tiene que ser trasladado al convento en medio de la gente llorosa que no quiere perder al *Padre Santo*. A los pocos días, se le ve otra vez mendigando de puerta en puerta. Todos se apresuran a preguntarle por su salud. «La salud está buena—contesta—; pero será por poco tiempo.» Y los amigos de Fray Francisco lamentan con toda su alma que este hombre sea demasiado profeta.

En 1866, las logias masónicas prepararon la infame ley de la expulsión de los religiosos de todo el territorio italiano. Fray Francisco había pronosticado muchas veces el triste suceso; pero añadía con melancólica sonrisa: «Yo no seré de los expulsados.»

En agosto del mismo año, la ciudad y los alrededores de Génova tuvieron que sufrir el terrible azote del cólera, que se ensañaba con fuerza extraordinaria en la población. La autoridades se sentían impotentes para contener la violencia del flagelo. Uno de los lazaretos más importantes fué confiado a los capuchinos, y Fray Francisco corrió a ofrecerse; pero los médicos, viéndole tan débil, no quisieron aceptar sus servicios. El *Padre Santo* no se desalentó; iba por las casas particulares, multiplicando sus gastadas energías para llevar a todas partes el consuelo precioso de su presencia y de sus auxilios. La gente moría en gran número; las autoridades eclesiásticas ordenaron hacer públicas rogativas; pero Dios había dispuesto pedir a la tierra una víctima expiatoria que con su heroico sacrificio aplacara la justicia divina.

Asistamos a un momento de una solemnidad trágica. Fray Francisco, el santo lego capuchino, está postrado de hinojos en su celda, delante de un crucifijo. Hay entonces un callado diálogo entre Jesús y su siervo. Nadie ha escuchado las palabras misteriosas que debieran grabarse en oro. Cuando el *Padre Santo* sale al claustro, tiene el rostro encendido y las manos ardientes: es el amor de caridad y, al mismo tiempo, el primer síntoma de la fiebre colérica. Dios ha aceptado la ofrenda de su amigo: la epidemia cesará rápidamente; pero dejará, entre las ruinas de la catástrofe, el cadáver pálido de la última víctima, la más pura, la más valiosa.

Algunos días después de esta escena que pre-

senciaron conmovidos los cielos, Fray Francisco tuvo que entrar en la enfermería, y dijo al religioso que le había cedido la celda: «Esto será corto; cuestión de tres días.»

En efecto; fueron tres días de agotamiento creciente, de dolores agudos y continuos, mientras el alma del santo enfermo parecía impaciente por volar a otras regiones. El amor que inflamaba su corazón, no pudo contenerse al recibir los últimos sacramentos, y exclamaba en arrebatos de cálida emoción: ¡«Oh, paraíso, paraíso, qué hermoso eres!»

El día 17 de septiembre, fiesta de las llagas del Patriarca de Asís, *el Padre Santo* terminó su vida de caridad y de penitencia, dejando los postreros latidos de su corazón como ofrenda de sublime sacrificio por su amada ciudad de Génova. Puede decirse que el cólera comenzó a disminuir, hasta desaparecer completamente, cuando los labios cárdenos del santo moribundo pronunciaron por última vez los nombres de Jesús y de María.

Génova había perdido el más grande de sus bienhechores: a las puertas del convento de los capuchinos, la multitud sollozaba; en los claustros y en la iglesia, los amigos de Fray Francisco, pobres y ricos, desafiando los peligros del contagio, querían besar aquellas manos que tantos consuelos habían prodigado.

* * *

El duelo fué unánime y espontáneo. Incrédulos y católicos, los *espíritus fuertes* y los pia-

dosos, hasta los mismos enemigos de los frailes que preparaban contra ellos la ley de la supresión y del destierro, se inclinaban reverentes ante el ataúd del humilde capuchino. Los retratos del *Padre Santo* se repartieron por millares. La prensa periódica, eco del sentir y del duelo popular, dedicó largos y elocuentes artículos a Fray Francisco. Copiamos algunos párrafos.

De la *Gaceta de Génova:* «Ayer murió Fray Francisco, lego capuchino, víctima también del actual flagelo. Dedicamos un piadoso recuerdo al buen siervo de Dios que, con su humildad, mansedumbre y caridad evangélicas, supo granjearse la devoción de cuantos le conocieron, y que, por sus virtudes, era llamado por antonomasia *el Padre Santo.*»

Del diario liberal *Movimento:* «El lego capuchino Fray Francisco, llamado *el Padre Santo*, murió ayer. Comprendemos que para merecer con justicia tal calificativo, se requiere tiempo, y que esta alma buena tendrá que pasar por los trámites legales de la canonización, y soportar un proceso en regla... Sin necesidad de esperar tanto, nos es grato decir que para todos sus devotos era notoria la bondad de corazón, la mansedumbre, la humildad, la rectitud de este buen fraile; y estamos ciertos de que muchos llorarán su muerte. Por Dios; no se burlen los lectores al ver que dedicamos cuatro palabras a ensalzar a un capuchino. La virtud puede albergar también bajo la capucha, y no estará mal que se sepa.»

Del diario *Génova*, francamente hostil a las

órdenes religiosas: «Fray Francisco dejó en el pueblo huellas profundas de sus virtudes, que recuerdan los rasgos ejemplares de los antiguos cenobitas.»

Terminemos esta semblanza de nuestro Beato con las augustas palabras del Sumo Pontífice Pío XI: «La figura de este humilde hermanito aparece a nuestros ojos como un coloso, como un gigante, a través de cuarenta años de una vida santa y de una santidad particularmente difícil; figura humilde y sencilla, de la cual el Espíritu Santo ha hecho un consolador infatigable, consejero y maestro de muchas almas doloridas.»

BEATA MARIA MAGDALENA DE MARTINENGO
(1687-1737)

¡La condesita de Martinengo!... Frágil belleza de pocos años, cutis de cera, hermosa y débil como una flor, inocente como un ángel; su vida es un soplo, su voz un suspiro, y en sus cabellos el oro y la seda se disputan la primacía.

No le pidáis a la condesita grandes proezas: es bella, pero no es valiente; más bien un poco asustadiza y ruborosa.

Su cabecita rubia es un nido de dolores; sus vestidos, con cruel elegancia, ocultan un pobre cuerpo enfermizo; su corazón palpita a saltos desiguales, como pajarillo prisionero. ¡Pobre Margarita, cuán cerca de tu cuna debe estar tu sepulcro!...

Nadie hubiera tenido valor para pronosticar otra cosa de aquella niña que parecía vivir de milagro. Pero dejemos correr unos pocos años, y llamemos a la puerta del convento de las capuchinas de Brescia; preguntemos por ella. Nos dirán que ni San Pedro de Alcántara—el hombre que parecía *hecho de raíces de árboles*—, ni

los penitentes de la Tebaida, ni cuantos ascetas en el mundo han sido, pueden compararse, en rigores y penitencias, con la débil condesita de Martinengo; nos contarán su intrépida virtud, su amor ilimitado a Dios, su heroísmo perpetuo; y nos quedaremos admirados y perplejos, sin acertar con la causa de cambio tan radical. Pero las breves páginas de esta historia nos aclararán el misterio.

* * *

Brescia, la patria de nuestra heroína, está en la parte norte de Italia, cerca del lago de Garda, a mitad de camino entre Milán y Verona. Ha puesto Dios tanta belleza en toda esa comarca, que más parece un ensueño que una realidad. No es extraño que salgan de allí espíritus superiores y delicados; también las almas reciben el sublime contagio de la belleza.

El conde Francisco Leopardo Martinengo de Barco tenía un palacio, donde vivía feliz con su joven esposa, la condesa de Secchi de Aragón, y con sus dos hijos de corta edad.

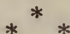
En 1687 vino al mundo el último vástago, una niña pálida y rubia que se llamó Margarita. Nació moribunda, y tuvo que ser bautizada a toda prisa, en la misma casa. Era de una debilidad tan grande, que estuvo varios meses entre la vida y la muerte; al fin, Dios la libró de aquel riesgo, pero se llevó al cielo a la madre.

Margarita tuvo una infancia triste, sin conocer el amor ni las caricias de la que le había dado el ser, sintiendo a cada paso dolores y que-

brantos corporales, hablando más con los médicos que con las muñecas.

A los cinco años, por disposición de su padre, la llevaron a la parroquia para suplir los ritos del bautismo; y en aquel día, Margarita cometió la primera falta, tal vez la única culpa de su vida, un pecadillo de vanidad, al verse, después de la ceremonia, pisando las mullidas alfombras de su palacio, entre las aclamaciones de amigos y parientes. Seguramente contempló, en los grandes espejos luminosos, la gracia de su andar, el oro de sus cabellos, la viveza de sus ojos y la elegancia de su vestido. Y la vanidad puso una sonrisa de coquetería en los labios de aquella criatura frágil y hermosa.

Pero luego le pareció tan grande su pecado, que hizo penitencia de él toda su vida.



Para que adquiriese sólida educación cristiana, su padre la puso al cuidado de una religiosa ursulina, diestra en toda clase de trabajos femeninos y guía incomparable en las vías de la piedad. Margarita, que tenía la inteligencia muy viva y el corazón dócil y delicado, hizo rápidos progresos en la ciencia y en la virtud. Escuchaba a su maestra como a un oráculo, estudiaba con ahinco las lecciones, y en poco tiempo aprendió a escribir con elegante propiedad en las lenguas italiana y latina. Al mismo tiempo, su alma crecía en la virtud y en el amor a Dios; era mortificada en sus gustos, ferviente en la oración,

y tan caritativa y dadivosa, que su padre tenía que cerrar todos los armarios de la casa, para que Margarita no diese a los pobres todo cuanto hallaba a las manos.

A los nueve años, la niña era un prodigio de hermosura, de bondad y de agudo entendimiento. Su padre la consideraba como una joya de subido valor, y notaba que Dios la protegía visiblemente. Un día, paseando padre e hija por el campo, en magnífica carroza, repentinamente cayó al suelo Margarita y el vehículo pasó sobre ella sin hacerle ningún daño. Muchos años más tarde, escribía ella que sintió en aquella ocasión como una mano poderosa que la levantó del suelo y la sacó del peligro; y atribuía aquel favor a la asistencia de su Angel custodio.

Un año más tarde, Margarita fué a completar su educación científica y espiritual al monasterio de Santa María de los Angeles, bajo la tutela de dos tías suyas, religiosas de aquel convento. Su vida en aquel lugar de retiro fué descrita por ella misma en su autobiografía: «Me arrodillaba delante de la Divina Majestad, y tomando el crucifijo en las manos, lo besaba y estrechaba contra mi pecho, y le hablaba, ora implorándole perdón de mis pecados, ora pidiéndole su santo amor, o prometiéndole fidelidad, suplicándole que me crucificase consigo, ofreciéndome en holocausto perpetuo y renunciando a todas las cosas del mundo, para llenar de Dios todo mi corazón.»

En este tiempo, comenzó a ejercitarse valientemente en las disciplinas, cilicios y ayunos, in-

ventando cada día nuevos tormentos para unirse más a su Dios crucificado. Sentía ya, en tan temprana edad, que Dios la había colocado en la tierra para que entonara sin cansancio el himno del dolor, y su alma, pronta a las voces de Dios, comenzó a gozar las deliciosas amarguras de la penitencia, acompañado a Cristo en su agonía y en su redención.

Todavía no había gustado el manjar divino de los sagrarios; pero ya tenía todos los incendios de las almas eucarísticas. Cuando las religiosas comulgaban, Margarita se ponía cerca de la reja del comulgatorio, y allí, con mirada anhelante, saltándole el corazón de sublime envidia, dirigía a Cristo calladas voces de amor y le decía que viniese pronto a su corazón, porque ya no podía resistir más esos deseos; pero después, considerando su indignidad y miseria, bajaba los ojos, y se retiraba avergonzada y llorosa, con el pálido rostro enrojecido de rubor.

Por fin, llegó el día de sus sueños eucarísticos. Margarita, vestida de blanco, con el alma en pleno incendio de amor, se acercó al Dios de los altares, creyendo que aquél iba a ser el momento más feliz de su existencia. Pero Jesús le reservaba una prueba terrible, cuyo recuerdo llenaría de amargura a la inocente niña todos los días de su vida. La Hostia sagrada apareció en las manos del sacerdote; ya se acerca Jesús al corazón que le ha esperado con tanta impaciencia. Margarita, en el colmo de la felicidad, no acierta a pensar en nada, tiembla, se estrememece, saca la lengua y cierra los ojos... Un gri-

to agudo se escapa inesperadamente de los labios de los presentes; la santa Hostia ha caído al suelo, sin tocar la lengua de la niña. Era la prueba de Dios, llena de significado profético: Margarita debía renunciar a todos los gustos, aun a los más santos, para conformarse perfectamente con su amado Jesús. Allí estaba El, caído como en el camino del Calvario, esperando que un corazón amigo le ayudara a levantarse; y Margarita, con esa rapidez medio inconsciente de los niños, se postró con reverencia y tomó con la lengua la Hostia caída...

Y aquella primera comunión, que debió dejar un recuerdo de dicha en el alma pura de la inocente niña, dejó una impresión de angustia y de temor que no se borraría jamás. Desde entonces, siempre que se acercaba a la comunión, sentía toda la grandeza de Dios y toda la indignidad de sí misma, y nos cuenta que «un frío mortal invadía no sólo su alma, sino también todo su cuerpo.»

Del convento de los Angeles, pasó al del Espíritu Santo, en su misma ciudad natal, y allí fué madurándose su virtud y se definió su porvenir con toda claridad. No le faltaron fuertes tentaciones que probaron su espíritu y aquilataron su santidad: imaginaciones impuras, desalientos y trastornos nerviosos, y tal desesperación, que como dice ella misma, «casi deseaba matarme para ir más pronto al infierno.» Pero nunca permite Dios que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas, y Margarita salió triunfante de todos aque-

llos terribles combates, fortalecida y animosa para nuevas tentaciones.

* * *

La idea de consagrarse a Dios en la vida religiosa era lo único que le daba alientos y alegría; pero temía que el Señor no quisiera admitirla entre sus esposas. Sus tías, sus hermanos y su mismo padre no cesaban de atacarla en este punto, y le sugerían de continuo el pensamiento de un matrimonio ventajoso, le llevaban novelas de amor y vestidos riquísimos para despertar su entusiasmo por la vida del mundo. Margarita, inocentemente, leyó aquellos libros, se probó los vestidos; pero todo eso no hizo en ella más efecto que llenarla de remordimientos y de angustia, temiendo que el Señor la castigara por aquellas frivolidades.

Un día, delante del sagrario, llorando sus culpas, que ella creía enormes, sintió de repente la más absoluta paz interior, y conoció con clarísima luz que Dios la quería para sí y que debía emprender sin demora el camino del renunciamiento y del dolor.

Pero su vocación religiosa debió todavía hacer frente a toda clase de objeciones y obstáculos. Su padre, sus tías, y aun sus mismos confesores, se opusieron tenazmente a que vistiera el hábito de las capuchinas, intentando convencerla de que aquella vida de penitencia no era a propósito para una niña enfermiza y delicada, y que moriría muy pronto en aquel convento, húmedo y oscuro como una tumba.

Veamos cómo se expresa ella misma al referir tantas contrariedades: «¡Oh, Dios, qué gran cosa era ésta, que una hormiguita se mantuviese constante en tantas batallas! Porque tanto el cielo como la tierra y el infierno parecían combatir contra mí. El cielo con arideces, abatimientos, desolaciones, de modo que me parecía que se había vuelto de bronce para no verme. La tierra me combatía con las riquezas que podía esperar casándome, con delicias y pasatiempos, con la vista de mis parientes y amigos, representándome la aspereza de la vida capuchina y comparándola con mi delicada salud; y otras mil tentaciones con que el demonio no cesaba de combatirme»

Su padre, que no podía sufrir el verse privado de su hija más querida, tentó todos los medios para hacerla desistir de sus propósitos. La llevó, en viaje de placer, por varias ciudades, la presentó en bailes y fiestas mundanas, la quiso aturdir con paseos y teatros; pero Margarita regresó a su casa como si no hubiera visto nada, sin sentir atracción por nada, con el pensamiento fijo en la voluntad de Dios que le llamaba al monasterio de las capuchinas.

Por fin, después de una lucha que hubiera desanimado a cualquiera, Margarita tomó el hábito tan ardientemente deseado, en el monasterio de Brescia, el día 8 de septiembre de 1705. Allí quedó encerrada para toda la vida la condesita de Martinengo, con su belleza aristocrática, con sus diez y ocho primaveras, con su alma blanca y hermosa; dentro de los muros conventua-

les, le esperaban treinta años de dolor que ella, con sublime abnegación, trocaría en treinta años de felicidad y de heroísmo.

* * *

Ante todo, hagamos resaltar que Margarita no vistió el hábito capuchino por simpatía o por atracción, como sucede en casi todos los que sienten la vocación religiosa; sino por todo lo contrario. Ella hubiera preferido otro instituto cualquiera: la pobreza y el rigor capuchinos repugnaban a su naturaleza y a su educación; la hija de los condes de Martinengo no parecía muy a propósito para habitar en un convento, donde todas las penurias y penitencias imaginables tenían su morada. Pero la voluntad de Dios, manifestada claramente a su alma, la hizo aceptar sin vacilaciones aquel género de vida que nunca le había gustado.

Apenas las puertas del monasterio se cerraron detrás de la joven, la cruz comenzó a ser su compañera inseparable. Le cambiaron de nombre y le pusieron otro que era un símbolo de dolores y de amor: María Magdalena. Nuestra santa, como la admirable penitente de Betania, no abandonará jamás a su Esposo crucificado, estará con El en todas partes, seguirá sus pisadas sangrientas, beberá su cáliz amargo, y asistirá también a la gloria del triunfo y participará de las alegrías de la resurrección.

La Maestra de novicias fué para Magdalena un verdadero instrumento de tortura: se burla-

ba de sus virtudes y de su espíritu de mortificación, la injuriaba constantemente, la humillaba con sospechas y juicios desfavorables. Sólo atendiendo a una permisión misteriosa de Dios, se puede explicar tanta incomprensión, tanta injusticia y falta de tino en aquella severa religiosa. Un día llegó a decir que, «si Sor Magdalena se quedaba en el convento, sería la ruina de toda la Orden.»

El confesor de la comunidad era de la misma opinión: cada vez que Magdalena debía exponerle sus dudas de conciencia, se retiraba del confesonario envuelta en mil angustias y temores, creyendo que no había esperanza para su alma.

Y las otras religiosas también eran contrarias a la novicia; todas creían que se la debía expulsar inmediatamente.

Llegó el día de la votación secreta para admitir o rechazar a Magdalena en la comunidad. Se reunieron las religiosas para proceder a aquel acto decisivo; y Magdalena, sabiendo la importancia de aquella reunión, corrió a refugiarse en la iglesia y allí se puso íntegramente en las manos de Dios... No fué pequeña la sorpresa de las religiosas cuando, al hacer el recuento de los votos, vieron que todos, sin una sola excepción, eran favorables a la novicia. Algunas aseguraron que, al ir a depositar su voto adverso, habían sentido una fuerza irresistible que les movió a cambiar repentinamente de opinión. La voluntad de Dios se manifestaba claramente en aquel acto, y Magdalena hizo la profesión religio-

sa con una alegría que fácilmente podemos imaginar.

* * *

Desde aquel día, la santa comenzó a ejercitarse en los trabajos más humildes y pesados. Sus manos de princesa se encallecieron; su rostro pálido se encendió de sanos colores. Pidió a Dios la robustez corporal, para poder mortificarse con inauditas penitencias y ser la sierva de todas las religiosas, y el Señor le concedió esa gracia con amplia largueza.

Un día, tocando la campana del coro, se le dislocó un hueso de la espalda, y Magdalena, lejos de quejarse o procurar la salud, aceptó aquella cruz con alegría, como un regalo precioso del cielo.

Tenía tan baja idea de su virtud, que estaba siempre como avergonzada, pensando que era indigna de vivir entre las esposas predilectas de Cristo. Y no le faltaban las ocasiones de humillarse: la Madre Abadesa la trataba con imperio, y a veces con burla; las otras religiosas la afrentaban de continuo, como a un ser inútil y despreciable; y ella reconocía que tenían razón, que no había en el mundo un ser más abominable ni más digno de castigo.

Durante seis años, la hija de los condes de Martinengo fué cocinera de la comunidad, y en aquel oficio se ejercitó en la humildad más profunda y en penitencias indecibles. Solía padecer una sed extraordinaria que se agravaba con los calores y con el humo de la cocina; pero ella abría

la llave de agua fresca, acercaba sus labios abrasados al chorro que le prometía gustoso refrigerio, y antes de tocar el agua, se apartaba de allí rápidamente, como de un carbón encendido. Esa mortificación heroica le parecía el mejor modo de consolar a Cristo sediento en la cruz.

La mayor parte de este tiempo, la santa cocinera no probó más alimentos que un poco de pan mojado en agua; y cuando sus fuerzas se debilitaron demasiado, consintió en comer un poco de carne cruda, de la misma que se daba a los gatos del convento.

De la cocina pasó a otros oficios igualmente duros; más tarde, en 1723, fué elegida Maestra de novicias, cargo que desempeñó varias veces con gran aprovechamiento de sus dirigidas; y finalmente, tuvo que aceptar también el cargo de Abadesa, a pesar de su indecible repugnancia a todos los honores.

*
* *

Para formarnos una idea de la perfección de esta alma en todas las virtudes, bástenos recordar un famoso voto que hizo en 1712, y que es lo más sublime y encumbrado que se puede hallar en la vida de un santo. Dejemos la pluma a la misma Magdalena: «Para corresponder, Dios mío, a los deseos intensísimos que tengo de amaros.... con plena deliberación y absoluta libertad,... yo, Sor María Magdalena, pobre e indigna capuchina, hago voto de obrar, pensar, hablar todo aquello que conozca claramente

ser de mayor perfección y de mayor agrado a vuestra divina Majestad, amándoos y adorándoos sin cesar, conformándome en todo con vuestros adorables deseos, imitando cuanto pueda los santísimos ejemplos que me habéis dado,... mortificándome en todas las cosas, huyendo de todo consuelo, abrazando todos los dolores, negando perfectamente mi voluntad... Y porque temo que mi naturaleza quiera alguna vez desligarse de estas cadenas de oro, hago voto, oh Dios mío, de no procurarme ninguna dispensa de este voto.»

Esta página admirable, en que se retrata toda la grandeza y hermosura de un alma excepcional, sufrió varios cambios y correcciones en su redacción, hasta que la fórmula definitiva quedó en su punto, después de algunas pruebas y ensayos. El cardenal Badoaro, que examinó la primera redacción de Magdalena, se quedó asombrado y mandó a la santa que la mitigase en varios conceptos excesivamente rigurosos. Podemos imaginarnos cómo sería aquella fórmula primera, en la que el amor hablaba con toda su grandiosa espontaneidad.

Este voto fué pronunciado por Magdalena en la noche de Navidad de 1712; y fué cumplido exactamente durante veinticinco años, hasta su muerte.

Pero nuestra heroína no se contentó con eso; en su deseo de entregarse totalmente a Dios, hizo otros votos no menos difíciles y extraordinarios. Uno de ellos fué el de la imitación de la pasión de Cristo, «renunciando a todo consuelo interno o externo, abrazando todos los sufrimientos

de cuerpo y alma, para pasar la vida entera en penas y angustias, clavada con Cristo en la cruz y en unión de la Virgen Dolorosa.»

Otro de aquellos votos, de espíritu genuinamente franciscano, fué el de querer bendecir a Dios en todas las criaturas, especialmente en las que le proporcionaban algún sufrimiento o molestia. «Me aprovecho de la tierra—escribe—, estando de rodillas sobre ella, durmiendo con una piedra por almohada, besando el polvo y regando el suelo de sangre con las disciplinas. Alabo a Dios en el agua, lavando trapos y vestidos, sufriendo el frío o el calor. Alabo a Dios en el fuego, quemándome de diversas maneras.»

En suma, la santa capuchina agotó toda su imaginación para ofrecer a Dios nuevas y sublimes pruebas de amor, ofreciéndose como holocausto en el altar de su vida inmaculada y seráfica.

Pidió cruces y más cruces, de alma y cuerpo, y el cielo, al darle el deseo de padecer, le dió también la fuerza necesaria para el sacrificio sin tregua.

Siendo Maestra de novicias, varias religiosas y el mismo confesor la acusaron ante el Vicario eclesiástico del convento, tratándola de hipócrita y de herética. Le prohibieron hablar con las novicias sobre asuntos espirituales. Esta prueba, que debió de ser terrible para Magdalena, terminó con el triunfo completo de la inocente víctima. Fué examinada por las autoridades diocesanas, reconocida como excelente directora de almas y repuesta en su oficio con todos los honores.

* * *

No satisfecha con las penas que Dios le mandaba sin cesar, pasó toda su vida discurriendo extrañas y terribles penitencias que harían temblar a los mismos ascetas del yermo. Hubiera sido una temeridad imprudente martirizarse en esa forma, que sobrepasa los límites mismos del heroísmo —si es que el heroísmo puede tener límites—, prescindiendo de la voluntad clara de Dios; pero Magdalena fué inspirada por el cielo, y aceptó esa inspiración sin vacilar, como Cristo al entregarse a todas los dolores de la Redención decretados por el Eterno Padre.

No es posible detenernos a pintar todos estos martirios de Magdalena: son un capítulo larguísimo, escrito en un lenguaje de sangre que el mundo moderno no comprende. Hoy se acepta el dolor solamente cuando lo exigen las pasiones o la conveniencia; y se llama locura o fanatistismo cuando se busca el sufrimiento por fines de penitencia o de amor a Dios. Así como el insecto no comprende el vuelo altanero del águila, tampoco los espíritus rastreros comprenden la vida sublime de las almas encumbradas.

Magdalena se entregó al sufrimiento con mayores ímpetus que otros buscan el goce de todos los sentidos. Recordemos la cadenilla de puntas agudísimas con que rodeaba su cuerpo, la cama de tablas nudosas, las agujas que martirizaban sus manos y pies, las espinas con que adornaba su cabeza, el nombre de Jesús grabado en un

brazo con ácido sulfúrico, y otros tormentos que, de sólo imaginarlos, nos horrorizan. Ella explica sencillamente la razón de tanto padecer, escribiendo en su autobiografía: «Si no hubiera tenido las penas corporales para refrigerar o calmar el ardor del amor a Dios, me hubiera sido imposible soportarlo.» ¡Qué palabras tan incomprensibles para todos los que no aman como Magdalena!

Y sale valientemente al encuentro de todas las objeciones humanas contra la penitencia, diciendo que, si por la salud corporal se toleran muchas veces tormentos durísimos, como tajos, cauterios e incisiones, con mucha mayor razón se podrá hacer lo mismo por la salud del alma. Y siendo alimento propio del amor el sufrir por el amado, concluye animosamente: «Yo padeceré todo lo que pueda, para amar cuanto me sea posible.»

* * *

No crea el lector que esta formidable penitente era lo mismo en el trato con el prójimo. Siempre se observa el mismo fenómeno en los grandes ascetas cristianos: son todo mieles y suavidad para los demás, saben mejor que nadie ejercitar delicadamente los oficios de la caridad y de la misericordia. Magdalena, en su cargo de Maestra de novicias, tenía ternuras maternales con las jóvenes confiadas a su dirección, las animaba con amables consejos, las encendía en amor divino, y era la primera en prohibirles el ejercicio inmoderado de la mortificación. Estando en el

oficio de tornera, daba a los pobres abundantes limosnas, les hablaba con alegre simpatía, y les aseguraba que ellos eran los amigos predilectos de Dios. Siendo Abadesa, fué para todas las religiosas un ejemplo admirable de la más perfecta caridad: a la cocinera le solía decir que se esmerase todo lo posible para presentar los alimentos limpios, variados y apetitosos; cuando había alguna monja enferma, ella misma la curaba y la acompañaba en todos los momentos libres, y vigilaba la conducta de las hermanas enfermeras y hasta del mismo médico, no tolerando ninguna tardanza o poco cuidado. Al morir la santa superiora, toda la comunidad pudo afirmar que «la Madre Magdalena había desempeñado su oficio de Abadesa de una manera más divina que humana.»

* * *

Entre tantas perfecciones como ostenta el alma de nuestra Beata María Magdalena, la observancia de sus votos y de la vida religiosa llama la atención por manera singular. Su obediencia ciega a todos los mandatos, aun a los más injustos y crueles, le hizo dueña absoluta de su voluntad: desconcertante paradoja de la vida espiritual que hace vencedoras a las almas cuando parece que son esclavas. Idéntico fenómeno sucede con la práctica de la pobreza evangélica, que nos despoja de todo afecto de bienes terrenos y nos hace poseedores de inmensos tesoros de virtud. Magdalena, al quitarse los ricos vestidos seculares, vistió alegremente el áspero saco ca-

puchino y comenzó a gustar las delicias de la santa pobreza; jamás usó hábitos, velos, sandalias o libros nuevos y elegantes, sino lo más abyecto, lo que se desechaba por viejo o por inservible, y aun eso le parecía demasiado para una pobre capuchina. Al hablar de la pobreza seráfica a sus novicias, les decía que esa virtud era «el tesoro precioso, la perla inapreciable, su Señora, Reina y Emperatriz, la Esposa querida de Jesucristo, la Madre tierna dada a sus hijos por San Francisco y Santa Clara.» En la castidad no conoció la más mínima falta: a los trece años, hizo voto perpetuo de virginidad, y su vocación religiosa fué una gracia que pidió a Dios para mejor conservar la pureza de alma y cuerpo. Andaba siempre con los ojos bajos aun en el mismo convento, de suerte que, después de veinticinco años de vida religiosa, no sabía qué forma tenía el coro de la comunidad, en el que ella oraba todos los días.

¡La oración de Magdalena! No hay en lenguaje humano palabras para describir su intensidad y sus efectos admirables. Nuestra santa vivió en perpetua oración, ya desfalleciendo de amor ante el sagrario, ya deshaciéndose en lágrimas de compasión hacia Cristo crucificado, ya conversando regaladamente con la Virgen Santísima que la visitaba y la llenaba de celestiales consuelos. En la oración hallaba el descanso del alma, el sabroso alimento del corazón, la alegría del amor, las comunicaciones y dones sobrenaturales de su Esposo divino. De su pobre y oscura celdilla, testigo de tantos prodigios, salía Mag-

dalena transformada en un ser de otro mundo, con el rostro hermosísimo, con los ojos brillantes, con el corazón inquieto, absorta, ágil, embebida en dulzuras interiores y en misteriosos coloquios con su Dios.

Dos obras conocemos, escritas por la seráfica virgen capuchina: el *Tratado de la Humildad*, y la *Autobiografía*, ambas redactadas por mandato de sus confesores y directores. En el *Tratado de la Humildad*, escribe: «Estas cosas me las ha enseñado Dios, sin estrépito de palabras, y yo he seguido sus enseñanzas; todo esto no lo he estudiado nunca, sino que lo he aprendido a los pies del crucifijo.»

La ciencia infusa, el don de profecía y de milagros, la discreción y dirección de los espíritus, las visiones y éxtasis, todas las maravillas que la gracia de Dios suele hacer en las almas escogidas, tuvieron en Magdalena espléndida manifestación. Dícese que tuvo también en su cuerpo, aunque de ordinario invisibles, según sus deseos, las cinco llagas de Cristo, la corona de espinas y otras señales de la pasión ...

* * *

En la semana santa de 1737, le fué revelado que su muerte estaba próxima, y para prepararse, quiso celebrar todas las ceremonias de la pasión y muerte de Cristo con inusitada solemnidad.

El jueves santo, en su calidad de superiora, llamó a las religiosas, les lavó los pies y se los be-

só humildemente, haciendo un esfuerzo extraordinario para arrodillarse ante cada una de sus hijas, por los terribles dolores y debilidad que sentía. Les habló con sublime inspiración, recomendándoles la caridad y la observancia de la regla; pidió perdón de todas sus faltas; y tuvo que ser llevada a la enfermería en brazos de las religiosas que no podían reprimir los sollozos de inefable emoción.

Desde aquel momento, puede decirse que ya no vivió en la tierra. Al recibir los últimos sacramentos, renunció a su cargo de Abadesa, se entregó a profundas meditaciones y ya no habló más que breves palabras para expresar el gozo de morir y volar a Dios.

Su rostro adquirió una frescura infantil, sus ojos reflejaban la ingenua tranquilidad del alma pura, y en sus labios floreció una tenue sonrisa de felicidad. La muerte no pudo marchitar aquel semblante de serena belleza...

El 27 de julio de 1737, Magdalena Martinengo, la enamorada de Cristo, emprendió el vuelo triunfal hacia la gloria, premio de sus virtudes y penitencias y anhelo de toda su vida.

INDICE

Sujetamos todos nuestros juicios al magisterio infalible de nuestra Santa Madre Iglesia, conforme a los decretos de los Sumos Pontífices, en especial del Papa Urbano VIII.

CENSURA DEL LIBRO

He leído con fruición no pequeña estas páginas, escritas por el R. P. Prudencio de Salvatierra, sobre nuestros Santos y Beatos capuchinos. Gallarda prueba de la pulcritud literaria del autor. LAS GRANDES FIGURAS CAPUCHINAS constituyen el tomo que habíamos reservado para publicarlo aparte del que ya salió a luz con el título de FIGURAS CAPUCHINAS...

Espero que se leerá con deleite y provecho el presente libro, para cuya impresión nada obsta en el sentir del censor.

Fr. Juan de Guernica, Cap.

IMPRIMATUR

P. Andrés de Mendigorría, O. M. Cap.
Com. Prov.

IMPRIMI POTEST

Fariña, Vic. Gen. S.

Guzmán, Proscrio.

Santiago de Chile, 15 de enero de 1936.

DEL MISMO AUTOR

POR LOS SENDEROS DEL BUEN AMOR... (Pinceladas franciscanas).

Lo que dijeron los críticos:

OMER EMETH. «Todo el mundo en Santiago conoce el libro del P. Prudencio, y seguro estoy de que cuenta con tantos admiradores como lectores. Entre éstos, los hay, sin duda, cuya admiración es puramente literaria; para otros, el interés místico y religioso predomina sobre la literatura; pero en algunos (entre los cuales cuéntase el autor de estas líneas) ambos motivos se combinan y compenetran de tal suerte, que sería difícil distinguirlos. De mí sé decir que a pesar de serme conocida y querida la literatura franciscana del primer siglo, los cuadros del P. Prudencio me han sorprendido como nuevos en su fondo o en su forma. Algunos he leído no sólo con admiración, sino con enternecimiento, con esas mismas lágrimas jubilosas con que, sesenta años atrás, leí por vez primera la historia de Fray Junípero, la de los ladrones, y, sobre todo, la del lobo de Gubbio...». (EL MERCURIO, de Santiago de Chile, 7 de marzo de 1935).

CESAR BRAÑAS. «Tengo el alma y las manos perfumadas, cual si acabara de asir una gavilla de jazmines para sorber su fragancia capitosa: acabo de leer un libro de suavidades, de ingenuidades, de luminosidades. Pero esto, en verdad, no es leer sino encantarse. Es irse «por los senderos del buen amor», con un guía enamorado, hacia el fragante nido de

Asís...Todo el libro está embebido de poesía, de belleza. Porque es el libro de un poeta, que entrevera versos en la pulcra y pulida prosa; y, desde luego, porque trata, con devoción que tiene profundidad y rebosa ternura, de la existencia, de un poeta celeste...». (EL IMPARCIAL, de Guatemala, 24 de mayo 1935).

ALONE (Hernán Díaz Arrieta). «Ha querido, simplemente, darse y darnos gusto. Agreguemos que lo consigue. . . El tono del P. Salvatierra nos sorprende desde las primeras líneas. Ningún énfasis, ni gastadas figuras, ni palabrería retórica. Un impulso juvenil mueve frases ágiles y anima páginas retozonas, de sabor castizo, sin rastros de afectación... He ahí pinceladas francas y colores frescos. Este fraile no pertenece al coro de los que cantan con acento nasal, ni se sujeta al gangueo litúrgico. Su canto es, de verdad, el *canto llano*..». (LA NACION, de Santiago de Chile, 21 de octubre de 1934).

LAUTARO GARCIA. «El autor ha recorrido glosando la vida y la obra de su Santo, y lo hace con fervor de creyente y con sensibilidad de escritor sutil y penetrante. A la pureza de intención se une en el libro del P. Salvatierra la fluidez y la limpieza de la forma. La suya es una prosa cuajada de imágenes, que dentro de su modernidad de tono, se acompasa armoniosamente con el andar sosegado del Héroe que ensalza...». (EL DIARIO ILUSTRADO, de Santiago de Chile, 4 de octubre de 1934.)

ABEL VALDÉS. «El autor posee el arte de encerrar una emoción intensa en espacio breve... Sus pinceladas franciscanas son pequeños frescos sobre episodios franciscanos, trazados por un alma sencilla que es la de un artista. El autor conoce bien el instrumento que usa. Su castellano de buena ley, junto con constituir un modelo de sencillez, sabe contener la nota de emoción precisa, depurada y sometida en todo momento a un sentido artístico muy fino... En la literatura de hoy, entre los libros que diariamente leemos, la obra del P. Salvatierra constituye una excepción. Es como una ven-

tana abierta a un cielo claro, a un día brillante, a una noche estrellada...». (EL MERCURIO, 4 de noviembre de 1934).

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA. «El P. Prudencio de Salvatierra en «Por los senderos del buen amor», ha logrado retener el perfil augusto del angélico hombre de Asís; vive en esos poemas, y su tránsito celeste está ornado de lágrimas y de quemaduras sutiles...». (EL DIARIO ILUSTRADO, 26-XI-1934).

EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA. «Hablar del santo seráfico, mi distinguido amigo, es una cuestión considerable. ¡Se ha dicho y escrito tanto! Pero, por fortuna, usted acaba de hacerlo con triple acierto: el de su prosa diáfana; el momento oscuro que atraviesa el mundo; la concordancia armoniosa del estilo con el personaje..». (Carta de 22 de octubre de 1934).

ISABEL CARRERA DE RIED. «El P. Prudencio de Salvatierra nos regala como una nueva joya de su delicada sensibilidad de artista... Sin duda, el Padre Prudencio tiene, como su Santo, el arte de sentir la belleza grande de las pequeñas cosas, porque en «breves pinceladas», como él dice, nos comunica esa honda emoción que sólo puede transmitirnos la verdadera obra artística..». (EL DIARIO ILUSTRADO, 29 de noviembre de 1934).

P. RAIMUNDO MORALES (Académico de la Lengua). «El libro está escrito con viveza, con amenidad y con arte notable, amén de estarlo con franciscana devoción y piedad... Es claro que su libro hará mucho bien a las almas devotas, para las cuales será una especie de lectura espiritual. Para las no muy devotas, será por lo menos una lectura sana y muy agradable y entretenida. Será también una lección de corrección clásica, de que en estos tiempos andamos muy necesitados. Hoy es necesario difundir lecturas como la que nos brinda su libro de Ud. El ambiente literario está lleno de miasmas impuros y enfermizos, y su libro de Ud. es limpio y sano como el espíritu del Santo que lo penetra e informa todo..». (EL DIARIO ILUSTRADO, 12 de febrero de 1935).

P. Sebastian Englert (Publicista alemán capuchino). «¡Qué feliz enriquecimiento de la crecida y sin cesar creciente literatura franciscana ...! El lenguaje del libro es delicioso, como vino añejo, asoleado. El joven sacerdote capuchino, delgado de cuerpo y amable de corazón, cual «el mínimo y dulce Francisco de Asís», reúne cualidades insignes de escritor ameno: refinamiento de gusto, ingenuidad franciscana, ternuras líricas... En suma, los que gustan de lecturas religiosas, encuentran en este libro aire confortante; y los que no pueden comprender «la sublime locura de la Cruz», sabrán apreciar sin embargo la indiscutible finura literaria de este libro delicioso.» (El Mercurio, 29 de noviembre 1934).

Alfredo Gandarillas. «Creemos no pecar contra la modestia del autor al decir que consideramos que, hasta hoy, pocas veces habíamos tenido ocasión de admirar tan nítida la figura de San Francisco..». (Zig Zag, 17-XI-1934).

Jose M. Corral. «El P. Salvatierra es artista; y, embelesado ante el panorama grandioso de su Padre, ha copiado de él unos episodios dulcísimos para el corazón, refulgentes para la inteligencia, y muy agradables para el que peregrina por las sendas de la vida, mirando en lontananza la eternidad..». (La Revista Católica, de Santiago de Chile, 27 de octubre 1934).




SANTIAGO ESTADO 63
IMP. UNIVERSITARIA